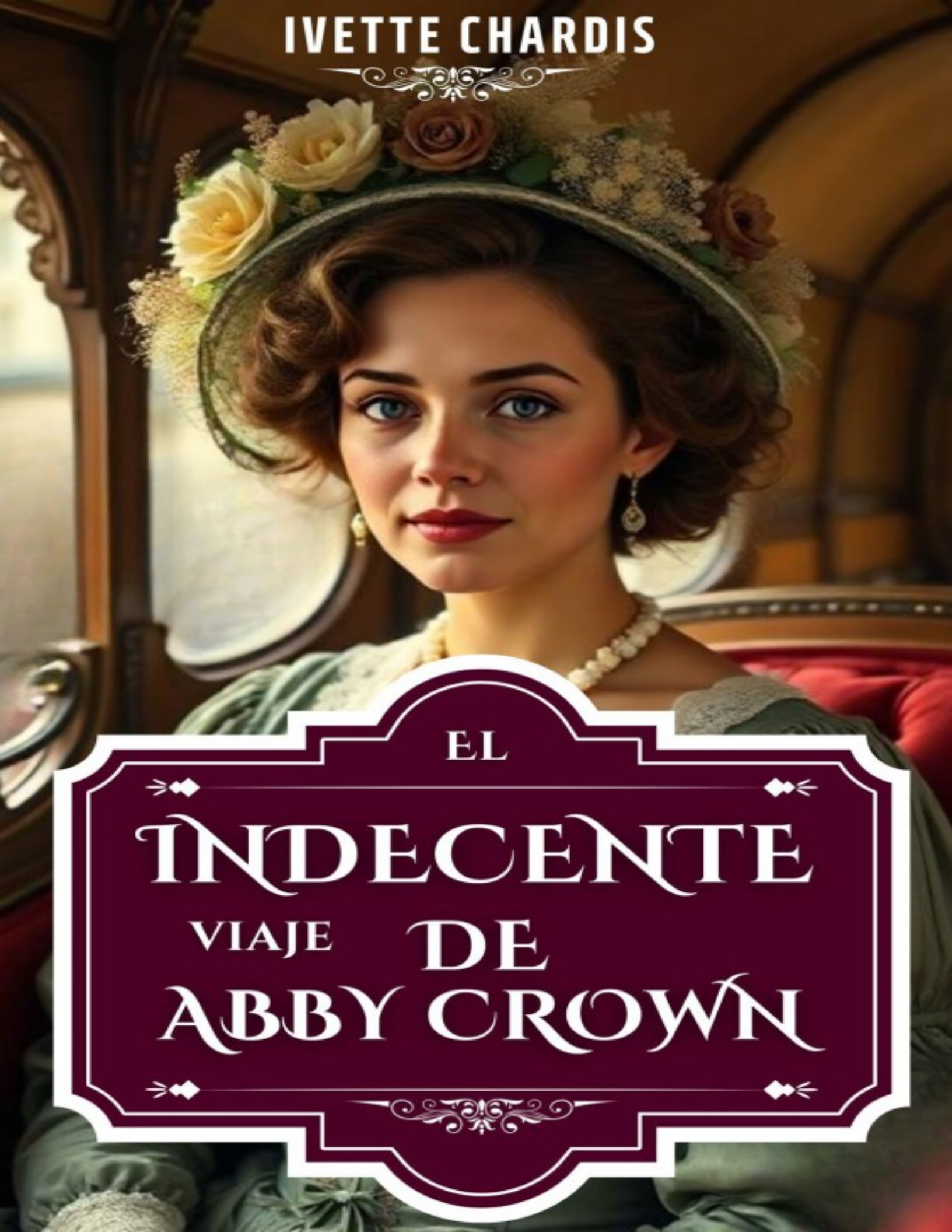
IVETTE CHARDIS



EL INDECENTE VIAJE DE ABBY CROWN


EL
INDECENTE
VIAJE DE
ABBY CROWN

Título: El indecente viaje de Abby Crown.

© 2025, Ivette Chardis. Primera edición.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para mis amigas del club de los viernes. Con una caña y unas patatas bravas, un día a la semana, arreglamos el mundo de escándalos indecentes.

Prólogo



Woolriver, los Cotswolds, primavera de 1814

Abby no recordaba haber temido tanto el sonido de un reloj. Cada campanada que resonaba en el comedor para dar las doce del mediodía le taladraba los nervios, como si el tiempo mismo la empujara para que aceptara por fin su destino.

Clarissa Crown estaba sentada frente al fuego, tan quieta que parecía una estatua a punto de quebrarse. El señor Crown se mantenía de pie, junto a la ventana, con las manos enlazadas tras la espalda. Y Walter, el hijo legítimo, el orgullo de la familia, observaba la escena con una mezcla de impaciencia y desdén.

Abby no sabía dónde mirar. Sentía el corazón en la garganta, un peso en el pecho y las manos húmedas. No debía estar allí, y menos con la cofia y el delantal de sirvienta.

El señor Crown habló primero, con la voz grave y templada de quien se ha entrenado para dar órdenes.

—Hijo, hay algo que debes saber. Un secreto que tu madre y yo hemos ocultado demasiado tiempo.

El joven arqueó una ceja.

—¿Ocultado? —repitió con una sonrisa escéptica—. Lo sabe ya todo Woolriver, y es culpa tanto del indecente club de damas al que madre acude cada semana, quienes le han puesto infames ideas en la cabeza, como de esta estafadora —dijo señalando a Abby sin siquiera mirarla.

Clarissa se sobresaltó.

—Walter, por favor. Escucha antes de juzgar.

Pero él ya lo había hecho. Cada vez que Abby entraba en una habitación para limpiar o cuando intentaba un acercamiento, el ambiente se volvía incómodo hasta que él lo llenaba con una broma cruel.

Abby bajó la vista. No debía contestar. Una criada no hablaba en presencia de los señores.

—Tu madre tiene algo que confesar —prosiguió el señor Crown —. Antes de tu nacimiento, incluso de nuestro matrimonio, ella tuvo una hija.

Walter soltó una carcajada seca, sin humor.

—¿Y quién fue el afortunado?

El silencio que siguió fue espeso como el plomo. Clarissa levantó la mirada y la fijó en su hijo.

—Tu padre —dijo en un susurro—. Fue él.

Walter tardó unos segundos en entender. Su rostro cambió del sarcasmo a la incredulidad y, de ahí, al odio.

—¿Me están intentando decir que esta muchacha… esta criada… es de verdad mi hermana?

Clarissa asintió con lágrimas en los ojos.

—No debes culparla a ella, ni tan siquiera a tu padre. Se fue a la guerra a luchar contra Napoleón. Si hubiera vuelto a tiempo nos habríamos casado y Abby te habría acunado de niño como una buena hermana mayor. Pero entonces fue dado por muerto y mis padres, para evitar el escándalo, me enviaron lejos. Estaba embarazada y sola. Di a luz en un pueblo de los Cotswolds y me obligaron a entregar a mi hija. Años después, cuando tu padre regresó, creí que todo había terminado.

Pero no fue así, pensó Abby. Porque Clarissa Crown tardó veintitrés años en volver a por ella. Desvió la mirada de la escena que se representaba ante sus ojos. Cruel. Tardía.

Abby había pasado la infancia soñando con que una hada madrina bajara a la tierra y la convirtiera en una princesa. Creció en una casa de acogida en Londres, bajo la dirección de aquella mujer a la que llamaban tía Emma y junto a decenas de niños con historias rotas como la suya. Y cada noche rezaba con la firme convicción de que ella tenía, en algún sitio, unos padres nobles y amorosos que la encontrarían para llevarla a su castillo. Le contarían que un malvado hechicero la había secuestrado, pero que en realidad su destino era ser una futura reina.

En lugar de unos padres, le fue otorgado el don de la amistad. Junto a sus dos inseparables amigas de la infancia, aprendió un oficio: lavó ropa hasta que las manos se le agrietaron. Y volvió a rezar para que no le doliera tanto el alma.

Se consideraba una chica con suerte, porque Dios la escuchó y un abogado apareció un día en la ribera de Southwark.

—Señorita, lamento presentarme así, sin avisar, pero tengo un mensaje de la señora Crown, su madre. La espera en una pastelería en el centro. Quiere conocerla.

Aquellas palabras la dejaron temblando. Le entregó una carta de esa desconocida que decía ser su madre Ella, que apenas sabía juntar letras, la leyó a trompicones. Le confesaba haberla buscado durante toda una eternidad. Aceptó ir a esa pastelería, pese a las reticencias de sus compañeras.

—¿Piensas irte con una extraña? ¿Y si es una trampa y te quiere para su propio beneficio? —le dijo la mayor y más temerosa de las tres. Nunca se fiaba de nadie.

—Yo de ti no lo pensaba, Abby. Disfruta del momento, pero por si acaso… —Esa fue la pequeña, la más traviesa, ya convertida en toda una mujer. Le entregó un cuchillo—. Para defenderte.

Descubrió que no era una princesa ni se esperaba que fuera reina, pero sí una dama ejemplar. Clarissa le suplicó que regresara con ella a Woolriver. Que esperara y fingiera ser su criada hasta encontrar el momento adecuado para contarlo. Abby aceptó. No por vergüenza, sino por la promesa de pertenecer a algo, aunque fuera desde las sombras. ¿Fue una estúpida por creerla?

Abby volvió en sí, sin poder desterrar de su memoria una vida llena de ausencias. Por eso se permitió un pequeño gesto de valentía en el salón de los Crown. Dio un paso adelante, con el rostro surcado de lágrimas y con la mirada fija en su madre.

—Me crie en una casa de acogida —susurró—. La tía Emma no era mala mujer, pero lo único que me enseñó fue a lavar, a servir, a no esperar nada. Nunca pensó que volverían a por mí.

Clarissa se levantó con lentitud y se acercó a ella.

—Yo lo hice en cuanto supe que vivías —dijo con voz temblorosa —. Cuando tu padre regresó de la guerra y nos casamos, pensé que

tendría tiempo para contárselo. Pero enseguida me quedé embarazada. Perdí tres hijas antes de tener a Walter. Y después ya fue demasiado tarde.

Abby la miró. En los ojos de Clarissa había algo que dolía más que el remordimiento: esperanza.

—Creí que podríamos tener tiempo —continuó ella—. Que era buena idea que te quedaras aquí, aparentando ser una doncella, hasta que tanto tu padre como tu hermano te conocieran y te quisieran sin saber por qué. Entonces les diría la verdad.

Walter caminó hacia ella con la mirada fría como el acero.

—Así que eso eres tú —dijo casi en un murmullo venenoso—. La pequeña obra de caridad de mi madre. Qué conveniente, ¿no? Simular lealtad a los Crown cuando en realidad lo único que querías era robar un apellido.

—¡Walter! —exclamó Clarissa, poniéndose en pie.

—¿Y usted, madre? —interrumpió él, señalándola con el dedo, lleno de rabia—. ¿Cuánto tiempo pensaba mantener la farsa? ¿Cuánto más iba a humillar a esta familia?

Clarissa retrocedió un paso, como si le hubieran propinado un golpe.

El señor Crown intercedió con un tono seco.

—¡Basta, Walter! He hablado con el párroco de Saint Mary. Le he pedido que redacte un documento que pruebe que tu madre y yo estábamos comprometidos antes de mi partida. He hecho rectificar el registro para que Abby sea reconocida como legítima.

Walter lo miró con una mezcla de repugnancia y desconcierto.

—¿Borrar el pecado con tinta? ¿Soborno? Qué doble moral, padre.

Abby sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Quiso hablar, explicar que nunca había deseado que se fraguara esa enemistad entre ella y su hermano, pero el miedo y la vergüenza le cerraron la garganta. Solo pudo sostener la mirada de su madre, que parecía pedirle perdón sin palabras.

—No la culpes, Walter —dijo Clarissa. Su voz apenas era audible —. Yo la busqué. Yo la traje aquí.

Él la miró como si no la reconociera.

—Entonces no se sorprenda si un día se arrepiente de haberlo hecho.

La puerta se cerró con un golpe seco.

El eco resonó en las paredes y en el pecho de Abby. Sintió que todo su cuerpo se tensaba, como si aquella casa la rechazara.

Clarissa se acercó a ella, temblorosa, y le tomó las manos.

—Algún día, hija mía, me perdonará.

Abby no respondió. Porque, en su interior, un presentimiento se alzaba con la claridad de una herida. Walter nunca lo haría. Pero ella estaba dispuesta a no desfallecer. A gozar de la vida que por nacimiento le correspondía. Se lo debía a la pequeña Abby que lloraba todas las noches abrazada a sus rodillas, esperando un milagro. Walter tendría que aprender a convivir con ello.

Capítulo 1



Woolriver, marzo de 1817

El silencio de la mansión Crown se quebró aquella tarde con el crujido de una puerta entornada. Abby, aún con la capa mojada de la lluvia, se detuvo al fondo del pasillo, oculta entre un tapiz de caza y un jarrón oriental. Había regresado de la reunión clandestina del Club de Damas de Woolriver pensando en la reprimenda que le esperaba por desobedecer a su hermano, que le había prohibido salir ese día. El tono de las voces al otro lado del despacho la obligó a quedarse quieta.

—No necesito sus reproches —escuchó decir a Walter II, su hermano, con la acritud habitual en cada palabra.

—Has confundido llevar las cuentas con vaciar la caja —replicó su padre con esa calma que a veces era peor que un grito.

—¿Piensa que disfruto viniendo aquí a justificarme como un niño ante su tutor?

—No. Creo que te gusta jugar a hombre de negocios con mis tierras y mi apellido.

—He hecho inversiones, padre. Riesgos calculados. —Escupió la palabra *calculados* como si le diera categoría a sus desastres.

—Las únicas cifras que manejas con soltura son las que pierdes en las cartas. Ni una sola de tus acciones ha dado fruto. Te has rodeado de embaucadores, de aduladores, de gentuza con títulos hipotecados y deudas hasta el cuello. ¿Y sabes qué es lo peor? Que, aunque busques una esposa rica, esta no te salvará.

Abby se inclinó un poco más hacia la rendija.

—¡No tiene derecho a hablarme así! ¡Soy su heredero! —contestó Walter con furia.

—Eras.

La palabra cayó como un azote.

—¡¿Qué?!

Abby temió que el grito de su hermano hubiera despertado hasta a los ratones del sótano.

—He firmado dos testamentos, Walter: uno en el que lo heredas todo; en el segundo, la finca, las rentas y los negocios pasan a tu madre y a tu hermana. Tú recibirías una asignación justa, lo suficiente para no deshonrarnos si decides aceptarla.

Abby imaginó el rostro de Walter. Lo conocía lo bastante como para saber que, en ese instante, habría palidecido.

—No puede hacerme eso.

—Ya lo he hecho. Mi abogado en Londres, Arnold Roy, tiene ambos documentos. Solo me falta decidir cuál destruir primero. Y te aseguro, hijo mío, que la elección está cada vez más clara.

—¡Está loco! ¡No puede quitarme lo que es mío por derecho!

—El apellido se hereda, sí. Pero el honor se gana. Y el mío lo estás desgastando como los botones de tu levita.

Walter subió el tono, iracundo:

—¿Y entonces qué? ¿Quiere dejarlo todo a mamá, que no tiene idea de negocios, y a una bastarda? ¿A ella?

Pero su hermano Walter nunca la había aceptado. La odió desde el momento en que puso los pies en aquella casa, y más aún desde que descubrió que era una Crown, tres años atrás.

—Tu madre tiene más sentido común que tú y más visión que cualquiera de los socios que te acompañan. Y Abby sabría escuchar a los arrendatarios. No tendría miedo de ensuciarse las manos. No se dejaría comprar por un título.

Se le humedecieron los ojos al comprobar cómo la defendía su padre.

—¡Jamás lo permitiré! —chilló su hermano.

—Demuéstrame que sabes administrar algo más que tus caprichos. Mantener una finca en pie sin que los criados huyan o los inquilinos te maldigan. Que puedes aprender. ¿O es pedir demasiado? —Se notaba el cansancio en Walter Crown I en cada bocanada de aire.

—¡Se arrepentirá!

—¡Tal vez! ¡Pero prefiero arrepentirme de preservar lo que construí que de dejar que lo destruyas tú!

Abby sintió que la sangre se le enfriaba. Quiso irrumpir y gritarles que no hablaran más de herencias, que aquello no importaba. Pero sus pies siguieron anclados a la alfombra.

Walter volvió a bajar la voz, ensayando un tono de reconciliación:

—Padre, discúlpeme si me he exaltado. No quiero enemistarme con usted.

—Pues empieza a comportarte como un hombre.

Se hizo un silencio breve.

—Beba la infusión, padre —dijo su hermano fingiendo una cordialidad que Abby nunca le había oído—. Madre la preparó con esmero. Dice que lo calmará.

—De acuerdo, hijo. Siento perturbarte de esta manera. Debes saber que es por tu bien. Me tomaré la tisana, pese a que su sabor metálico me da náuseas.

Abby sintió un escalofrío por la espalda. Detectaba la mentira a millas de distancia y Walter podría ser muchas cosas, pero no un hijo atento y sincero.

—Es curioso —musitó el padre—, lo buena que está a la hora del almuerzo y cómo se oxida por la noche.

Justo cuando Walter se encerraba en el despacho con él, pensó Abby al instante con el alma compungida.

Hubo un breve silencio. Luego un sorbo, una tos y un susurro:

—Tiene un gusto raro. A hierro…

—Estará cargada de salvia —respondió Walter con demasiada rapidez.

Las palabras resonaron en la cabeza de Abby como el eco de un presagio. Esa tarde, antes de ir al club, su madre había dejado la tetera a un lado, preocupada por el óxido del borde. Sí, debería ser eso, y no lo que se le había pasado por la cabeza. Había vivido demasiado tiempo en las calles embarradas de Londres y ya imaginaba alguna especie de complot con arsénico, porque ese era el sabor del veneno. En Southwark algún marido que otro había muerto a manos de su desquiciada viuda, harta de sus palizas. Pero

su padre era bueno, amable, la había acogido pese a las habladurías de la sociedad. Nadie lo quería mal, excepto, tal vez… No. Desechó la idea con rapidez.

Capítulo 2

La luz fría del amanecer se filtraba tímida por las vidrieras cuando un grito desgarró el silencio de la mansión Crown. Abby se incorporó de un salto. El alarido había brotado del ala norte, del despacho de su padre. El corazón le golpeaba el pecho mientras corría descalza por el corredor alfombrado, sosteniendo con una mano la bata. Los criados se arremolinaban en la puerta: la doncella se cubría la boca, el mayordomo estaba pálido como la cal. Al verla llegar, Geoffrey, el lacayo más antiguo, abrió la puerta apenas un palmo.

—No, señorita Abby —susurró, colocando un brazo como una barrera—. No entre ahí.

Abby se asomó por el hueco. La escena se grabaría en su memoria para siempre: su padre, desplomado sobre el escritorio, con la cabeza ladeada hacia una taza de porcelana medio vacía, el cabello despeinado y la piel amoratada. La poca infusión que quedaba de la noche anterior seguía desprendiendo un leve aroma a hierbas y a metal. Una fina línea de líquido oscuro corría por la esquina de la mesa.

—¿Qué ha pasado? —jadeó Abby mirando a los ojos del lacayo.

—Lo encontramos así, al amanecer —balbució Geoffrey—. Hemos mandado despertar a su madre y a su hermano y enviado un muchacho en busca del médico.

Una náusea se instaló en el estómago de Abby. Retrocedió un paso, sintiendo cómo el corredor se agrandaba a su alrededor. De repente, recordó con claridad la discusión que escuchó al volver del club de damas, la voz cansada de su padre y la furia de su hermano.

Horas más tarde, el médico declaró la muerte de su padre por envenenamiento y solicitó la intervención del juez de paz, que llegó a media mañana acompañado de dos alguaciles. Lo que no esperaba era que también acudiera otro galeno. Se presentó como Thomas

Monro, director del hospital psiquiátrico de Bethlem en Londres, conocido como Bedlam por la gente de a pie, cuya fama de curar con látigos y baños helados era *vox populi*. Monro entró sin saludar y se dirigió al despacho. Walter lo recibió con una inclinación apenas perceptible.

Abby creyó que aquellos hombres habían acudido para inspeccionar el cadáver y que pronto empezarían las pesquisas, los interrogatorios a los posibles testigos, y ella estaba dispuesta a confesar la conversación que escuchó a hurtadillas. Pero una vez salieron del estudio y se llevaron el cuerpo de su progenitor en una camilla, cubierto con una sábana, su hermano no tardó en tomar las riendas.

—Mi padre ha muerto por arsénico. —Walter se dirigió al servicio antes de que nadie preguntara—. Ayer ya presentaba síntomas inequívocos: temblor en las manos, sabor metálico en la boca… Como dada noche, mi madre le había preparado una infusión de manzanilla y salvia, pero —parecía de verdad consternado cuando volvió la mirada hacia la señora Crown, que se mantenía erguida pese al temblor de sus dedos— creo que ella no está en su sano juicio y lo envenenó. Es la única explicación que existe, dado los acontecimientos.

—¡Eso es mentira! —exclamó Abby, adelantándose un paso—. Fuiste el último en ver a padre. Te escuché anoche hablando en su despacho e insististe demasiado para que bebiera esa infusión.

—¿Qué hay de malo? Solo me preocupaba por su salud, algo decaída últimamente —le replicó Walter Crown II.

—Hacía apenas un minuto te había confesado que te desheredaba, y que la casa y las tierras serían administradas por madre y por mí.

Los alguaciles la miraron como si hubiera perdido la razón. El juez de paz alzó la mano para pedir silencio.

—Señorita Crown, por favor, no es momento de discusiones familiares. Ningún hombre dejaría su herencia a una mujer, y menos a dos. —Miró a la viuda, que no paraba de llorar de dolor y rabia—. Dicen que preparó usted la tisana. ¿Admite la acusación?

—Yo herví manzanilla y salvia, nada más —respondió Clarissa con voz ronca—. El médico puede testificar que tenía el corazón débil.

—Yo nunca le receté la infusión —se defendió el facultativo.

—¡Quería calmarlo! ¡Y si de algo me acusan es de amar demasiado a los míos! —exclamó exaltada.

—Amar hasta matar es una forma de locura —replicó Monro, que hasta el momento había permanecido en silencio—. Señora Crown, he hablado con su hijo, quien me ha puesto en antecedentes de la situación, y también con el juez. Por orden de este último, me ha sido otorgada su tutela. Quedará ingresada de manera preventiva en el hospital psiquiátrico de Bethlem para su evaluación y a la espera de juicio. Presenta signos de delirio y conducta violenta. Es lo mejor para usted y para su familia.

Clarissa abrió la boca para protestar, pero Walter hizo un gesto a los criados para que preparasen el equipaje. Abby se abalanzó hacia su madre y la abrazó con fuerza.

—¡Esto no tiene sentido! No se la pueden llevar —sollozó—. Yo iré a verla. La sacaré de allí. Lo juro.

—Señorita —uno de los alguaciles la sujetó por los brazos—, no lo haga más difícil.

Clarissa no lloró. Acarició la mejilla de su hija con suavidad.

—Cuida de ti, Abby. Y recuerda quién eres, aunque ellos lo olviden.

Cuando la puerta principal de la mansión se cerró con su madre fuera, un silencio pesado cayó sobre las paredes. Walter se quedó estático delante de la ventana con los labios tensos, observando cómo introducían a la señora Crown en el carruaje a la fuerza.

—Padre está muerto. Madre está loca. La casa necesita orden —dijo dirigiéndose a su hermana con frialdad—. A partir de ahora, harás lo que yo disponga.

—¿O si no, qué? —Abby se encaró a él, sin entender todavía su delicada situación.

—Me desharé de ti.

Ante tal amenaza, bajó la cabeza y se dirigió a su habitación para encerrarse y ordenó al servicio que no la molestaran. Pero tenía

otra intención. Escaparse lo antes posible de allí, y lo primero que pensó fue en solicitar ayuda al Club de Damas de Woolriver.

El salón de la mansión Hall, presidido por *lady* Susan, estaba lleno de murmullos. Kat, la reciente marquesa de Pembroke; su inseparable amiga Rose Mary, y otras damas del club charlaban animadamente cuando ella interrumpió. No hubo reproches, solo manos que se entrelazaron en torno a ella al verla tan conmocionada. Les explicó lo sucedido entre sollozos, y no pudo ocultar su espanto cuando Kat le indicó que Thomas Monro era el mismo hombre que intentó internarla a ella también. Parecía existir una confabulación. Todas se pusieron de acuerdo: debía huir a Londres cuanto antes, pero no la dejarían ir sola. Acordaron que Rose Mary sería la acompañante ideal para ayudarla en cualquier menester en la ciudad.

—Marcharéis al amanecer —susurró *lady* Susan ofreciéndole dos fajos de libras envueltos en un pañuelo de seda—. Walter no tardará en mover hilos para silenciarte. —Le entregó además dos cartas—. Es para el abogado de tu padre, que también lleva nuestros asuntos, Arnold Roy. Espero que nuestro testimonio le convenza de mostrar ese segundo testamento.

Abby se emocionó ante las atenciones de la presidenta.

—Juro que volveré con mi madre.

Susan animó a las integrantes del club a que formasen un círculo.

—La otra carta es para *lady* Evelyn Gray, hija de un barón, caído en desgracia, que se dedica a alojar en su casa a damas solteras para preservar sus reputaciones. Ella cuidará de ti en mi nombre. El dinero será suficiente para dos billetes en la diligencia. Rose Mary te acompañará. Y, si lo administráis bien, podréis disfrutar de una cómoda estancia mientras esperas que se arregle lo de tu madre.

—Me va a costar mucho dejaros —susurró Abby mirando a Susan y a Kat.

—No nos dejas. Vamos contigo en cada paso. —Kat sonrió, aún con los ojos brillantes por las lágrimas—. Piensa en Woolriver como

en tu hogar. Lucha por él.

Rose la abrazó y pareció sentir su pesar.

—Juntas lograremos que se repare la injusticia sobre tu madre. Tenemos un plan.

Abby observó los rostros de cada una de las integrantes del club y entendió que no estaban preparadas para las desventuras que experimentarían en Londres. Tampoco Rose, que había nacido y crecido en Woolriver. En cambio, ella conocía sus calles y tenía contactos.

Volvió a la mansión de los Crown de manera discreta, tal y como había hecho al salir. Solo permitió que los criados la vieran recoger la bandeja de comida que le habían dejado en la puerta. Estaba convencida de que su hermano deseaba conocer los pormenores de su actividad, así que no le daría motivos para sospechar. Llegó el amanecer del día siguiente, justo cuando debía encontrarse con Rose Mary y subir juntas a la diligencia, pero optó por adelantarse y tomar un atajo. No permitiría que su amiga corriera ningún riesgo. Las calles de Londres eran muy peligrosas y más con su hermano Walter al acecho. En cuanto descubriera su desaparición, no dudaría en perseguirla. Esperaba al menos obtener ventaja.

Capítulo 3

En cuanto Abby pisó suelo londinense, la diligencia se evaporó a toda prisa, dejando tras de sí una nube polvorienta. Tosió, impaciente por dirigirse hacia la oficina del abogado; se sabía la dirección de memoria y no quería perder un segundo. No había dado ni dos zancadas cuando alguien la empujó con violencia al suelo.

Soltó a tiempo la bolsa de viaje y sus manos enguantadas hicieron de parapeto entre su nariz y las piedras. Un chiquillo aprovechó para atrapar su maleta y echar a correr por un callejón.

—¡Eh! —gritó Abby, alzándose con furia.

Antes de poder seguirlo, dos hombres fornidos la arrastraron hacia una calle sin salida. Chilló, pero nadie acudió. Londres estaba demasiado acostumbrada a los gritos.

Uno la golpeó en la cara para silenciarla. El otro, marcado por cicatrices de viruela, hurgó bajo sus ropas. Abby temió lo peor, hasta que sintió cómo sus dedos encontraban lo que ella había escondido: el fajo de libras y las dos cartas. El hombre enseñó los dientes mellados, triunfante, como si hubiera hallado oro puro. Olió su cuello dispuesto a ir más lejos, sin embargo, un silbido agudo interrumpió la escena.

—¡Fuera de aquí! —tronó una voz masculina.

Los dos rufianes intercambiaron una mirada y huyeron sin echar la vista atrás.

Abby resbaló hasta el suelo, temblando. Apenas había recobrado el aliento cuando una sombra se inclinó sobre ella.

—¿Está usted herida? —preguntó un caballero, ofreciéndole la mano enguantada.

Levantó la vista. Era alto, con el porte distinguido de un hombre acostumbrado a mandar, y un rostro moreno y atractivo, con los ojos

más oscuros que Abby jamás había visto adornados por largas pestañas. Su sonrisa amable le infundió confianza.

—No lo sé —balbuceó, aceptando su ayuda.

Él la sostuvo con firmeza.

—Siento lo ocurrido, señorita, pero no debería andar sola por estas calles. ¿Me permite que la acompañe a su destino?

Abby vaciló. Su mirada amable y la seguridad de su tono disiparon las dudas.

—Voy hacia Bloomsbury. A la oficina de un abogado.

—Entonces será un honor escoltarla. —Le ofreció el brazo con una cortesía impecable.

Ella lo tomó agradecida y, mientras caminaban, intentó distraer su mente del susto.

—Le debo más de lo que puedo expresar. Si no hubiera aparecido…

—No me debe nada. Londres puede ser cruel, y sería indigno de un caballero dejarla sola.

La forma en que lo dijo provocó que Abby se ruborizara. No era solo indulgencia lo que percibía: había en sus palabras una corriente de interés apenas velado.

—¿Puedo, al menos, saber el nombre de mi salvador? —preguntó con una sonrisa temblorosa.

Él dudó un instante, como si calculara cuánto revelar.

—Soy el señor Parry. —Se inclinó apenas, con un destello de ironía en los ojos.

Buscó en su memoria si el apellido pudiera pertenecer a algún ilustre aristócrata del que hubiera oído hablar en los corrillos de Woolriver. Pero no. Le sonó demasiado insulso para un hombre tan apuesto y de brazos fornidos; podía percibir la dureza de sus músculos a través de la chaqueta que se le cernía como un guante. ¿Por qué no existían hombres así en los Cotswolds?

Llegaron a una elegante casa de Bloomsbury. Abby se detuvo y soltó su brazo.

—Le agradezco de corazón su compañía, señor Parry.

Él inclinó la cabeza y entreabrió los labios. Parecía que iba a añadir algo más y Abby deseó que le hiciera alguna promesa de

volverse a encontrar. Sin embargo, se alejó sin añadir palabra, aunque ambos se giraron varias veces para observarse hasta que el caballero desapareció al doblar una esquina.

Se alisó la falda del vestido, ajustó sus guantes y repasó el lazo de su sombrero. Antes de que sus nudillos tocaran la puerta de madera, esta se abrió de repente. La sorprendió una comitiva de hombres vestidos de negro cargando un féretro. Se echó a un lado para dejarlos pasar. Varias mujeres lloraban desconsoladas y entre ellas distinguió a una anciana que avanzaba en silencio, agarrada del brazo de otra más joven. Cuando por fin el desfile fue desapareciendo poco a poco y solo se veían puntos negros a lo lejos, Abby entro en la casa con cautela y se topó con una criada.

—Siento presentarme a estas horas y en estas circunstancias, pero estoy buscando al ilustre abogado Arnold Roy.

La sirvienta le hizo una reverencia al mismo tiempo que la miraba con extrañeza.

—Debe seguir a la comitiva funeraria. Allí lo encontrará.

—En otras circunstancias, me hubiera esperado un tiempo prudencial antes de solicitar una visita, pero créame que es muy muy urgente —suplicó Abby.

—Las únicas visitas que ahora puede recibir el señor son en el cementerio. Si me disculpa… —La criada insistió en acompañarla hasta la salida.

—¿Cómo? ¡No puede ser! ¡Espere! ¡No cierre la puerta, por favor!

Abby se alarmó ante la posibilidad de que su única esperanza estuviera en el interior de un ataúd.

La criada se compadeció de ella y la dejó entrar de nuevo. La guio hasta la cocina y le preparó un té.

—Me parece que sin referencias no la pueden contratar —respondió esta después de que Abby le relatara de manera atropellada sus circunstancias.

—No me ha entendido. Necesito un abogado para sacar a mi madre de Bedlam.

—Eso ya me lo ha contado, y sé que precisa de un lugar para dormir, al menos por unos días. Lo ideal sería que le cayera del cielo

un empleo. Por desgracia, en este hogar el único abogado que existía está muerto y su viuda se va a deshacer de la casa muy pronto. La he escuchado hablar con su hija y se va a vivir con ella y su yerno. —La criada, aparte de amable, era bien chismosa y eso beneficiaba a Abby.

—¿Acaso el yerno no será también letrado?

—Banquero. Sin embargo, en la casa de al lado existe otro abogado que tal vez la pueda ayudar.

—Tenía que ser este. Era un buen allegado de *lady* Susan y su marido, Henry Hall. Mi amiga la condesa de Pembroke también utilizó sus servicios hace poco. Y, además, tiene algo que pertenece a mi familia —suplicó Abby pensando en ese testamento secreto.

La criada suspiró.

—Sí, mi señor trabajaba para una gran cantidad de aristócratas.

—¿Y ahora quién se hará cargo de su clientela?

—Mire, le recomiendo que deje pasar unos días. Vuelva cuando la desgracia haya aligerado un poco los corazones de mis señoras. Seguro que ellas le podrán informar sobre todo eso. Aunque no espere que le entreguen nada. Al señor lo hallaron muerto después de desvalijar su despacho. Dicen que sorprendió a unos ladrones en medio de la noche y murió de un ataque al corazón.

Abby se levantó agradecida. Sabía por experiencia que, si se obcecaba en quedarse, solo conseguiría que echaran a la sirvienta y una negativa por parte de la viuda en ayudarla. Si se esperaba un par de días, tendría más posibilidades de saber quién se encargaría de los casos del difunto abogado. Se despidió agradecida por la atención de la mujer, quien le ofreció una libra.

—No puedo darle más.

Abby la rechazó.

—No se preocupe. No es la primera vez que estoy en Londres sin un penique. Sé a dónde ir.

—Por favor, no haga locuras. La noche puede ser muy peligrosa.

Capítulo 4

Hospital Real de Bethlem, Londres, marzo de 1817

El joven doctor Landon Parry, de apenas veintinueve años, caminaba tras el grupo de galenos mientras el veterano Thomas Monro, director del Hospital Real de Bethlem, llamado coloquialmente Bedlam, abría una tras otra las pequeñas compuertas de las celdas con la precisión de un carcelero.

El hedor a orina y humedad se le colaba por las fosas nasales y ya no se le desprendía en toda la jornada. Y, aunque Landon no era ajeno al sufrimiento humano, había algo en aquellas paredes que lo inquietaba, como si cada ladrillo hubiese absorbido los gritos ahogados de sus moradores.

—Esta de aquí —dijo Monro, deteniéndose frente a una puerta de hierro con el número 36 grabado a mano— es un caso reciente. Mujer, entrada en la cincuentena. La trajeron desde Woolriver. Delirio persecutorio, histeria y conducta violenta.

Landon anotó en su libreta sin levantar la mirada.

—¿Nombre?

—Clarissa Crown. Dama de posición acomodada. Su hijo firmó el ingreso. Alegó que su madre envenenó a su marido y que amenazaba con atentar contra otros miembros de la familia. No mostró resistencia al internamiento, aunque desde hace dos noches se niega a comer.

Monro le señaló la compuerta.

—Puede mirar, si quiere.

Landon se inclinó con cautela. Al otro lado, en la penumbra de la celda, distinguió una figura sentada en el suelo. Todavía no vestía el camisón de reclusa, sino un traje caro, y tenía el cabello enmarañado. Alzó la barbilla y no apartó la vista. Parecía que iba a

solicitarle algo, pero entonces se percató de la proximidad del doctor Monro y giró la cabeza.

—¿Está medicada? —preguntó Landon.

—Solo láudano, y con moderación. Se desmaya con facilidad. Los cuidadores aseguran que es menos peligrosa de lo que su hijo describió, aun así, eso no es nuevo en estos casos. Ya sabe: la locura femenina siempre es impredecible.

Landon apretó los labios. Empezaba a reconocer un patrón en los expedientes: demasiadas mujeres bien nacidas ingresadas por histeria tras ser declaradas peligrosas por hombres con intereses patrimoniales.

—¿Puedo acceder a su historial completo?

Monro lo observó con desconfianza.

—¿Tiene algún apego en particular por esta mujer?

Landon vaciló.

—Ninguno, más allá de lo clínico. Intuyo algo lúcido en su mirada.

—Aquí todos lo parecen por momentos —replicó Monro con una sonrisa gélida—. Es parte del espectáculo.

Continuaron la ronda. No obstante, mientras Monro describía otro caso —un soldado que gritaba en sueños— Landon volvió la cabeza hacia la celda 36. La explicación de su mentor no cuadraba. Aquella mujer no parecía enajenada, sino que más bien, según captaba él, deseaba hablar, aunque parecía que alguien o algo la atemorizaba.

El aire de Londres no era más limpio que el de Bedlam, sin embargo, Landon siempre respiraba con alivio al cruzar sus puertas. Como cada noche, se dirigió a cenar a casa de su gran amigo *lord* Percival Lovelace, vizconde de Essex, a quien conoció en el internado de Eton, cuando ambos, huérfanos de padre, encontraron en su amistad un refugio. Lo consideraba como un hermano, pese a que Landon era el menor de tres chicos —los dos mayores muertos en batalla— y también tenía una hermana casada con el reverendo de un pueblo costero .

Se quitó los guantes al subir los escalones del número 14 de Russell Square. El lacayo lo dejó pasar sin anunciarlo. El salón tenía las cortinas descorridas y el piano cerrado. Percival estaba recostado en el diván, con una copa en la mano y los pies descalzos, algo impropio de un caballero, aunque él nunca lo había sido del todo.

—¿Vienes del infierno o solo de sus antesalas? —dijo con su sonrisa ladeada.

—De Bedlam —respondió Landon, dejándose caer en el sillón de terciopelo.

—Entonces lo he adivinado —rio Percival—. Necesitas una copa. Y quizá una conversación menos lúgubre.

Landon arqueó una ceja, cansado.

—Con tal de que no sea de otra de tus amantes pasajeras…

Una carcajada femenina los interrumpió. Tras el biombo de seda apareció Adeline, vestida con una muselina ligera. Ya no era una desconocida; Landon la había visto en varias ocasiones en compañía de Percival y, aunque la muchacha jugaba a parecer coqueta y provocadora, con él siempre mantenía un tono amistoso.

—No hables de mí como si fuese un objeto de colección —replicó ella con picardía mientras se dejaba caer en el sillón contiguo a Landon—. Si no fuera por mí, la casa de apuestas clandestina que mantienes en la planta baja de esta mansión sería un caos.

—¿Qué dices, Adeline, querida? —Percival se mostró ofendido a la vez que le guiñaba un ojo—. Aquí no realizamos ninguna actividad ilegal.

Landon sonrió. Lo único que le permitía vivir con dignidad era lo que ganaba con las cartas; el sueldo de médico en el hospital no era demasiado boyante.

—¡Disculpe, excelencia! No era mi intención insultar a su intelecto. —Adeline realizó una exagerada genuflexión, en la que dejó ver la amplitud de su escote.

Había entre los tres una dinámica peculiar: Percival jugaba a libertino, Adeline lo secundaba con agudeza y él hacía de contrapunto sobrio, aunque en el fondo disfrutaba de la frescura que ella aportaba. Hacía ya un año que su amigo se la presentó como su última amante, y luego pasó a ser la contable y mano derecha de

Percival. Era innegable que la muchacha tenía cabeza para los números.

—No negaré —dijo Landon— que vuestra compañía me resulta más tolerable que las paredes de Bedlam.

—¡Mucho más que eso! —protestó Percival, alzando la copa—. Entre los tres, somos casi una familia desordenada.

Adeline rio y le robó un sorbo.

—O una alianza de supervivientes —corrigió con un brillo extraño en los ojos.

Por un instante, Landon creyó ver en ella algo más que frivolidad: un destello de melancolía, quizá el mismo cansancio que él cargaba después de cada jornada en el manicomio.

Desvió la mirada hacia el fuego de la chimenea. El recuerdo de los ojos lúcidos de Clarissa Crown lo perseguía. Esa mujer no parecía suplicar compasión como la mayoría de las damas que estaban internadas. Y Landon, sin saber por qué, sentía la necesidad de investigar su historia, pese a la oposición de su superior. ¿Estaría a punto de cometer una locura si entrelazaba su destino con el de ella y escarbaba hasta llegar a la verdad?

Capítulo 5



Cuando Abby salió de la casa del recientemente fallecido Arnold Roy, una lluvia fina cayó persistente sobre su sombrero, como una advertencia de lo que podría venir. Avanzó sin detenerse a pensar en los malos augurios. Cada zancada removía el barro que se le pegaba al dobladillo del vestido; aun así, siguió sin amilanarse. Había tomado la decisión de ir hacia la ribera del Southwark, donde unos años atrás vivía una de sus antiguas compañeras de lavandería y amiga de la infancia, Eliza. Recordaba cómo compartieron largas jornadas doblando sábanas y removiendo tinas de agua hirviendo, risas entre vapores y lágrimas silenciosas al dolerles demasiado las manos para hablar.

El barrio seguía igual. Calles angostas, niños descalzos corriendo entre gallinas y perros flacos, olores a carbón, pescado rancio y sopa aguada flotando desde las ventanas. Se detuvo frente a una puerta de madera oscura con las bisagras vencidas. Entró en el portal y subió por las escaleras empinadas hasta el segundo piso. Dudó. El corazón le latía de manera acelerada; hacía mucho tiempo que no pensaba en ella. Luego levantó la mano enguantada y golpeó tres veces.

Pasaron varios segundos antes de que se oyera el cerrojo. Una mujer de rostro redondo la miró con desconfianza. Abby apenas sonrió, con la timidez de quien no sabe si será bien recibida. La reconoció al instante: pequeña, con el pelo rizado y esos ojos vivarachos que tanta compañía le había hecho de niña.

—¿Eliza?

La otra frunció el ceño, como si intentara reconocerla entre la bruma del pasado.

—¿Abby?

Ella asintió.

Eliza cruzó los brazos y no abrió más la puerta. Parecía enfadada, y Abby no se lo reprochaba. Había desaparecido en cuanto su verdadera madre la reconoció —el sueño de cualquier huérfano—, y no miró atrás.

—Tres años sin dar señales. Ni una visita. Pensamos que habías muerto o que te habías creído mejor que nosotras —dijo su antigua compañera de penurias con acritud.

Abby bajó la mirada.

—Lo siento, la verdad es que me costó adaptarme a mi nueva familia. Y quería escribir, pero ya sabes…

—¿Y qué te trae ahora por aquí? ¿Vienes a resarcirme por aguantarte en tus peores momentos? — Los ojos de Eliza se empañaron de lágrimas y Abby descubrió que le había dañado en lo más profundo al abandonarla. Deseó reparar ese error.

—La necesidad —masculló, y bajó la cabeza avergonzada.

Eliza la observó, entendiendo sin palabras que el cuento de hadas había terminado. Abby agradeció que no la reprendiera por ser tan ingenua. Se estremeció por la ropa húmeda que le estaba calando los huesos.

—Pasa antes de que pilles una pulmonía —dijo al fin, abriendo del todo.

El interior era tan solo un cuarto con un brasero de carbón que chisporroteaba. Sus dos ahijadas jugaban con botones en una esquina. Abby tuvo unas enormes tentaciones de estrecharlas entre sus brazos y colmarlas de besos. Ella había sido testigo de los dos nacimientos. Sin embargo, Eliza les lanzó una mirada severa para que se comportaran y luego le señaló a Abby una silla de madera junto al fuego. No se atrevió a seguir su instinto. Cuando se marchó, las dos apenas eran unos bebés, así que no sabrían quién era ella.

—No tengo cama de sobra, pero el suelo es seco y no ronco. Aunque ya conoces a Mike. De él no puedo prometer nada.

—No necesito más, gracias. ¿Cuándo vuelve tu marido?

—No lo sé. Debe estar todavía trabajando en el puerto, pero no quiero contarte aún mis penas. Sigo enfadada contigo.

Abby la miró inquieta.

—Lo entiendo. Y lo merezco.

Eliza suspiró y le tendió una manta.

—Mañana me contarás qué demonios te ha traído de vuelta a este agujero. Ahora, abrígate.

Abby apretó la manta sin sentir ninguna clase de consuelo.

Despertó cuando el cerrojo de la puerta cedió y dio gracias a Dios por haberse acomodado en una esquina de la habitación. Mike ni siquiera advirtió su presencia y se metió en la cama junto a Eliza. Escuchó como el lecho cedía, un gruñido y luego el silencio de nuevo. No volvió abrir los ojos hasta que alguien le tiró de la manta al amanecer.

—¡Mira a quién tenemos aquí! ¡Nada más y nada menos que *lady* Abby! ¿Qué le trae por estos lares, excelencia?

Mike estaba sentado en una silla colocándose las botas desgastadas al mismo tiempo que no paraba de burlarse de su nueva condición. Se habían criado juntos en el orfanato y siempre lo recordaba como el novio de Eliza, el que las perseguía a todas partes y bebía los vientos por su amiga, hasta que consiguió convertirla en su mujer.

—¿Cómo estás? Me alegro de verte. —Abby se levantó con esfuerzo. Le dolía la espalda de haber pasado la noche en el duro suelo.

—¡Mamá, ha dormido vestida y con los zapatos puestos! —se escandalizó una de las niñas.

—Es que ahora la tía Abby es pobre —se mofó de nuevo Mike.

—¡Ya está bien! —ordenó Eliza. Se había recogido el pelo en un moño bajo y enrollado las mangas de su bata deshilachada.

Mike se había apresurado y ya tenía puesta la chaqueta y el gorro de lana calado hasta las orejas.

—Voy a ver si hay trabajo en el muelle. Ayer no hubo nada más que peleas por el último saco de cebada. Ya verás, Eliza, como no cambie la cosa…

—Vale, Mike, no molestes —respondió ella, que ya había empezado a trabajar y tenía una palangana en la mano y medio cuerpo metido en el cubo del jabón.

Mike le dio un beso en la cabeza a su mujer, se despidió con abrazos de sus hijas y le propinó a Abby una leve colleja.

—Te lo debía por los viejos tiempos —dijo riendo antes de cerrar la puerta tras de sí.

Abby se sonrió. Lo tenía bien merecido, dado que ella siempre era la que se burlaba de Mike en el orfanato. Pero lo hacía con cariño, como si fuera su hermano pequeño.

Miró la habitación y de repente se sintió perdida, sin saber qué hacer. Al llegar a aquel lugar y sentirse de nuevo en el pasado, se había desprendido de su sombrero y de los guantes. Contempló sus manos desnudas. Los callos, las rojeces, las cicatrices de cuando se astillaban tablas de lavado aún seguían visibles a sus ojos.

—¿Quieres que te deje el cubo grande? —le preguntó Eliza. Su tono no era amable ni rencoroso, solo delataba urgencia.

—¿El cubo?

—El de los clientes. Voy a tener que cargar dos viajes hoy y, si me ayudas, no perderemos el turno en la bomba.

—Claro, sí. Por supuesto —dijo sin pensar en lo que aquello suponía.

Mary, la hija mayor, que apenas tendría unos cinco años, ya estaba envolviendo la ropa con cuerdas, ayudando con destreza a su madre. Lucy, la pequeña, y más lenta, metía los dedos en la espuma con la fascinación de quien aún no ha aprendido a tener prisa.

—Toma este barreño y sujeta bien la cuerda, que el asa está floja.

Abby asintió, tragándose el orgullo.

Bajaron las escaleras con cuidado de no molestar a los otros inquilinos. A esas horas, la casa olía a humedad, a carbón y a orina vieja. Al salir al patio, el cielo aún no había amanecido del todo y el aire del Southwark les heló la cara. Mary iba delante, con una cesta más grande que ella. Lucy tropezaba cada tres pasos con el dobladillo del vestido.

Eliza se giró y le lanzó una mirada rápida a Abby.

—No tienes por qué ayudarme, aunque te lo agradezco.

Abby alzó la barbilla. Se debatió entre huir de allí lo más rápido posible o hacer lo correcto. Desde que se fue a vivir a Woolriver no había mirado atrás ni una sola vez. Pasó todo tan rápido y se sintió tan dichosa de pertenecer por fin a una familia, de ser parte de una

comunidad, que olvidó por completo las penurias que Eliza podría estar pasando, las mismas con las que lidió ella. Por eso se cubría las manos con guantes de seda: para no pensar más en el pasado. Sin embargo, en esos momentos estaban desposeídas de cualquier disfraz. Le debía al menos volver a mojarse las manos en aquel jabón áspero y colaborar para ganar el sustento del día.

—Quiero hacerlo —respondió melancólica.

Y juntas, las dos mujeres, una con las manos agrietadas por los años de jabón y la otra con los dedos temblorosos, cruzaron el callejón hacia la bomba de agua, donde otras sombras femeninas que ya hacían cola las miraron con la boca abierta. Los cuchicheos no se hicieron esperar, y Abby levantó el mentón, dispuesta a defenderse a capa y espada.

Capítulo 6

La fila para la fuente ya daba la vuelta al poste del farol, y la piedra alrededor de la bomba estaba resbaladiza de tantas madrugadas.

Tres mujeres al final de la cola hablaban entre ellas, frotándose las manos, con las faldas recogidas y los peinados hechos con prisa.

Una de ellas, con grandes caderas, ojos bizcos y mejillas rojizas, ladeó la cabeza al verlas llegar.

—Válgame Dios… ¿Esa no es Abby?

Ella bajó la vista, pero ya era tarde.

—Hola, Alice, ¿cómo estás? —No le quedó más remedio que saludarlas, aunque no fuera correspondida.

Otra mujer, tan delgada que le sobresalía el hueso de la clavícula, soltó una risita:

—¡La misma que se fue con aquella mujer tan elegante! ¡Aquella que decía ser su madre! ¿Cómo era? ¿Crown?

—¿Cómo va eso, P… Edna? —Casi se le escapó el mote de Palo Seco con el que la nombraban a escondidas.

—No tan elegante si acabó en el manicomio, ¿no? —recogió el testigo de nuevo Alice.

Eliza, con el cubo en alto, palideció al escuchar la palabra maldita. Abby solo asintió. El rumor había corrido ya por todo Southwark: su madre estaba encerrada y su padre, muerto. Había salido hasta en los periódicos más prestigiosos.

—Vamos, ya está bien —interrumpió Eliza, empuñando el asa del cubo—. Hemos venido a trabajar. Nada de chismorreos.

Abby sonrió, cansada.

—No pasa nada. Estoy bien. Solo necesito agua caliente y un poco de jabón. Como todas.

—Como todas no creo… —añadió con retintín Edna—. Tu castillo de naipes no te ha durado mucho.

—No les hagas caso. Sigues siendo la misma de siempre —añadió una joven embarazada.

Abby abrió los ojos al reconocer a esa muchacha, y sabía que aquella frase había sido pronunciada como un halago. Nelly era una de las pequeñas de casa de tía Emma, que ya estaba retirada, y a la que tenía un especial afecto.

—Nelly, me alegro de verte. ¿De cuánto estás?

—De cuatro meses.

Le tocó el turno a Abby, y bombeó el agua con fuerza. Había reído junto a sus antiguas compañeras tan solo para no amargarle el día a su amiga, pero le dolían los ojos por aguantarse las lágrimas. El cubo se llenó con un borboteo y Eliza le pasó el segundo mientras las niñas jugaban con las gotas que salpicaban el suelo.

—No les hagas mucho caso. Están celosas —le susurró Nelly.

Abby apretó con ternura su mano y volvieron al patio trasero del edificio. El sol apenas empezaba a colarse entre los ladrillos ennegrecidos. Tres tablas de lavar estaban apoyadas contra la pared, una tinaja de cobre descansaba sobre un brasero humeante y el olor a ceniza mojada se mezclaba con el vapor de los primeros calderos.

—¡Quita, Lucy, que vas a volcar el barreño! —gritó Eliza, empujando con el codo a la niña mientras vertía el agua caliente sobre la ropa.

Abby se arrodilló junto a la cubeta y hundió las manos en la espuma. El calor la reconfortó más de lo que esperaba después de las burlas recibidas.

—Aún tienes muñeca para esto, ¿eh? —dijo su amiga sin mirarla.

—Parece que sí —respondió Abby—. Solo me dio por creer que no tendría que volver a hacerlo.

—¿Qué es eso de que tu madre está internada? —susurró Eliza mientras colgaba la ropa ya lavada en una cuerda improvisada entre dos ganchos oxidados.

—Sí, en Bedlam. Y gracias por seguir llamándola madre. Todas piensan que fue una pantomima. Un arreglo sucio.

—Bueno, según decían, la señora Crown te había contratado para entretener a su hijo —confesó Eliza, avergonzada.

Abby echó la cabeza hacia atrás y soltó una gran carcajada.

—Por culpa de ese malnacido estoy aquí.

—¿A qué te refieres? —preguntaron al unísono las demás lavanderas, que habían escuchado toda la conversación. En aquel patio no se podía esconder nada.

Abby no quiso poner ninguna excusa. Estaba harta de la fingida estoicidad de la clase alta británica. Esa era una de las primeras lecciones que había recibido nada más ser reconocida como la señorita Abigail Marianne Crown, hija del distinguido terrateniente cuyo patrimonio podría competir con el de cualquier conde. «No debes mostrar tus emociones ni reír ni llorar. En definitiva, no debes ser tan tú», le llegó a decir una institutriz que su madre contrató.

Ser parte del Club de Damas de Woolriver le dio un poco de aliento en esa nueva vida, que se le planteaba cómoda pero muy aburrida, y le enseñaron a ser una dama sin dejar de ser ella misma.

Las lavanderas desatendieron sus quehaceres y formaron un corrillo a su alrededor mientras relataba una a una las aventuras vividas en esos últimos tres años. Las buenas y las malas. Cuando llegó a las segundas, lloró como no había llorado desde la muerte de su padre y el injusto encarcelamiento de su madre.

Le dieron el pésame, pero ninguna solución.

—Todas queriendo escapar, y siempre volvemos al mismo patio —sentenció Alice sin más antes de regresar al trabajo.

—¿Sabéis quién también ha regresado? —susurró Edna, la Palo Seco, mientras restregaba una camisa—. La señora Belkin. La que se fue con un tendero de Bermondsey. Dice que el muy cerdo la echó cuando engordó.

—¡No me digas! Pero si tenía unas caderas como alfileres.

—Pues ahora las tiene como tambores. Y ha vuelto a lavar para la misma viuda que antes le cerró la puerta en la cara.

—Así es Londres —murmuró una chica recién llegada, cuyo atuendo bien podría asemejarse al de una cortesana—. Hoy duermes entre sábanas de lino y mañana te arrodillas en el barro. ¡Espera! A mí me ha sucedido exactamente al revés.

—¡Adeline! —Abby se abalanzó hacia la muchacha. Junto a Eliza, era otra de sus inseparables amigas en la infancia.

—¿Dónde has estado este tiempo, Adeline? Dicen que aparte de dormir en un colchón de dos pisos, no has dejado de arrodillarte —se jactó Alice, la Bizca, profiriendo gestos obscenos.

—Al menos sé como arrodillarme sin caerme —contestó la recién llegada, acostumbrada a aquellas chanzas.

Las demás rieron y Abby tardó unos segundos en entender a qué se referían. Adeline no se había casado con un caballero andante, sino que se había convertido en una mantenida, algo que juraron no hacer nunca las tres. Eliza, Adeline y Abby, las inseparables, habían roto su promesa.

Capítulo 7

Abby se levantó esa mañana sin hacer ruido para no despertar a la familia. Quería ser la primera en salir de casa de Eliza para no dar explicaciones. Ya había dejado pasar tres días con sus amaneceres haciendo cola en la fuente con las tinajas, además de sus noches completas harta de oír roncar a Mike después de un bufido extremo tras montar a su mujer. Había llegado el momento de hacer una visita a la viuda del abogado Arnold Roy. Seguro que en esas setenta y dos horas le había dado tiempo suficiente para arreglar los asuntos de su marido. Así podría hablar con quien se hubiera hecho cargo de sus clientes y empezar a planear la liberación de su madre. Solo de pensar lo que podría estar pasando en aquella cárcel disfrazada de sanatorio se le ponían los pelos como escarpias.

Cuando se hubo colocado las botas y el sombrero, se dio cuenta de que las dos niñas la miraban con las legañas pegadas a los ojos.

—Tenemos hambre —susurraron con la dulzura de una infancia todavía no quebrada.

Sus padres dormían, aunque no duraría mucho aquella quietud. Miró en un bajo del armario de la cocina, que más bien era un fogón pegado a sus camas, y no encontró nada. El día anterior apenas cenaron. Lo que por costumbre era para cuatro, lo debían dividir por cinco por su culpa. Y esperaba remediarlo cuanto antes.

—¡Cuando regrese os traeré un trozo de pastel bien rico!

A la más pequeña se le iluminó el rostro; en cambio, Mary agarró de la mano a su hermana.

—No hagas promesas que no puedas cumplir.

Abby solo asintió. Esperaba que el nuevo abogado le adelantara algo de dinero en vista de sus buenas referencias. Ser amiga de *lady* Susan Hall y de la marquesa de Pembroke le tenía que servir de algo más que para confabular en las reuniones de las damas del club.

Llegó jadeando a Bloomsbury. Los nervios no le habían permitido desacelerar el paso. Necesitaba hablar con la viuda y dejar de soñar con su madre en la horca. Había recorrido medio Londres a pie, sin desayuno ni certezas, y al fin allí se hallaba: la elegante casa en la que días atrás había tomado el té con la criada. Un carruaje aguardaba junto al bordillo, con dos lacayos que subían cajas y bultos sin cuidado, como si embalaran una vida ajena. Encontró la puerta abierta, así que entró y lo que vio la estremeció de pies a cabeza. La vivienda estaba vacía: ni rastro de los antiguos habitantes, o de algún cuadro o un sillón que evidenciase que alguien se iba ni que otros llegaban a ocupar su sitio.

—Disculpen —dijo, acercándose y ajustándose los guantes; la tela se pegaba a sus dedos sudados—, ¿está la señora Roy en casa?

Uno de los hombres, cuya frente no paraba de gotear, la miró de arriba abajo con la clara intención de evaluar cómo dirigirse a ella.

—Ya no vive aquí, señorita. Nos han contratado para vaciar la casa.

—¿Y la criada? Ella me dijo que volviera. ¿Dónde está?

—¿Criada? No he visto ninguna.

—¿Quién se queda con los clientes del señor Roy? Era abogado. Mi madre…

—Nosotros solo cargamos cajas, señorita —zanjó el otro, más joven.

Abby sintió un nudo en el estómago que ya no sabía si era rabia, hambre o miedo. Miró hacia la puerta entreabierta, el hueco vacío de una campanilla que ya nadie haría sonar. No podía rendirse tan pronto.

Llamó a la casa vecina, donde las letras incrustadas de un letrero de latón indicaba lo siguiente:

> J.H. Cartwright
> Despacho legal
> Horas de oficina de 10 a 4

Una mujer mayor, con cofia y gesto intrigado, le abrió y la acompañó hasta una salita con cortinas gruesas, olor a alcanfor y

una mesa vacía. Esperó sentada, con las manos agarrotadas en el regazo. Los retratos de familia la juzgaban desde las paredes.

Al cabo de unos minutos, entró un hombre joven. Bien vestido, seguro de sí, con el tipo de sonrisa que no distingue entre cordialidad y condescendencia.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo servirla? —dijo con voz educada, casi amable.

—He venido por una cuestión urgente. Necesito un abogado. Mi madre ha sido encerrada en Bedlam de forma injusta, y yo debía de reunirme con el señor Arnold Roy. Pero ahora… —miró al suelo un segundo y luego alzó la voz— he visto que están vaciando su casa y nadie sabe decirme nada. Me han hablado de usted.

Una mentira piadosa no haría daño.

—Vaya, qué lamentable lo del señor Roy. —El hombre se acomodó en un sillón—. Ahora mismo hay cierta competencia por su cartera de clientes. Yo estaría encantado de representarla. Bedlam no es mi especialidad, pero por unos honorarios justos podría ayudarla.

J.H. Cartwright hundió con gran habilidad la pluma en el tintero y garabateó unos números en un papel que deslizó hasta ella.

Aquella cifra era desproporcionada; aun así, Abby no quiso evidenciar su sorpresa y actuó con naturalidad, como si le hubiesen enseñado a ser una dama desde que nació.

—Me parece una cantidad correcta. Si escribe a la marquesa de Pembroke, en Woolriver, o a *lady* Susan Hall, esposa del adinerado comerciante Henry Hall, seguro que se la hacen llegar. Y si no le importa, me gustaría que hoy mismo concertase una visita para ver a mi madre.

—¿Perdón? —El tono del abogado cambió. La sonrisa también. Se inclinó hacia adelante, escudriñándola—. ¿Me está diciendo que no puede pagarme y que escriba a dos aristócratas que casualmente son sus amigas?

—No es casualidad. Pertenecemos al mismo club. Mi madre…

—¡Ya basta! —soltó, levantándose—. ¡Esto es Londres, señorita! Aquí las estafas se disfrazan de muchas formas, pero la suya es

bastante burda. Desde un principio he sospechado de usted y ya veo que mi intuición no me ha fallado. Márchese. Y no vuelva.

Abby salió con las mejillas ardiendo y la dignidad hecha jirones. Se apoyó un momento contra una verja. El día apenas empezaba y ya parecía haber perdido. Pero no podía permitírselo. No aún.

Capítulo 8

Abby caminó hasta Bedlam. Había esperado a ver al abogado para visitara su madre a través de los cauces legales, pero como era imposible encontrar a alguien que la ayudara, quería conseguirlo por sus propios medios. Caminó un buen trecho con la garganta seca y los pies doloridos hasta ver el edificio alzarse entre las brumas de la mañana. Se detuvo unos segundos. No por admiración, sino por miedo. Porque por mucho que lo llamaran hospital, por mucho que fingieran tratar a los enfermos con compasión, ese lugar era una mazmorra. Y su madre estaba dentro.

Delante de las puertas, una multitud ya se arremolinaba como un enjambre desesperado. Un niño gritaba que quería ver a su padre. Una mujer lloraba pidiendo hablar con su hermana. Otros ofrecían monedas, comida, incluso relojes de bolsillo a los dos guardias que custodiaban la entrada con los brazos cruzados.

Abby se acercó a ellos, sin dejar el papel de dama afligida. Tal vez esos hombres se compadecieran de ella.

—Quiero ver a mi madre —dijo desesperada—. Se llama Clarissa Crown. Está encerrada aquí por error.

Uno de los alguaciles la miró sin moverse.

—¿Trae carta del médico? ¿Pago? ¿Una recomendación?

—No tengo nada de eso, pero…

—Entonces no puede entrar. Vuelva cuando tenga algo que ofrecer.

—¡Pero es mi madre! ¡Solo quiero verla!

—¿Y yo qué quiere que le diga, señorita? Aquí todos tienen madre, padre, hijos.

Abby retrocedió un paso, empujada por otra mujer que se colaba a codazos con una cesta en la mano. Gritos, súplicas,

insultos. Hasta que uno de los centinelas silbó fuerte, con dos dedos en la boca.

—¡Pasillo! ¡Hagan un pasillo!

La gente empezó a apartarse. Los más lentos fueron empujados sin miramientos. En ese breve silencio expectante, se oyó el trote de varios caballos, el crujido de las ruedas de madera de un carruaje de buena factura. Y cuando se detuvo, bajaron dos hombres. A uno lo reconoció enseguida, con su monóculo, era Thomas Monro. Ese mal nacido se llevó presa a su madre con el beneplácito de su hermano y el juez de paz, alegando locura.

Al otro tardó un poco más, sin embargo, cuando lo hizo, creyó tener una mínima esperanza. Tez morena, el porte elegante, mandíbula marcada, hombros anchos.

Chilló su nombre con la angustia en el corazón, intentó pasar y agarrarle del brazo, pero uno de los guardias la detuvo.

—¡Señor Parry! ¡Ayúdeme! ¡Señor Parry! —gritó lo más alto que pudo.

El caballero que la salvó de la deshonra el día que llegó a Londres tenía la mirada fija en el edificio y ni tan siquiera se giró. Los guardias los saludaron a ambos con una inclinación de cabeza.

La ira de Abby, dormida desde que llegó a la ciudad, se despertó de repente. También sintió dolor, y, ante todo, impotencia.

—¡Doctor Monro! Tenga la decencia de dejarme entrar. ¡Mi madre está aquí por su culpa! ¡Ayúdenme a corregir esta injusticia! —bramó en un último intento desesperado.

La puerta se cerró. Al igual que su fe, perdida para siempre.

Capítulo 9



Landon Parry entró en Bedlam con paso firme, los hombros rectos bajo el abrigo negro y la mirada fija en la nada. A su lado, el doctor Thomas Monro se secaba la frente con un pañuelo de lino, aunque el día aún no había empezado a calentar.

El murmullo de la multitud seguía retumbando tras las puertas como un oleaje indomable. Landon no solía prestar atención a lo que ocurría fuera: ni a los gritos, ni a los ruegos, ni a los objetos que a veces pasaban por las rejas con la esperanza de comprar un poco de humanidad. Pero aquella mañana sí creyó escuchar cómo lo llamaban. Al intentar girarse, su mentor lo agarró del brazo y se lo impidió. Sin embargo, antes de que se cerraran las puertas, oyó alto y claro cómo mencionaban al doctor Monro y lo acusaban. Una voz de mujer, dolida, que le erizó la piel.

—¿Por qué aquella joven decía que su madre está aquí por su culpa?

Monro no contestó. Caminó hacia su despacho con la clara intención de ponerse la bata y empezar su ronda, como era costumbre.

El hospital olía a sudor agrio mezclado con vinagre. La humedad de los muros filtraba los gritos de los pacientes imposibles de acallar.

—¿Sabe al menos quién era? —preguntó Landon mientras cruzaban la galería principal.

El doctor Monro apenas desvió la mirada del pasillo.

—¿Quién?

—La que gritó ahí fuera su nombre.

—Ah, esa… Cada semana aparece una nueva hija, primo, amante o madre diciendo lo mismo. Todo el mundo cree que su familiar está aquí por error. No tienen ni idea. No le dé importancia,

doctor Parry. Usted tiene que desvivirse por los que están dentro, no por los del exterior.

Landon apretó la mandíbula. Aquel era su tercer año en Bedlam. Había llegado con la ingenua voluntad de mejorar las cosas. De aplicar conocimiento, de erradicar supersticiones y métodos crueles. Aunque a veces, como en ese instante, tenía la sensación de que no hacía más que poner vendajes sobre una gangrena.

Sabía que Monro tenía influencias. Decidía ingresos con una ligereza que le helaba la sangre y aceptaba donaciones a cambio de diagnósticos rápidos. Llamaba melancolía femenina a cualquier signo de rebeldía en una mujer. Y, aun así, seguía ahí. ¿Por qué?

Si se iba, el puesto lo ocuparía alguien peor. Y si abría la boca en el momento equivocado, corría el riesgo de perder todo por cuanto había luchado. Su carrera, su posición.

—Voy a revisar a los del ala oeste —dijo Monro—. Usted vaya con los recién llegados. Hoy ingresan tres más. Uno viene del distrito de Spitalfields. Intentó prender fuego a su edificio. Asegura que hablaba con el arcángel Miguel.

—¿Y el resto?

—Una mujer con ataques de histeria y un joven al que le dio por pasearse desnudo por los jardines de Kensington. Haga las primeras evaluaciones. Yo iré luego.

Landon asintió. Aunque lo que deseaba era volver a la puerta y buscar a aquella mujer. Saber quién era. A qué se refería. Por qué su voz lo había atravesado como una lanza entre las costillas.

La mañana avanzó con lentitud, pero con eficacia. Landon evaluó a los recién llegados y visitó a otros cinco pacientes críticos: dos con la mirada perdida en el suelo, uno con la ropa arrancada a tirones, y otro que hablaba en susurros con un insecto imaginario en la mano. La quinta era una mujer menuda que se golpeaba la sien cada vez que él anotaba algo en su libreta. Nadie recordaba su nombre. Llevaba allí desde antes que él entró a trabajar.

Mientras cruzaba el pasillo que conducía al ala norte, el eco de sus pasos resonaba entre las paredes encaladas. Un grito lejano se elevó y murió enseguida, como una nota equivocada en un concierto.

Se detuvo frente a una celda. En la pizarra colgada junto a la puerta, alguien había escrito:

> Clarissa Crown. Nueva.
> Evaluación pendiente.
> Solo con el Dr. Monro.

Landon frunció el ceño. Era la misma mujer con la que su mentor no había dejado que él iniciara un primer contacto. Y ahí seguía, a la espera de esa dichosa valoración.

Sabía lo que esa nota significaba. Monro reservaba ciertas pacientes para sí. Decía que eran casos especiales, lo que solía traducirse en observaciones con fines más políticos que médicos. Las mujeres de clase media o alta que ingresaban por decisión de algún pariente solían caer en esa categoría. Y siempre había un motivo que no figuraba en los informes.

Miró alrededor. No había nadie.

Monro continuaba en el ala oeste, tal vez mostrando sus destrezas ante el grupo de practicantes que lo seguían como si fuera Aristóteles encarnado. No regresaría pronto.

Landon apoyó la mano en la puerta, lleno de dudas. Podía seguir su camino. En cambio, sacó la llave de su bata, la introdujo en la cerradura y giró con suavidad. El chirrido fue breve, casi íntimo. Luego la empujó con la misma delicadeza con que se abre una herida que no ha terminado de cerrar.

La celda era pequeña. Una ventana alta dejaba entrar una luz mortecina y, en una esquina, sobre un camastro de madera, una mujer sentada miraba al frente como si el tiempo se hubiera detenido solo para ella.

Clarissa Crown tenía el cabello revuelto. Las manos juntas en el regazo. No parecía una amenaza. Más bien alguien esperando una visita.

Landon entró sin hablar. Cerró la puerta detrás de sí.

—Señora Crown —dijo con voz grave, sin aspavientos.

Ella alzó la vista. Sus ojos habían perdido cualquier atisbo de luz.

—¿Ha venido a darme otra vez láudano?

Él no respondió al instante. Abrió su cuaderno, más por costumbre que por necesidad.

—He venido a ayudarla, a conocer la verdad —dijo.

Al ver cómo la mirada de la mujer revivía, se sintió más ligero y supo que estaba haciendo lo correcto.

Capítulo 10

Abby había salido de las inmediaciones de Bedlam abatida, sin saber cuál sería el siguiente paso. Su mente volvió a la muerte del abogado Arnold Roy, el robo en su despacho y el desamparo de su madre. Pero había un rostro que jamás olvidaría: el de ese atroz caballero que la salvó de los malhechores nada más llegar a Londres. ¿Acaso sabía quién era? No estaba segura de que hubiese sido un encuentro fortuito, teniendo en cuenta que acababa de entrar como un héroe en ese maldito manicomio junto a su mayor enemigo, el doctor Thomas Monro. No se iría de Londres hasta que ese hombre cayera de su pedestal. Mientras, debería encontrar una manera de sobrevivir. Lo que más le disgustaba de aquella situación era volver a casa de su amiga sin ese trozo de pastel que había prometido a las niñas. Creía de verdad en su suerte y que con tan solo una visita al hogar del señor Roy sus problemas de dinero se disiparían. Desde ese momento, sería la tía mentirosa para siempre.

Cruzó el puente de Westminster y el aire frío le sacudió la falda. Caminó por Parliament Street, luego Whitehall, sorteó charcos, esquivó soldados, hombres en levita y criados con libreas. Abby andaba con la vista puesta en sus pies cansados y los oídos atentos al golpeteo de los cascos y los gritos de los niños pobres cuando eran perseguidos por los tenderos. Entró en The Strand, y allí, por un momento, el mundo volvió a oler a tinta y pan caliente. Pasó junto a una librería y cruzó la puerta. El dependiente quedó estupefacto al comprobar que su nueva clienta era una mujer. Solo los hombres mostraban preferencia por las plumas y los papeles de hilos. Esos mismos caballeros encargaban hojas de carta para sus señoras o sus hijas, pero estas nunca se atreverían a entrar en una librería y hacer gala de su interés por la lectura y la escritura.

—¿En qué la puedo ayudar? —carraspeó el dependiente incómodo.

Abby sonrió cortés.

—Me gustaría enviar una carta, ¿cuánto me costaría? Mi marido y yo nos acabamos de mudar y todavía no nos ha llegado parte del equipaje.

El hombre la miró de arriba a abajo, algo suspicaz.

—¿Una carta, señora? Necesitará usted una hoja de papel post, una pluma si no tiene la suya y algo de tinta. Todo junto no le saldrá por más de cuatro peniques, según la calidad. —El hombre hizo una pausa estudiándola—. En cuanto al envío, si es dentro de Londres, dos peniques bastan. Si va más lejos, tendrá que pagar el porte correspondiente. ¿A dónde desea enviarla, si puedo preguntar?

Abby tragó saliva y cerró los puños. No le gustaba el trato tan seco que le estaba dispensando.

—Woolriver —dijo apenas con un hilo de voz.

—Si va a Woolriver, en los Cotswolds, tendrá que contar con nueve peniques de franqueo, señora. Siempre que no use más de una hoja. Aunque si su marido espera equipaje, quizás le haya llegado también su escritorio de correspondencia. A las damas les gusta tener sus propios sellos y lacres.

Abby calculó rápido sus opciones: trece peniques suponía el trabajo de más de dos días lavando ropa. Con esa cantidad una familia pobre comía y calentaba agua durante una semana. No podía pedirle a Eliza ni a sus otras compañeras que se lo prestaran. Debía de encontrar una solución más idónea.

—Verá… —respondió Abby entre dientes. Estaba a punto de representar el papel de su vida. Dependía de ello para lograr que el tendero se fiara y así conseguir los enseres para escribir una carta a su estimada amiga *lady* Susan y advertirle de su situación—. Nada más llegar —prosiguió con cautela— , una maleta nos fue sustraída por esos dichosos críos que no paran de correr descalzos por Londres. Y, si le soy sincera, estamos en estos momentos contratando el servicio. Por eso me encargo sin dilación de lo que más le interesa a mi esposo: proceder con su correspondencia. Necesita todo cuanto pueda venderme y de la mejor calidad. Por lo

que, para empezar, me gustaría llevarme papel de escribir, una pluma de ganso bien cortada y un frasco pequeño de tinta negra. Mi esposo vendrá a saldar la cuenta en cuanto termine sus asuntos en Lincoln's Inn.

El dependiente realizó un gesto de disculpa.

—Lamento decir que no podemos abrir cuentas nuevas sin la presencia del caballero en cuestión. Es política de la casa desde hace varios años. Las deudas, ya sabe usted, viajan más rápido que el correo.

—¿Insinúa que no soy quien digo ser?

—No, señora. Solo afirmo que, para abrir crédito aquí, requerimos la firma y la presencia del titular. —El dependiente extendió su brazo hacia un estante lateral—. Pero si desea, puedo ofrecerle un paquete de papel sencillo, una pluma sin cortar y tinta de la común. Todo por tres peniques. Le servirá mientras tanto.

Ese número ya le parecía más razonable. ¿Debería volver cuando hubiese ahorrado? Pero ¿cómo hacerlo? Tan solo ayudaba a Eliza a cambio de techo y comida. Si quería parte de sus ganancias, deberían duplicar el trabajo. Y si por casualidad consiguiera esa difícil hazaña, ¿qué pasaría cuando volviera a Woolriver? Lo más seguro era que Eliza perdiera a sus clientas por no poder abarcar el lavado de tantas prendas.

—¿Tinta de la común? ¿Cree usted que mis amistades están acostumbradas a tinta de carbonilla y papel de taberna? —Abby se lo jugó a todo o nada.

—No me atrevería a suponer los gustos de sus amistades, señora. Solo me limito a lo que está en mis manos hoy —replicó el hombre.

—Pues en ese caso, ya le diré a mi esposo que ha sido usted inflexible. Y no espere a que volvamos, a no ser que su trato cambie en estos segundos de conversación que le quedan antes de que traspase esa puerta.

—Entienda que es nuestra política. Estaré encantado de atender a su marido cuando venga y explicárselo en persona. Buenos días, señora.

Abby salió con la fingida indignación de una dama noble. No tuvo que representar mucho, ya que la impotencia la embargaba más allá de las palabras de ese dependiente de pacotilla. Seguro que el negocio no era ni suyo. Creía que lo había convencido, que las clases que su madre le pagaba para convertirla en toda una señorita servirían de algo. ¿Qué le había delatado?

Se paró ante un escaparate y examinó su aspecto. Llevaba tres días sin quitarse el vestido, tal vez fuera eso. ¿El olor? Había conocido a muchas damas que lo camuflaban a través de perfumes caros. Sí, había sido eso: tener la osadía de oler a sudor sin enmascararlo con un frasco de colonia importado de Alemania.

Al girar por una esquina se encontró delante de una pastelería, la misma donde una vez su madre le compró bizcochos de almendra envueltos en papel fino en una visita fugaz a la capital. El escaparate brillaba con un esplendor cruel. Pasteles de fruta glaseada, tartas de limón, dulces franceses con nombres imposibles de pronunciar. Escuchó una risa conocida y alzó la mirada hacia el interior. Ahí estaba Adeline, con un caballero elegante y muy atractivo agarrada del brazo. ¡No podía creer que su amiga hubiera caído en algo en lo que juraron las tres no sucumbir jamás! Nunca serían mantenidas, nunca venderían su cuerpo a cambio de comida o ropa. Su primer instinto fue esconderse. Luego recapacitó y se quedó junto al escaparate esperando. ¿Qué haría Adeline al verla? ¿Volvearía el rostro hacia otro lado simulando no conocerla?

Aguardó con la cabeza gacha hasta que Adeline, junto a su acompañante, salieron del establecimiento. Ella hizo ademán de entrar con la intención de chocar con ellos.

—Mis disculpas —dijo levantando la vista para posarla en Adeline, a la espera de la reacción de su amiga.

—¿Abby? ¿Qué haces aquí?

—¡Adeline, querida! ¡Me alegra verte! Iba a por una tartaleta igual que esta para mis ahijadas. — Utilizó el mismo tono azucarado que en las fiestas a las que había acudido en Woolriver.

Su amiga se extrañó ante ese saludo tan aristocrático y el atractivo hombre que seguía a su lado más bien la desnudó con un solo vistazo. No supo si alegrarse de ese efecto o sentirse culpable.

La expresión de Adeline fue de pura comprensión.

—*Lord* Percival Lovelace, vizconde de Essex, me complace presentarle a la señorita Abigail Crown.

—Abigail Marianne Crown. —Había aprendido que tan solo los de alta cuna tenían dos nombres y quería ofrecer una buena primera impresión.

—Encantado de conocerla, señorita Crown.

Lord Essex hizo una exagerada reverencia y le obsequió con un sensual beso en su mano derecha, que por suerte seguía dentro de sus acostumbrados guantes. Esos ojos verdes la dejaron durante unos segundos sin aliento. Abby hizo una reverencia y, sin querer, ofreció una mirada golosa a la tartaleta que todavía portaba Adeline en la mano. Esta cuchicheó algo en el oído del atractivo hombre y este se alejó unos metros de ella con un distinguido porte que solo se podría aprender de una familia de alta cuna.

—¡Madre mía, Adeline! ¡Te lo tenías bien callado! ¡Qué mozo más bien posicionado te has buscado! Aunque ya sabes que no apruebo tu conducta, ya me explicarás cómo lo has embaucado —soltó Abby, perpleja.

—No es más que otro aristócrata ávido de atención, pero ya te lo contaré en otro momento. Le he dicho que quería hablar a solas de cosas de mujeres.

—¿Y eso qué significa?

—La familia, las niñas, fruslerías… Pero, dime, ¿vienes con los bolsillos llenos o sigues ayunando? Por cómo miras este postre juraría que es lo segundo.

—¡Estoy desesperada! ¡He intentado actuar como una dama y no he conseguido que se lo creyeran! El abogado me ha echado a patadas, y he entrado en una librería a por papel y tinta para enviar una carta a mis amigas de Woolriver y casi se ríen en mi cara.

—El truco es hacerse pasar por criada, no por señora.

—Les prometí a las niñas de Eliza una tarta de vuelta a casa. No quiero defraudarlas… —Intentó poner su expresión más abatida, aunque tampoco tuvo que disimular mucho.

Adeline por fin se apiadó de ella y le entregó la tartaleta de cereza.

—Van a creer que la vida es fácil, y no es una lección apropiada para ellas.

—Me da que eso ya lo saben.

Su amiga sonrió con tristeza y se apresuró a reunirse con su amante.

Abby se dio cuenta de que había sido bastante egoísta al hablar solo de ella cuando se vieron el primer día. No sabían nada la una de la otra desde hacía tres años y lo único que se le ocurrió fue lamentarse de su desgracia.

Se quedó quieta, observándolos, como quien está ante la exhibición de dos ejemplares de pavos reales, y sin duda el que más brillaba en la lejanía era *lord* Essex: alto, de fuertes brazos, pelo castaño con reflejos dorados, una nariz perfecta y una sonrisa torcida que le dedicó al pillarla *in fraganti*. Sin dejar de mirarla, habló al oído de su amiga. Abby permanecía todavía de pie, como si las calles de Londres la hubieran atado los pies con sus raíces teñidas de gris, al igual que los edificios que la rodeaban.

Adeline volvió sobre sus pasos con una gracia natural aprendida a base de ensayo y error.

—El vizconde quiere que te invite al evento que celebrará en su casa la semana que viene. —Su actitud fue más bien de fastidio.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No lo sé, Abby. Tal vez quiera proponerte un trío, yo qué sé. A estas alturas no te hagas la inocente.

—No quiero que nos enfademos por esta tontería. Declina la invitación por mí.

—Tú sonríe y asiente. Luego ya tendremos tiempo de presentar una excusa si decides no ir.

Abby se sintió coaccionada por el extraño comportamiento de Adeline, antes tan amigable y en ese momento tal vez arrepentida de haberse detenido a saludarla. Miró de nuevo a *lord* Essex, que parecía esperar con deleite su respuesta, y realizó una leve inclinación de la cabeza.

—Me pasaré por casa de Eliza en otro momento y hablamos —susurró Adeline antes de volver a los brazos de su acompañante.

La pareja se alejó sin mirar atrás y Abby no dejó de darle vueltas una y otra vez a las palabras de su amiga. ¿Los Cotswolds la habían convertido en una dama ingenua?

Capítulo 11



Lady Susan esperó a que las damas del club se hubieran acomodado en sus respectivos asientos. Solo entonces, cuando el murmullo de saludos y crujir de telas cesó, se puso en pie con gesto solemne. El silencio no era completo, nunca lo era entre mujeres curiosas, pero fue suficiente para dejar caer la noticia.

—Mi marido ha recibido una carta del abogado que ha comprado la casa y el despacho del difunto Arnold Roy.

Un leve murmullo recorrió la sala.

—¿Ese hombre no era el que tenía que ayudar a Abby? —habló la maestra, compungida.

—¿Ha muerto? —Herminia, la mujer del catedrático y veterana del grupo, hizo aquella pregunta retórica mientras se palpaba la barbilla preocupada.

—¿Pero Abby está bien? —inquirió Rose Mary, la mano derecha de *lady* Susan y mejor amiga de Abby. Las dos se conocieron siendo ambas criadas y acabaron de muy diferentes maneras: Abby reconocida por su familia, y Rose siendo la doncella y secretaria de la presidenta del club.

—No lo sé —admitió *lady* Susan—. En la carta solo se presenta, pero ni una palabra de nuestra Abby. Como tampoco hemos recibido noticias suyas y ya hace unos días que se fue sin avisar, me gustaría proponer una expedición.

—Ni que fuéramos exploradores del Nilo —se mofó Herminia.

—Estará bien —terció otra de las damas—. Si se marchó sin decir nada, sería porque no quería que nos entrometiéramos.

—Pues bien que se llevó el dinero y las cartas de recomendación —replicó otra voz, más aguda.

—Porque no es tonta —zanjó Rose Mary con firmeza.

—¡Señoras! —*Lady* Susan alzó la mano, recuperando el control —. Un poco de decoro, os lo ruego. Mi intención es sencilla: ir a Londres, visitar al nuevo abogado y pasar por la pensión de señoritas que regenta la señora Gray, donde debería estar Abby.

—¡No puedes dejar a los mellizos solos! —intervino Herminia, como si acabara de acordarse de la existencia de los niños.

—Ya se han repuesto de sus eternos resfriados —respondió *lady* Susan con una sonrisa fatigada—. Me vendría bien tomar aire. Y ayudar a una de las nuestras, no lo olvidéis.

Una figura apareció en la puerta del jardín. *Lady* Katherine Pembroke entró envuelta en una ráfaga de aire fresco y aroma a lavanda. Había llegado al club hacía poco, pero ya se había ganado el cariño de todas.

—Siento el retraso —dijo quitándose los guantes con delicadeza.

—Kat, gracias a Dios que has venido. —*Lady* Susan profirió un suspiro de alivio—. Diles a estas insensatas que debemos partir de inmediato hacia Londres.

—¿Es por lo que me comentaste el otro día, sobre Abby y el nuevo abogado? —preguntó Kat con suavidad—. ¿No sería mejor enviarle una carta antes de precipitarnos?

—¿Tú también te has pasado al otro lado? —se exasperó *lady* Susan.

—Esto no es una discusión, y nadie gana o pierde. Solo creemos que te estás precipitando, querida Susan —habló de nuevo Herminia.

La presidenta se enderezó con esa dignidad que solo desplegaba cuando la contradecían.

—Votemos —declaró—. Quien esté a favor de partir de inmediato en busca de nuestra amiga y compañera que alce la mano.

La suya fue la primera en elevarse. Rose Mary la imitó, sin dudar. Kat vaciló, pero al final también la levantó, a pesar de que hacía unos segundos había manifestado lo contrario.

—¿Tan rápido has cambiado de parecer? —la reprendió Herminia.

—Tú misma has dicho que no hay nada que perder o ganar. Solo doy mi apoyo a quién me necesita. —Kat cubrió la mano de la presidenta.

—Abby te lo agradecerá —habló l*ady* Susan conmovida.

—No lo hago por Abby —dijo Kat, clavando los ojos en la presidenta—, sino por ti. El que Abby se fuera de madrugada dejando plantada a Rose Mary te ha trastornado más de lo que aparentas. Sufres por ella porque nunca has estado sola en la ciudad y no sabes lo que le espera. Pasaste de vivir con tus padres a venir a Woolriver a la fuerza con tu marido, y luego encontraste el club. Pero Abby es de otra pasta, créeme. He estado en Londres y sé que una chica como ella se las apañará. Ya sabes que de vez en cuando el marqués y yo vamos a esas fiestas clandestinas y he visto unas cuantas cosas.

—¡Qué horror! No me imagino a Abby en uno de esos sitios, ni a ti tampoco, Kat. No sé por qué te empeñas en darnos esos detalles —se escandalizó Herminia.

—¡Ella antes era lavandera! —exclamó Rose Mary alzando la barbilla—. Un oficio muy digno, por cierto. Y aunque haya votado a favor del viaje, no creo que le haya pasado nada. Seguro que está bien atendida por la señora Gray. Y ocupada. Bastante tiene con lo de su madre como para ponerse a escribir cartas.

—¡Cierto! —asintió otra dama sentada al fondo—. Esperemos nuevos acontecimientos antes de actuar.

Las demás mujeres solicitaron otra votación. *Lady* Susan tragó saliva, obligándose a recuperar el aplomo. Esta vez las manos alzadas no la convencieron.

—Decidido por votación —dijo la presidenta con la amargura en la voz—. No nos queda otra que aguardar. Le pediré a mi marido que se ponga en contacto con ese nuevo abogado y le pregunte por Abby —dijo, recomponiéndose—. Y ahora, mis queridas damas, vayamos a por la lección de hoy.

Y con un leve gesto, dio por cerrada la discusión. Aunque por dentro, seguía temblando.

Capítulo 12

Cuando Landon Parry se sentía frustrado, y últimamente ocurría más a menudo de lo que admitía, acudía al refugio que le ofrecía su amigo *lord* Percival Lovelace. En aquel pequeño palacete al oeste de Londres encontraba no solo copas llenas y partidas de cartas, sino algo más necesario aún: el alivio de dejar de ser él mismo por unas horas.

Percival le ofrecía evasión. Risa. Peligro medido. Y una amistad forjada durante la adolescencia y endurecida por los traumas de la edad adulta. A ambos les encantaba apostar desde que se conocieron en el internado de Eton, y más aún, ganar. Las noches en aquella casa acostumbraban a llenarse de hombres adinerados con una necesidad secreta de perder. Pero antes de que se abrieran las puertas a esa corte de ilusos, Percival y Landon mantenían un ritual inalterable: una cena íntima, relajada, como la calma que precede a una tormenta. O a un espectáculo.

Aquella velada, el postre era sorbete de limón con un hilo de mermelada de fresa. Un contraste frío y dulce, perfecto para limpiar el paladar antes del exceso.

—Te noto algo incómodo —observó Percival, agitando la cuchara con desgana.

Landon no había tocado el sorbete. Estaba demasiado acostumbrado a esos manjares como para encontrarles sabor.

—No puedo quitarme de la cabeza a una mujer —confesó sin rodeos, aunque su voz sonó como si le doliera admitirlo.

—¡Por fin! —exclamó Percival, apoyando con fuerza el cubierto sobre la mesa—. Landon Parry se da cuenta de que existe vida más allá de las paredes de Bedlam. ¡Milagro bendito!

—Ella está encerrada allí —murmuró Landon—. Hoy intenté que me contara su historia, pero ha sido imposible. Se cerró en banda.

Como si hablara con una pared.

—Vaya tragedia —ironizó su amigo, llevándose una porción de sorbete a los labios—. Deberé entonces redoblar mis esfuerzos en presentarte a mujeres de carne y hueso, en lugar de fantasmas que habitan en celdas.

—¿Todavía quedan muchachas en Londres que no hayan pasado por tu cama? ¿O quieres endosarme a las que ya no te hacen gracia?

—No seas mezquino. Hoy he conocido a una joven ideal para ti. Parece de buena familia, viste de luto. —Percival hizo un gesto con la mano, como si eso aumentara su valor—. Adeline dice que ha perdido a un familiar. Educada, recatada, un alma trágica. Todo muy de tu estilo.

—¿Adeline? ¿Ya quieres darle la patada y sustituirla por una amiga suya? No le hagas eso, ¡me cae bien! —se burló Landon.

—¿No has escuchado lo que he dicho? Ni la he tocado. La he invitado a la fiesta de la semana que viene. Solo para ti.

—¿Qué fiesta?

—La que acabo de decidir celebrar —respondió Percival, encogiéndose de hombros con una sonrisa torcida.

Landon resopló.

—¿Por qué esa obsesión en emparejarme? Yo no tengo tu dinero. No puedo ofrecer joyas ni sorbetes ni fiestas hechas a medida.

—Porque quiero que dejes de pensar en mi madre. Sé que tuviste algo con ella y que todavía os escribís —dijo su amigo, sin cambiar el tono—. Sácala de tu mente. Cassandra no te ama.

El silencio fue inmediato. Una pausa brutal. Landon se había llevado la cuchara a la boca por inercia. El helado de limón le resultó de pronto ácido, insultante. Lo escupió en la servilleta.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde siempre. —Percival apoyó una mano en su hombro con cautela—. Estás enamorado de ella desde que la viste. No eres el único: todos lo hacen. Lo extraño es que tú no huiste cuando la conociste de verdad. Al contrario, la esperas como un perro bien

adiestrado. Le ríes las gracias. Te empeñas en creer que es capaz de amar a alguien.

—Lo siento mucho. No quería que pasara, pero…

—Te encantaría ser mi padrastro, ¿verdad? —se rio Percival entre dientes.

—Te veo más bien como un hermano. —Landon no supo si reír la gracia o escabullirse avergonzado.

—¡Qué asco! Entonces es como si fornicases con tu propia madre.

Landon frunció el ceño y se cubrió el rostro con la servilleta, en un gesto de desaprobación teatral.

—Para serte sincero —habló con honestidad—, cuando estábamos en el internado, Cassandra era más bien la dama que te enviaba dinero y a la que nunca veías. La conocí por casualidad cuando tú no estabas… y surgió la magia.

—Ahora soy yo el que le tiene que pagar sus caprichos. Lo dilapidó todo con su último amante, y siento decirte que no eras tú.

—De manera ilegal, con tu casa de apuestas clandestina, y con mi ayuda.

Percival se lanzó sobre él con un rugido gutural para revolverle el cabello. Landon, más rápido, lo sujetó de los brazos y lo hizo rodar con él hasta tirarlo al suelo. Hubo un forcejeo breve. Después, ambos se echaron a reír.

—Te debo la vida, y eso es un punto a favor, si no, estarías muerto, ¿lo sabes? Me enseñaste a pelear —jadeó Percival—. A defenderme de esos cabrones de Eton.

—Y luego nos convertimos en los cabrones —añadió Landon—. Éramos invencibles.

—Y lo seguimos siendo —afirmó Percival, alzando un dedo en gesto solemne—. Así que esta noche te quiero a mi lado. Despierto. Con la cabeza despejada. Sin pensar en la mujer de Bedlam ni en Cassandra. Juega bien tus cartas. Gánate tu comisión.

—Sí, hijo… —murmuró Landon con sorna.

—¡Bastardo! —exclamó Percival, lanzándose de nuevo sobre él.

Se incorporaban a medias, aún enzarzados, cuando la puerta se abrió.

Adeline apareció con un vestido de terciopelo verde oscuro, ajustado al talle. La luz de las velas hacía brillar su escote con una calidez peligrosa.

—Los invitados están llegando, Percy —anunció con tono cantarín.

—¿Dejas que te llame Percy? —preguntó Landon, aún con el pelo alborotado.

—Solo en la intimidad —dijo ella guiñando un ojo.

Percival se acomodó la chaqueta.

—La noche empieza. Guarda tus demonios bajo llave o invítalos a jugar, pero gana.

—No olvides perder alguna partida para ser más creíble —apuntó Adeline mientras se alejaba de nuevo hacia el salón, que cada vez se llenaba de gente más variopinta.

—Es la primera vez que una de tus chicas llega tan lejos —susurró Landon a su amigo.

—¿A qué te refieres? —La estupefacción en la cara de Lovelace era cómica.

—Nunca les habías dado ningún papel en tus chanchullos, y esta sabe más de lo que parece.

—Sí, amigo, yo también me he sorprendido. Pero se ve que Adeline no es una cualquiera, sino una lavandera muy buena con los números.

Landon se llevó la mano al corazón.

—¡Demasiado romántico para ti!¿Sabes qué? Me has convencido: acudiré a tu fiesta especial la semana que viene.

—Tú siempre vienes a mis fiestas. Lo que quiero es que estés dispuesto a conocer a alguien que ocupe ese espacio de tu corazón que Cassandra ha secuestrado.

Landon sopesó las palabras durante unos segundos más de lo debido. Todavía le temblaban las rodillas al comprobar que su oscuro secreto había sido expuesto. Desde hacía unos años sabía que era un traidor, y por mucho que Percival hubiera amortiguado el golpe, no dejaba de sentirse como un canalla.

—Lo haré —dijo estrechando la mano que su amigo le había tendido.

Solo acallaría al demonio que llevaba dentro si se atrevía a buscar consuelo en otro tipo de mujer. Una distinta. Recatada, servicial…, como le habían sugerido. Lo opuesto a Cassandra. Porque, aunque sus sentimientos hacia ella siempre habían sido nítidos, también los consideraba perversos. Y hasta el momento no había aspirado a nada más. Porque, en el fondo, era eso lo que creía merecer.

Capítulo 13

Abby llegó al edificio donde Eliza convivía junto a su familia con las manos heladas, los pies doloridos y un anhelo tonto en el pecho. En lugar de dirigirse al patio, por el cual se filtraban las risas mezcladas con el golpe sordo de los cubos, subió directa a la habitación alquilada. Quería dejar la tartaleta sobre la mesa, justo donde las niñas la vieran al entrar. Como si el dulce pudiera hablar por ella.

Las llamó desde la ventana con voz alegre para que dejaran a su madre trabajar tranquila. Pero en lugar de oír los pasos ligeros de las pequeñas, subieron las tres. Eliza traía un barreño lleno de ropa seca, lista para planchar. Y, con ello, se llevó por delante la sorpresa.

—¿Has conseguido el dinero? —fue lo primero que preguntó, sin rodeos.

Abby negó con la cabeza. Un simple gesto. Pero en aquel espacio tan pequeño donde se amontonaban los cinco, cada movimiento era una confesión.

—Entonces, ¿de dónde lo has sacado?

—Tenía algo ahorrado —respondió Abby, cruzando los dedos tras la espalda.

—Si así fuera, no hubieras estado comiendo pan duro toda la semana.

Las niñas se acercaron a la mesa con ojos brillantes. Lucy dio un pequeño gemido y Eliza, por reflejo, intentó detenerlas. Pero ya era tarde. La madre se rindió justo cuando el instinto infantil vencía a la disciplina.

—Esperad —dijo Abby, emocionada sin poder evitarlo—. La he dividido en dos. Así no os peleáis.

Ambas mujeres se quedaron quietas, como suspendidas, mientras las niñas saboreaban la crema, las cerezas brillantes y ese crujido perfecto de la base de galleta. Lucy terminó con la boca

manchada de rojo, relamiéndose los dedos. Mary tenía la mirada perdida, aún recordando el primer bocado, aunque ya se le hubiera deshecho en el estómago.

Abby sintió una punzada cálida en el pecho. Algo parecido a la felicidad. Pero Eliza le agarró del brazo y la apartó hacia un rincón.

—¿Lo has robado? —susurró, con voz baja y firme.

—¿Por quién me has tomado?

—No sería la primera vez. De niñas…, ya sabes.

—Ahora es distinto —murmuró Abby—. Solo quería compensar lo que habéis hecho por mí.

—Pues podías haber mendigado carbón o pescado. Al menos nos habría durado varios días. No diez segundos.

Abby apretó los labios.

—Me lo ha dado Adeline.

Eliza se tensó.

—¡Estás loca! No quiero que mis hijas crean que se puede vender el cuerpo por un pastel.

Abby le cubrió la boca y habló en voz baja.

—No tienen por qué saberlo.

—Créeme que esa zorra vendrá a regodearse —exclamó con tirria su amiga.

—¿Desde cuándo le tienes tanta inquina? De pequeñas éramos las tres inseparables.

—Hay muchas cosas que no sabes.

—Pues cuéntamelas.

—No las has querido saber hasta ahora. ¿Por qué molestarte?

—Perdona por poner a mi madre como prioridad —dijo Abby, sin pensar.

Eliza se quedó callada un buen rato. Las niñas, ajenas a la conversación, habían empezado a jugar. Simulaban estar en un salón elegante, bebiendo té invisible y comiendo trozos imaginarios de tarta. Abby las observó con ternura.

Su amiga se sentó en una esquina, dejó el barreño a un lado y empezó a doblar las prendas con un gesto mecánico.

—Todavía me cuesta imaginar que tienes una madre. Nos unimos precisamente por lo contrario. Por no tener a nadie.

—¿Y eso qué tiene que ver con Adeline?

—Ella sabe que hay tensión, pero nunca le he dicho lo que pienso.

—¿Y qué piensas? —preguntó Abby, que se había acercado a ayudar. Humedeció una camisa con los dedos y la estiró sobre la tabla vieja, que en su día fue una puerta.

Eliza sacó la plancha del brasero con las tenazas herrumbrosas. La depositó sobre el tejido con un sonido sordo.

—Si no la dejas húmeda, se queda tiesa como una tabla —advirtió—. Y a los señores no les gusta el cuello blando. Dicen que es cosa de pobres.

—¿Y ya está? ¿Críticas a Adeline sin ninguna justificación? Hoy he visto a quien supuestamente la mantiene y, créeme, no es un viejo verde. Al contrario, está de muy buen ver. No me extrañaría que hubiera pasión sincera por el medio. —Abby no quería zanjar la discusión. Debía aclarar qué ocurría.

—¿Te ha insinuado que la acompañes a algún sitio? —El tono de Eliza se volvió suspicaz.

—¿A qué te refieres?

—¿A una fiesta, tal vez?

—Sí. Parece que le he caído bien a su acompañante. —Abby recordó el hermoso rostro del vizconde.

—Así se empieza —murmuró Eliza entre dientes.

—Tanto tú como Adeline estáis de lo más misteriosas. ¡Habla claro!

—¡Te has vuelto una remilgada, Abby! ¡Ya no ves más allá de tus narices! Adeline dejó de lavar ropa cuando se fue a vivir con la señora Nicolson.

Abby se giró en seco.

—¿La alcahueta?

—Sí. Su casa es una fiesta continua de hombres que suben y bajan de las habitaciones de sus señoritas, como las llama ella. Es el primer paso para poder encontrar a un caballero y que te mantenga previo pago a la señora Nicolson. ¿O es que el aroma de las flores de Woolriver te ha borrado la memoria?

—Sí, ya me había dado cuenta de que había algún pacto por en medio de esos dos. Pero no que hubiera sido a través de esa rastrera. Prometimos no volver jamás a esa casa —se horrorizó Abby.

—Adeline nos traicionó. Y ahora se jacta de que fue la mejor decisión de su vida, que en lugar de un caballero encontró un *lord* que la tiene encerrada en su palacete.

—Pues yo no he visto que la tuviera secuestrada. Parecían enamorados. —Todavía recordaba la impresión que la pareja le había dado: elegante, majestuosa, sin un ápice de sombra de culpa en sus rostros.

—¿Y por qué quiere que vayas a una fiesta? —Eliza matizó la última palabra con ironía.

—No voy a ir. Ya vi en su mirada cuando me lo ofreció que no le gustaba la atención que me dispensaba *lord* Essex.

—Es lo mejor —concedió Eliza, volviendo al planchado.

Las niñas corrieron hasta Abby. Le tiraron del vestido y, cuando se agachó, le plantaron un beso en la mejilla.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó Mike, que acababa de entrar con un paquete bajo el brazo.

—Para darle las gracias a la tía Abby. Nos ha traído un pastel —anunció Lucy, todavía emocionada.

—¿Por fin has llegado a un acuerdo con el abogado? —preguntó Mike con la esperanza en los ojos.

Fue Eliza quien negó con la cabeza.

—Un presente de Adeline. Pero Abby y yo ya hemos hablado. No volverá a ocurrir.

—Entonces, todo arreglado. ¡Niñas! Esta noche ¡comemos carne! —Mike levantó el paquete como si fuera un trofeo.

Mary y Lucy chillaron de alegría. Le arrancaron el envoltorio de las manos. Dentro había tres filetes, que repartidos con cuidado, podrían alimentar a los cinco.

—¿De dónde los has sacado? ¿Te han pagado en especies en el puerto? —preguntó Abby irónica.

—Veo que no se lo has contado todo —añadió Mike con cautela.

—Es un regalo de Tobias Flanagan —soltó Eliza, sin rodeos—. Desde que supo que habías vuelto, no ha dejado de preguntar por ti.

—¿El carnicero? —Abby agrandó los ojos, comprendiendo la emboscada de su amiga.

—Fue tu primer amor. Y él todavía se acuerda. —Eliza intentó apelar a sus sentimientos.

—Fue mi primer polvo, nada más. —Le guardaba simpatía y algún recuerdo tierno, pero Abby no podía decir que fuera amor.

—¡Calla, que te oyen las niñas! —la reprendió Eliza.

—Me echas un sermón por aceptar un pastel, para que no me rebaje ni pierda la dignidad, ¿y ahora me vendes al carnicero? —susurró Abby indignada.

—Son bistecs de calidad. Y no exageres. Solo te pedimos una cena con él —dijo Mike mientras buscaba la sartén entre los trastos.

Eliza se apresuró a guardar la ropa antes de que se impregnara del olor.

—Vamos a comer como reinas —mencionó casi como una plegaria.

El humo empezó a llenar la habitación. Olía a grasa y a esperanza tibia. Hasta las niñas se detuvieron para mirar cómo chisporroteaba aquel manjar.

—No voy a ir a esa cena. Que lo sepáis —dijo Abby, sin poder apartar los ojos de los filetes.

—Él vendrá aquí. No tienes por qué preocuparte. —Mike le guiñó un ojo.

—Has sido listo. Ahora tendrá que alimentar a toda la familia —se maravilló Eliza.

Abby se cruzó de brazos.

—¿Y qué diferencia hay entre esto y lo que hace Adeline?

El matrimonio compartió una mirada cómplice.

—Tobias es un buen hombre, le gustas, a ti te gusta, ¿qué hay de malo en estrechar lazos? En el caso hipotético de que pudieras sacar a tu madre de Bedlam, estoy segura de que él se haría cargo de las dos —comentó Eliza con seriedad—. Solo me preocupo por tu futuro.

—Y por el vuestro. Porque sabéis que no os dejaría en la estacada.

—Es lo mínimo que nos debes, después de desaparecer durante tres años —espetó Mike—. Solo una cena. Luego tú verás.

—¡Sois todos iguales! ¡Queréis aprovecharos de mí! No voy a probar ni un bocado de esa carne. ¡Y no pienso aceptar la propuesta de Tobias!

Abby salió dando un portazo. Bajó los escalones casi a ciegas. Cuando se quedó sin aliento, se dejó caer en el último. No sabía a dónde ir. Tampoco tenía fuerzas para moverse. Se tapó el rostro con las manos y, por fin, se permitió llorar.

Capítulo 14

Abby apretó la tarjeta que le había entregado un pilluelo de la calle un día que fue a la fuente a llenar los cubos. La dirección que aparecía escrita —Russell Square, número 14— la confundió al principio. Era un barrio privilegiado de Londres y no entendía por qué requerían su presencia. Luego entendió que esa *A.* mal escrita al final de la nota solo podía ser de una persona.

Fue recibida por un mayordomo, que insistió en que le entregara el abrigo y el sombrero. También le solicitó sus guantes de viaje, no muy adecuados para el interior. Pero Abby fue tajante en eso. Ni por nada del mundo se los quitaría, y menos en aquella casa. La condujo hasta una salita acogedora, donde la esperaban una taza de té de la porcelana más fina y Adeline, sentada en un butacón jaspeado y ataviada con un vestido sencillo, pero con evidentes signos de haber sido confeccionado a medida.

—¿Por qué estoy aquí, Adeline? —fue lo primero que salió de sus labios. Nada de las típicas palabras de cortesía. Había demasiada confianza entre ellas para andarse con subterfugios.

—También me alegro de volver a verte, Abby.

—Al grano. ¿Te ha dicho tu amo que me convenzas para ir a ese evento misterioso? ¿Por eso me haces venir y me muestras tu nueva casa? No vas a sorprenderme. Llevo tres años siendo la hija del señor Crown y él mismo me dispensaba todos los caprichos.

—Hasta que murió. —La media sonrisa de su amiga no le gustó.

—¿Qué insinúas?

—Solo constato los hechos. Ya no tienes nada, y necesitas ayuda para salir adelante.

—Siempre me las he apañado muy bien sola. —Abby refunfuñó, aunque en su fuero interno sabía que su situación se estaba tornando bastante delicada.

—Me decepcionas, Abby. Hemos sido como hermanas, y solo porque apareció una madre y se te llevó lejos, has dejado de creer en nosotras. Eliza, tú y yo.

Abby apretó los puños, incapaz de dar un paso hacia el frente.

—Solo quieres restregarme lo que has prosperado, pero ser la mantenida de un *lord* no te hace mejor.

Adeline se levantó y avanzó hasta ponerse a la altura de Abby, que permanecía de pie, como si tan solo sentarse en aquellos cómodos sillones y beber té que no supiera a agua sucia fuera suficiente para convencerla de convertirse en aquello de lo que siempre había huido.

—No sé por qué te escandalizas. Si me acuesto con él o no es cosa mía. Pero lo que ves ahora — Adeline extendió sus brazos hacia la decoración del salón— es por mi pericia en los números, no en la cama.

—¿Qué quieres decir? —Abby no entendía qué tenía que ver la afición de su amiga con ser una mantenida.

—Ya sabes que se me dan muy bien las sumas y las restas. Se ve que mi cerebro calcula más rápido que la gente normal. O eso es lo que me dice Percy. Le ayudo en sus apuestas.

—¿Cómo? ¿Haciendo trampas?

—Cuento las cartas, y así me es mucho más fácil saber quién hace trampas. También he aprendido a llevar la contabilidad de la caja.

—¡Pero ni siquiera sabes leer ni escribir!

—Estoy aprendiendo a pasar los números que aparecen en mi cabeza al papel —contestó su amiga orgullosa.

Abby se emocionó al comprobar que Adeline le estaba sacando partido a algo que sin duda sabía hacer bien. No obstante todavía le quedaba clavada una pequeña espina de duda.

—¿Lo amas? —preguntó en un susurró.

—¿A Essex? —Adeline se echó a reír—. Es un diablo con sonrisa de ángel. No te fíes nunca de él.

—Pues bien que haces de correveidile. ¿No te ha ordenado convencerme para que acuda a esa dichosa fiesta? —De tanto nombrarla, ya le estaba cogiendo manía.

—Pensé que se había encaprichado de ti, pero se ve que te quiere para un amigo.

Abby entró en cólera. Parecía que Eliza y Adeline se habían confabulado para encontrarle a un hombre.

—Nunca me vendería, hermana —susurró con acritud.

—Se trata de un chico serio. Nunca lo he visto con otras mujeres. Rechaza todas las que Percival le presenta. Aunque contigo ha tenido un presentimiento. Según él, eres tan sosa como Landon. Por eso piensa que os llevareis bien.

Abby se sintió herida ante esa afirmación. Por fin se sentó delante de la mesilla donde estaba preparado el té. Necesitaba un sorbo

—¿Así se llama?

Adeline asintió.

—Tiene un trabajo de lo más aburrido. No recuerdo bien si era abogado, médico…

Abby abrió los ojos con la esperanza puesta en una de esas dos profesiones. Cualquiera le serviría para conseguir un avance en los tribunales o incluso en Bedlam. Podría solicitar la evaluación de otro médico que no fuera Thomas Monro.

—No —continuó su amiga pensativa—. Creo que es escribano; siempre se queja de los largos informes que tiene que transcribir.

Abby expulsó el aire que había sostenido. ¿De qué le serviría un escribano? Solo redactaban documentos legales y certificaban firmas. ¿Tal vez pudiera falsificar alguna en su beneficio y sacar a su madre de aquel horrendo psiquiátrico?

—¿Por qué *lord* Essex tendría amigos de tan bajo rango?

—Se ve que se conocieron en el internado, y juega bien a las cartas. Es su as escondido. Siempre gana.

—Así que lo quiere tener contento.

—Abby —Adeline sonrió con lástima—, ¿te has mirado en el espejo últimamente? Tus ropajes están sucios y tu pelo, enmarañado. No desprendes diversión, que digamos.

—Entonces, ¿por qué yo?

—Ya te lo he dicho: pareces del tipo de Landon. Si es que tiene uno. Si te aseas un poco y cambias el luto, creo que haréis una

buena pareja. Y, por cierto, si miras detrás de ti, encima del bufete encontrarás un regalo para ayudarte a decidir.

Abby giró el cuello con actitud arrogante. No le gustaba en qué se había convertido Adeline. Arrugó la nariz y se vio a sí misma examinándola de arriba a abajo. Se percató que actuaba como las damas de alta sociedad que tanto había criticado. No era propio de un miembro del Club de Damas de Woolriver. Todavía recordaba a la primera presidenta. *Lady* Caroline Bessborough había nacido entre algodones y, aun así, había creado el club con voluntad y las enseñaba a no callar y a no desmerecerse. Cuando ella llegó con un vocabulario de calle, en el que cada dos palabras decía un improperio, no la echó a patadas, al contrario, la enseñó a ser una más. *Lady* Susan, la segunda presidenta, era igual de amable. Debería seguir su ejemplo.

—¿No te agrada mi presente? —Adeline la sacó de su disertación mental.

Abby esbozó una pequeña sonrisa para dejar de ser tan crítica con su amiga. El objeto que tanto había anhelado se presentaba ante sus narices y ni siquiera se había emocionado. Le resolvería parte de su problema: un pliego de papel, un tintero y una pluma.

—Para que escribas a tus amigas y puedas pedirles la ayuda que necesitas. Aunque estés a millas de distancia, no es motivo para olvidarlas —agregó esa última parte como un reproche—. Le diré a una criada que te lo envuelva para que te lo lleves hoy mismo.

Abby asintió sin saber qué decir. Los ojos se le humedecieron de lágrimas, pero hizo lo inevitable para no llorar. No tuvo el coraje de comentarle que de poco le iba a servir, dado que no tenía los nueve peniques que valía enviar una carta a Woolriver. Y cayó en la cuenta de que tal vez el escribano podría servir en tal menester.

—Dile a *lord* Essex que estaré encantada de conocer a su aburrido amigo.

—Te sorprenderá, mi querida señorita Crown. Tiene una sonrisa de lo más cautivadora, aunque no la muestra muy a menudo.

Abby se quedó petrificada ante aquella confesión. ¿Acaso a Adeline también le gustaba ese tal Landon y lo había menospreciado

adrede para que no se hiciera ilusiones? ¿Cómo podía mirar siquiera a otro hombre teniendo entre sus redes a *lord* Essex?

Capítulo 15

El salón de la mansión de *lord* Essex olía a vino caro, humo de puro y una mezcla de perfumes que se superponían. Abby apenas había cruzado el umbral y ya se encontraba fuera de lugar. Adeline le había prestado un vestido que le venía un poco grande, aunque se las había apañado para que su escote reluciera. Había ensayado la sonrisa, dado que en su interior tampoco se sentía con ánimos de fruslerías. Y los guantes, como siempre, bien puestos; no permitiría que sus manos callosas se interpusieran en sus planes.

—No te separes de mí —susurró Adeline, pegada a su brazo.

—Tranquila. Solo vine a mirar —respondió Abby, convencida de que no se involucraría en los entretenimientos que le ofrecía la fiesta más de lo necesario.

—Mentira podrida —dijo su amiga, divertida—. Vienes por interés. Te conozco bien.

Agachó la cabeza arrepentida, pero firme en su decisión de seguir con su tarea de encontrar un contacto que pudiera serle útil.

El salón estaba abarrotado. Un grupo de caballeros se agolpaba alrededor de una mesa observando cómo otros competían al *piquet*, un juego de cartas que ella conocía bien. Mientras, en la otra esquina se lanzaban apuestas sobre una partida de dados ilegales disfrazada de entretenimiento filantrópico. Las damas, cubiertas de tul, susurraban entre risitas.

Lord Percival Lovelace no tardó en hacer su aparición, brillante como una moneda recién pulida. Llevaba una chaqueta verde que le hacía juego con los ojos, y Abby se sonrojó nada más verle.

—Señoritas —besó primero la mano de Adeline y luego la de Abby—, qué agradable sorpresa.

—Aquí la tiene, *milord* —dijo Adeline, estirando su sonrisa como si la hubieran cosido por las comisuras—. La señorita Abigail

Marianne Crown.

—Eso de los títulos y los apellidos es tan aburrido —mencionó, y se acercó con paso perezoso hacia ella—. Esta noche, solo soy Percival. ¿Y usted? No vuelva a mencionar su nombre completo, que me arruinaría el encanto.

—Solo Abby —respondió ella, e intentó no parecer intimidada ante ese atractivo y hermoso hombre que no dejaba de mirarla con insistencia.

—Perfecto. Un nombre corto, pero con filo. Como una navaja.

Abby sonrió coqueta.

—¿Y usted también corta, *milord*?

Adeline le dio un codazo, y enseguida agachó la cabeza contrariada. Sin querer, la antigua Abby había hecho acto de presencia. Debía reprimirla y actuar como una señorita, y no como una desvergonzada lavandera.

—Yo no, pero mi amigo es muy capaz de cortarle la respiración. Le fascinará —contestó Percival sin inmutarse ante su grosería.

Abby giró el rostro y sus ojos se encontraron con los de un hombre que acababa de dejar su capa y su sombrero en manos de un lacayo. Alto, de hombros rectos y gesto severo. Su presencia inundaba cada rincón del salón. Notó como las demás damas apartaban sus charlas y lo contemplaban fascinadas. Su porte de animal salvaje la dejó por un momento sin habla. La mirada taciturna del recién llegado se iluminó nada más ver a Abby, y ella abrió los ojos al reconocer quién era. La ira la removió por dentro. Quería atravesarle la cara con una bofetada. ¿Cómo se había atrevido a ignorarla en la entrada a Bedlam? Y, peor aún, se codeaba con uno de sus mayores enemigos, el doctor Thomas Monro. Sin embargo, el instinto la frenó. No parecía un hombre que hubiera conspirado en su contra. En lugar de enfrentarse a él, como le hubiera gustado, decidió esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. No era el momento de malograr la velada con una escena.

Cuando el magnífico espécimen masculino se acercó, Percival colocó la mano en su hombro de manera afectuosa.

—Este, querida Abby, es mi amigo más leal, confidente y compañero de tedios, Landon.

El caballero ladeó la cabeza, con una sonrisa brillante. Adeline le dio un codazo.

—Has conseguido lo que muchas mujeres han intentado sin éxito, que Landon les dedique atención.

Abby recuperó la cordura y tendió la mano para que el caballero la saludara como correspondía.

—Encantado de volver a verla.

—No sé si puedo decir lo mismo. —Abby arrugó la nariz.

Landon, algo preocupado, se la llevó a un rincón bajo la mirada cómplice de Percival y Adeline.

—¿Está enfadada porque no intenté contactar con usted? ¿Cómo hacerlo si ni tan siquiera sabía su nombre?

Abby recapacitó. Tal vez sí que el primer encuentro fue cosa del destino y no conocía su conexión con Bedlam.

—Dejemos ese tema a un lado por esta noche. ¿A qué se dedica usted, Landon? —preguntó Abby, con la versión más encantadora de sí misma. Quería conocer lo antes posible qué hacía el otro día en el manicomio donde su madre estaba encerrada.

Landon la miró con cierta sorpresa.

—Trabajo con gente. En entornos complejos.

Aquello podía significar cualquier cosa. Necesitaba una confirmación cuanto antes.

—¿Escribano, entonces? —Tal vez el hospital psiquiátrico contrató sus servicios.

—Nada tan estimulante—replicó él. Parecía que de pronto Landon había perdido el interés por ella y necesitaba alejarla de su lado cuanto antes.

Abby interrogó con un gesto a Adeline, que se encogió de hombros. Si no era escribano, ¿de qué le servía?

—¿Y trabaja para muchas familias importantes? ¿Gente con influencia? ¿Alguna anécdota que contar?

—¿Por qué tantas preguntas? —saltó él, brusco—. ¿Recopila información para escribir un panfleto? ¿O busca un patrocinador?

Abby admitió que había sido vulgar, pero al menos tenía sentido del humor, y no parecía que la hubiera rehuido adrede cuando chilló su nombre al entrar en Bedlam.

Cambió de estrategia. Intentó ser una señorita indulgente y coqueteó con él a la espera de que se apiadara más adelante de su caso.

—Me han dicho que es muy bueno con las cartas, que siempre tiene suerte.

Landon tardó en responder.

—Ganar no siempre es una cuestión de suerte. Basta con observar.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil? —preguntó Abby, cruzando los brazos, lo que delató su falta de elegancia. Al darse cuenta volvió a pegarlos junto a su cintura, sin saber muy bien qué hacer con ellos.

—Sí, pero se deben poseer ciertas capacidades de antemano.

Esta vez había rozado la línea. ¿Acaso con aquello insinuaba que no era lo suficientemente lista? ¿Cómo osaba insultarla de esa manera?

—¡Perdone a mi amigo! —exclamó *lord* Essex, que se acercó con sigilo por la espalda—. No quería decir eso —continuó dirigiéndose a Landon—. ¿Por qué no le enseñas como haces magia? Tal vez así lo entienda.

—Percy, querido —Adeline susurró en su oído—, *lord* Cleveland acaba de lanzar una gran apuesta. Te necesitan para mediar.

El vizconde reaccionó con un gesto de fastidio que no pasó desapercibido para nadie.

—Ve tú. Iré en cuanto nuestra querida Abby entienda de qué va el juego.

—Por mí no se preocupe, sé muy bien cómo manejarme con las cartas. —Se había pasado tardes enteras jugando al *piquet*, al *commerce* y hasta al *whist* con su madre en el salón de su mansión en Woolriver. Al recordarlo, le sacudió un pinchazo en el estómago. Además, no quería que su amiga creyese que acaparaba a su amante con una intención oculta, por muy atractivo que fuera.

Aun así, esta se mostró suspicaz y lo sujetó del brazo para convencerlo entre susurros. Él se deshizo de ese agarre y se volvió

hacia Abby con un brillo especial en los ojos mientras Adeline se retiraba agitada hasta la sala donde se hallaba *lord* Cleveland.

El vizconde señaló la mesa con un gesto ampuloso.

—Si tanto sabe, podemos jugar una partida de *commerce*, ¿le parece? Aunque si pierde, deberá pagar el precio correspondiente.

El tono que usó fue tan sensual que Abby tuvo que tragar saliva varias veces. Tan solo asintió como si estuviera hipnotizada. El propósito que buscaba al acudir aquella fiesta se diluyó al sentirse escoltada por dos hombres que podrían competir en el infierno. Landon con su mirada oscura y su porte felino; Percival, con sus ademanes complacientes y seductores. De pronto se había convertido en la envidia de la sala.

—¿Y cuál sería ese precio? —Landon preguntó lo que ella debería de haber hecho al oír semejante proposición del que sin duda parecía un canalla encantador.

—Si la señorita pierde, tendrá que contarnos algo que nadie más sepa. Un secreto.

Abby se encogió de hombros, aparentando indiferencia. Sopesó la idea de perder adrede y confesar que necesitaba ayuda urgente. Pero ¿la tomarían en serio? Antes debería demostrar su valía. Que esos caballeros la admirasen por sus destrezas. No solo ganarles en las cartas, sino también sus corazones. O, al menos, causar un agujero en ellos para que se compadecieran.

—Acepto —dijo—. Aunque no tengo secretos tan interesantes como ustedes. —Su aire despreocupado la convenció de que podría ser una buena actriz.

—No me cabe ninguna duda —contestó Landon sentándose con fastidio. Estaba claro que ella le había ofendido con tanto interés por su trabajo como si fuera una buscadora de amantes a los que sacar el dinero.

Las cartas fueron repartidas con una destreza tan elegante que Abby apenas las vio moverse. Lovelace repasó las reglas con esa cercanía que usaban los caballeros acostumbrados a ganar sin esfuerzo. Landon le corregía de vez en cuando con pocas palabras, precisas y sin adorno.

El primer turno, pese a que le temblaban las manos, lo ganó Abby. No podía creérselo. Los miró a ambos emocionada.

—Te lo dije —murmuró Percival a su amigo, con una sonrisa torcida—. Esta dama es un peligro.

Abby se mordió el labio, frustrada. Con tan solo observarles supo que le habían regalado el triunfo.

Landon la contempló por primera vez de verdad. No como se hacía con una rival ni como se admiraba a una mujer bonita. La miró como si estuviera tomando notas mentales: cómo sujetaba las cartas, cómo fruncía el ceño, cómo escondía la humillación tras una sonrisa afilada.

—Parece que me esté tomando medidas para un traje —lo amonestó Abby.

—Disculpe a Landon. Es siempre tan poco delicado… —intervino el vizconde.

—Me lo esperaba de él, pero no de usted, *milord.* —Abby mostró su carácter enérgico, no le gustaba que la embaucaran de esa manera.

—¿El qué? Usted gana. Ahora somos nosotros quienes le debemos un secreto.

Siguieron jugando. Y Abby, en silencio, empezó a leer más que cartas. Percival era todo gestos amplios, trampas disfrazadas de cumplidos y un roce casual aquí y allá que la encendía. Landon, en cambio, era fuego contenido. No se acercaba. No decía más de lo necesario. Pero cada vez que ella dudaba, su voz llegaba grave y baja, tan cerca que parecía un pensamiento propio. Intentaba ayudarla sin que nadie se percatara.

En un momento, Landon se levantó para servirse una copa de la barra que tenía a su espalda mientras Percival barajaba. Pasó tras ella y su mano rozó su hombro al hacerlo. Un toque fugaz. Apenas un soplo de piel sobre tela. A Abby se le erizó el vello de la nuca. El corazón le dio un vuelco tan discreto como violento. Él ni siquiera se disculpó. Volvió a su sitio y la miró con una expresión nueva que no supo leer. Todavía.

Percival lo notó. Y sonrió como si la partida acabara de empezar.

—Propongo una variante —comentó *lord* Essex, dejándose caer hacia el respaldo del sillón.

Abby chasqueó la lengua. No le gustaban las sorpresas y eso era lo que parecía que estaba a punto de revelar.

—¿De qué tipo? —preguntó con cautela.

Percival la miró con esa sonrisa suya, perversa y divertida al mismo tiempo.

—Una apuesta nueva. Nada de secretos. Algo más interesante.

—Defina interesante, *milord*. Puede ser muy distinto según quien opine —dijo ella, mirando de reojo a Landon.

—Si gana, le concedo un favor. El que quiera. Una carta de recomendación. Una presentación. Una noche con quien se le antoje —añadió como si nada.

Abby apretó los labios. Los latidos se le aceleraron, aunque no sabría decir si por la propuesta o por la forma en que Landon acababa de alzar la vista al oírla.

—¿Y si pierdo?

—Entonces nos concede un favor a nosotros —dijo Percival, masticando cada una de las palabras.

Ella no respondió enseguida. Algo en el ambiente se tensó. No era el miedo lo que sentía. Era vértigo. Como estar al borde de una cornisa con el viento a favor.

—Esto es una tontería —dijo Landon en voz baja, sin moverse—. No estamos en una taberna.

—¡Vamos! —rio el vizconde—. No hablaba de nada indecente. No soy un bribón, solo un hombre curioso.

—¿Y qué favor pediría? —preguntó Abby, entrecerrando los ojos.

—Si gano yo, quiero una noche de conversación. Solo nosotros dos. Y sin los guantes puestos.

Abby se tensó. ¿Cómo sabía que sus manos eran su debilidad? Respiró hondo y se giró hacia el otro caballero.

—¿Y usted?

Landon le sostuvo la mirada. Su expresión era indescifrable, pero un destello de luz cruzó sus pupilas. Ni siquiera él supo controlarlo del todo.

—Si yo gano, quiero que deje de mentirnos. Solo por un rato. Quiero saber quién es Abby cuando nadie la observa. Nada de esconderse detrás de un simple nombre de pila.

Ella tragó saliva.

—¿Por qué cree que no soy sincera?

—No encaja. —Su voz pausada y grave se introdujo en la piel de Abby—. Tengo muchos años de profesión a mis espaldas para saber cuando alguien no es quien dice ser.

—Al contrario, Landon —le costó decir su nombre de pila. No estaba acostumbrada a esos tratos tan informales y menos en una fiesta como esa—. Creo que prescindir de apellidos y títulos es lo mejor para mostrarse al mundo, tan solo con tu nombre, aquel con el que te bautizaron.

—Entonces, si no tiene nada que esconder, ¿acepta el reto, mi querida Abby? —preguntó Percival, con una luz en la mirada que le recordaba a un diablillo juguetón de los cuentos de hadas, aquellos que le contó de pequeña tía Emma en la casa de acogida.

Asintió llena de una nueva energía que la encendía por dentro. Se repartieron las cartas. El calor empezó a subirle por el cuello, por la espalda, hasta bajarle por la entrepierna. No era tan estúpida como para no saber lo que le pasaba. Las lecciones de las damas del club de Woolriver habían sido muy gráficas. Estaba excitada. Lo más perturbador era que no sabía si quería ganar o perder. Y eso significaba un problema.

Capítulo 16

El juego era sencillo: cada uno recibiría tres cartas. Podían intercambiarlas, una a una o todas a la vez, con la esperanza de formar la mejor mano. Landon no entendía por qué estaba nervioso; había jugado infinidad de veces. Existía siempre algo de azar, algo de intuición y, sobre todo, mucho de observación. Como la que había ejercido durante la noche con Abby. Se sintió atraído por ella cuando la conoció y salvó de unos ladrones en una callejuela de la ciudad. Cualquier dama en su situación se habría desmayado, pero ella aceptó su ayuda como si fuera normal lo sucedido y, durante la breve conversación que mantuvieron, quedó convencido de su inteligencia. Verla de nuevo había sido como si el destino jugara con él, y más al saber que era la elegida por Percival para que olvidara a Cassandra. La vizcondesa fue su primer amor y aún mantenían correspondencia. Cada vez que venía a Londres pasaban unos días juntos. Quizás la vida le estaba insinuando que era el momento de dar el paso y buscar algo más conveniente para él.

No obstante, no le había gustado cómo Abby le había interrogado sobre su profesión, como si buscara saber si era digno de mantenerla en caso de que surgiera algo entre ellos. Esa pega no impidió que la siguiera contemplando embelesado. Se había recogido el cabello en un delicioso copete que le confería carácter, pero a la vez sus ojos eran los de una joven asustada, con una variante de destellos de color ámbar a la luz de las velas que lo sacudían. Su rostro era redondo; sus labios, pequeños y a la vez carnosos; sus mejillas, sonrosadas; su cuerpo, voluminoso, con las curvas ahí donde debían estar. Agitó la cabeza, alterado. No la examinaba para pintar un cuadro, sino para encontrar sus debilidades como jugadora y ganar, como solía hacer.

Tardó un buen rato en barajar las cartas y repartirlas. Abby recibió tres con una elegancia torpe que lo confundió.

—¿Intercambiáis? —preguntó Percival.

—Una —dijo ella.

—Ninguna —respondió Landon.

—Me rindo. —Percival sonrió y tiró su mano entera con el mismo desdén con que otras veces había descartado invitaciones.

La primera ronda la ganó Landon. Por supuesto.

Pese a que Percival intentaba distraer a Abby con insulsas galanterías, le sorprendió que no se inmutara y permaneciera centrada en el juego. La segunda ronda fue suya.

—Vaya —musitó Landon—. Parece que vuestra memoria no se limita a la costura y los buenos modales.

—Fui educada para ser útil. Incluso con una baraja en las manos —contestó ella con agudez y con un tono triunfal que lo sobrecogió.

Percival continuó su juego a varios niveles. Había planteado la apuesta como si fuera algo trivial. Aunque Landon sabía bien que en esa mesa se acababa de cruzar una línea. Estaba convencido de que su amigo deseaba a Abby, aunque la excusa hubiera sido otra al principio, y eso le molestó más que perder.

Landon bajó la mirada a su propia mano de cartas. Le habían tocado buenas. Si se comportaba con la frialdad habitual, ganaría. Entonces ella tendría que cumplir su parte. Exponer lo que ocultaba. Y quería que desnudara su alma con él y no con Percival. Estaban en una fiesta rodeados de mujeres bonitas y podría escoger cualquiera —se le habían ofrecido varias veces—, pero esa noche solo podía pensar en Abby.

Ella dejó una carta sobre la mesa. No era la mejor jugada. Se notaba que estaba nerviosa. Lo supo por la forma en que se pasó la lengua por el labio inferior y por cómo se acarició el lóbulo de la oreja, una manía que Landon había percibido en ella cuando tenía una mala mano.

Jugó su turno con precisión quirúrgica. Cada carta que bajaba era una barrera. Una forma de mantener el control. Más tarde se dio cuenta de que no había calculado bien. Lo supo cuando Percival soltó una carcajada al tirar su jugada final, desparramando su copa

sobre el tapete como si el azar le hubiera sonreído por puro capricho.

—¡Victoria, por fin! —exclamó—. Dios bendiga a los desesperados, que somos los más divertidos.

Abby palideció un poco.

Landon la siguió contemplando en silencio. Ella giró el rostro hacia él como si esperara una señal. Una tregua. No era del tipo de hombre que se saltaba las normas. Y tampoco estaba seguro de querer serlo.

—Espero que no se retracte, mi querida Abby. La apuesta era clara —dijo Percival, eufórico—. ¿Me acompaña a mi lugar especial, reservado para invitadas ilustres?

Abby no respondió de inmediato. Solo asintió y se volvió a tocar el lóbulo de la oreja. Aun así, se agarró del brazo de Percival y ambos se alejaron. El corazón de Landon latía con fuerza y no sabía muy bien a qué se debía, hasta que entendió que no solo había perdido a las cartas, sino a otra cosa mucho peor.

Su primera reacción fue la de servirse dos copas seguidas de coñac. Las bebió con furia. Su respiración no se normalizó. Volvió a beber una tercera. Sus manos temblaban de rabia. Conocía a su amigo y había utilizado a esa joven para castigarlo. Si no, ¿por qué habría insistido en presentársela? ¿Por qué había insinuado que podría ser una buena pareja para él para acto seguido quitársela como si fuera un juguete?

Repasó las veces que esa semana había visitado a Percival. Sus conversaciones durante la cena habían sido de lo más triviales. Excepto una: cuando hablaron de Cassandra Lovelace. ¿Querría vengarse Percival por ello?

No le gustaba perder, y mucho menos contra él. Siempre se había sentido inferior a su lado y, cuando por fin consiguió ser un médico respetado y un jugador venerado, Percival le volvía a recordar su sitio. No era más que su esbirro. Las rondas que él ganaba se las repartían a medias. Así era desde los tiempos de Eton, cuando empezaron a formar equipo. Percival con su labia y su don de gentes atraía a los incautos jugadores, y Landon los derribaba con un soplo de orgullo y mucho cálculo.

La cuarta copa le golpeó fuerte en el pecho. Adeline se le acercó con la duda en el rostro. Era hermosa, y la más lista de todas las meretrices que su amigo había atesorado. A punto estuvo de encubrir al bribón de Essex. No era su esposa, cierto, pero le debía respeto, al menos por las fiestas compartidas.

—¿Se ha ido con ella? —La pregunta de Adeline fue más bien una certeza que Landon no quiso esquivar.

Asintió al mismo tiempo que su cuerpo no le correspondía y se tambaleó. La joven le ayudó a tomar asiento mientras otros hombres lo llamaban para que se uniera a su mesa de juegos.

—¡La muy cerda! —murmuró Adeline.

—No ha sido culpa suya. Era el pago por perder una apuesta.

—¿A qué te refieres?

—Si perdía, debía irse con el ganador.

—¿Y por qué no has sido tú? Percy no es tan bueno como para ganarte, y lo sabes. —Adeline apretó los puños.

Landon entrecerró los ojos. Una sospecha en forma de presión en el pecho se materializó de repente.

—¿Qué insinúas? ¿Que ha hecho trampas para quedarse con ella a solas? —Su rostro enrojeció de cólera.

—Ay, querido Landon, ¿Abby te ha tocado el corazón?

Landon se balanceó, afectado por el alcohol ingerido.

—No —contestó tajante.

Adeline ordenó a un sirviente que trajera un vaso de agua. Este obedeció escandalizado ante tan inesperada petición.

El agua tardó en llegar, al igual que la cordura de Landon.

—Dijo que era diferente y que por eso la había traído para mí. —El enojo que sentía hacía unos minutos en lugar de rebajarse aumentaba ante la conjetura de una traición.

Adeline le ayudó a beber un gran vaso de un líquido insulso que no reconoció hasta que fue demasiado tarde.

—No estoy tan borracho, Adeline.

—Te necesito despejado.

—¡Esta noche no trabajaré más para esa rata inmunda! ¡Que gane él las partidas, como lo ha hecho hoy! —exclamó alterado.

—No chilles, por favor —susurró Adeline—. Creo que Percy quería conseguir precisamente esto.

—Sí, justicia para su madre.

—No quiero saber qué tiene que ver ella en esto, pero se trata de otra cosa.

Adeline enderezó a Landon y le arregló la chaqueta.

—Debes entrar ahí e imponerte.

—¿Y reclamar lo que es mío? Ella no es un objeto ni tampoco tiene pinta de ramera. —Su primera impresión había sido el de una chica dulce. Le enfurecía pensar que sería corrompida por su libertino amigo.

—Nunca has mostrado interés por las chicas que te presenta —le recriminó Adeline.

—Puedo conseguirlas por mi cuenta.

—Pero no lo haces, Landon, y tampoco disfrutas de tu soledad. Pareces amargado, viviendo la vida a través de Percival.

—Hace poco que has llegado a esta casa y ya crees saber más que yo, que llevo toda la vida aquí, a su lado. Quien debería estar disgustada eres tú. Te va a sustituir por ella, ¿lo sabes, verdad? —Landon escupió las palabras para herirla y se arrepintió al momento.

—No creo que Abby me haga esta jugarreta, pero si eso sucediera tú perderías la oportunidad de conocerla. —Se notaba el cariño en su voz.

—Da igual, dejemos el tema. Solo es una mujer, una noche. No quiero romper la amistad de años por un capricho.

Landon se levantó y cruzó el pasillo alfombrado en dirección al ala norte, donde sabía que el excusado estaba siempre dispuesto para los caballeros invitados.

Adeline no se amilanó y lo siguió.

—¿Y si él quiere que lo hagas? ¿Que luches por una vez? —dijo esperando tras la puerta.

—Lías mi mente. Solo quieres convencerme de entrar ahí y estropearle el momento. —Landon dudó de si merecería la pena salvar a Abby. Parecía complacida de entrar en la cámara privada de Percival.

—Sí, antes de que sea demasiado tarde para los dos. —Notó desespero en la voz de la muchacha— . Abby no pertenece a Percival porque no ha ganado la apuesta. Ha hecho trampas y tú lo sabes.

Tardó en descargar del todo la vejiga, ya que había ingerido gran cantidad de líquido, y además la presencia de Adeline al otro lado lo incomodaba. Se subió la solapa del pantalón y empezó a abotonarla, uno a uno, sin prisa, como si su ropa mereciera más atención que el mundo que lo esperaba tras la puerta. Al salir al pasillo alfombrado era otra vez el caballero impenetrable.

—Está bien, Adeline, esto lo hago por los dos. Por ti, porque me caes bien y no te mereces que te despida tan pronto, y por mí. No voy a tolerar que me rebaje de esta manera nunca más.

Se dirigió hacia el ala de la casa más silenciosa, reservada solo para el dueño y los más íntimos. Los criados, acostumbrados a ver a Landon por esas estancias, ni se inmutaron. Se detuvo ante una puerta donde sabía que si la abría de golpe se encontraría con una escena que no quería ver. Por eso llamó antes de entrar, para darles tiempo. Solo unos segundos, demasiado cortos.

Capítulo 17

Abby entró en los aposentos privados de *lord* Percival Lovelace y, de inmediato, el perfume a madera y *brandy* le invadió las fosas nasales. Nunca había sido cortejada por un hombre tan apuesto, con aquellos ojos verdes que parecían atravesarla y que recorrían sin pudor cada una de sus curvas. Se detuvo en sus manos y ella, por instinto, las escondió tras la espalda.

—¿Por qué tanto secretismo? —preguntó él mientras le ofrecía una copa, que Abby aceptó con una sonrisa ensayada. Aunque no quisiera admitirlo, estaba inquieta. Su mente divagó hacia Landon. ¿Qué habría pensado de ella?

—No me gustan mis manos.

—¿Te han echado un maleficio o algo parecido? ¿Si te arrancas los guantes te convertirás en un ogro?

A Abby no le pasó desapercibido el tuteo que le dispensó el vizconde.

—Tal vez —respondió sin dejar de sostenerle la mirada.

Estaba convencida de que si Lovelace —tan refinado, tan elegante— veía los callos, las grietas y las rojeces de sus manos, perdería el interés. Y, en el fondo, le gustaba cómo la miraba. Además, no deseaba entrometerse en los asuntos de Adeline ni ponerla en una posición comprometida.

Percival se acercó con la precisión de un tigre al acecho. Abby permaneció inmóvil. Apenas respiraba.

—¿Sabes por qué estás aquí? —le preguntó el vizconde, acariciando la seda del guante prestado.

Ella negó sin atreverse a alzar la vista.

—Porque me gustan los rompecabezas. Y tú eres uno de ellos.

Percival tiró de la tela de uno de los dedos del guante. Sonrió, expectante. Algo la anclaba a ese suelo, a esa habitación y a ese

hombre. Si le decía la verdad y reclamaba su ayuda, dejaría de ser un enigma. Y necesitaba seguir siéndolo. Necesitaba que él la viera como una pieza rara, algo que mereciera cuidado y paciencia.

El vizconde continuó con la clara intención de despojarla de su escudo. Contuvo la respiración mientras él le acariciaba la muñeca. El calor le subió desde las entrañas. Tenerlo tan cerca, sentir su aliento, olerlo y no poder tocarlo, la consumía. No pensaba con claridad.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre Landon y yo? —susurró. No esperó respuesta. Abby tampoco habría podido articular palabra—. Que yo estoy dispuesto a jugar sucio por ti.

—¿Que viniera a conocer a su amigo solo fue una excusa? —preguntó ella, en un hilo de voz, excitada por no saber cuál sería el siguiente paso.

—No. Deseo que no esté solo. Que una mujer lo ame. Pero antes debe pasar la prueba.

Un pequeño trozo de piel asomaba entre el cuero. Abby se estremeció cuando él se inclinó y lo besó con una lentitud calculada.

—¿Esto es una prueba?

—Tampoco. —Sus labios la quemaron—. Es un juego. Para que elijas al mejor.

—¿Y si no puedo permitirme jugar?

—Las apuestas son, a menudo, el único camino hacia lo que de verdad se desea.

En otro tiempo, en otra piel, Abby habría caído rendida a los pies de aquel hombre. Aunque solo hubiera sido por la promesa de un buen revolcón. Pero en ese momento era distinto. Ella era distinta.

—Si lo que pretende es competir con Landon por mi virginidad, llega tarde. No soy virgen ni una señorita. Así que dígame, ¿qué es lo que quiere de mí? —Retiró su mano de las garras de *lord* Essex y mantuvo la barbilla en alto.

Percival la contempló con más ardor que antes, al borde tal vez de decir la mayor estupidez de su vida o la frase que le hubiera iluminado el alma. Nunca lo sabría. La puerta se abrió de golpe y Landon —el tercero en discordia— apareció descompuesto.

—Déjala, Percival. No es el momento ni el lugar.

—Al contrario, hermano —respondió *lord* Essex, incorporándose con fingida elegancia—. Este es el lugar perfecto y el momento justo para que yo me retire. Pensaba que no llegarías nunca.

—No me llames así. No somos familia.

—Claro… Y mira que lo intentaste.

—¡Lo sabía! Esto es por Cassandra, ¿verdad? —Landon alzó la mano y la cerró en un puño agitándolo.

¿Quién era Cassandra? El nombre la sacudió. Abby se sintió insegura ante esa presencia invisible, imaginada como una dama distinguida. Y eso la molestó.

—Hasta que no la he tenido entre mis brazos —El vizconde señaló a Abby, que seguía petrificada ante el duelo entre los dos hombres—, no has movido un dedo por ella.

—Solo… —Landon titubeó— solo intentaba evitar que le hicieras daño a…

—Estoy perfectamente —interrumpió Abby, con voz firme. Quería acabar con aquella escena.

—Me refería a Adeline.

Abby se sonrojó de inmediato. En algún momento de los minutos que había durado su encierro con *lord* Percival Lovelace había pensado en su amiga; luego lo olvidó todo, menos su dignidad. Dio un paso al frente, decidida a alejarse de ambos —tan distintos y al mismo tiempo tan irresistibles—, pero Percival se le adelantó y abandonó la estancia con un guiño que parecía casual. Abby ya empezaba a conocerlo y supo que había sido premeditado.

—Lamento las molestias que le hayamos causado. A mi amigo le gustan los dramas y a veces exagera un poco. Puro teatro —dijo Landon, avergonzado.

—Sí, eso creía —respondió Abby, decepcionada.

Por un instante, había imaginado que ella era la razón de aquel despliegue de pasiones. Que quizás, por una vez, un *lord* había sentido algo real por ella. Pero no. Solo querían divertirse a su costa. Escandalizarla. Y, para eso, necesitaban subir la apuesta. Estaba bastante curada de espantos. Desde niña había presenciado

demasiadas escenas de amor y traición. Y era evidente que eso mismo estaba ocurriendo esa noche.

—Señor Parry, no diré que ha sido un placer conocerlo, aunque sí que esta ha sido una velada de lo más extraña y que espero no repetir —mintió. No entendía por qué, pero cerca de él le nacía una necesidad absurda de comportarse como una dama ingenua. Como si aún quedara en ella algo que lamentar.

Landon pareció desconcertado.

—La comprendo. Nuestro segundo encuentro ha sido desafortunado.

Abby asintió, decidida a no decir nada más. No tenía fuerzas ni voluntad para seguir con su plan. Tampoco se fiaba de él. Quizás había llegado el momento de pedir ayuda a Tobias Flanagan, el carnicero. Sabía lo que él quería: una esposa. Y ella estaba dispuesta a encadenarse de por vida a un hombre al que no amaba si eso servía para salvar a su madre. Qué estúpida había sido. En ese momento, vio claro su camino. Tan sencillo como aterrador.

Tomó la manilla de la puerta y la giró varias veces, sin éxito. Landon se acercó enseguida. Con una mano la sujetó por la cintura para apartarla con suavidad y con la otra abrió el pomo.

—A veces se atasca —pronunció en un susurro.

Abby se encontró atrapada entre sus brazos. Notó la firmeza de su torso, el olor a tabaco y almizcle, el calor que irradiaba. Esa proximidad, esa fuerza contenida, encendieron una llama que para ella era desconocida. No se trataba solo de excitación, había algo más, curiosidad, necesidad de saber, tocar, conocer, comprender todo acerca de Landon Parry.

La puerta cedió y, al otro lado, los ojos severos de Adeline la fulminaron.

—Juro que no ha pasado nada —dijo Abby alzando los brazos en señal de indefensión—. Con ninguno de los dos.

Capítulo 18

Adeline apretó la mandíbula. Abby intuyó al instante que su amiga no estaba nada complacida con lo sucedido.

—He preparado tu habitación. Es muy tarde para que vuelvas sola a Southwark. Pero si quieres continuar jugando puedes dirigirte al salón. Todavía hay invitados con intención de perder una pequeña fortuna.

Sí, su amiga estaba enfadada. Su tono era de puro sarcasmo.

—No quiero pasar ni un minuto más en esta casa. Despídeme de *lord* Essex. —Abby alzó la barbilla, incapaz de continuar con aquella pantomima.

—¿No pensarás recorrer las calles de Londres de madrugada? —Adeline parecía escandalizada. ¡Ella, que era la más salvaje de las tres!

Esta vez fue Abby quien se contuvo.

—Antes lo hacíamos —logró articular, aunque la rabia comenzaba a atenazarle la garganta. La actitud altiva de Adeline le resultaba insoportable, dado que había sido la culpable de arrastrarla hasta aquel enredo.

—Sí, juntas, y eso no impidió que tuviéramos algún que otro susto.

—Yo la acompañaré —sugirió Landon dando un paso al frente.

Abby se sorprendió de que aún siguiera allí y no se hubiera esfumado como habría hecho cualquier hombre con algo de juicio.

—No quisiera importunarlo. —Abby bajó la cabeza. Maldita fuera, otra vez se comportaba como esa dama insegura que se obligaba a representar delante de él.

—Nada me complacería más que escoltarla hasta su hogar. Sería la forma adecuada de enmendar mi comportamiento esta noche. Normalmente no soy tan descortés.

—Sí que lo eres, Landon —se burló Adeline.

—Solo con personas como tú. —Miró de reojo Adeline y esbozó una media sonrisa. El pecho de Abby se expandió al verlo con esa expresión relajada. Le confería a su rostro una luminosidad distinta.

—Como quieras —respondió Adeline—. Tienes el carruaje de Percy a tu disposición. Él ahora mismo está atareado con ciertos negocios. —El tono de la última frase sonó a código secreto, y Abby agudizó el oído.

—Entiendo —dijo Landon, al tiempo que le ofrecía el brazo.

Abby lo tomó. Notó la firmeza del antebrazo bajo la tela y se sintió protegida. Voló a su lado, casi sin tocar el suelo. De pronto, estaba sentada en el interior del carruaje, con la capa de Landon sobre los hombros.

—Espero que no pase frío —dijo él en un susurro.

Abby agrandó los ojos. Estaba tan ensimismada con su presencia que no se había dado cuenta de ese acto tan caballeroso. Se sonrojó y eso la asustó. Nunca actuaba de esa manera. Recordaba como *lady* Susan la amonestaba por su vulgar comportamiento durante sus lecciones para convertirla en dama respetable junto a Rose Mary. ¡Cuanto las echaba de menos! Era imperioso que les escribiera una carta cuanto antes.

El silencio en el carruaje se volvió denso. Abby no paraba de darle vueltas a la imagen de él entrando en Bedlam junto al doctor que encerró a su madre. Así que olvidó su cortesía y se lanzó a por lo que quería saber sin miramientos.

—Lamento importunarle, señor Parry, pero necesito saber algo de usted, y no hay otra manera que preguntárselo a bocajarro. ¿De qué conoce usted al doctor Thomas Monro?

Landon irguió la cabeza y la contempló durante un largo instante. Abby temía que obligara al cochero a detenerse y la dejara en medio de la niebla londinense.

—Es mi superior. Trabajamos juntos. ¿Por qué tanta curiosidad por mi profesión?

El corazón de Abby se aceleró. Ahora que sabía que su relación era estrecha y no un simple colaborador esporádico, no se fiaba de Landon Parry. ¿Y si él también confabuló con su hermano?

—¿Sabe de mi familia, doctor Parry? ¿Por qué no me dijo desde el principio que ese era su oficio? ¿Acaso esconde algo?

Abby se había acercado a él todo lo que el carruaje le permitía, como si intentara oler sus mentiras. Landon no la detuvo. Al contrario, parecía interesado en su proximidad.

—No me avergüenzo de quién soy, pero sí que puede que me sienta inseguro delante de un vizconde que intenta cortejar a la misma mujer que yo. Un médico no tiene mucho para competir contra un noble.

Abby quedó en silencio. Parecía sincero. Quería contarle lo sucedido, solicitarle su ayuda, pero algo dentro de ella se lo impedía. Descubrió que no quería defraudar la imagen que Landon había creado en su cabeza. Nunca creyó posible que dos pretendientes compitieran por su atención. ¿Y si le decepcionaba la verdadera Abby?

—Un momento —Landon pareció despertar de golpe del ensimismamiento que el traqueteo de las ruedas provocaba a esas horas de la noche—, ¿de qué conoce usted a Thomas Monro? ¿Por qué se siente tan ofendida?

El coche de caballos se detuvo en una calle ancha, alejada aún de la vivienda de Eliza. Abby titubeó antes de bajar. Para llegar a salvo tendría que cruzar varios callejones estrechos por los que el carruaje no podía pasar.

—¿Me dejaría la capa, señor Parry? Juro que se la devolveré. —Creyó que envuelta en ella pasaría más desapercibida.

—Permítame acompañarla hasta la puerta, así tendrá la oportunidad de contestar a mi pregunta. Además, Adeline me ha encargado que le dé el botín que ha ganado esta noche y no quisiera que se lo robaran. No es mucho, unos cuatro peniques y medio, pero es lo que tiene apostar con secretos y perder la mayoría de rondas.

Abby tomó el monedero de seda azul con bordados elaborados que le entregó el señor Parry y lo escondió con rapidez, por inercia, en su escote. Era su salvavidas; le faltaba muy poco para poder enviar la carta a *lady* Susan y conseguir un abogado.

Landon se giró aturdido y con una sonrisa incómoda al ver una parte de piel blanquecina del pecho de Abby. Esperó a que esta terminara de esconderse la pequeña bolsa, para luego apresurarse a darle la mano y ayudarla a descender.

—Siento mis modales, doctor Parry. Entienda que tengo mis razones para estar molesta con usted. Aunque no sé si puedo confiar…

—Mi padre, ante todo, me enseñó que un caballero siempre debe proteger a una dama sean cuales sean sus circunstancias.

—Yo no soy… —Se detuvo a mitad de frase. Sabía que Landon no pensaba que ella fuera una mujer de alta cuna, lo había dicho solo por educación. Sin embargo, se enfureció consigo misma. Era la segunda vez que negaba ser una dama, justo cuando más deseaba serlo. Era el legado de su madre, que desde su reencuentro había insistido en que recibiera la mejor educación posible.

—¿Qué decía, señorita…?

Exacto. Era toda una señorita. ¿Por qué se había empeñado en desacreditarse delante del vizconde? No cometería el mismo error con Landon.

—Crown. Abigail Marianne Crown, de Woolriver, para servirle. —Se inclinó como el club de damas le había enseñado.

Landon se detuvo en seco, abrió la boca varias veces.

—¿Ya ha caído en la cuenta de quién soy? ¿Se va a retractar de sus palabras y retirar su ayuda? — Abby se sintió herida ante su mutismo.

—No es eso, señorita Crown, pero tal vez le parezca una locura lo que le voy a preguntar. ¿Acaso es familiar de la señora Clarissa Crown?

El nombre la golpeó en el pecho. Se sintió mareada y se aferró a su brazo con fuerza. Debía reponerse cuanto antes y descubrir lo que Landon sabía.

—Es mi madre y está encerrada en Bedlam, como supongo que usted ya sabrá. —Se mordió el labio inferior para que su voz no sonara a desesperación; aun así, esta se coló sin permiso.

Sin querer le clavó las uñas en el brazo del médico, pero, en vez de apartarse, él cubrió su mano con la suya, como si quisiera

infundirle valor.

—Su madre está pendiente de evaluación. Para su tranquilidad le diré que tiene una celda individual, la asean y la alimentan. Aunque he conseguido acercarme a ella, es incapaz de hablar de lo ocurrido.

Abby respiró varias veces, aún agarrada a él, que no se apartó ni un centímetro.

—¿Cómo va a hacerlo si están todos confabulados?

—¿A qué se refiere? —El asombro de Landon pareció genuino.

—A que le tendieron una trampa. ¡No mató a mi padre!

—¿Lo sabe con certeza? ¿Estaba con ella cuando ocurrieron los hechos?

Abby se soltó del médico como si este fuera el diablo reencarnado.

—Sí —contestó, aunque era mentira.

Clarissa le había preparado la tisana a su marido, pero ella estaba segura de que Walter había estado envenenando a su padre con pequeñas dosis de arsénico durante varias noches hasta provocar las crisis cardiacas y matarlo. Si debía cambiar su versión de los hechos, lo haría. Juraría ante Dios o ante quien hiciera falta que Clarissa Crown esa noche estaba con ella y por eso le fue imposible proporcionarle la maldita taza con veneno a su esposo. ¿Sería ese el milagro que estaban esperando? ¿Salvar a su madre de la muerte manipulando la verdad, tal y como lo hizo su hermano?

—En ese caso sería aconsejable que acudiera al juez de paz y diera su versión de los hechos — continuó Landon sin soltar su mano —. Eso es una coartada para la señora Crown, que sin duda ha quedado conmocionada.

—¡Por supuesto! —Abby se entusiasmó. La solución había estado delante de sus ojos este tiempo y no había sido consciente. Confabularía mil veces si hiciera falta con tal de resolver ese asunto. Sería la coartada perfecta, aunque antes debería avisarla, para que unificaran versiones.

—Señor Parry, me ha dado la mejor noticia desde que llegué a Londres. No se puede imaginar el viacrucis que he pasado. ¿Sería posible ir a ver a mi madre a Bedlam?

Abby se sintió aliviada al sincerarse. Como si la losa que llevaba consigo se hubiera hecho añicos con una patada. Hasta respiraba mejor.

—Se preguntará por qué siendo hija de un gran terrateniente me alojo en este barrio humilde. Como ya sabe, me robaron el dinero y las cartas de recomendación que llevaba conmigo. Una antigua amiga del orfanato me ha acogido en su casa. Mi padres no me reconocieron hasta que fui adulta, y durante muchos años trabajé como lavandera.

Llegaron al edificio gris, anónimo, como tantos otros en las entrañas de Londres. Landon le tomó las manos enguantadas y la miró a los ojos.

—Lo entiendo, señorita Crown. Debe de haber sufrido mucho. No tiene por qué justificarse. Intentaré concertar una visita. Si su madre la ve, tal vez recupere el ánimo y las ganas de luchar. Lo más urgente es lograr que la evaluación sea favorable para que pueda salir de allí.

Abby no pudo contener la alegría y se abalanzó sobre él. Landon la acogió entre sus brazos como si fuera natural, como si sus cuerpos se echaran de menos. Ella se sintió a salvo, capaz de comerse el mundo siempre y cuando lo hiciera junto a él. Se olvidó de Percival Lovelace, de Adeline, de Tobias Flanagan, hasta de donde se encontraba. Como si hubiera vuelto a casa.

Landon carraspeó al cabo de unos minutos.

—Me temo que la que está en las escaleras con cara de pocos amigos es la compañera que la ha acogido, ¿cierto?

Abby se giró y así era. Eliza se había cruzado de brazos y su mirada era de total desaprobación.

—¡Juro que no ha pasado nada! —Alzó las manos, apartándose de aquel hombre que, sin quererlo, acababa de salvarla de un destino incierto.

Capítulo 19

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Eliza en cuanto Landon hubo desaparecido entre la luz tenue de la alborada.

—Es médico en Bedlam. Me ayudará con el caso de mi madre —respondió Abby al mismo tiempo que ascendía por las escaleras y se situaba a la altura de su amiga.

—¿Y tú te lo has creído? Ya sabes que esa clase de tipos dirán lo que sea para meterse bajo tus faldas.

—Sí, tal vez haya insinuado que le he llamado la atención, pero me ha parecido sincero cuando se ha ofrecido a ayudar. —La sonrisa de Abby todavía permanecía inalterable ante las novedades en el caso de su madre. Si tenía a Landon de su lado, ¿qué podría ir mal?

—Seguro que ha notado tu desesperación y se quiere aprovechar. Tal vez ni sea médico. ¿Y Adeline ha permitido que te fueras con él a solas? —susurró su amiga para que su familia no pudiera oírla.

—Ella ni siquiera era consciente de eso. Me dijo que era escribano. Y lo vi entrar en Bedlam.

—Uno de los dos te ha mentido. Tal vez también tenga un familiar dentro. —Eliza se cruzó de brazos.

—Yo apuesto por el desconocido. —Mike colocó las manos en la cintura de su mujer para apartarla con suavidad y poder pasar. Como buen peón del puerto, debía acudir lo más pronto posible si quería que lo contrataran ese día.

—¡Tú que sabrás! —Abby le golpeó en el hombro. Ya desde adolescentes se chinchaban el uno al otro de esa manera.

Mike se detuvo. Abby se dio cuenta de que ya no era el chico enclenque que no paraba de seguirlas de niñas, obsesionado con formar parte de su grupo. Su ancha espalda así se lo confirmó. Cuando se giró en sus ojos existía un brillo especial. Se lanzó a por

Abby y la rodeó con los brazos. No pudo evitar soltar una carcajada. Las cosquillas de Mike eran míticas.

—Así aprenderás a tenerme un poco más de respeto.

Eliza se interpuso entre ellos dos y recibió el doble. Las risas despertaron a las niñas que bajaron corriendo en camisón y se tiraron encima de su padre. Exhausto, Mike se rindió.

—No puedo con tanta mujer. Habéis ganado.

Le dio un beso a su esposa e hijas y una colleja a Abby antes de irse corriendo.

—Tobias no es un mentiroso como tu desconocido —le dijo desde lejos.

Abby frunció el ceño.

—¿No le dijiste que no quería nada con él? —le preguntó a Eliza.

—Solo es una cena, Abby.

—Tú misma me apoyaste. —No comprendía el cambio de parecer de su amiga. Creyó que estaba de su lado y, de pronto, volvía con el tema del carnicero, como si no pudiera aspirar a nada más. Como si no fuera merecedora de las atenciones de un vizconde y un distinguido médico.

—Lo sé, pero las niñas están muy entusiasmadas con volver a comer carne. Y no tienes que casarte con él si no quieres.

No le gustaba lo que Eliza estaba insinuando. No caería tan bajo.

Un viento del este le levantó la capa. Un escalofrío la recorrió y se tapó con ella. Había olvidado entregársela a Landon. Se le iluminaron los ojos. La lavaría y así tendría una excusa para acudir a Bedlam y asegurarse que el señor Parry era quien decía ser.

Esa noche no durmió. Se cambió de ropa y volvió a ser una señorita anodina con su vestido negro. Acudió al patio para llevar a cabo su cometido, aunque no pasó tan desapercibida como hubiera deseado.

—¿Has encontrado otra casa para lavar la ropa? —le preguntaron las demás lavanderas cuando la vieron con la capa en la mano.

—Qué más quisiera. —Eliza respondió por ella—. Se romperá la espalda para nada. Ni un penique le darán. Yo se la entregaría así

sin más. ¿Por qué tienes que gastar agua y jabón en esta prenda?

—¿Es de ese hombre tan apuesto que te acompañó ayer a casa? —Nelly arqueó una ceja, divertida.

—¿Acaso los espiabas? —se enfadó Eliza.

—No podía dormir —La chica se encogió de hombros.

—Es un contacto en Bedlam. Me puede conseguir una visita con mi madre.

—No te fíes de los hombres, Abby. —Nelly paró de restregar la ropa y se palpó la barriga. Su avanzado estado de gestación cada vez le provocaba mayor rechazo por ese trabajo.

—Es mi única oportunidad. Ya os he contado que mi hermano se ha confabulado con el director del psiquiátrico y la retiene allí. Pero no lo hará para siempre —sollozó Abby.

—Sí puede. Una vez entras, ya no sales. —Nelly le acarició la espalda. Se habían oído tantas historias espeluznantes de Bedlam que las esperanzas de conseguir sacar a su madre disminuían cada día que pasaba.

Se secó las lágrimas con la manga del vestido. Hundió las manos en la tela gruesa y resbaladiza. Cerró las manos y la estrujó. El agua goteó entre sus dedos y le empapó los puños de la blusa. El olor a lana mojada se elevó, denso y terroso, como si llevara encima todo el peso de quien la había usado.

—Nos has hablado mucho de tus amigas importantes en Woolriver —dijo Alice con retintín—. ¿Por qué no les envías una carta a ellas solicitando ayuda, en lugar de confiar en alguien que acabas de conocer?

—Tengo los utensilios, pero me faltan cinco peniques para poder remitirla a Woolriver —comentó Abby pensando en los otros cuatro que había ganado jugando a las cartas.

—¿Toda tu esperanza cabe en cinco peniques? —preguntó la dulce Nelly con la tristeza en los ojos.

—Tengo fe en ellas —dijo Abby con la cabeza gacha y su empeño en dejar la prenda lo más limpia posible.

—¿Y cómo puedes estar tan segura de que responderán? —Eliza metió baza. Se notaba que estaba celosa. Desde siempre, las tres habían sido inseparables, y de repente Abby llegaba hablando de

otro grupo, de otras mujeres con las que tenía confianza y hasta asegurando que pondría la mano en el fuego por ellas.

—Porque las he visto obrar antes —dijo, y por fin alzó la cabeza —. Ayudaron a mi madre a reavivar el amor con mi padre. A *lady* Susan a volver a enamorarse de su marido. A mi amiga Kat a convertirse en marquesa.

—Pues ya me gustaría que ese club tuyo viniera aquí —bromeó Edna—. A ver si me convierten en reina.

Todas rieron, y esta vez Abby también.

—No hacemos milagros —dijo—. Ni brujería. Pero la presidenta siempre decía que, cuando una mujer se siente bien consigo misma, la magia ocurre. Las cosas empiezan a encajar. Y lo que por derecho es tuyo vuelve a ti.

—¿Ser lavandera es tu destino, entonces? Porque es justo donde has acabado —apuntó Edna con su característica malicia.

—No hablaba de eso —contestó Abby—. Ellas me dieron fuerza. Eso es lo que me traje de Woolriver.

—Hablas como si quisieras convencernos. ¿Acaso quieres fundar uno aquí? ¿Para qué? ¿Cómo lo llamamos? —Eliza le siguió el juego.

—¿El Club de Damas de Southwark? —propuso Abby bromeando.

—¿No sería mejor el Club de Lavanderas de Southwark? —concluyó Nelly emocionada.

Las demás asintieron entre aplausos.

—¿Pero vais en serio? —rio Abby.

—Solo te seguimos la corriente para ver hasta donde eres capaz de llegar —respondió Alice, aunque ya se notaba el cosquilleo en el aire. La semilla había caído.

—Toma, un penique de mi parte —dijo Nelly con el rostro iluminado—. Para tu carta, y mi contribución al club.

—Es demasiado, no lo puedo aceptar. Tú lo necesitas más que yo. —Abby intentó devolvérselo.

—Aquí no seremos muy finas, pero nos ayudamos las unas a las otras —intervino Edna—. Toma, otro penique de mi parte. Que no se diga que el Club de las Lavanderas de Southwark dejamos tiradas a las nuestras.

Tanto Alice como Eliza hicieron lo mismo, y otras mujeres del patio se arremolinaron a su alrededor para saber cómo podían entrar al club.

—No sé qué decir —volvió a sollozar Abby ante tanta camaradería—. ¿Cómo podría devolveros el favor?

—¿Podrías ayudarme a casar a mi hija con un marqués? —preguntó Edna, medio en broma.

—No con un marqués, pero quizá con el hijo de un comerciante. O con Tobias Flanagan. Ahora que se ha muerto su madre, dicen que es más accesible que nunca —contestó Abby con la risa floja en los labios ante las atenciones de sus compañeras y mirando de reojo a Eliza. De esta manera se quitaba un problema de encima. Si le conseguía a Tobias las pretendientas más guapas de Southwark, tal vez se olvidara de ella.

—Podríamos hacer una lista de deseos. Y cada mes cumplimos el de una de nosotras. En Woolriver lo decidíamos todo por votación. —¿Qué podría haber más equitativo para un club que eso?—. Iré a por papel y tinta para anotarlos —continuó Abby al comprobar el entusiasmo de las demás.

Subió las escaleras casi corriendo. Cuando bajó, las lavanderas habían hecho una fila. Abby sonrió. Se sentó en el primer peldaño y empezó a anotar los nombres, las monedas y los sueños.

Capítulo 20

Llevaba dos días sin saber nada de Landon Parry. Abby había intentado no contar el tiempo, pero su cuerpo lo hacía por ella: el estómago encogido, la nuca en tensión, ese modo tonto en que el corazón se le aceleraba cada vez que alguien llamaba a la puerta.

Estaba doblando camisas en el rincón más soleado del patio cuando Eliza apareció con un balde y el ceño fruncido, como si hubiera decidido amargarle el día a propósito.

—¿Todavía lo estás esperando? —preguntó sin más.

Abby no contestó de inmediato. Le gustaba acabar las dobleces sin arrugas. Aunque tuviera que repetirlas tres veces.

—No dijo que volvería, solo que me haría llegar noticias —murmuró.

Eliza dejó caer el balde con un golpe sordo.

—Los estafadores siempre prometen cosas. Así consiguen lo que quieren. Luego desaparecen.

—No es un estafador —replicó Abby con una calma fingida.

—¿Ah, no? ¿Y qué es entonces? ¿Un caballero de corazón puro? Abby, por favor. Solo quiere que acudas de nuevo a una de esas fiestas que organiza su amigo, llenas de música, champán y mujeres dispuestas a venderse por una migaja de atención. Sabe que lo necesitas y no va a dudar en estirar todo lo que pueda su mentira hasta llevarte a la cama tantas veces como quiera.

Abby la miró decepcionada. No con Eliza, sino con ella misma, por haber albergado aunque fuera una pizca de esperanza.

—Parecía un hombre recto —dijo al fin—. Educado, contenido, caballeroso. Me habló de mi madre con respeto. —Abby bajó la voz.

—¡Eres demasiado ingenua! ¿Cuándo aprenderás la lección?

Abby no contestó. Tal vez su amiga tenía razón. En esos momentos se sentía pequeña e insignificante. Y creyó que lo mejor

era olvidar lo que vivió la noche de la fiesta de *lord* Essex. Allí no era una chica más, sino alguien con voz y voto por la que dos hombres se desvivían. Aunque, si tenía que ser sincera, pese a al hermoso rostro de Percival Lovelace y su galantería, el maldito Landon Parry la había atrapado con aquella mirada oscura, y su presencia eclipsaba todo cuanto había alrededor.

—¡Papá! —chillaron las dos niñas de repente y corrieron hacia los brazos de Mike, que acababa de llegar.

Abby pretendía rechistar ante el último comentario de Eliza, hacer una broma sobre lo ingenua que había sido ella al casarse. Luego se percató de la mirada de su amiga, en cómo sonreía extasiada al ver a su marido cargando con las dos niñas y la cesta llena de ropa, solo para que ella no tuviera que llevarla a peso hasta casa.

En el mismo canasto estaba la capa de Landon, que Mike no dudó en probarse una vez en el piso.

—¡Me encanta! —exclamó Mike—. ¡Me queda de maravilla!

—¡Quédatela, papá! Pareces un caballero —dijo Mary ilusionada mientras Lucy corría a sentarse en sus rodillas.

—La mejor idea que he oído en décadas —se burló Eliza.

—No seas tonto, Mike, a ti te pega más una corona y un bastón —replicó Abby y extendió las manos para que se la entregara—. Voy a devolverla y descubrir la verdad sobre Landon Parry. ¿Satisfecha? — habló de malhumor. No le quedaba otra si quería que su madre tuviera una oportunidad de salir viva de esa situación.

—No creo que sea buena idea, pero no te voy a dejar sola —contestó su amiga al mismo tiempo que agarraba el abrigo—. Y menos ahora que soy parte de un club. No puedo perder a la presidenta. Mike se puede quedar con las niñas.

El camino hasta Bedlam parecía una especie de ritual. Como si cada paso que daba sobre los adoquines sucios la acercara no solo a su madre, sino a sí misma, a la parte de ella que aún no sabía si estaba dispuesta a enfrentarse a la realidad.

Abby caminaba con la capa doblada entre los brazos, como si sostenerla le diera un propósito, y el simple gesto de devolverla le permitiera fingir que no tenía el corazón hecho trizas.

Eliza, firme a su lado, no había dicho nada en todo el trayecto. Aun así, su silencio pesaba. Cuando doblaron la esquina y la mole de ladrillo apareció ante ellas, Bedlam se presentó como lo que era: una fortaleza para los desechos humanos, decorada con falsas promesas de caridad. Y allí estaba, como la última vez, la turba: hombres y mujeres apiñados frente a las rejas, algunos gritando, otros suplicando con los ojos, todos intentando sobornar a los guardias con tal de salvar a sus seres queridos. Al igual que iba a hacer ella.

—Esto es un teatro cruel —murmuró Eliza con una mueca de desprecio.

Abby no respondió. La voz se le había quebrado y las pocas fuerzas que albergaba se habían desplazado hacia sus manos. No iba a soltar la capa, ni aunque le fuera la vida en ello.

El sonido de un carruaje que se aproximaba la atravesó como una advertencia. Un traqueteo suave, rítmico, que no debía haberle provocado nada y que, sin embargo, le heló la sangre al ver la insignia.

El coche se detuvo junto a la verja. Un cochero bajó con eficacia y se apresuró a abrir la portezuela. Lo siguiente ocurrió con una lentitud despiadada: una bota bien lustrada tocó el suelo, y luego la pierna, el bastón y un porte inconfundible. Su hermano Walter estaba ahí, de pie, ajeno al griterío y a la miseria.

Abby dio un paso atrás, como si le hubieran golpeado en el estómago. La mano de Eliza se cerró sobre su antebrazo para sujetarla.

Del interior descendieron dos hombres más. Altos, con ropas viejas, con la expresión impasible de quien está entrenado para obedecer sin pensar. Y Abby los reconoció de inmediato. Eran los tipos que la habían asaltado al llegar a Londres.

Un pitido agudo le inundó los oídos. El entorno pareció apagarse: la gente, los chillidos, incluso el bullicio de la ciudad. Solo existía Walter, tan impecable como falso. Y esos dos, sus sabuesos.

—Son ellos —susurró Abby, con la voz desgarrada por la certeza —. ¡Los hombres que me asaltaron!

—¿Estás segura? —preguntó Eliza, aunque su tono ya no contenía escepticismo, sino rabia.

—Reconozco la cara de viruela del más alto, el mismo que me lamió el rostro. Nunca lo olvidaré.

Como si el universo necesitara clavar la última estaca, la puerta del hospital se abrió. Y apareció Landon Parry.

Vestía de forma discreta, bien afeitado, y Abby rememoró el olor de él en su capa antes de hundirla en jabón. Su rostro sereno. Eso es lo que más le exasperó. Que estuviera al lado de su hermano, el culpable de que su madre permaneciera aún en Bedlam, a la espera que la juzgaran por asesinato. Landon le estrechó la mano con familiaridad y Abby sintió que el mundo se resquebrajaba.

No lo vio venir. Era una estúpida. Por haber creído, siquiera por un instante, que podía haber bondad en un hombre como él.

Eliza se mantuvo a su lado, sin soltarla.

—Me mintió —murmuró Abby.

—No del todo —dijo su amiga con el tono exacto entre furia y ternura—. Trabaja en Bedlam, aunque todavía no sabes cuál es su cometido en este embrollo.

Abby bajó la mirada. La capa seguía entre sus brazos, tan pulcra, tan inútil. De pronto le pareció que la tela olía a burla.

Se obligó a alzar el rostro. A mirar a Landon una vez más. Él no la había visto. Todavía no. Pero lo haría. Y cuando lo hiciera, Abby se aseguraría de que no la olvidara.

Capítulo 21

Al entrar en el despacho del doctor Thomas Monro, Landon percibió un aroma agrio que parecía haberse impregnado en las paredes, en la madera de los archivadores, hasta en la bata inmaculada del médico jefe. Landon esperaba que aquel olor, como tantos otros de Bedlam, pudiera dejar de notarse con el tiempo. Pero no. Persistía. Como el recuerdo de las voces que no cesaban, incluso cuando estaba fuera de sus muros.

El doctor Monro lo recibió sin levantarse, con las manos sobre el escritorio y una expresión distante. Landon había cruzado el pasillo principal con paso firme y la petición bien memorizada. Nada más entrar lanzó la pregunta.

—¿Existe alguna posibilidad que la señora Crown, de la celda 36, pueda recibir visitas? Su hija está en Londres y creo que sería una manera de incentivar su recuperación.

—¿La hija de la señora Crown, dice? —repitió Thomas Monro, alzando la vista de los papeles situados en su escritorio.

—Sí, señor —afirmó Landon, con las manos entrelazadas tras la espalda—. Ha preguntado por el estado de su madre. Me pareció una petición razonable. La señorita no busca alborotar, solo saber si puede verla, aunque sean unos minutos.

Monro desvió la mirada hacia la ventana polvorienta que daba al patio interior, donde una enfermera arrastraba un cubo de agua con más resignación que método.

—Es un caso delicado —dijo por fin—. La señora Crown lleva días en observación. Y usted sabe bien cómo reacciona ante cualquier novedad.

Landon asintió con calma.

—El láudano la ha dejado en un estado inapetente. No creo que haya peligro.

—No me pronunciaré aún —añadió Monro, ajustando una pluma en el tintero—. Hoy precisamente tenemos la visita del hijo. Quizá entre los tres podamos evaluar la conveniencia de ese encuentro.

—Nadie me había informado —espetó Landon molesto. No le gustaba que Monro se tomara ciertas libertades y no siguiera el protocolo.

—Y a mí tampoco se me notificó que había confraternizado con un familiar de un paciente de este hospital.

Landon carraspeó, incómodo.

—Solo me la encontré por casualidad.

—Claro, como también que el señor Crown nos visite hoy. Hágame el favor de recibirlo en mi nombre y traerlo al despacho. Debo liquidar estas firmas urgentes.

Landon aguardaba en el vestíbulo de Bedlam con la paciencia disciplinada de quien ha aprendido que, en ciertos lugares, la compostura lo es todo. El carruaje llegó con puntualidad matemática. Bajó primero un cochero gris, luego el hermano.

Walter Crown descendió como si la ciudad le perteneciera. Alto, pulcro, envuelto en un abrigo de corte impecable. Llevaba en los labios una media sonrisa que no delataba prisa. Tras él, dos tipos. Ambos robustos, discretos, con esa rigidez en los hombros propia de quienes han aprendido a actuar sin dejar huella.

Landon salió a recibirlos. Hizo una leve inclinación de cabeza.

—Señor Crown, soy el doctor Parry. El doctor Monro lo espera en su despacho —dijo con tono neutro.

—Señor Parry —respondió Walter con voz medida—. Agradezco su diligencia.

—Cumplo con mi deber —contestó Landon, y no añadió más. Porque con ciertos hombres, la cortesía funcionaba mejor cuanto menos se adornaba.

Lo condujo, junto a los que parecían sus guardaespaldas, por el pasillo principal, donde los muros se habían repintado hacía poco, pero el olor a humedad seguía trepando desde el suelo como un huésped permanente.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó Walter.

—Sigue igual. —Landon fue escueto a propósito.

—Preferiría que su situación se resolviera pronto. Todo esto… —Walter hizo un gesto vago hacia las paredes— resulta impropio de nuestro apellido.

Landon no respondió. No le agradó que hablara en esos términos. Parecía que en lugar de venir a interesarse por su madre, estaba tratando de cerrar un negocio.

Al llegar al despacho, golpeó la puerta dos veces. Una pausa. Luego abrió.

——Doctor Monro —dijo con familiaridad comedida—, el señor Crown ha llegado.

Thomas Monro alzó la vista desde su escritorio. Tenía el rostro flácido, la expresión siempre a medio camino entre la autoridad y el tedio. Sus manos estaban manchadas de tinta.

—¡Señor Crown! —dijo con una sonrisa que no le llegó a los ojos —. Es un placer tenerle con nosotros. Pase, por favor.

Walter entró sin dudar. Los dos hombres que lo acompañaban se quedaron junto a la puerta como estatuas. Landon, por su parte, hizo ademán de retirarse.

—¿Desea que espere fuera? —preguntó, siempre correcto.

—No es necesario —intervino Monro con una mano en el aire—. Este es un asunto administrativo sin mayor confidencialidad. Puede quedarse.

Landon asintió. Se mantuvo en pie junto a la ventana. En el jardín interior, una mujer sin zapatos caminaba en círculos bajo la lluvia fina. Era un paisaje triste y a la vez familiar.

La conversación entre Monro y Walter fluyó con fluidez profesional.

—Todavía no he podido evaluar a su madre, pero no se preocupe sigue estable dentro de lo que cabe. Esta mañana ha sufrido un episodio menor, nada grave.

Landon se sobresaltó. No había tenido noticias de ello.

Walter asintió sin sentarse aún. Echó una ojeada a la sala, como si evaluara los muebles y las intenciones al mismo tiempo.

—Me alegra oírlo. No me gustaría que pasara penurias, cualquier extra que puedan ofrecerle correrá de mi cuenta —dijo de nuevo con cortesía.

—Por supuesto —se alegró Monro—. Debería firmar unos documentos que yo mismo he preparado.

—Me gustaría verla —añadió Walter después de estampar su nombre casi sin leer los papeles, acomodado en el papel del buen hijo.

—Por supuesto —respondió el doctor con una falsa sonrisa.

Landon quedó perplejo que aceptara tan pronto aquella visita cuando había puesto cierta reticencia en que su hija hiciera lo mismo.

El pasillo que conducía a la sala de visitas parecía más largo esa mañana. No porque lo fuera —Landon conocía de memoria cada rincón de Bedlam—, sino por el modo en que las pisadas de Walter Crown se adueñaban del espacio. Caminaba entre él y el doctor Monro como si estuviera inspeccionando su propiedad.

La estancia húmeda con cortinas apagadas y una lámpara de gas que parpadeaba con pereza olía a desinfectante.

La señora Crown estaba sentada en una esquina. Tenía los cabellos canosos recogidos con esmero, aunque algunas hebras se escapaban. Cuando vio entrar a su hijo, se puso en pie de un salto. Una alegría desbordada le encendió el rostro.

—¡Walter! —gimió y, antes de que nadie pudiera impedirlo, se lanzó a sus brazos con la fuerza torpe del amor desesperado—. ¡Sabía que vendrías! ¡Por favor, sácame de aquí!

El cuerpo de Walter permaneció rígido. No respondió al abrazo. La sujetó por los antebrazos y la apartó sin violencia.

—Madre, cálmese —dijo con ese tono bajo que parecía reservar para amansar ovejas.

Ella se tambaleó un poco, sin saber si sentarse o seguir de pie.

—¿Dónde está Abby? —preguntó, con voz quebrada—. ¿Por qué no ha venido? ¿Está bien?

Walter se volvió hacia los médicos. Su semblante era grave. Se rascó la cabeza y volvió a dirigirse a su madre.

—Ha desaparecido.

Landon sintió un leve latido de alarma en la base del cuello. No era una sospecha. Era otra cosa. Una incomodidad apenas formada.

—Desaparecida, no es la palabra exacta —intervino con suavidad el doctor Monro, que observaba la escena como si estuviera en el teatro—. De hecho, hace solo unos minutos el doctor Parry ha solicitado una visita a esta misma paciente en nombre de su hija.

La mirada de Walter se volvió hacia él como un cuchillo envuelto en terciopelo.

—¿Es cierto eso? ¿Conoce su paradero?

Landon dudó. Miró a la señora Crown, sentada de nuevo, con los ojos vidriosos fijos en él. Luego a Walter, erguido, expectante. Monro no dijo nada. Pero su presencia llenaba la sala.

—Sí —admitió Landon, con voz controlada—. La señorita Crown me pidió ayuda. Le ofrecí gestionar la visita y, ahora que usted está aquí, y como familiar responsable, debe tomar la decisión.

—Qué considerado —murmuró Walter, sin emoción—. ¿Y dónde está ahora? He buscado a mi hermana por todas partes. Me tenía muy preocupado.

Landon tragó saliva. Ya era la segunda vez que lo preguntaba. Había prometido discreción. Pero también creía que Walter actuaba por el bien de su madre. Que lo que él buscaba era lo mismo que Abby: justicia, reparación, verdad. Que el tono frío, la ausencia de afecto, eran fruto de una educación distante, no de crueldad.

—Se hospeda en Southwark, con una antigua compañera.

Monro hizo una leve inclinación de cabeza. Walter no dijo nada. Pero la sombra de una sonrisa se insinuó apenas en la comisura de sus labios.

Landon no supo por qué aquello le contrajo la musculatura.

—Gracias —dijo Walter, por fin—. Será útil para coordinar todo con el abogado de la familia. Estoy seguro de que mi hermana huyó a Londres de manera impulsiva al saber que habían encerrado a mi

madre aquí. Sé que desea lo mejor para ella, pero ya conoce a las mujeres, alocadas *per se*.

A Landon no le gustó la respuesta de ese hombre, y algo se le removió por dentro. No había sido todo lo discreto que prometió.

Capítulo 22

Abby caminaba rápido, pisando con furia. Eliza apenas podía seguirle el ritmo. Llegaron al edificio gris de Southwark. Atravesaron el rellano y se adentraron en el patio donde las lavanderas, como cada día, restregaban con el jabón camisas de lino que no eran suyas y vestidos de muselina que nunca podrían lucir.

—¿Qué le pasa a Abby? —preguntó Nelly nada más verlas—. No para de dar vueltas al patio y murmura palabras soeces.

—Nos hemos acercado a Bedlam —aclaró Eliza.

—¿Y cómo ha ido? ¿Habéis podido hablar con el mozo de la capa? —Para sorpresa de todas, Alice parecía interesada de verdad en lo ocurrido.

—No muy bien —contestó Eliza apenas en un susurro.

—¡Ha sido una hecatombe! —chilló Abby acercándose al grupo —. ¡Lo peor que podría pasar! — Sus movimientos eran enérgicos—. Está confabulado con mi hermano. Y con los canallas que me robaron el primer día también.

Las otras lavanderas cesaron en sus tareas.

—¿No fue casual? —preguntó Nelly.

—Soy una idiota por creer que podría con esto yo sola. —Abby se llevó las manos al rostro y lloró desconsolada.

Eliza se le acercó para abrazarla. Las demás hicieron lo mismo.

—Esta es tu casa. No te vamos a dejar sola —habló su amiga.

—¿Ya has escrito a la presidenta del club? Tal vez ella tenga más influencia y suerte —apostilló Edna.

—No lo hice. Creí que era mejor esperar para darles buenas noticias. Me arrepiento tanto… —Abby se estrechó contra Eliza para sentir su calor; era lo que más necesitaba en ese momento.

—Puedes hacerlo ahora. —Alice había dejado de lado su acritud y su tono de voz era de ánimos, sin rastro de complacencia por su

derrota.

—¿Con qué dinero? Ya gasté los peniques que ahorramos entre todas para comprar nuevas cuerdas de tender. Os las repartí el otro día.

—No me importaría pagar medio penique a la semana para contribuir a nuestro propio club, y a tu causa, Abby. Sé que cuando me toque a mí el turno —dijo Nelly frotándose la panza— estaréis también a mi lado.

—No lo puedo aceptar.

El abrazo en grupo se deshizo y cada una volvió a sus quehaceres, pero antes depositaron en su mano ese medio penique.

Abby sonrió, agradecida.

—Si esta es vuestra manera para decirme que no me rinda, de acuerdo. Aunque tarde tres semanas en reunir el dinero, no desfalleceré. Pero me gustaría compensaros. ¿Qué puedo hacer por vosotras? Os leeré la sección de cotilleos…

—Para eso habría que gastar dinero en un periódico —apuntó Alice.

—¿Por qué no nos ayudas a remendar nuestra ropa? —sugirió Edna.

—Ni se os ocurra —rio Eliza—. Abby es malísima con la aguja. De pequeñas, la tía Emma la tenía siempre a pan y agua. No había manera de que los dobladillos le salieran a la de una.

—Pues no se me ocurre nada más. ¿Qué hacéis vosotras en Woolriver? —Edna se dirigió a Abby, curiosa.

—Os escandalizaríais al conocer los temas que tratamos allí.

—Alégranos el día y pon un ejemplo —habló Nelly, entusiasmada por romper la monotonía.

A Abby se le encendió una chispa, aunque esta era distinta. La rabia se había disipado para dar lugar a una idea que tal vez no fuera aceptada, pero el riesgo valía la pena.

—Recuerdo que alguien apuntó en su lista de deseos que quería recuperar a su marido. Puedo ayudar en ello. En el club lo hacíamos continuamente.

—¿Acaso ese marido se ha perdido? —se burló Alice.

—No —contestó Edna—. Se pasa el día en la taberna y cuando viene a casa no me hace caso. Ni a mí ni a sus hijos.

—Como todos los hombres —apostilló Alice.

—Él antes no era así. Se preocupaba por mí, me consentía, nunca se olvidaba de darme un beso de buenas noches, me arropaba al llegar a casa cansado del trabajo… Ahora ni trabaja. Soy yo la que tengo que mantenerlo, y estoy harta.

—Entonces, lo que quieres no es recuperarlo, sino que desaparezca. —Alice se rio a carcajadas de su propia ocurrencia.

Las risas se escucharon hasta en los pisos más altos. Abby hizo un gran esfuerzo por no sonreír.

—Ya sé como os compensaré. Tomaremos el té y os transmitiré las lecciones del club.

El grupo la miró como si estuviera loca. Abby se mordió el labio inferior. No se podían permitir detener el ritmo del trabajo y tampoco tenía a mano el libro que *lady* Susan les mostraba las tardes que se portaban bien. Recordaba que se llamaba algo así como *Kama*… *Kamasitr*… No, *Kamasutra*. ¿Cómo les hablaría de las distintas formas en las que un hombre y una mujer se podían amar sin esas ilustraciones? Y tampoco era una experta en ello; solo había logrado hacer una de ellas, cuando perdió la virginidad en un callejón con el dichoso Tobias Flanagan.

—Está bien. Te echaré una mano, Edna, si las demás también ponen de su parte. Esta es una misión que debe hacerse en grupo —habló Abby mirando a las demás y esperando su consentimiento.

Los ojos de las lavanderas se agrandaron. Nunca nadie les había hablado en esos términos.

—¿Misión? Suena a espías y traición —dijo Alice.

—No quiero traicionar a mi país —susurró Nelly.

—Yo no tengo tiempo de espiar a mi esposo —se quejó Edna.

—No vamos a acechar a nadie. Os servirá para sentiros mejor con vosotras mismas. —Abby intentó imponer la calma.

—¿Y eso qué tiene que ver con recuperar a su marido? —se alteró Eliza.

—Esa es una de las primeras lecciones que se enseñan en el club a las recién llegadas. Si tú brillas, los que están a tu alrededor

también lo hacen.

—Tonterías… —refunfuñó Edna.

—Si a *lady* Susan le fue bien, ¿por qué no debería funcionarte a ti? —Abby mencionó la historia de la presidenta del Club de Damas de Woolriver para picar su curiosidad.

—¿Cómo de bien? —volvió a inquirir Edna.

—Nunca he visto una pareja tan enamorada, excepto la de mi amiga Kat, la marquesa de Pembroke, pero esa es otra lección.

—A mi me gustaría escucharlas todas —sugirió Nelly.

—No sé yo, Abby, si estás a la altura —comentó Eliza.

—¡Vaya, de ti me esperaba más apoyo!

—¡Deja de chismorrear y al grano! —Alice zanjó la discusión.

—Está bien. —Abby les lanzó una mirada enigmática—. El primer paso es aceptarnos tal y como somos.

—Bizca —se apresuró a comentar Alice.

—Demasiado delgada —pronunció Edna—. ¿Estará mi marido viendo a otra con más curvas?

—No digas eso —se compadeció Eliza—. Solo debes comer un poco más.

—Debemos aprendernos a amarnos con nuestros defectos y nuestras virtudes —sentenció Abby— . Y no podemos hacerlo si no conocemos nuestro cuerpo. Esta noche, cuando lleguéis a casa, esperad a estar a solas y contemplaos desnudas delante del espejo. Acariciad y amad cada parte, con respeto y propósito.

—¿De qué espejo hablas? —interrumpió Eliza.

—No me he visto desnuda en mi vida, y no voy a empezar ahora —se quejó Edna.

La reacción inesperada de sus compañeras confundió a Abby. A la presidenta del club no le chistaban tanto. Se percató de que un espejo en aquel barrio y en aquella vida era un objeto sin valor. ¿Para qué querría una lavandera contemplar su rostro extenuado y las manos rojas, en carne viva? Los espejos eran para quienes podían permitirse el lujo de verse con indulgencia. Las demás se aprendían de memoria.

—Yo podría dejaros uno —dijo de repente Adeline. Habían estado tan inmersas en la conversación que nadie percibió su

llegada.

Abrió el retículo de encaje y sacó un pequeño estuche de nácar. En el interior, un espejo ovalado le devolvió el reflejo**.** Se empolvó apenas la nariz con una elegancia que ni Eliza ni Abby habían apostado que poseía. Y eso que la conocían de años de correr juntas por las calles polvorientas de Londres.

—¿A qué has venido? ¿A restregar tu fortuna? —protestó Edna.

—Déjala que se pavonee. No es más que un espejismo. En cuanto su *lord* se canse de ella, volverá a poner las manos en esta agua fría. —Eliza no era de las que se contenía.

—Que no viva aquí no significa que os haya olvidado. Sigo queriendo formar parte. Ayudaros… — Adeline se mostraba frágil, cuando siempre había sido la más fuerte.

—No queremos el dinero de una ramera. —Edna se envalentonó al ver que sus dos mejores amigas parecían darle la espalda.

—¡No soy una meretriz! —exclamó Adeline—. Hago otras cosas importantes.

—Por favor, ahórrate los detalles —se alarmó Eliza.

—En fin, solo quiero contribuir. ¿Queréis el espejo sí o no?

—¿Por qué regalarías algo tan valioso? —preguntó Alice perspicaz.

—Me enteré de que habéis formado un club y quiero contribuir —les guiñó un ojo— y porque yo también deseo brillar.

Capítulo 23

El espejo pasó de mano en mano durante esa semana y las reacciones de cada una de las mujeres fueron muy distintas. Hubo quien se estuvo más de tres horas encerrada en su cuarto vislumbrándose por partes mientras las demás doblaban esfuerzos para lavar las prendas de sus clientes y que ese parón no la perjudicara. Otras, a la media hora no habían empezado y devolvían el espejo con mirada cobarde. Pero, en resumen, Abby se sentía satisfecha de la proeza. El patio de las lavanderas estaba más agitado que nunca y se hallaba una energía renovadora.

Edna todavía no había recuperado a su esposo, pero todas percibían que su humor no era tan agrio. Descubrió que sus piernas eran largas y apetecibles, su marido siempre se las alababa de joven, y aún después de tantos años seguían firmes. Eso le subió el ánimo y se notaba.

Esa mañana le tocaba el turno a Eliza. Esperaron a que Mike se hubiera ido y Abby le entregó el espejo. Era increíble como algo tan pequeño podía cambiar la actitud de la gente.

—Llévate a las niñas a dar un paseo. Me da vergüenza que estén en el patio con las otras y pregunten qué está haciendo su madre.

Eliza no era una chica tímida, aun así, parecía que estaba nerviosa por la hazaña que iba a cometer. Nunca había estado completamente desnuda, ni ante el médico ni ante su marido. De novios, se escondían en los callejones para manosearse. De casados, tuvieron que vivir con los suegros. Y, cuando estos murieron, vinieron las niñas. Así que entre el trabajo y la familia no se presentó la oportunidad. Y Abby temía que, aunque la coyuntura fuera perfecta, Eliza creería que estaba atentando contra Dios, como así le habían enseñado, y no se dejaría llevar por el deseo.

—No te preocupes. Estarás sola y nadie te molestará. Tengo pensado ir a ver escaparates con las niñas —le explicó para calmarla.

—Les encantará. Pero coge mi abrigo. El tuyo se ha deshilachado y tengo que remendarlo —dijo Eliza descolgándolo del perchero de la entrada.

—No te molestes, mujer.

—Abby, somos pobres, pero no vamos por ahí como unos pordioseros. Ponte mi abrigo —se enfadó su amiga.

—Está bien, ¡mamá! Me tratas como a una hija —se burló Abby.

—Es que a veces lo pareces. ¡Pasadlo bien las tres! ¡Y no les llenes la cabeza con tu pasado lujoso, que luego no paran de insistir en que les compre un caballo!

—¡Tenía un caballo, aunque no te lo creas!

Abby cerró la puerta con cuidado para que Eliza pudiera concentrarse en su tarea. Las niñas hacía rato que estaban preparadas, esperándola en las escaleras, emocionadas porque ese día Abby les había prometido una aventura.

Caminaron por el parque y vieron cómo otros niños les daban de comer a los patos. Jugaron al escondite entre los árboles y, al fin, tía Abby las llevó a la calle central. Los carruajes pasaban a gran velocidad esparciendo el polvo del camino. Tuvieron que apartarse con el corazón en la boca por culpa de un par de cocheros que parecían participar en las carreras. Las niñas rieron al ver que todo había quedado en un susto y la arrastraron hasta una tienda llena de sombreros con grandes plumas de pavo real. Sus pasos las llevaron de un escaparate a otro, hasta llegar al más temido. La pastelería. Mary y Lucy mancharon el cristal con sus dedos y se relamieron. Sin embargo, no insistieron para que les comprara un trozo de pastel como la otra vez. Su madre las había aleccionado al respecto antes de salir.

—¿Por qué no entráis y probáis el de zanahoria? Es uno de mis preferidos.

Abby se giró sorprendida ante aquella intromisión y lo primero que vio fueron esos ojos verdes y rasgados de *lord* Essex, que la observaban con una curiosidad desmedida.

—Lo siento, *milord*, ya nos íbamos. —Abby bajó la cabeza, con los latidos acelerados en las sienes.

—Para ti, soy Percival. Ya quedamos en su momento que nada de formalismos sin sentido —susurró a su oído.

—Estamos en un sitio público, y lo más decente es tratarnos con respeto.

Percival se quitó el sombrero.

—Encantado de volver a verla, señorita. Veo que trae compañía. ¿Y ustedes son? —preguntó dirigiéndose a las niñas.

—Soy Lucy —respondió la pequeña divertida.

—Me alegro de conocerla, *lady* Lucy. —Acto seguido agarró con delicadeza la diminuta mano y realizó una reverencia.

—Yo soy Mary.

—Encantado de conocerla, *lady* Mary.

Las hermanas rieron sorprendidas por el trato.

—¿Me harían el honor de ser mis acompañantes esta tarde? Estaba a punto de tomar el té y un gran trozo de pastel.

—¡Sí! —contestaron al unísono.

—No sé si es buena idea. Todos nos miran —dijo Abby, cohibida.

—¡Qué más da! ¿Acaso esperas una invitación de alguna de estas damas que cuchichean?

Abby negó con la cabeza mientras sus labios esbozaban una tímida sonrisa. Entraron en la pastelería y se sentaron a una mesa. Las niñas se quedaron embobadas mirando los manjares del mostrador y viendo cómo las dependientas servían las distintas raciones de dulces a los clientes.

—Me consiente demasiado, *lord* Essex. Y no estoy muy segura de sus intenciones.

—Tan solo deseo conocerte mejor.

—¿A mí? ¿Por qué? No soy nada especial —Abby se ruborizó.

—Lo que voy a decir sonará algo fantasioso, pero es la verdad. Desde que te vi por primera vez, supe que congeniaríamos.

—Y que sería buena para su amigo, que en realidad ha resultado ser…

—Un soso y un petulante, ya sé. —Percival la interrumpió antes de que le explicara el motivo de su descontento. Deseaba hacerle

partícipe del descubrimiento que había hecho y saber si él era consciente, pero la conversación les llevó por otros derroteros. Y Abby solo esperaba volver a encauzarla.

—Déjeme que le diga que… —insistió ella.

—No, permíteme que sea yo quien se sincere. Sabía cómo eras antes de verte.

A Abby se le congeló la mirada. No supo reaccionar.

—Adeline me habló en infinidad de ocasiones de ti, y también de la otra, Elsa… E…

—Eliza.

—Exacto. Me encanta cuando Adeline me cuenta sobre sus aventuras de pequeña. —Los ojos de Percival se iluminaron, y Abby creyó que había cierto cariño en aquella frase, y tal vez también hacia su amiga.

—¿Le habló ella de mi situación actual? —Esta era su oportunidad de volver al tema que le preocupaba Landon Parry.

—Mencionó que tus asuntos financieros requieren de fluidez inmediata. Estás invitada a mi casa cuando quieras.

Abby pasó de sentirse complacida ante el interés de tan bello hombre a humillada en público. ¿Acaso le había propuesto un acuerdo obsceno?

—No soy una cualquiera. —Se levantó con un aire digno que ni sabía que poseía, al mismo tiempo que echaba un vistazo para ver si encontraba a las niñas para huir veloz de allí.

—Para jugar de nuevo a las cartas, mi querida y asustadiza Abby. El otro día ganaste unos cuantos peniques. Si permites que te dé algunas lecciones, bajo mi tutela podrías ganar varios montones de libras.

Volvió a sentarse, hizo un gesto leve de disculpa y tragó saliva.

—Sí, unas cuantas libras me vendrían bien.

—Perfecto —asintió él, como quien da por cerrada una transacción—. Daré instrucciones para que pases a formar parte de mis invitados recurrentes.

—Imagino que tendrá una gran lista —replicó Abby, con fingida indiferencia.

—Solo Landon puede presentarse sin invitación —respondió *lord* Essex, sacando su reloj de bolsillo con gesto pausado. Lo abrió. Consultó la hora y pareció recordar que existía el tiempo.

—Y en cuanto a su amigo… —Abby se atrevió a preguntar, todavía descolocada—: ¿Cómo de bien lo conoce?

—Disculpa —dijo, cerrando el reloj con un chasquido seco—. Tengo una cita en el club con unos caballeros. Espero verte pronto. Pedid lo que queráis de más y anotadlo en mi cuenta.

Se inclinó levemente hacia Abby y luego se volvió hacia las niñas, que corrieron a abrazarlo con la devoción ruidosa de quienes aún no entienden lo que significa el poder.

Abby lo observó alejarse. Su figura se desdibujó entre el gentío de la pastelería. Se quedó sentada, con la espalda erguida y las manos en el regazo. Tenía la boca entreabierta. No sabía exactamente lo que había pasado. Ni cuál de todas las emociones que sentía debía atender primero.

Capítulo 24

Cuando Abby regresó del paseo, con las mejillas aún enrojecidas por lo sucedido en la pastelería y las risas de Mary y Lucy resonando en sus oídos, supo que algo iba mal nada más adentrarse en el edificio. El bullicio en el patio era distinto al habitual: no había algarabía, ni discusiones triviales, ni el murmullo constante del agua hirviendo. El ambiente era tenso, salpicado por exclamaciones contenidas. Empujó la puerta del modesto habitáculo de Eliza y se detuvo en seco. El cuarto parecía haber sido sacudido por una tormenta. Cajones abiertos, ropa por el suelo, el único jarrón que poseían astillado junto a la cama. En medio del caos, las lavanderas formaban un semicírculo como si velaran un cuerpo. Y allí, sentada en la colcha deshecha, con la barbilla alzada por orgullo y un moratón violáceo trepándole desde el pómulo al ojo, estaba Eliza. Abby sintió cómo el corazón se le encogía dentro del pecho. Se acercó, despacio, como si con cada paso pudiera desandar el daño. Las niñas se abalanzaron sobre su madre, que las meció en sus brazos.

—¿Ha sido Mike al verte con el espejo? —preguntó Abby inquieta y llena de culpabilidad.

Miró a su alrededor y no vio al susodicho. Supuso que este era el causante de esa barbarie al sorprender a su mujer con el espejo.

—¡Él nunca haría algo así! ¡Lo sabes de sobra! —Eliza la miró como si le hubiera clavado un cuchillo a traición—. Ha ido detrás de esos malnacidos.

—¿Quiénes? —Abby dio un paso atrás, invadida por un miedo irracional, ya no por ella, sino por la familia de Eliza. Creía saber la respuesta.

—Cara viruela y su compañero. —La expresión de su amiga no dejaba lugar a dudas.

Abby apretó los dientes. La rabia la consumía y solo un rostro apareció en su mente. Tuvo ganas de arrastrarlo por los pelos y pasarlo por un rodillo al igual que se hacía con la ropa húmeda.

—¡Voy a matar a Landon Parry!

—¿Por qué culpas a ese matasanos si eran los secuaces de tu hermano? Las dos los vimos descender del carruaje junto a él.

Se encendió un debate de lo más caluroso entre las mujeres allí reunidas. ¿Quién era el causante de tan grave extorsión? ¿El doctor por, al parecer, haber difundido el paradero de Abby o Walter Crown, por enviar a esos matones a no se sabe bien qué?

—¡Silencio! —gritó Eliza al ver como la cháchara sin sentido estaba asustando a sus hijas—. Me duele la cabeza y necesito tranquilidad. Si sois tan amables de darme un respiro, mañana os lo cuento con detalles —dijo dirigiéndose al grupo.

—¡Claro! Mary, Lucy, venid conmigo. Mamá necesita descansar —dijo Abby, todavía compungida por lo sucedido.

—No, que se encargue mejor Nelly. Quiero hablar contigo. A solas.

Las mujeres se dispersaron, aunque no el murmullo, que se instaló en las escaleras como si se tratara de un enjambre de abejas difíciles de espantar.

—¿Ha sucedido algo más? —preguntó Abby con el miedo en el rostro. No se le pasaba por alto que tal vez atraparan a Eliza desnuda contemplándose en el espejo de mano y se aprovecharan de la situación.

Eliza negó con la cabeza.

—No he tenido mucho tiempo para pensar en lo sucedido, pero tampoco creo que haya que ser un genio para darse cuenta. Esperaron a que toda la familia se hubiera ido. Me confundieron contigo. Como saliste de casa con las niñas y con mi abrigo, creyeron que yo era tú.

—¡Cuánto lo siento! Nunca creí que estuvieras en peligro, si no…

—Ya lo sé, tranquila. Por suerte Mike regresó esta mañana con el ánimo triste. No consiguió trabajo en el puerto y al entrar en casa y verme desnuda examinándome… Ya sabes… —Eliza bajó la mirada.

Abby cubrió con sus manos las de su amiga para consolarla.

—Seguro que Mike piensa que estoy loca y no quiere verme más.

—No te delaté. No estoy tan mal de momento. —Sonrió melancólica—. Le dije que tenía curiosidad, y no hizo falta más. Se desnudó conmigo y exploramos juntos. ¡Ha sido el mejor revolcón de mi vida!

—Los franceses lo llaman hacer el amor —se regocijó Abby. Al menos sus lecciones no caían en saco roto—. Menos mal que Mike estaba contigo cuando esos cenutrios han entrado. Si tú tienes un ojo morado, no sé cómo estará él.

—Por suerte no se dieron cuenta de su vuelta. Debió de entrar por la parte de atrás del patio y no por la puerta delantera. Ya habíamos acabado con lo nuestro cuando oímos los chillidos. Primero se colaron en casa de otros inquilinos, un padre y dos hijos que habían salido a faenar. Nos sorprendió el ruido que hicieron al destrozar los muebles. Cuando nos asomamos, vinieron a por nosotros preguntando por ti. Mike devolvió los golpes que pudo y yo les di en la cabeza con la sartén. Uno de ellos me arreó un codazo justo cuando intentaba saltar sobre él para quitárselo de encima a Mike, y me atizó en el ojo. Mis gritos alertaron a los vecinos y huyeron, no sin antes robar los pocos peniques que teníamos ahorrados, junto con los del club, además del papel y la tinta que tanto necesitas para escribir a Woolriver.

Abby estrujó a Eliza entre sus brazos y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Le quemaron la piel y el rencor hizo mella en cada uno de sus poros.

—Querida, me dan igual las cartas. Lo que importa es que estés bien. Tendré que buscarme otro lugar para vivir. Está claro que no estáis a salvo conmigo. Y que la culpa de todo esto es de Landon Parry por descubrirme ante Walter. ¡Me las pagará ese canalla!

—¿A dónde irás? No permitiré que duermas en la calle. Ya lo hicimos de niñas cuando nos escapamos del orfanato y no nos fue muy bien.

—Volvimos corriendo junto a la tía Emma cuando ese señor quiso comprar a Adeline —se rio Abby.

—¿Por qué no acudes a ella? No es de mi gusto su situación, pero sí es la única con posibles esta vez. —Una parte de la cara de Eliza se iluminó, lo que contrastaba con esa otra sección del rostro, a la que el ojo hinchado le confería un aspecto grotesco.

Abby bajó la cabeza avergonzada, nada habitual en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Eliza conociendo ya algunas de las actitudes de su amiga en momentos relevantes.

—Nada. —Abby calló para no parecer irrespetuosa ni tampoco desleal.

—Te conozco demasiado bien. Hay algo más que no me cuentas —sentenció Eliza, que se apartó de ella molesta.

—Me he encontrado con *lord* Essex esta mañana y me ha insinuado que, si quiero, seré bienvenida en su casa.

—No me gusta, Abby. Una cosa es que Adeline convenza al *lord* para que te alojes en su casa como un favor y otra bien diferente es que seas su nuevo capricho.

—No hay otra opción, Eliza. No sabemos lo que querían esos dos.

—Lo más seguro, llevarte de vuelta con tu hermano.

—No lo tengo claro. ¿Y si quieren que desaparezca?

—¿De verdad lo crees? —El espanto en el único ojo sano de Eliza era evidente.

—No tengo otra opción. Además, es amigo de ese cretino de Landon. Le contaré su traición. Estoy convencida que Percival no será indiferente.

—¿Ves? Ya te ha camelado. Hasta lo llamas por el nombre de pila. Eso no es muy decente, Abby.

—Si sugieres que soy indecente por perseguir lo que quiero, pues que así sea, pero tú tampoco te libras, querida amiga. Ahora formas parte de un club que fomenta el vicio. —Abby señaló el espejo que estaba en el suelo y que, por un milagro, no se había hecho añicos. Lo recogió y se lo entregó a Eliza.

—Te paso el testigo en mi ausencia. Vendré en cuanto pueda para seguir dando clases. Lo prometo.

Capítulo 25

Abby esperó a la noche para dirigirse a la calle Russel Square, número 14, porque sabía que a esas horas seguro que la recibirían. Llevaba consigo una bolsa roída, en la que había depositado lo único que tenía: la capa de Landon Parry. Subió los escalones de mármol que la separaban del picaporte, con la furia abriéndose paso bajo su pose erguida. Cada pisada era una sentencia. No había duda: los hombres que habían golpeado a Eliza eran los mismos que la asaltaron a su llegada a Londres. Eran de Walter. Y este había sabido dónde buscar gracias a Landon. Amigo y confidente de Percival Lovelace. Y su traidor. Llamó con una determinación que no admitía réplica, pero el mayordomo miró su atuendo con acritud y no la dejó pasar. Le indicó de malos modos que la entrada del servicio quedaba al fondo. Aturdida, más por el gesto que por las palabras, Abby bordeó la imponente fachada con los labios sellados de indignación y la mirada fija. Cuando una doncella abrió la puerta trasera, no preguntó por Adeline ni pidió permiso. Solo musitó, con la voz rasgada por la rabia contenida:

—Quiero ver a *lord* Essex. Ahora.

La doncella, una joven de expresión nerviosa y cofia ladeada, se quedó paralizada unos segundos. La mirada de Abby no dejó espacio para objeciones.

—Espere aquí —murmuró la muchacha, haciendo una leve reverencia antes de desaparecer por el pasillo estrecho que olía a grasa y jabón.

Abby no esperó. Se adentró con los puños apretados y el corazón latiendo sin control. Avanzó entre el ruido de las ollas en los fogones y los murmullos sorprendidos del personal, que se propagaban por los corredores como una ola que anunciaba tempestad.

Cuando un lacayo intentó cortarle el paso en el vestíbulo secundario, ella le dirigió una sola palabra, seca como un látigo:

—Apártese.

El joven obedeció, más por el desconcierto que por respeto, y Abby subió las escaleras con la respiración agitada, guiándose por la música y las voces apagadas que venían del salón principal.

Lord Percival Lovelace estaba recostado en un diván, rodeado de risas femeninas, humo de cigarro y copas de cristal, como si el mundo exterior no tuviese poder en su pequeño reino de decadencia. Se giró al notar el revuelo y, al verla plantada en el umbral, con las mejillas encendidas, sonrió con esa media mueca encantadora que usaba cuando estaba a punto de decir algo imperdonable.

—¡Abby! ¡Qué sorpresa más deliciosa! ¿Me echabas de menos?

—Vengo a pedirte una cosa —dijo ella, con la voz baja pero firme, la mandíbula tensa y ese tuteo que se le coló sin querer.

—Espero que no sean unas disculpas. Me temo que no soy bueno dándolas.

Abby miró de reojo a las tres damas, por ponerles un nombre, que lo rodeaban. Una de ellas tan solo llevaba una camisola muy fina.

Lord Essex se dio cuenta de su incomodidad, se incorporó con elegancia y chasqueó los dedos para que las susodichas abandonaran el salón. Una mujer protestó entre risas y otra se quedó observando con curiosidad hasta que él cerró la puerta. Luego se acomodó el batín de seda que llevaba e hizo un hueco en el diván para ella.

—No me desdigo de lo comentado esta mañana en la pastelería, cuando te invité, pero esta noche no hay juegos en la casa. Me reservo un descanso una vez a la semana —indicó el hombre con fingida tristeza.

—No he venido a jugar —masculló Abby.

Percival palpó el mullido asiento del diván para que ella se sentara a su lado.

—Entonces, ¿vienes con algún tipo de propuesta? —Su sonrisa se intensificó y Abby, muy a su pesar, avanzó sin proponérselo,

atraída por ese truhan cuyos susurros la apaciguaron—. Soy todo oídos.

Tragó saliva. Lo miró a los ojos, verdes como un mar griego, y se le olvidó por un momento a qué había venido. ¿Por qué aquella furia al entrar?

Tartamudeó.

—Qui-quiero saber dónde está Landon Parry.

La sonrisa de Percival se evaporó con la rapidez de la llama de una vela al viento.

—¿Qué ocurre? —preguntó con cautela.

—Tu amigo me ha vendido. Gracias a él, los hombres de mi hermano, del cual me escondo, han encontrado a Eliza. Han destrozado su habitación y le han pegado.

Percival frunció el ceño. No respondió de inmediato. Se levantó para servirse un vaso de *brandy*.

—¿Estás segura?

—Los conozco. Son los mismos que me asaltaron la noche que llegué. Y no sabían dónde encontrarme hasta que Landon me entregó.

Un silencio espeso se tendió entre ellos. Solo se oía el golpeteo de una rama en la ventana y la respiración entrecortada de Abby.

—No es propio de él —comentó al fin Percival, despacio, como si dudara de sus palabras.

—Me dijo que me ayudaría a sacar a mi madre de Bedlam y, en lugar de eso, me traicionó.

—Eso me encaja más. Lo de Bedlam, no la traición. ¿Por casualidad tu madre no se apellida Crown? Landon está obsesionado con ella. En realidad, con las madres de otros, menos con la suya.

A Abby no le pasó desapercibido el sarcasmo. Pero lo que la petrificó era lo que el vizconde había confirmado sin darse cuenta: que mucho antes de que se conocieran Landon ya estaba interesado en su caso. Eso evidenciaba que era parte del complot.

—¡Le voy a arrancar los dientes uno a uno! —Se levantó envalentonada por el descubrimiento atroz.

—¿A quién? —Landon apareció en la puerta con el semblante relajado, como si no acabara de perpetrar un acto cruel.

Abby arrastró el pie hacia atrás para coger carrerilla y, si no hubiera sido por *lord* Essex, que la detuvo, le hubiera tirado de los pelos al cretino de Parry. Los brazos de Percival la inmovilizaron. El pulso le golpeaba las sienes como una campana agitada con intensidad.

—Vaya recibimiento —murmuró él, cerrando la puerta tras de sí con más lentitud de la necesaria.

Percival aún no la soltó. Su mano, más firme que antes, se había deslizado hasta la curva de su cintura. No era un gesto obsceno, pero tampoco del todo inocente. Abby no supo si agradecerlo o apartarse, de modo que se quedó así, contra su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Percival a Landon de manera acusatoria.

—He venido a hablar contigo —añadió sin humor—. Aunque parece que interrumpo algo. — Frunció el ceño al verlos a los dos tan juntos.

Percival soltó una risa breve, ronca.

—Ella ha venido a arrancarte los dientes, viejo amigo. Y yo solo he evitado que tu mandíbula conociera el mármol de esta sala.

Landon avanzó dos pasos, sin dejar de observar a Abby. Su expresión era indescifrable, como si cada palabra que no decía pesara más que cualquier disculpa. Solo entonces ella se atrevió a clavar la mirada en sus pupilas. Fue un gesto seco, preciso.

—Confabulaste con mi hermano, le dijiste dónde estaba y, si no llega a ser porque me confundieron con Eliza, no sé qué habría sido de mí. Destrozaron su casa y a ella le dejaron un ojo morado —susurró Abby con furia contenida.

Ante el silencio de Landon, que parecía haber vuelto a su sombrío aspecto, continuó atacándolo:

—¡¿No tienes nada que decir?! ¡¿Ni siquiera vas a negarlo?!

Él no respondió de inmediato. Se detuvo junto a la chimenea y el resplandor dorado recortó su silueta en sombras.

—No —dijo al fin—. Pero no es lo que piensas.

Abby se deshizo de las manos de Percival, que aún la sujetaban, y dio un paso hacia Landon. No por confianza, sino por necesidad. Como si el cuerpo deseara entender antes que la mente.

—¿Qué ocurrió exactamente? —preguntó.

Landon se pasó una mano por el cabello, cansado. Su presencia se magnificó y Abby se sintió pequeña a su lado. Cuando habló, lo hizo sin apenas mirarla, como si se arrepintiera.

—Recibí a Walter Crown en Bedlam. Me pareció un caballero preocupado por su familia. Se interesó por el bienestar de su madre y preguntó por ti. Me dijo que habías huido para intentar estar más cerca de tu progenitora. Entendí que había sido un acto impulsivo, que él solo quería recuperarte.

—¿No te dio una pista cuando te dije el otro día que todos estaban confabulados, que había que ir con cuidado? —La amargura de Abby era evidente.

Landon se aproximó con la duda en el rostro, ella retrocedió y se encontró con los brazos de Percival que la reconfortaron.

—Tienes razón, no he sido lo suficientemente precavido —prosiguió el médico—. Sospeché de Monro cuando retrasó adrede varias veces la evaluación de la señora Crown. Supuse que era por dinero. Que intentaba estafar a tu hermano con libras extra por el cuidado de tu madre. Nunca pensé que él tuviera intenciones ocultas.

—Ese hombre se deja comprar por cualquiera. No sé si mi padre murió por un ataque al corazón o fue envenenado, pero, si lo asesinaron, estoy convencida de que Walter puso el veneno en esa taza y no mi madre. Consiguió quitárselos de en medio de un plumazo. —Abby avanzó segura hacia su oponente.

Esta vez Landon se apartó incrédulo.

—¿Por qué motivo? Es el único varón, el heredero. ¿Para qué encerrar a tu madre e ir a por ti?

—Porque mi padre tenía intención de desheredarlo. —En cuanto lo escuchó de labios de su padre se convenció de que la amenaza hecha solo era una llamada de atención para que su único hijo se tomara en serio su papel en la finca y en la familia. Nunca creyó que las cosas se torcieran de aquel modo. Sin duda, los lujos la habían ablandado.

Landon se acercó hacia donde permanecía Abby junto a Percival. Ella lo recibió con la mirada decidida, combatiente. Landon

parecía arrepentido.

—Siento mucho haber sido tan necio. Admito que desde que vi a tu madre sentí que ella era inocente y quise ayudarla. Y cuando te propuse una visita iba en serio. Tener a familiares cerca es lo mejor para los pacientes. Nunca dudé de tu hermano y solo pensé en reuniros de nuevo a los tres.

El fuego crepitó en la chimenea, rompiendo la quietud con un susurro seco. Abby se abrazó los codos, sin saber si el frío venía de fuera o de dentro. Percival la rodeó, despacio, como si quisiera recoger los pedacitos que quedaban de ella. Le puso una copa de *brandy* en la mano sin decir palabra.

Landon la observó beber. El cristal tembló apenas contra sus labios y este no apartó los ojos de ellos. Abby los sintió a los dos. Y en ese instante extraño y ajeno no supo si lo que deseaba era consuelo u otra cosa.

—No confío en ti —le dijo a Landon, bajando la copa.

—No espero que lo hagas —respondió él.

—Pero le necesitas —añadió Percival. Su voz era como un hilo de seda enredado en el cuello.

Abby cerró los ojos un instante. Solo un segundo. Pero fue suficiente para sentir el peso de sus presencias. La intensidad con la que Landon la contemplaba. La manera en la que Percival se había inclinado apenas, lo justo para que su aliento rozara su nuca.

De pronto, fue como si todos respiraran por ella.

Cuando volvió a abrir los ojos, la habitación era la misma. Y, sin embargo, había cambiado.

—Entonces —dijo al fin, con la voz más firme de lo que esperaba—, ¿quién me va a ayudar?

Landon y Percival intercambiaron una mirada breve. Luego, como si tuvieran prisa por ser los primeros en tomar la decisión, hablaron al mismo tiempo:

—Yo.

En ese preciso instante la puerta se abrió y Adeline quedó paralizada al descubrirlos. Los tres estaban tan próximos que Abby sintió que estaba cometiendo una falta. Pero nadie más que ella podía averiguar lo que sentía en su fuero interno. Su único propósito

había sido obtener apoyo y hacer frente a su hermano en caso de que se atreviese en algún otro momento a ir contra ella. Y lo había conseguido. Dos caballeros estaban dispuestos a pelear por hacer justicia junto a ella. Sin embargo, eso también la excitaba, y la llenaba de un anhelo que no reconocía. En las veladas del Club de Damas de Woolriver no se habló nunca de sentir deseo por dos hombres a la vez.

Adeline pareció entenderlo al momento y frunció el ceño. No se mostró escandalizada, pero sí furiosa. Cerró la puerta de golpe, no sin antes dedicarle a Percival Lovelace un gesto de desaprobación.

—Si me disculpáis, enseguida estoy con vosotros.

El vizconde salió corriendo tras su amiga y Abby quedó a solas con el tipo que la había traicionado. Con el mismo cuya mirada oscura le traspasaba el alma, y en el que había decidido confiar, aunque las palpitaciones aceleradas de su corazón evidenciaban lo contrario.

Capítulo 26

Landon se quedó de pie, donde la conversación se había apagado. Abby se alejó de él y se sentó en el diván, como si la desaparición de su amigo hubiera sido un resorte y la empujara a ir a contracorriente de la chispa que había surgido entre ellos. Landon no sabía de qué clase era, pero en el aire flotaba una excitación difícil de cubrir. Era increíble lo que esa mujer le había hecho sentir desde que la encontró en un callejón asaltada por unos bandidos. Su fuerza y determinación, junto a ese rostro ingenuo, le parecían irresistibles. No entendía muy bien el porqué, dado que siempre vestía de negro y con esos guantes que cubrían una parte muy importante de su carácter. Landon, como buen médico, creía que el cuerpo podía revelar lo que uno escondía. Y ella poseía un misterio difícil de descifrar.

No se movió al principio. Solo la observó. La línea firme de la mandíbula, el mechón suelto junto a la oreja, los labios que no terminaban de cerrarse. Siempre parecía contener algo: una protesta, un grito, una risa que no se permitía.

—Estoy dispuesto a resarcir mi error —dijo por fin y, como un imán que busca ese metal al que aferrarse, dio unos pasos hacia ella.

Abby giró el rostro y lo observó. Parecía que estuviera midiendo no solo sus palabras, sino lo que él no había dicho aún.

—¿Y qué propone, doctor Parry, para empezar esa resurrección moral? —preguntó sin burla. Con el filo de quien ya ha perdido demasiado y no intenta fingir dulzura.

Landon continuó su acercamiento igual que un felino salvaje a punto de cazar a su presa, despacio y consciente de cada movimiento. No porque temiera su reacción, sino porque Abby

desprendía el calor de una chimenea en invierno: reconfortante si se medía bien la distancia. Devastador si no.

—Lo que siempre ha querido —respondió, deteniéndose a un paso del diván—. Una visita a su madre.

Abby entrecerró los ojos. Y Landon notó una efímera alegría que se asomaba.

—¿Cuándo? —En su tono percibió la urgencia.

—Debe hacerse en mis términos —dijo él con la calma de su lado. Y aprovechó para sentarse en el diván junto a ella, que no dudó en dejarle espacio.

—¿Y cuáles son? —susurró permitiendo que la tela de su vestido rozara la de su pantalón.

—Debe ser en un momento en que el doctor Monro no esté en Bedlam. Cuando su agenda nos dé un margen. Solo así podré garantizar acceso y seguridad. No quiero que esto la perjudique más de lo que ya lo ha hecho.

Ella se inclinó. Algo en su cuerpo pareció impulsarse hacia delante, como si su impaciencia fuera más fuerte que la gravedad. Y Landon se estremeció.

—¿Y cuánto se supone que debo esperar? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿A que el doctor Monro se jubile? —dijo en voz baja casi pegada a su oído.

—No —suspiró Landon y le agarró de las manos enguantadas. Lo hubiera dado todo por tocar su piel—. A que su rutina falle y yo sepa por dónde entrar sin que nadie nos vea.

Abby dejó que él la sujetara, como si sostuviera su ánimo.

—Mi madre no está esperando una visita, sino que alguien la saque de allí antes de que la ahorquen. —Era una súplica velada que hirió a Landon en el centro del pecho. La había oído con anterioridad, en otros labios. Madres y hermanas de los pacientes que trataba en el hospital.

—Lo sé —dijo—. Si hacemos esto sin cuidado, no podré ayudarla a salir. Ni usted podrá volver a entrar.

Abby no dijo nada. Y en esa omisión hubo algo que pesó más que cualquier discusión. Un pacto provisional.

El reloj del salón dio la hora. La noche se estaba deshaciendo. El *brandy* en la mesa seguía intacto. La chimenea empezaba a extinguirse.

—Le avisaré —dijo con un golpe seco de voz que pareció sacudir la tregua—. Y, cuando lo haga, vendrá conmigo sin preguntas. ¿Puede aceptar eso?

Abby inspiró hondo. Se deshizo de las manos de Landon. Se levantó con determinación y luego asintió.

—Está bien. Pero si me miente —dijo con la cabeza alta—, no necesitaré a nadie para arruinarle la vida. Me bastaré sola.

Él sonrió, apenas una curva mínima.

—No me cabe duda.

Y Landon lo supo. Estaba perdido. Había algo en ella, en su forma de estar entera y rota a la vez, que empezaba a importarle más de lo que podía permitirse. Y eso, en su experiencia, era siempre un problema.

Capítulo 27

La habitación que le había preparado Adeline estaba demasiado cálida. Las paredes, de un verde oscuro que debía parecer lujoso, le daban a Abby la sensación de estar atrapada en el interior de una jaula dorada: brillante por fuera, opresiva por dentro.

Había dejado los guantes sobre el tocador, junto al vaso de agua. Los dedos desnudos le pesaban como si fueran pruebas. Manchas de una vida que allí fingía que no existía.

Adeline estaba sentada en la butaca junto a la chimenea, con las piernas cruzadas con la elegancia que solo se consigue cuando una ha pasado años aprendiendo a no ocupar espacio. Llevaba una bata de seda negra y parecía una dama. Se había adaptado a su nueva condición mucho mejor que ella.

—Así que… —dijo su amiga, con una sonrisa pícara— Percival y tú, Landon y tú. O quizá los tres. Vaya velada la de anoche.

Abby no respondió de inmediato. Aún no había terminado de deshacer el nudo que tenía en el pecho desde la tarde anterior. Landon, con esa forma suya de prometer sin dar garantías. Percival, con su media sonrisa y sus reglas que siempre cambiaban cuando más le convenía.

Había salido de casa de Eliza con un objetivo claro en mente. Y de pronto todo parecía un espejo empañado.

—No pasó nada —dijo al fin.

—Precisamente por eso fue interesante —replicó Adeline.

El fuego crepitó como si también supiera algo que no estaban dispuestas a confesar ninguna de las dos.

—Puedes quedarte esta noche en tu habitación —añadió Adeline —. No tienes por qué jugar hoy después de lo ocurrido con Eliza.

Abby negó con la cabeza.

—Necesito el dinero.

Adeline la observó, no con juicio, sino con algo parecido a una preocupación suave, apenas disimulada.

—Aún no estás preparada. Todavía debes aprender cómo funciona este mundo. No es lo mismo jugar a las cartas en el salón de tu mansión con tu madre y unos cuantos aristócratas de campo que medirse con los mejores jugadores de Londres.

Abby apretó los labios. Tenía esa sensación de hormigueo en la piel que precedía a cada una de sus decisiones más discutibles.

—Percival se ha ofrecido a enseñarme.

Adeline no reaccionó. Se limitó a descruzar las piernas y volver a cruzarlas del otro lado. Un gesto sin prisa.

—Si prefieres que no lo haga —añadió Abby, más despacio—, solo tienes que decirlo.

El silencio se hizo largo e incómodo.

—No tengo nada con Percival —dijo Adeline al fin, sin afectación —. Nunca lo he tenido. Solo hacemos ver que sí para que nadie haga preguntas incómodas. Y porque, reconozcámoslo, quedamos bien juntos.

Abby asintió, aunque no muy convencida. La duda era un animal que se colaba por las rendijas cuando una menos lo esperaba.

—¿Sientes algo por él?

Adeline se inclinó hacia la mesa baja y cogió la copa de coñac que había traído consigo. Dio un sorbo. Largo. Sin prisas.

—¿Sentir algo por Percival? —dijo con voz cansada—. Es como apostar a tu propia ruina. Emocionante, aunque poco rentable.

Abby sonrió. Su amiga siempre había sido una cabeza demasiado cuadrada, aunque intuía que no estaba siendo del todo sincera.

—¿Entonces tengo el camino libre? —Abby quiso ponerla a prueba.

Adeline frunció el ceño.

—¿Y Landon? Creí que era más de tu estilo.

—¿Acaso estás celosa, Adeline?

Su amiga ingirió la copa de golpe e inspiró antes de hablar.

—Mira, pues sí. No tenías suficiente con uno, que ahora los quieres a los dos. Y al parecer ellos te desean a ti. Pero no creas que

eres especial. Siempre andan compitiendo.

A Abby no le pasó desapercibido el tono despectivo de su amiga.

—Si temes por Percival, olvídate. Ayer salió detrás de ti como un conejo asustado cuando abriste la puerta. Si no le importaras, dejaría que pensaras cualquier cosa de lo que viste.

—¿Y qué es lo que vi, Abby? Había algo raro en el ambiente y, vale, voy a ser sincera, no me gustó.

Abby se sonrojó.

—Ni yo misma lo sé. Me siento atraída por los dos, sin embargo, una fuerza extraña me empuja hacia Landon, tiene un lado oscuro…

Adeline sonrió con agrado al oírla.

—Sí, Percival va más de frente.

—¿Crees que me puedo fiar de ellos? ¿Que me ayudaran a sacar a mi madre de Bedlam?

—Tienen sus cosas, pero son buenos hombres. —Adeline pareció recapacitar—. Cada uno a su manera.

Ambas rieron y se levantaron al mismo tiempo para caminar hacia la puerta. Sus vestidos crujían con cada paso. Al llegar al marco, se detuvieron y Abby entrelazó su brazo con el de Adeline.

—Gracias por estar a mi lado en estos momentos. Y me gustaría pedirte disculpas por haber pensado mal de ti. Ahora sé que no te has dejado llevar por la desesperación y que tu cometido aquí no es el de entretener a *lord* Essex —pronunció nerviosa.

—¿Te has dado cuenta?

—No lo sabía, o no lo había entendido hasta hace poco. Pensé que solo eras parte del escenario. Un adorno elegante para distraer. Y me equivoqué. Supervisas a los jugadores, controlas las cuentas y mantienes la casa funcionando.

Ambas se fusionaron en un tierno abrazo para luego bajar la escalera como quien sabe que la noche no espera. Que hay partidas que se ganan mucho antes de tocar los dados.

La sala estaba medio vacía. Los más juiciosos ya se habían marchado. Los más peligrosos aún no habían llegado. Quedaban los entusiastas: caballeros con las corbatas torcidas, damas de mejillas

encendidas, humo de cigarros caros flotando como una neblina encantada.

Y él. Percival Lovelace. Apoyado en el borde de una mesa de paño verde, con una copa en la mano y una sonrisa que parecía haberse inventado solo para esa noche.

—Creí que te habías rendido —le dijo, sin moverse—. Adeline suele ser muy persuasiva.

—Ella no necesita convencerme de nada —respondió Abby, acercándose.

—Un lujo, en estos tiempos. —Percival alzó la copa y la dejó sobre la mesa, despacio, como si el cristal tuviera algo que decir.

Le ofreció una silla. El vestido no era el más adecuado para sentarse frente a un tapete de juego, demasiado escote. Intentó subirlo sin éxito. Adeline los dejó solos a regañadientes. Una pareja acababa de entrar en el salón y requería de su presencia.

Percival barajó las cartas con una elegancia casi coreográfica.

—Vamos a empezar con una clase de lo más fácil. Solo tienes que vencerme.

—¿Eso es todo?

—Bueno —añadió, repartiendo las cartas—, y no dejar que me distraiga con tu escote.

Ella lo miró sin pestañear.

—Puedo cubrirme con la carta más alta.

—No lo hagas. —Sonrió—. Es lo único que me mantiene en tensión.

Ella ladeó la cabeza coqueta. Le agradaba ese cortejo chispeante. Bajó la mirada. La mano era pésima. Y el calor le subía por el cuello sin razón aparente.

—Hay varias maneras de ganar, Abby. Con confianza, con prudencia o arriesgando, ¿cuál prefieres? —preguntó él sin dejar de observarla.

—Me da igual. Solo necesito ganar.

—Esa es la respuesta más peligrosa. —Percival le guiñó un ojo.

Antes de que pudiera replicar, una voz grave surgió desde la sombra más cercana.

—¿Jugarás con ventaja toda la noche, Percival, o vas a enseñarle algo útil?

Era Landon.

Abby no se giró. No hacía falta. Podía reconocer ese tono entre un centenar: pulido, molesto, ligeramente protector.

—Vamos, Landon —dijo Percival, sin perder la compostura—. Solo estoy ayudando a una dama a integrarse en el mundo de los hombres.

—Y tú eres su caballero de brillante armadura, claro.

Landon se acercó. No con brusquedad, sino con ese paso suyo firme que parecía que supiera qué hacer y cómo en cada momento.

—Abby, sé que esto te divierte, pero no es lo que te conviene aprender —le dijo clavando su mirada oscura directa en sus ojos sin pasar por sus pechos, tal y como había hecho Percival.

Ella levantó una ceja.

—Al menos no desfallezco sentada sin hacer nada hasta que el doctor Monro decida ausentarse.

Landon cerró los ojos. Aquella frase encubría un rencor no reconocido.

—Así no aprenderás. No necesitas a Percival. Ni a mí. Más bien a un desconocido con el ego lo bastante inflamado para subestimarte, pero no tanto para hacer trampas evidentes —dijo al mismo tiempo que se dirigía a *lord* Essex.

—¿Y vosotros qué hacéis mientras tanto? —preguntó Abby, no muy convencida con el nuevo plan.

—Landon tiene razón. Nosotros estaremos vigilando tus espaldas —respondió Percival, ya de pie— . Aunque algunas partes son más interesantes que otras.

Landon le dio un codazo a su amigo, de manera disimulada, para que nadie notara la confianza ni el despecho. Abby lo vio y le agradó que el doctor Parry se molestara por las atenciones que le estaba dando el vizconde.

—¿Y si pierdo? —preguntó ella.

—Pierdes con estilo —dijo Percival—. Pero no lo harás.

La mesa estaba al fondo, en el rincón más ruidoso. Un comerciante venido a más, un coronel jubilado y un joven con un

anillo de sello demasiado grande para su dedo. Percival lo eligió con un vistazo, como quien escoge una fruta madura que aún no ha sido tocada.

—Ese —dijo—. El del chaleco burdeos. Se cree encantador. Gesticula mucho. Mala señal.

—¿Y qué hago? —preguntó Abby.

—Te sientas, sonríes y le dices que estás aprendiendo. Que necesitas paciencia. Nada despierta más el deseo de humillar que una mujer que admite ignorancia.

—¿Y si me gana?

—Tienes derecho a retirarte —dijo Landon preocupado—. Solo si tú lo decides.

Ella respiró hondo. Se alisó el vestido, aunque no servía de mucho. Luego caminó hasta la mesa y se presentó con una inclinación.

El hombre del chaleco burdeos sonrió de inmediato. Le ofreció asiento. Le preguntó si quería jugar con chelines en lugar de libras. Ella dijo que sí, dado que era su primera vez. Luego dejó que sus dedos rozaran sin querer las monedas al equivocarse en la apuesta. El hombre no paraba de hablar. Ella no respondía mucho. Solo lo justo.

Desde el fondo de la sala dos hombres la observaban, y Abby se sintió reconfortada. Alzó la vista e hizo una inclinación de cabeza a Percival, que, con angelicales rizos rubios y mirada iluminada por el mar, sonreía como si se hubiera tragado un diablillo rojo y hambriento. Landon, a su lado, mantenía la mandíbula tensa. Sus ojos oscuros de lobo parecían devorarla. Tenía la vista fija en los movimientos, los gestos, la tensión en la boca de ella cuando le tocaban malas cartas.

Abby perdió la primera ronda por estar pendiente de Landon. La segunda también, pese a que ya se había metido de lleno en el juego. Pero en la tercera vio la debilidad en su contrincante. Un gesto distinto. Una pausa demasiado calculada. Y ganó.

Después, todo fue ritmo y precisión. El corazón le latía fuerte, pero no por las apuestas. Por el control. Por la certeza de que ya no estaba improvisando. Jugaba de verdad.

Y cuando el hombre del chaleco intentó doblar la apuesta, ella lo miró a los ojos y dijo:

—No. Con eso me basta. Gracias por su amabilidad.

Se levantó, reunió el dinero y caminó hacia los dos hombres sin volver la vista atrás.

—¿Y bien? —preguntó Percival, alzando la copa—. ¿Has sentido el sabor del pecado?

—No es pecado si gano —dijo Abby, y dejó los chelines sobre la mesa.

Landon no sonrió. Pero se inclinó apenas hacia ella y dijo:

—Buena lectura. Ese hombre se rascaba la nariz cada vez que mentía.

Abby asintió y Percival brindó con aire teatral.

—Por la señorita más afortunada de Londres.

Landon se limitó a observarla con esa mirada intensa, demasiado seria para una noche de celebración.

—La suerte no tiene nada que ver —dijo al fin—. Lo que tienes es cabeza fría.

Abby se permitió una sonrisa.

—Y buenos maestros —dijo mientras chocaba su copa contra la de él.

El roce de sus dedos bastó para que el aire pareciera más denso. Percival fingió no verlo, pero en el brillo de sus ojos había algo divertido.

—Yo lo atribuiría a la temeridad —intervino él, inclinándose—. Nadie sensato se sienta a jugar con los tipos que hoy has derrotado.

Abby estaba a punto de replicar cuando la puerta del salón de juegos se abrió de golpe. El hombre que cruzó el umbral hizo que el corazón se le detuviera.

Walter.

Capítulo 28

Abby reconocería esa silueta aunque el infierno entero ardiera a su alrededor: la espalda rígida, la mandíbula apretada, el bastón que golpeaba el suelo con ritmo militar.

—Dios mío —susurró.

Landon giró la cabeza y en un segundo lo comprendió. Su gesto se tensó y Percival, con la agilidad de un jugador experto, se interpuso entre Abby y la mirada del recién llegado.

—¿Qué demonios hace aquí? —murmuró Landon.

Abby no pudo responder. El terror le subió por la garganta como una ola helada. Si Walter la veía, la arrastraría de vuelta o, peor aún, la acusaría allí mismo de cualquier cosa.

—Escóndete —ordenó Percival entre dientes.

—¿Dónde? —susurró ella.

Él señaló con el mentón la cortina carmesí que separaba el salón del pequeño reservado donde los músicos descansaban. Abby se deslizó tras la tela justo cuando Walter avanzaba entre las mesas.

Desde allí, podía oírlo todo.

—¡Doctor Parry! —dijo Walter con la voz impregnada de falsa cortesía—. No esperaba encontrarle en un lugar tan popular.

Landon apoyó un codo en la mesa, en apariencia tranquilo.

—Y, sin embargo, aquí me tiene. Londres es pequeño cuando uno busca distracción. ¿Ya conoce a *lord* Essex? —Ante la negativa del hombre, siguió con los pertinentes saludos—: El señor Walter Crown.

Percival, de pie a su lado, no perdió la sonrisa ni su don de gentes. Al contrario, su amabilidad se acrecentó.

—Encantado, y no haga caso de mi amigo. Es serio por naturaleza, gajes del oficio. ¿Desea tomar algo? ¿Alguna mesa en la

que perder su dinero le ha llamado la atención? Permítame que le acompañe.

Abby se mantenía escondida escuchando la conversación. Percival intentaba alejar a su hermano de ese punto exacto, distraerlo para que ella pudiera escapar.

—¿Qué le trae por aquí, señor Crown? No parece su ambiente. —Landon no le dio tregua. Se notaba la inquina en cada modulación de su voz.

—Asuntos de familia —contestó su hermano con la misma acritud—. Busco a una mujer. Joven, pelo castaño, carácter difícil. Podría pasar por… —dejó la frase en el aire, saboreando el momento — una dama.

Abby sintió cómo el estómago se le contraía.

Percival rio; el sonido perfecto de la provocación.

—En este lugar hay muchas mujeres con carácter, créame. Si me da tiempo, puedo hacerle una lista.

—Tal vez la policía sea de más ayuda que un salón de juego — dijo Landon. Era evidente que lo estaba desafiando.

Por un instante, el silencio fue tan tenso que Abby apenas respiró. Sabía que Walter no soportaba que nadie lo contradijera.

El bastón golpeó el suelo.

—Le aconsejo que no se entrometa, doctor, en un asunto que no le concierne.

Percival intentó ser más persuasivo.

—Si lo que busca es compañía, tengo algunos contactos en Whitehall. Quizá pueda ayudarle a encontrar a su dama.

Walter entrecerró los ojos, desconfiado.

—¿Y usted por qué es tan servicial, *lord* Essex?

—Porque me aburro —contestó Percival con una sonrisa tan encantadora que rozaba la insolencia— . Y eso, mi querido señor Crown, es mortal.

Landon aprovechó el momento. Dio un paso a un lado, fingiendo recoger una copa caída. Se inclinó junto a la cortina y susurró:

—Abby, vete. Ahora.

Ella asintió, aunque el corazón le golpeaba en los oídos. Avanzó sigilosamente hacia la puerta lateral, el dobladillo de su falda

rozando el suelo.

Pero justo cuando estaba a punto de salir, escuchó la voz de su hermano, helada como el acero:

—¿Sabe, *lord* Essex? He oído que entre sus amistades se encuentra una mujer con mi apellido. Y juraría que es mi hermana a la que quiere beneficiarse o ayudar a esconderse.

El mundo pareció detenerse.

Abby se giró un instante, el aliento cortado. Landon la vio, y en sus ojos brilló una sola orden muda: «Corre».

Y entonces la cortina se movió.

Abby contuvo el aliento. Durante un segundo que pareció eterno creyó que Walter iba a apartarla, pero Landon se adelantó.

—¡Cuidado! —exclamó con fingida alarma, derribando una copa encima del tapete dela mesa. El vino se derramó también sobre el chaleco de Walter.

El bastón cayó al suelo.

—¡Mire por dónde anda, maldito idiota! —rugió su hermano, limpiándose con un pañuelo.

Landon se disculpó con una serenidad que era puro control.

—Mil perdones, señor Crown. El vino no discrimina entre chalecos y conversaciones incómodas.

Unas risas discretas brotaron de las mesas cercanas. Walter se tensó; odiaba el ridículo más que la derrota.

Abby aprovechó el instante. Se deslizó entre dos sillones, cruzó la sala con el corazón martilleándole las costillas y se escabulló por una puerta lateral que daba a un pasillo estrecho.

—Por aquí —susurró una voz familiar.

Adeline.

La sujetó por el brazo con firmeza, arrastrándola hacia una salida posterior. El ruido del salón quedaba atrás, pero las pisadas resonaban cada vez más cerca.

—Subamos a la habitación. No se atreverá a poner un pie en las estancias privadas.

Abby apenas tuvo tiempo de recoger su falda antes de que la arrastrara fuera del salón. La música seguía sonando en la sala

principal, pero el murmullo de voces detrás de ellas se mezclaba con el eco de un nombre que la hizo estremecerse.

—¡Abby! ¡Abigail Crown!

La voz de su hermano rasgó el aire.

—¡Por el amor de Dios, Adeline! —susurró Abby—. ¡Nos descubrirá!

—No mientras estemos en las habitaciones de *lord* Essex —respondió ella, empujando una puerta lateral que daba a una escalera angosta—. Walter no se atreverá a invadir un espacio tan íntimo. Y menos de un noble.

Subieron casi corriendo, los talones golpeando el suelo de madera. El pasillo superior olía a coñac y perfume masculino. Adeline abrió una puerta tapizada en terciopelo azul y la hizo entrar.

—Aquí no vendrá nadie —dijo, cerrando con llave.

La estancia era amplia, cálida, con una cama enorme y una chimenea encendida. Abby se dejó caer contra la pared, intentando recuperar el aliento.

—No puedo creer que me haya encontrado —susurró. El miedo la cogió desprevenida, no por ella, sino por su madre. Si Walter se salía con la suya, el mundo creería que Clarissa Crown era una asesina, y no podría permitirlo.

Adeline la observó, apoyada en la puerta. Había algo feroz en su mirada, una mezcla de lealtad y miedo.

—Tranquila. Percival y Landon se encargarán de él.

No tuvo tiempo de añadir nada más. Un golpe seco resonó seguido de gritos.

—¡Sé que está aquí! —bramó la voz de Walter, acercándose cada vez más.

Abby sintió cómo el corazón le daba un vuelco. El sonido de las botas subiendo las escaleras la devolvió al infierno que pasó la mañana que encontraron a su padre muerto.

—¡Maldita sea! —Adeline corrió hacia el tocador, abrió un cajón y sacó una bata de seda—. Escóndete debajo de la cama. ¡Rápido!

—¿Debajo? —Abby la miró horrorizada.

—¡No discutas!

Obedeció sin rechistar y se deslizó al suelo. Gateó hasta quedar oculta bajo el dosel. Desde allí vio las faldas de Adeline caer al suelo cuando se despojó del vestido y se colocó la bata.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta. Luego, los golpes.

—¡Abre, Abby! ¡Sé que estás ahí!

Adeline respiró hondo y abrió la puerta con gesto teatral, los rizos despeinados y el pecho apenas cubierto.

—¿Qué es tanto alboroto? —preguntó con voz cargada de fingido hastío.

Walter la miró de arriba abajo, confuso por un instante, hasta que el enfado volvió a teñirle el rostro.

—No me distraiga, mujer. ¿Dónde está mi hermana? Soy su tutor y no tienen ningún derecho a tenerla retenida.

¿Así que ahí estaba el engaño? Tener de su parte a las autoridades cuando la encontrara. Hacer ver que ella había caído en mala compañía. Intuyó el juego de Walter enseguida. Ese sería su excusa para hacer ver que ella también estaba loca, que era una indecente y necesitaba ser internada en Bedlam para curar su alma atormentada.

Walter apartó a Adeline con brusquedad y entró en la habitación. Abby contuvo el aire. Vio sus botas avanzar por la alfombra, el brillo del bastón, el roce de su abrigo al moverse.

—¡No hay nadie! —protestó Adeline, con voz temblorosa.

—¡Mentira! —gruñó él, inclinándose con la clara intención de mirar bajo la cama.

Abby cerró los ojos.

Y entonces, un golpe.

El sonido seco de un puño contra una mandíbula. Walter se defendió y se lanzó a por su contrincante, ambos cayeron al suelo, trastabillando contra la cómoda.

—¡Basta! —la voz de Landon resonó con una autoridad que no le había escuchado jamás—. ¡No volverá a tocar una puerta ni a una mujer en esta casa!

Percival apareció seguido del personal de servicio, alertado por el ruido. Dos criados fornidos sujetaron a Walter antes de que pudiera levantarse.

—*Lord* Essex —dijo Landon poniéndose de nuevo de pie—, creo que es el momento de llamar al juez de paz para que arresten a este hombre. Ha vulnerado su intimidad y su honor.

Percival se cruzó de brazos, imponente.

—Solo por esta vez se lo dejaré pasar, señor Crown, pero si se le ocurre poner de nuevo un pie en mi casa se las tendrá que ver conmigo. Sepa que mis contactos van más allá de la mesa de juegos.

Walter respiró con dificultad.

—Esto no va a quedar así —escupió, mirando directamente a Landon—. No sabe con quién se ha metido, doctor.

—Oh, sí lo sé —replicó Landon con calma—. Con un hombre que teme a una mujer más fuerte que él.

Percival hizo una señal y los criados empujaron a Walter hacia la puerta. Este se resistió, maldiciendo, hasta que lo sacaron del todo.

Solo cuando el silencio volvió a llenar la habitación, Abby se atrevió a moverse. Se arrastró fuera de su escondite. Sus manos temblaban.

Landon se giró hacia ella, con el rostro ensangrentado pero sereno.

—¿Estás bien?

Abby asintió. Intentó hablar. La voz se le quebró.

—Landon… si no hubieras estado…

Él dio un paso más, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

—No permitiré que vuelva a hacerte daño, Abby. Jamás.

Y entonces, desde el pasillo, se oyó de nuevo un grito lejano:

—¡No se librará de mí, doctor!

Abby comprendió que aquello solo acababa de empezar.

Capítulo 29

Una vez los sirvientes echaron a la calle a Walter Crown, Percival acudió raudo al encuentro de Adeline. Esta se quejaba de un dolor en el brazo, justo por donde su hermano la había empujado. Landon, con su acostumbrada sobriedad, se ofreció a acompañar a Abby a sus dependencias. Y esta, después del susto, que todavía sentía en el cuerpo, aceptó sin rechistar.

El pasillo estaba en penumbra. La lámpara del extremo lanzaba un resplandor dorado que apenas alcanzaba los retratos de la galería. Landon caminaba medio paso por detrás de ella, en silencio. Abby sentía el roce de su presencia como una corriente eléctrica. Cuando alcanzaron la puerta de su habitación, Abby se volvió hacia su labio ensangrentado.

—Déjeme ver —dijo en voz baja.

Él frunció el ceño.

—No es nada.

—Tiene el labio partido. —Se acercó a él—. Si no lo limpia, se infectará.

Landon exhaló despacio, vencido.

—Si insiste, señorita Crown… —Su nombre fue pronunciado con una cadencia diferente que la estremeció.

Los dos pasaron al interior. Landon se sentó en la silla que había delante del tocador y Abby se arrodilló junto a él con un pañuelo y una jarra de agua. Sus manos temblaban un poco cuando se las acercó al rostro. Él permaneció quieto, observándola. El silencio era tan intenso que podía oír los latidos en su propio cuello.

—No tiene por qué hacerlo —murmuró él.

—Tampoco usted debió enfrentarse a Walter. Pero lo hizo.

El roce del paño sobre la piel agrietada fue lento, casi reverente. Landon no apartó la mirada. Su respiración se mezcló con la suya.

Abby sintió que la distancia entre ambos se desvanecía, que las paredes del mundo se cerraban en torno a ese instante.

—Nunca se lo he dicho, pero creo que es muy valiente —dijo él, y Abby se sorprendió al notar el cariño subyacente.

—Y usted demasiado terco. ¿Qué pasará ahora con su trabajo? Mi hermano seguro que irá con el cuento al doctor Monro.

—Déjemelo a mí. Sé de qué pie cojea y puedo camelarlo con los ojos cerrados —afirmó despreocupado, aunque esa ligereza no era propia de él.

—¿Y si le despiden? ¿Y si los esbirros de Walter van a por usted?

—No tiene nada en mi contra, solo que soy amigo de un libertino —contestó Landon con una media sonrisa.

El gesto tensó la herida y Abby lo reprendió con un susurro.

—No se ría.

Sus dedos quedaron suspendidos un segundo más sobre su rostro. La proximidad los envolvía. La luz de la vela dibujaba sombras en su piel, resaltando la curva de su boca, la línea firme de su mentón.

—No quiero que se preocupe. —Él la miró a los ojos con nostalgia—. Hablaré con Monro, le dejaré claro que estoy de su parte, que no tiene nada que temer. Que Walter está nervioso por el encarcelamiento de su madre y tu desaparición.

Ella le correspondió la mirada. Varias mariposas aletearon en su estómago.

—Volverá a confiar en mí —aseguró él—, y estoy convencido de que me dejará a cargo del hospital. En breve debe realizar un viaje para recoger a otra paciente de alta alcurnia. Será el momento en el que podré colarla en Bedlam para que visite a su madre.

Abby necesitó unos minutos para procesar esa información. Se mantuvo ocupada curando la herida, con la respiración acompasada de Landon sosteniéndola.

—Me hace muy feliz. Necesito verla cuanto antes.

Landon acarició su mano. Ella no la apartó, al contrario, deseó que se quedara ahí para siempre.

—Solo tenga paciencia. La avisaré cuando sea el momento. Por ahora manténgase oculta en la habitación hasta que la tormenta

haya pasado.

—¿Y qué hago con las chicas? Prometí reunirme con ellas. —Abby se estremeció al pensar que debería permanecer encerrada sin poder visitar a sus amigas del Club de Lavanderas de Southwark. Sonrió para sus adentros. Les había cogido cariño. Además, no quería dejar de nuevo en la estacada a Eliza.

—¿A quién se refiere?

—Tengo un compromiso con mis compañeras de Southwark.

Landon volvió a reír, aunque se arrepintió enseguida al notar el dolor en los labios.

—Mire que es tozuda… Sé que por mucho que la prevenga va a hacer lo que le venga en gana. Si es tan importante, iré con usted. No pienso dejarla sola ni un momento, no hasta que lo de su hermano se resuelva.

La voz grave de Landon atravesó el pecho de Abby. Todo su cuerpo se estremeció. No supo qué decir y solo asintió maravillada por la profundidad de sus ojos.

—Abby, lo digo en serio —continuó Landon con un suspiro.

Ella lo miró, sin poder apartarse. Todo lo que había sentido desde que lo conoció —gratitud, miedo, curiosidad, deseo— se entrelazó en un torbellino que la dejó sin aire.

El silencio se alargó. Después, sin pensar, Landon levantó la mano y le retiró un mechón de la frente. Abby no se movió. El gesto fue leve, pero en ese roce cabía toda la ternura que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar.

—Debería descansar —dijo por fin él, en un intento de romper el hechizo.

—Y usted dejar de meterse en peleas —replicó ella con una sonrisa desdibujada.

Landon se inclinó. Sus labios rozaron el dorso de su mano aún enguantada.

—Si eso es lo que hace falta para mantenerla a salvo, señorita Crown, no me disculparé.

La dejó con el corazón desbocado y el paño aún en los dedos. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Abby apoyó la espalda en la madera. Sentía el pulso en las muñecas, la respiración desordenada.

Sabía que algo había cambiado. Que ya no podría mirarlo de la misma manera.

Capítulo 30

La ronda de la mañana había empezado antes de que el reloj del vestíbulo diera las ocho. El olor agrio a desinfectante y humedad se colaba por los pasillos de Bedlam como una bruma constante. Landon caminaba con paso medido, revisando las notas de los pacientes, saludando con un gesto breve a los cuidadores. El eco de los grilletes al moverse, que resonaba en los pasillos, le resultaba cada día más insoportable.

Se detuvo ante la puerta 36. La señora Crown dormía. Desde la penumbra del corredor distinguió la curva de su perfil, el temblor leve de los dedos. Había mejorado un poco desde que consiguió que le redujeran la dosis de láudano.

El chasquido de unos pasos tras él lo obligó a enderezarse. La voz del Thomas Monro resonó antes de que apareciera su silueta.

—Doctor Parry.

Landon se giró, serenando el gesto.

—Buenos días, señor.

El director del hospital avanzó con el rostro inescrutable y con su molesto monóculo al acecho.

—He estado revisando los informes de las últimas semanas. —Golpeó con un dedo la carpeta que llevaba bajo el brazo—. Me llama la atención su interés por ciertos pacientes.

—Procuro ser meticuloso con todos, señor.

—¿Incluida la señora Crown? —El hombre alzó una ceja.

Landon mantuvo la mirada, sin atreverse siquiera a tragar saliva.

—Por supuesto.

Monro entrecerró los ojos. Parecía disfrutar de la tensión.

—¿Y qué hay de su hija?

Por un instante, Landon sintió que el aire del pasillo se volvía más pesado. Se obligó a respirar con calma.

—¿Su hija? —repitió, fingiendo sorpresa—. La vi una vez, como ya le mencioné. Se presentó en la puerta de Bedlam, pidiendo una cita con su madre. Cuando quise informarle de que había hablado con su hermano del asunto, no la encontré.

Monro ladeó la cabeza.

—Eso no es lo que he oído. Me han dicho que fue vista con usted en una casa de juego.

Landon sintió el latido en las sienes.

—La sociedad londinense es muy dada a las suposiciones. No tengo relación alguna con la señorita Crown. —Forzó una sonrisa profesional—. Le repito: vino, pidió audiencia y, después de la visita de su hermano, desapareció.

El silencio se estiró. Solo el goteo de una cañería rompía el compás.

—Por cierto —dijo su superior, como si apenas recordara un detalle insignificante—, antes de que lo olvide, ha llegado una nota esta mañana de Walter Crown.

Landon sintió cómo el estómago se le contraía.

—¿Ah, sí? —repitió con fingida indiferencia.

—Está muy preocupado por la reputación del hospital y por la influencia de ciertos doctores demasiado emocionales —prosiguió Monro, degustando cada palabra—. También menciona un pequeño incidente en casa de *lord* Essex, donde, según parece, usted golpeó al caballero.

Landon mantuvo la postura erguida.

—El señor Crown omitió algunos detalles, sin duda. Me limité a evitar un escándalo mayor.

—¿Evitarlo? —Monro soltó una risa breve, sin humor—. Lo cierto es que su conducta en una casa de dudosa reputación no deja al hospital en buen lugar. Ni a mí.

El joven respiró hondo. Sabía que el menor gesto de defensa lo hundiría.

—Entiendo su preocupación, señor. Pero le aseguro que la disputa fue un asunto personal. Y que el señor Crown exagera. Además, es bien sabido que mi amigo, el vizconde de Essex, es un

libertino adicto al juego, pero de ahí a manchar su honor es ir muy lejos, doctor Monro.

—¿Quiere amedrentarme con el título de su mecenas? *Lord* Essex no tiene el dinero de los Crown y por eso necesita rozar la ilegalidad.

—Solo es un buen amigo que tiene más amigos.

—¿Tiene idea del poder que el apellido Crown puede tener en el consejo del hospital? Ha donado una cantidad muy grande para reconstruir una de las alas.

Landon dio un paso adelante, con calma calculada.

—Justo por eso no quise meterle en estos asuntos de poca índole. —Bajó la voz, firme—. Porque el poder de los Crown termina en las puertas de este hospital, por mucho que se haya ofrecido a aportar. Y dentro, quien manda es usted, doctor Monro. No lo olvide.

Monro pareció dudar. Landon continuó antes de que fuera interrumpido:

—Todos lo saben. Los consejeros, los benefactores, incluso los mismos pacientes. Bedlam existe porque usted lo sostiene, porque su nombre garantiza respeto. No el del señor Crown ni el de ningún aristócrata que crea poder comprar su voluntad.

El silencio que siguió fue tenso. Monro lo observaba, midiendo si aquello era halago o desafío.

—Tiene buena lengua, Parry. Demasiado buena para su edad. —El viejo apoyó el pulgar y el índice sobre el monóculo—. ¿Y qué espera conseguir con ese discurso?

—Solo que me escuche antes de tomar partido —respondió Landon, sin apartar la mirada—. El altercado fue inevitable. El señor Crown irrumpió buscando a su hermana. Entiendo su preocupación, y que creyera que yo tenía algo que ver dado el encuentro fortuito, como ya le conté. Pero luego se desquició y acudió a la violencia. Intervine para evitar una desgracia. No busco enemistades; busco mantener el orden. Lo mismo que usted.

El tono de Monro se ablandó un poco.

—¿Y esa es su versión oficial?

—Es la verdad —dijo Landon con firmeza.

El director lo miró unos segundos más. Luego suspiró, cansado.

—Muy bien. Enviaré una carta a los consejeros y responderé personalmente al señor Crown. Pero quiero discreción absoluta, ¿me oye? Ni un paso en falso más, Parry, y menos cuando me ausente.

—Lo entiendo, doctor. Y le agradezco la confianza. ¿Cuándo emprenderá dicho viaje?

—En una semana. Y no me lo agradezca todavía. Si vuelve a verse envuelto en otro incidente, esa cabeza suya será mía, no del señor Crown.

Landon se inclinó.

—Eso es justo, señor.

Cuando Monro se alejó, el eco de sus pasos resonó por el pasillo. Landon exhaló con lentitud. Había ganado tiempo, solo eso. Pero sabía que Walter no se detendría. Y que Monro, pese a la fachada de autoridad, lo vigilaría más de cerca que nunca.

Mientras retomaba su ronda, pensó en Abby: en su voz temblorosa, en el miedo que había visto en sus ojos. No podía permitirse perder esa partida. No con su madre encerrada allí dentro y con un enemigo dispuesto a todo al otro lado de aquellas paredes.

Capítulo 31

Ya hacía tres días que Abby permanecía encerrada en el número 14 de Russell Square, tiempo suficiente para que los esbirros de su hermano se hubieran cansado de vigilar. Además, le llegaron rumores de que Walter había vuelto a Woolriver después del incidente.

Landon accedió a que por fin saliera a la calle, pero, tal y como había prometido, no la dejó acercarse sola hasta Southwark para ver a sus amigas lavanderas, por mucho que también la acompañara Adeline. Los tres se vistieron de criados y caminaron hasta la ribera del río.

Mike, que pasaba más tiempo en casa por miedo a lo que pudiera volver a suceder, acogió de buen grado a Landon y se encerraron en el minúsculo piso a beber cerveza. Mientras, Abby y Adeline sorprendieron a Eliza en el patio.

En la cesta que llevaba Abby colgando del brazo, cubierta con un paño a cuadros, reposaban tres manzanas y un tarro de mermelada de grosellas que consiguió en la cocina del vizconde. Le pesaba habérselo llevado así, sin más, pero no podía presentarse con las manos vacías.

—¡Abby! —gritó Lucy, la pequeña, apenas la vio traspasar el portón—. ¡Abby ha vuelto!

Mary, más comedida, corrió tras su hermana con una sonrisa tímida y un trapo húmedo entre las manos. A tan corta edad ya ayudaba a sacar adelante a la familia.

—¿Qué haces aquí? Adeline nos contó lo ocurrido ¡Tu hermano podría estar al acecho! —dijo Eliza dejando a medias la blusa que estaba tendiendo.

—No creo que se atreva después del revuelo que montó. Además, ¡os echaba de menos! —exclamó Abby abrazando a las

niñas, que enseguida sintieron curiosidad por el interior de la cesta.

Lucy aplaudió y Mary se apresuró a coger una manzana.

—¿Es para nosotras?

—Para compartir. Aunque, si os portáis bien, puede que esconda una sorpresa solo para niñas de ojos vivarachos.

—Entonces Lucy no tendrá nada —rio Mary mientras la más pequeña arrancaba a llorar.

—¿Qué es esa bulla? —gritó Alice desde el fondo—. ¿Ha venido la reina o qué?

Abby se giró con una sonrisa. Las demás lavanderas acudieron a inspeccionar curiosas la cesta.

—¿Y ese tarro qué llevas? ¿Es oro líquido? —soltó Edna, que nunca perdía la oportunidad de meter las narices.

—Es mermelada, y es para después —respondió Abby—. He venido a cumplir mi promesa. Hoy, si estáis dispuestas, hacemos nuestra primera sesión formal del Club de Lavanderas de Southwark.

Las mujeres se miraron entre sí, algunas con risa, otras con incredulidad.

—¿Formal dices? ¿Tenemos que venir con corsé? —ironizó Alice.

—Solo si no os impide respirar. Lo importante es acudir con el corazón abierto y la lengua suelta.

—Pues a Alice le sobra lo segundo —murmuró Nelly.

—Eso siempre. —Abby guiñó un ojo a la susodicha—. Pero hoy la protagonista será otra.

Se giró hacia Edna, que permanecía con su acostumbrado gesto agrio. Se fijó que el anillo de casada ya no figuraba en su dedo anular, sino colgado del cuello.

—¿Qué ha ocurrido Edna? —Le señaló la cadena hecha de hilo —. ¿Se ha marchado?

La mujer alzó la vista. Sus ojos delataban que no había dormido en días.

—No. Sigue igual. Pensé que enseñar un poco de pierna mientras estaba por casa podría tentarlo, y así lo hizo. Estuvimos dos días pegados como siameses, pero luego se volvió a cansar. Así que, si él no me respeta, no seguiré con el anillo en el dedo.

—Yo lo he visto con esa mujer del mercado —intervino Nelly con brutal ternura—. La que siempre roba naranjas y se las mete en el escote.

—Sí —susurró Edna, apenas audible—. Pero dice que solo es algo temporal. Que está confundido. Que necesita espacio.

—¿Espacio en la cama de otra? —bufó Alice.

—Mejor no continuar por ese camino —interrumpió Abby, antes de que se desmadrara el tono—. Las damas de este club no creen en mujeres abandonadas. Creen en mujeres que deciden qué hacer con el amor que han dado y el que aún les queda.

Hubo un silencio. De esos que no pesan y que preparan el terreno para algo nuevo.

—¿Y qué propones? —dijo Eliza, que ya había sentado a las niñas y les ofrecía la mermelada con el dedo.

—Lo primero que haremos será dejar claras las normas del club —sonrió Abby, aunque por dentro estaba temblando. Se había erigido presidenta sin ninguna votación de por medio, y tampoco tenía un plan para recuperar al marido de Edna. Aun así, siguió con su monólogo—: Uno, este es un espacio seguro en el que no se juzga. Dos, todo lo que se hable en el club queda en el club. Tres, si eres parte del club, eres parte de una comunidad; nos cuidamos y apoyamos. Cuatro, tus alegrías son nuestras alegrías; tus tristezas son nuestras tristezas. Cinco, cada miembro del club tiene una mentora a la que acudir en caso de crisis.

—¿Una crisis como esta? —preguntó Edna señalando su anillo.

Abby asintió.

—Nos ponemos propósitos comunes y personales para cumplir. Si tienes dudas o dificultades, debes acudir a tu mentora.

—¿Puedo ser tu mentora, Edna? Mi marido y yo no hacemos otra cosa que retozar. Te podría dar consejos —comentó Alice, irónica.

—Buf, siempre estás criticando. No sé yo si esto va a funcionar —replicó la susodicha.

—Tal vez sea el momento de escucharla de verdad —contestó Abby, sorprendiéndose de la madurez de su respuesta.

—Eso me gusta —dijo Nelly—. Dignidad. Siempre empieza por ahí.

—Y después, ¿qué? —inquirió Eliza, algo reticente.

—Organizamos otra acción simbólica, como la del anillo, pero más contundente —continuó Abby— . Algo que lo desconcierte. Una visita. Una cuerda vacía sin lavar…

—¿Una cuerda vacía? —preguntó Edna.

—Sí —sonrió Abby—. Para que vea que hay ropa que no se limpia si no se respeta a quien la lava.

Las carcajadas llegaron, primero tímidas, luego francas. Hasta Adeline que se había mantenido en segundo plano esbozó una sonrisa. Lucy lamió el tarro de mermelada mientras su hermana intentaba arrebatárselo.

Edna rompió a llorar.

—¿Y si lo que quiero es deshacerme de él?

—¿Divorciarte? —susurró Alice escandalizada—. Para nosotras, las mujeres pobres, eso es imposible. No hay ninguna ley que nos ampare.

—Tal vez si encontrara a otro hombre, podría comprarme en el mercado —sugirió Edna entre sollozos.

Abby negó con la cabeza. Esa era una práctica muy común. Había oído hablar de mujeres conducidas con una cuerda al cuello, como animales, al centro del mercado, mientras los vecinos observaban el espectáculo. Se decía que bastaba con que el marido declarara que la cedía a otro hombre y, si este la aceptaba —con el consentimiento de la mujer, si había suerte—, el trato se consideraba hecho. No era legal, pero sí habitual entre quienes no podían pagar los tribunales. Era humillante, aunque a veces la única salida. Abby se estremeció. Pensar que esa era la vía por la que muchas optaban para liberarse del matrimonio la revolvía por dentro. Y aún peor, que Edna lo considerara una opción.

—No creo que ese sea el camino. Existen otras alternativas. Lo principales saber qué es lo que quieres, Edna, sin importar lo que la sociedad diga a tus espaldas. Tú eres lo primero.

—Mis hijos lo son —replicó la interpelada con el malhumor a cuestas.

—Pero ellos están atendidos; tú eres la que trabajas para mantenerlos. No necesitas de tu marido — se atrevió a mencionar Adeline.

—¡Habla la mantenida! —se irritó Eliza.

—Deberías darle la oportunidad de explicarse —murmuró Abby a su amiga—. Nunca ha sido una meretriz; se gana el pan como un hombre. No, mejor que muchos de ellos. La he visto en acción y es increíble cómo se desenvuelve. Es brillante con los números.

—¿A qué te refieres? —preguntó Eliza con las manos en el corazón, como si supiera que había prejuzgado sin conocer toda la historia.

Adeline dio un paso al frente mientras las otras mujeres esperaban contrariadas.

—Soy la encargada de las cuentas de *lord* Essex. Por favor que se quede entre nosotras y no salga de aquí.

—¿Y eso qué significa? ¿Que llevas el recuento de las mujeres con las que se acuesta? —rio Alice.

—Registro las cantidades apostadas, las deudas pendientes y los pagos ganados. Para que no se generara un escándalo y tengan que intervenir las autoridades, hemos dejado que la gente piense lo que no es.

—Todo el mundo sabe lo de la casa de apuestas, pero que una mujer sea la contable, eso ya es ir un paso más allá —habló Alice titubeante—. ¿No te importa lo que pueda pasar?

—Si puedo trabajar de lo que me gusta y ganarme el sustento, ¿qué importa lo que los demás piensen? Yo soy la que lo vive, no ellos.

Abby se acordó de las lecciones de la primera presidenta del club, *lady* Caroline Bessborough. Siempre les hacía la misma pregunta a las recién llegadas al club: «¿Qué te hace brillar? Esa era la clave».

—Para la próxima semana tenéis deberes. Además de dejar una cuerda de tender vacía, has de buscar aquello que te hace brillar, como Adeline lo ha encontrado en los números. Es un quehacer para todas.

—¿Eso me ayudará a resolver mi problema? —preguntó Edna un poco menos airada desde que empezó la reunión.

—Te ayudará a ver en tu interior y saber lo que quieres y lo que puedes hacer por ti.

Las demás lavanderas se quedaron en silencio, como si esas palabras fueran dichas en otro idioma. Abby sonrió. Así le había parecido la primera vez que entró en el club de la mano de su madre, y el cambio que realizó fue tan espectacular que en esos momentos no echaba de menos a la anterior Abby. Se sentía orgullosa de la nueva señorita Crown, más segura y más valiente. La que no dudaba en sacar a su madre de Bedlam, aunque el viento no soplara a su favor.

Capítulo 32

Cuando las demás mujeres volvieron a sus barreños, Eliza se apresuró a acudir hacia ella con el ceño fruncido.

—Si sigues mimando a tus ahijadas con mermelada y pasteles no van a querer comerse las gachas.

—¿Qué mal hay en un capricho?

—Pues que van a llorar el doble el día que decidas marcharte, tal y como ya lo hacen cuando Tobias Flanagan nos niega las entrañas del cerdo. Ni lo más barato podemos comprar, y encima nos reclama los bistecs que nos entregó por una cena que no se ha llevado a cabo.

—No es culpa mía que Mike intentará venderme.

—Me debes una —le amenazó su amiga con el dedo índice.

—Eliza, entiende que no puedo. Landon… —Y miró hacia la ventana de arriba donde se suponía que debería estar junto a Mike entablando una amistad que nunca creyó posible.

—¿Sientes algo por ese doctor?

—Sería una locura decir que sí. —Se ruborizó nada más pensar en ella como pareja de Landon. Él se merecía a una mujer mucho más refinada y no una bastarda a la que habían reconocido a destiempo.

—Depende. ¿Él te corresponde? —preguntó su amiga esperanzada.

—No lo sé, Eliza. Hay días que pienso que sí, y otros que solo quiere hacer el bien. Conoció a mi madre antes de saber quién soy y ya quiso ayudarla, ¿no es admirable?

—Lo que creo es que te gusta más que al diablo los pecadores —se rio Eliza—. ¿Y ahora qué le digo a Tobias?

—Abby, ¿tendrías un momento? Me gustaría pedirte una cosa. —Nelly se acercó a ellas con timidez.

—¡Claro! Lo que quieras.

—Ya sé que estás muy ocupada con eso de tu madre y puede que no me aceptes por mi estado…

—¿Qué ocurre? ¿Te sientes mal? Estás muy pálida —se preocupó Eliza.

—Como siempre, pero lo que quería decirte es que…

Nelly tuvo que agarrarse del brazo de Abby al sobrevenirle un mareo.

—Recuéstate en esta silla y toma un poco de agua. Trabajas demasiado.

Las dos amigas se sentaron en un rincón junto a ella.

—Solo estoy de cinco faltas. Mi madre lavó ropa hasta darme a luz, y pienso hacer lo mismo.

—¿Y te alimentas bien? Ahora debes comer por dos. —Abby no las tenía todas consigo. Se notaba que estaba embarazada, sí, pero por otro lado tenía los brazos y las piernas muy delgadas.

—Debo ahorrar para cuando venga el bebe. Estoy sola. No sé si lo sabéis, pero mi marido murió al poco de enterarme de mi embarazo.

—Cuanto lo siento, Nelly. Habrás sufrido mucho —se conmovió Abby.

—No echo de menos a ese malnacido. Me pegaba cada noche y tuve suerte de que aquel accidente en el puerto acabara con su vida, si no, hubiera sido yo. —Se palpó la barriga con angustia—. Pero lo que pretendo preguntarte… —Tomó aire nerviosa—. ¿Te gustaría ser mi mentora? No pasa nada si te niegas, lo entiendo…

—Sí. —Abby se emocionó. Era la primera vez que iba a ser el ejemplo a seguir de otra persona. Deseaba hacerlo bien, conseguir que Nelly cumpliera todos sus sueños.

—Tienes demasiadas cosas en la cabeza y lo único que no quieres es tener que cargar con otro problema…

La chica todavía intentaba convencerla sin darse cuenta de que ella ya había aceptado. Abby le agarró de las manos con suavidad.

—He dicho que sí, Nelly.

Esta abrió la boca horrorizada y alegre a la vez, y la abrazó con fuerza.

—Lo primero que voy a hacer como tu mentora es obligarte a venir esta noche conmigo a una cena con Tobias Flanagan y la tropa de Eliza. Serás mi acompañante. Necesitas comer un poco de carne — sentenció Abby al notar lo flaca que estaba.

—No sé. No conozco al señor Flanagan.

Eliza le dio un codazo y la interrogó con la mirada.

—Así matas dos pájaros de un tiro —susurró Abby para que Nelly no la oyera. Esta se había quedado tan de piedra con la invitación que le provocó otro mareo.

Las dos amigas la abanicaron asustadas.

—Yo me encargo de prepararlo todo, no te preocupes —habló Eliza.

Nelly asintió y se incorporó para volver a la faena.

—Ni hablar, hoy te lavo yo la ropa —ordenó Abby—. Vete a descansar, ¿entendido?

Cuando se quedaron solas, Eliza le recriminó su fechoría.

—¡Estás loca! ¿Quieres emparejar a Tobias con Nelly?

—Por lo que yo recuerdo de él, era un buen muchacho, y ella es su tipo. —Nunca era demasiado tarde para intentar juntar a dos personas que se necesitaban. Ambos parecían dos seres con ansias de formar un hogar.

—No sé si esto va a salir bien. —Eliza se restregó las manos sudadas.

—Piénsalo. Sería el primer reto del Club de Lavanderas de Southwark.

—O bien un acto de buen samaritano, como le gusta a tu doctor —espetó Eliza hiriente.

—Por cierto, entiendo que él y Adeline están invitados. Y, dado que el favor que te hago es tan grande, también quiero que la aceptes de mentora. —Abby se maravilló por su capacidad estratégica. Tal vez sí que era digna heredera del club de damas.

—¡Yo pensaba que serías tú! —Eliza no pudo evitar hablar como si fuera una niña pequeña, muy parecido a cuando sus hijas intentaban ocultar una travesura.

—¿Quieres tener al carnicero de tu parte o no?

Eliza asintió, como si le hubiera regañado la maestra en clase.

—No cabremos todos en mi casa —se quejó de nuevo.

—Recuerda —Abby alzó un dedo para instruirla con un refrán ideal para la ocasión—, en casa chica, hasta el aire se vuelve familia. Ya verás cómo lo logramos.

Tobias Flanagan llegó cargado como un arriero en feria.

—¡Traigo provisiones! —proclamó, abriendo los brazos. Llevaba una bolsa de cuero en cada mano y otra colgada al hombro; parecía más un saqueo que una visita.

—¡Dios bendito! —exclamó Eliza desde el fogón, donde el guiso ya burbujeaba—. ¡Si eso es media carnicería!

—He traído de todo —respondió él, dejando caer las bolsas sobre la mesa—. Vino para los mayores, salchichas para las niñas, bistecs para Mike, morcilla especiada para ti, Eliza… —Hizo una pausa teatral y miró a Abby—. Y para ti, lengua curada. Como te gusta.

Abby alzó una ceja, sorprendida de que recordara aquel detalle de su infancia.

—Qué atento —dijo, forzando una sonrisa. Por dentro, suspiró. Tobias ya empezaba a parecer más insistente que generoso. Tenía ganas de que conociera a Nelly y se encendiera la llama. Solo debía esperar el momento oportuno.

—¡Flanagan! —Mike volvía del puerto, con olor a pescado y las mangas arremangadas—. ¿Vienes a cenar o a abastecer a todo Southwark?

—A lo que haga falta —rio el carnicero con voz atronadora.

Las niñas revoloteaban por la habitación, los platos se apilaban sobre la mesa y el aire olía a cebolla y humo. Abby acababa de terminar de poner cubiertos cuando se oyeron unos golpes suaves en la puerta.

—¿Esperábamos a alguien más? —dijo Tobias, desconcertado.

Eliza miró inquieta a Abby e intentó disimular.

—Unos amigos de última hora. Han ido a buscar más sillas a casa de los vecinos.

Al abrir, aparecieron Adeline, Landon y, detrás, Nelly con la cabeza gacha.

—Buenas noches. Llegamos en el momento justo. Ha empezado a llover —habló Landon de manera amistosa cargado con tres banquetas.

Eliza les hizo pasar. Tobias, en cambio, se quedó inmóvil, midiendo con la mirada al recién llegado.

—Doctor Parry —dijo Abby, inquieta—, le presento a nuestro carnicero, el señor Tobias Flanagan.

—Y espero que amigo también —respondió el susodicho arrimándose demasiado a ella.

—Hacía ya mucho tiempo que no nos veíamos y el contacto y la cercanía se pierden. —Abby intentó apartarse, pero en aquel minúsculo piso era difícil mantener las distancias.

Landon lo hizo por ella. Se interpuso entre los dos y obligó a Tobias a cargar con lo que llevaba.

—Hay que tomarse las cosas con más calma, señor Flanagan —le dijo irritado.

La tensión se disipó cuando Adeline, siempre rápida, saludó al invitado de honor.

—Si hay comida, también hay sitio, ¿verdad, Tobias?

El carnicero asintió con un gruñido y colocó las banqueras.

Nelly, peinó su cabello, insegura, y las miradas se posaron en ella. Vestía con sencillez, pero poseía una elegancia innata que enseguida llamó la atención del carnicero.

—Tobias, te presento a Nelly —dijo Abby—. Una amiga a la que estimo, y viuda desde hace poco.

El hombre, que ya se había aposentado, se puso en pie de inmediato, y se le notó algo nervioso.

—Un placer, señorita —dijo haciendo una torpe reverencia.

—El gusto es mío —respondió ella, con una sonrisa cautivadora.

Debía reconocer que Nelly era hermosa, con aquellos ojos redondos y azules, la nariz pequeña y los labios carnosos. Sí, se dijo Abby, justo del tipo de Tobias. Aunque había supuesto que la cosa no sería fácil y que él mostraría un poco de reticencia, no esperó

que reaccionaría a los encantos de Nelly tan rápido, como si acabara de descubrir el sol.

Pronto todos se acomodaron. Mike hablaba alto, Eliza le corregía entre risas y las niñas jugaban a repartir cucharas. Se entabló una conversación de lo más extraña entre los invitados, alabando las bondades de Nelly. Tobias pareció conmovido por su historia y muy interesado.

Landon, sentado frente a Abby, observaba la escena en silencio, divertido. Percibió su incomodidad y le susurró:

—Parece que Flanagan ha cambiado el objeto de admiración.

Abby lo fulminó con la mirada.

—No tiene por qué parecerle tan gracioso.

—Solo me alegra ver que tengo vía libre —replicó él con una sonrisa que le erizó la piel.

Adeline intervino antes de que la tensión se hiciera visible.

—Propongo un brindis —dijo, levantando su copa—. Por las nuevas amistades, y los cambios de corazón repentinos. —Miró a la pareja formada por Nelly y Tobias.

Todos rieron, menos el carnicero, que se concentraba en llenar el plato de Nelly y en ayudarla a cortar un trozo de pan sin desmigarlo.

La cena transcurrió animada. Mike contaba historias del muelle, Eliza se indignaba con fingido decoro y Adeline hacía de mediadora entre la broma y la ironía. Pero Abby apenas probó un bocado. No podía evitar mirar a Landon, que conversaba con naturalidad, tan distinto de todos los hombres que había conocido. Se encontraba como pez en el agua en esos dos mundos tan diferentes: en la ribera de Southwark con las lavanderas y en la calle de Russell Square con los distinguidos aristócratas adictos a las cartas.

Cuando Tobias se ofreció a acompañar a Nelly a casa, el aire pareció hacerse más liviano.

—¿No venía por mí? —murmuró Abby cuando la puerta se cerró.

—Bueno, Mike le había prevenido de que tal vez tú no estuvieses del todo interesada y ha preferido buscar consuelo en mejores brazos —respondió Eliza con un guiño.

—Definitivamente hacemos un buen equipo —comentó Abby riendo.

Varias vecinas lavanderas se asomaron a la puerta entornada.

—¿Se ha conseguido el objetivo? —preguntaron inquietas.

—Primer deseo del club concedido —se precipitó a contestar Eliza—. Nosotras hemos puesto la chispa. Ahora depende de ellos encender el fuego.

Todas rieron al unísono.

—Nosotros también deberíamos marcharnos —habló Landon al oído de Abby.

—Sí, la noche apenas acaba de empezar y yo debo seguir con mi cometido. Volver a la mesa de juego y ganar lo que pueda para poder pagar a un buen abogado.

—Si es necesario yo podría… —Landon titubeó, pero Abby no le dejó terminar.

—No, debo conseguirlo por mis propios medios. Usted ya se está jugando el puesto.

Abby lo miró con el alma en vilo. Algo pequeño, pero definitivo, había vuelto a cambiar esa noche. Poco a poco Landon se iba ganando su confianza y también su corazón. Y lo supo: el peligro ya no estaba fuera, sino dentro de ella misma.

Capítulo 33

En casa de *lord* Essex la noche era como todas. El vino corría a borbotones y el ruido de las cartas al barajarse se parecía a una melodía compuesta para cautivar. Percival, al ver aparecer a Abby junto a Landon y Adeline, les reprochó el tiempo perdido y los animó a que se repartieran por las mesas. Landon, pese a que no le gustó dejar sola a Abby, se tuvo que retirar para atender a alguien que estaba ganando demasiado. Su trabajo: recuperar la fortuna que un caballero había osado quitar a la banca. Percival, por otro lado, debía agasajar y emborrachar a personas influyentes para conseguir que empezaran el juego con una escandalosa suma de dinero. Y Abby notó las ausencias de ambos. La sala había cambiado. No en apariencia, sino en energía. Se sentó a la mesa con el mentón alto. Esta vez jugaba contra dos hombres y una dama anciana con carácter disoluto, pero con pulso perfecto a la hora de arriesgar sus joyas.

Ganó una mano. Perdió tres. Y luego todo pareció irse por una rendija invisible. Las libras y pagarés desaparecieron como si nunca hubieran estado ahí. La anciana que tenía enfrente sonrió como si supiera a la perfección cuán verde estaba su oponente. Sin embargo, Abby no parpadeó. Jugó hasta el último momento. Cuando todo terminó, recogió su copa vacía, se levantó despacio y abandonó la sala como si aún conservara la dignidad.

No fue lejos. En el pasillo, donde la luz de las velas apenas llegaba, se detuvo. Apoyó una mano en la moldura de la pared. Respiró hondo. Tembló. No lloró, pese a que estaba un paso más lejos de conseguir la liberación de su madre.

El yeso estaba helado, áspero. Lo agradeció. Le servía para no pensar en lo caliente que aún tenía la cara. En cómo había sonreído con los labios apretados mientras los demás jugadores recogían sus

trofeos. En cómo no se había permitido ni un suspiro de derrota cuando se levantó ni cuando salió y cruzó la sala sin que nadie intentara detenerla. Hasta ese momento.

—Vaya —dijo una voz conocida detrás de ella—. Me he perdido el espectáculo.

Percival. Lo supo antes de girarse. Por el tono, por la forma que tenía de modular las frases, tan sensual como confortable.

Abby no se movió.

—Lo he perdido todo. Sabía que no estaba preparada —murmuró sin mirarlo, angustiada por lo que significaba: volver a empezar de cero.

—Se trata de una mala mano. Solo tienes que remontar —la alentó Percival.

Se giró y lo encontró a unos pasos. Sin una copa de vino como era costumbre, sin máscaras. Solo él, con esa expresión suya que parecía siempre a punto de una broma, pero nunca del todo. Percival la contemplaba con intensidad. Parecía que supiera todas esas cosas que ni ella se atrevía a pensar.

—¿Sabes qué se siente cuando pierdes lo poco que tenías? —preguntó para herirlo.

—Aunque no te lo creas, lo sé. Cuando mi madre desperdició toda la fortuna que había heredado de mi padre, tuve que jugármela a una sola carta —dijo él, acercándose despacio. La tomó de la mano enguantada, y la sostuvo con suavidad.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Abby con el aliento contenido.

—Monté mi propia casa de apuestas. Cuando la vida te hunde, se vuelve a apostar. O se cambia de juego —le susurró al oído, y la besó en la frente.

Era su manera de consolarla, pero Abby sintió que su cercanía la estremecía como tantas otras veces. Se avergonzó de que ese simple roce le hubiera despertado de nuevo el deseo.

—¿Qué harías en mi lugar? —preguntó anhelante de que él supiera todas las respuestas.

—Buscaría consuelo —dijo él sin dejar de estrechar sus manos —. En brazos inadecuados.

Ella bajó la mirada. Esta vez no por pudor, sino por miedo a que se notara cuánto ansiaba hacerlo. Percival era el contrapunto de Landon, y siempre le había atraído su manera de ver la vida. Tal vez era lo que necesitaba en esos momentos.

Desde que había llegado a esa casa, él no dejaba de moverse para reclamar su atención. Una presencia dorada, afilada, con voz de terciopelo y ojos que la desnudaban sin tocarla. No confiaba en él. No del todo. Pero tampoco podía dejar de escucharlo cuando hablaba.

—¿Y tú eres inadecuado? —A Abby se le escapó una sonrisa.

—Depende para qué.

La respuesta fue un roce.

Abby dio un paso. Solo uno. Quería decir algo ingenioso para recuperar el control. Pero lo que salió fue apenas un susurro:

—Estoy cansada. —Abby apoyó la cabeza en su pecho, que invitaba a reposar y dejarse ir. Olía a vino, a tabaco y a ese aroma dulce que despertaba la pasión.

—Lo sé —contestó Percival.

Abby alzó la cabeza y se dio cuenta de lo cerca que estaban sus labios. No fue un beso robado. Fue ofrecido, con la certeza de que ella lo tomaría. Porque él sabía, y ella también, que en ese instante, con el orgullo deshecho y la garganta llena de derrotas, era vulnerable, y Percival olía a promesa, a peligro, pero sobre todo a alivio.

El beso no fue largo. Ni limpio. Tropezó en la respiración, en la duda, en la culpa que vino después. Sin embargo, fue cálido, humano. Real.

—Has pasado por tanto, Abby. Déjame ser quien te cuide ahora —dijo Percival sin dejar de besarla una y otra vez.

Su voz, grave y dulce, la envolvió. Durante un segundo, creyó que todo sería más fácil si simplemente cedía, si dejaba que aquel beso la arrastrara a una ilusión segura. Pero entonces Abby se percató de que, cuando cerraba los ojos y se dejaba inundar por ese dulce deseo de pertenecer a alguien, no era el rostro de Percival el que aparecía en su mente, sino el de Landon.

—No puedo—dijo con firmeza.

Él se apartó despacio, sin perder la compostura, aunque el orgullo herido le cruzó los ojos como una sombra.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó. No sonó como un reproche, sino como una súplica contenida.

Abby tardó en responder. Se llevó una mano al pecho, como si allí pudiera ordenar el caos.

—Porque cuando pienso en lo que más temo perder, no eres tú.

El silencio se hizo más pesado que nunca. Percival lo comprendió antes de que ella pronunciara el nombre.

—Landon.

Ella asintió con un hilo de voz.

—Él me ve como nadie lo ha hecho. No como la bastarda, ni la heredera, ni la mujer que debe ser rescatada, sino como soy.

Percival se apoyó en la pared. Durante unos instantes no dijo nada. Luego rio, bajo, sin amargura.

—Tenía que ser el doctor —murmuró—. Siempre tan correcto, tan dueño de sí. Supongo que era cuestión de tiempo que alguien como tú lo atrapara.

Abby se acercó, apretando sus manos entre las suyas.

—Lo siento, Percival. No quise hacerte daño. Al fin y al cabo, tú nos presentaste. Desde el primer minuto creíste que formaríamos una buena pareja.

Él la miró, y en sus ojos había un destello de ternura y derrota.

—No lo sientas Abby. Has seguido tu corazón. Y es cierto que al principio te vi como un cebo para que Landon por fin dejara de pensar en Cassandra, pero luego, no sé, me sentí celoso. Perdóname tú a mí por perseguirte e intentar algo que sé que no duraría.

Ella frunció el ceño. ¿Quién era Cassandra? Ya tendría tiempo de averiguarlo. En esos momentos necesitaba que Percival no pensara que era una fresca que iba besando a cualquiera.

—Ese beso ha sido sincero, aunque creo que no del hombre adecuado. Sé que lo entiendes. Eres un buen tipo.

—No, soy un libertino con modales —corrigió. Esa vez la broma fue un escudo amable, no una burla—. Y no te preocupes, no diré nada. Ni a él ni a nadie.

Abby sintió un nudo en la garganta.

—¿Me odias?

Percival negó despacio.

—Claro que no. Recuerda que, si alguna vez te hace daño, se las tendrá que ver conmigo. —Le tomó la mano y la besó con una reverencia.

Se apartó entonces, le dio la espalda con elegancia y caminó de nuevo hacia el salón. Antes de desaparecer, se volvió una última vez.

—No todas las pasiones están destinadas a durar. Pero la tuya por Landon tal vez merezca la pena explorarla.

—Lo mismo digo, Percival, tal vez tengas un amor rondándote desde hace tiempo y no te hayas dado cuenta.

Lovelace arqueó las cejas, y en ese instante apareció Adeline.

—Por fin os encuentro. ¿Qué hacéis tan juntos y tan apartados de todo? —se molestó su amiga.

—Hablando de amores imprevisibles que merece la pena empezar… —dijo Abby guiñándole un ojo a Percival, y lo dejó solo con Adeline.

Capítulo 34

La vela chisporroteaba en su candelabro. Abby se miraba en el espejo, ultimando su peinado. Llevaba puesto el vestido gris más discreto de Adeline. Se había recogido el cabello en la nuca con una cinta descolorida. Ya tenía puesto los guantes y en la silla había dejado el abrigo, que olía a lavanda y a humo. Solo iba a ver a su madre, a asegurarse de que estaba bien.

Cuando Landon le dijo que aquella madrugada sería la indicada, no gritó como le hubiera gustado hacer. Solo asintió. Al parecer, por fin el doctor Monro había partido hacia Lancaster, y con Landon como segundo al mando no habría problemas. Le explicó que entraría como visitante médico y que estaría a su lado en todo momento. A esas horas no despertarían sospechas entre los empleados. Ella solo tenía que estar preparada. Y lo estaba, desde hacía mucho.

El reloj del pasillo dio la hora. Seis campanadas secas. Pasaron unos minutos antes de que llamaran a la puerta.

—¿Abby?

La voz era baja, como si temiera romper el silencio de la casa. Ella se levantó despacio, pero el corazón se le disparó como si acabara de correr por la orilla del Támesis.

Abrió la puerta y lo vio. Landon iba sin sombrero, con el abrigo cerrado hasta el cuello y las manos en los bolsillos. La luz de la vela le dibujó una sombra sería, casi hermosa, bajo los ojos.

—¿Todo preparado? —preguntó.

Abby asintió. No se atrevía a hablar. La garganta se le había endurecido.

Él le ofreció el brazo, con aquella ternura disfrazada de formalidad. Y ella lo tomó como si lo hubiera hecho ya mil veces. Bajaron las escaleras sin hacer ruido. Percival y Adeline dormían,

también los criados, acostumbrados a los horarios tan dispares de *lord* Essex.

Cuando salieron a la calle, Abby se estremeció al darse cuenta de que estaba a punto de conseguir lo que se había propuesto.

Landon no dijo nada. Pero apretó el paso. Subieron a un coche discreto, sin escudo ni lacayo, y él dio la orden al cochero con una voz firme para que se dirigieran hacia Bedlam.

Abby tragó saliva. Apretó las manos enguantadas contra las rodillas. El camino fue largo. Ninguno habló. Cuando el carruaje giró la última esquina y la silueta del hospital emergió entre la niebla, al igual que un monstruo dormido de piedra y ventanas, Abby sonrió feliz. Estaba a punto de ver a su madre, lo que tanto había anhelado desde que llegó a Londres. Al mismo tiempo entendió que no había vuelta atrás. Si Walter se enteraba de lo que intentaba hacer —salvarla—, sería capaz de cualquier cosa.

Landon le tendió la mano antes de que bajara.

—Sea discreta y no alargue más de la cuenta la visita —susurró.

El pasillo olía a humedad y, pese a ello, hacía calor. Un calor espeso, malsano. Las penas allí parecían pudrirse a fuego lento. Landon iba unos pasos por delante, con la mirada dura, demasiado erguido. Saludó con un gesto breve a un celador somnoliento y murmuró algo ininteligible. El hombre abrió una puerta sin preguntar. Avanzaron hacia otro pasillo, largo oscuro, lleno de lamentos dormidos y respiraciones quejosas.

Se detuvieron frente a una celda con el número 36 escrito a mano y Landon abrió la puerta. La mujer sentada en una silla de madera, bajo una manta gris gastada, parecía hecha de otro tiempo. Tenía el cabello recogido en un moño mal armado, la piel ajada de forma extraña, no por los años, sino por el abandono, y una expresión ausente. Abby no la reconoció. No era la mujer que la había buscado hasta debajo de las piedras hasta encontrarla, llevado a Woolriver y desafiado las normas. No era la que aplaudía con entusiasmo durante las sesiones del club de damas ni cuando jugaban a las cartas en el salón después de la cena y se contaban sus intimidades. Era otra. Una versión desfigurada.

—Madre —susurró.

La palabra le arañó la garganta al salir. La mujer alzó la vista. Tardó unos segundos. Luego frunció el ceño, como si quisiera colocarla en un lugar seguro de su memoria.

—¿Abby?

La voz era apenas un soplo. Abby dio un paso medido. Luego otro igual de pequeño. Los guantes le molestaban. Quiso quitárselos. No pudo.

—Soy yo.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas.

—¿De verdad?

Abby asintió. Se arrodilló junto a ella. Percibió el frío de la piedra en las rodillas. Se obligó a mirarla sin llorar.

—He venido a buscarte —dijo.

Su madre le acarició el rostro. El gesto fue torpe.

—Yo no lo hice. No maté a tu padre —habló la mujer con desespero.

Abby bajó la cabeza. Sintió que el mundo se partía en dos.

—Voy a sacarte de aquí —prometió—. Muy pronto. Pero antes necesito que vuelvas a ser tú, que seas valiente. Contrataré a un abogado, de los buenos, y tendrás que testificar.

La mujer no respondió. Solo asintió con una lentitud extraña.

—¿Sabes algo del arsénico? ¿Dónde lo tenías guardado? —continuó Abby llena de dudas y preguntas. Sabía que en las casas de campo siempre había arsénico para matar a los ratones y que Walter se había aprovechado de ello para culpar a su madre—. ¿Cómo pudo Walter hacerse con él sin que los criados lo vieran?

La señora Crown se encogió de hombros.

—Es imposible que hubiera algo de eso en casa. Daña a las plantas.

Suspiró. Sabía lo mucho que le gustaba la jardinería a su madre y cómo cuidaba de las flores.

—Debemos irnos —habló Landon con urgencia.

Ambas mujeres se fusionaron en un abrazo.

—Sea fuerte, madre, no la abandonaré.

No le dio tiempo a decir nada más, solo escuchó el lamento de Clarissa Crown, aquella que ya no reconocía. Landon la agarró del

brazo y se la llevó fuera de la celda. Cerró de golpe y echó la llave.

—El hospital está a punto de despertar, debemos darnos prisa.

Casi habían llegado al pasillo principal cuando se escucharon voces de hombre entre risas, bajas pero demasiado cerca.

Landon reaccionó antes que ella. La tomó de la mano con urgencia y la arrastró tras una puerta entreabierta. El despacho olía a cuero viejo y tinta seca. El cuarto estaba repleto de estantes que sujetaban enciclopedias, pero Abby apenas las vio. Solo sintió la espalda contrala pared fría, el latido desbocado en la garganta y el cuerpo de Landon pegado a ella. Estaban solos, a oscuras. Y Abby podía sentirlo en ese espacio mínimo. Notó su aliento tibio y surgieron en su mente varias imágenes sacadas del *Kamasutra*, el libro con el que *lady* Susan las instruía. Tragó saliva. Landon no se apartó. Ella, temerosa, sujetó sus manos como si de esa manera se sintiera más protegida.

—Perdóneme —murmuró Landon.

Abby no entendió a qué se refería. Hasta que lo hizo.

El beso no fue brusco. Fue algo más peligroso. Lento. Seguro. Como si ya lo hubiera imaginado tantas veces que solo estuviera degustando sus labios después de una noche de pasión. Abby no respondió de inmediato. Pero tampoco se asustó. El roce de su boca era cálido y firme, un murmullo que ella no quería entender, a pesar de que estaba todo claro. El mundo, por un instante, fue solo eso: la piel fina de sus labios, la dulzura inesperada en medio del lugar más inhóspito de Londres. Hasta que alguien empujó la puerta.

—Oh —dijo una voz masculina, divertida, cargada de esa familiaridad sucia que Abby reconoció de inmediato—. No sabía que este despacho estaba ocupado.

Se oyeron risas de hombres acostumbrados a encontrarse con esa clase de escenas. La puerta volviéndose a cerrar y el crujir de pasos alejándose.

Landon se separó de ella con tristeza. Abby todavía apoyada contra la pared, con el corazón al borde de alguna catástrofe, quiso volver a catar esos labios. Se retuvo.

—¿Esto es habitual? —preguntó sin lograr ocultar su nerviosismo —. Me refiero a ¿traer aquí a chicas?

Él la sostuvo con la mirada.

—A veces, quizás —dijo titubeando.

Abby sintió que algo en el pecho se le encogía.

—Pero no por mi parte —añadió, más bajo, como si le costara. Sus ojos no se apartaban de los de ella. Abby se sentía cómoda descansando su mirada en la de él. —Nunca antes he hecho esto — confesó— . No aquí.

Abby volvió a sentir ese deseo contenido, esa culpa y esa hambre que ella conocía tan bien.

Volvieron de nuevo al pasillo. Les fue fácil salir sin llamar la atención y llegar hasta el carruaje. El cielo ya había comenzado a desteñirse cuando emprendieron el regreso a Russell Square, a la residencia de *lord* Essex. Londres despertaba con la boca entreabierta, húmeda de niebla y hollín. Abby se acomodó en el asiento, con los brazos cruzados y la mirada perdida en la ventanilla, y Landon frente a ella. El traqueteo del coche era suave, regular. Un pulso mecánico que parecía marcar el compás de una música lejana.

—¿Crees que aguantará hasta el juicio? —La voz le salió más firme de lo que esperaba. Después de ese beso le era imposible tratarlo de usted.

Landon bajó la mirada.

—Lo ha hecho hasta ahora —habló él tras una pausa—. Pero te toca a ti ser fuerte por ella.

—Dijo no saber nada del arsénico, que en casa no se compra —murmuró Abby—. Es algo inusual. La mayoría de casas en el campo lo tienen almacenado; hay muchos roedores y siempre hay que estar tomando medidas contra ellos. —Ese dato la había alterado. Algo no cuadraba.

—Me he criado en la ciudad y nunca pensé que se pudiera tener veneno sin más en las residencias. —Landon torció la comisura de los labios en un gesto indulgente.

—El boticario lo vende, pero debe realizar un registro. Los Crown somos importantes en los Cotswolds y no creo que pusieran pegas a mi hermano si se hubiera encargado personalmente de adquirirlo, o algún criado pagado por él —caviló Abby más para sí misma que para su acompañante.

—Tal vez sea la clave. —Landon hizo una pausa, como si hubiera tenido una gran idea en ese instante—. ¡Debemos descubrir donde compró Walter el arsénico!

—¿Debemos? ¿Nosotros dos? —Ella sonrió con ternura al ver como él se incluía en sus planes.

Landon carraspeó.

—Pensé en que podríamos viajar hasta Woolriver…

A Abby le fue difícil borrar la luz de su rostro, pese a la conversación tan dura que había tenido con su madre hacía unos minutos.

—No quiero alejarme de ella —musitó.

—Entonces, iré yo —se ofreció Landon.

—Siento disentir, pero eres doctor, no investigador, y no conoces el pueblo. Escribiré a *lady* Susan. —Sí, era lo más adecuado, pese a que hasta el momento no había querido involucrarlas por miedo a que su hermano tomara represalias contra ellas, pero no tenía otra opción. Necesitaba respuestas.

—¿Sabrá guardar el secreto? —Landon pareció receloso.

Abby asintió.

—Confío en ella, y en el club. Todas ellas son como mis hermanas. Aunque *lady* Susan parece más una segunda madre.

Después de un largo silencio, Landon asintió.

—Estaré a tu lado todo el tiempo, Abby, no te dejaré sola. Y acompañaré a tu madre mientras intenta recomponerse.

Abby cerró los ojos un instante. El carruaje giró una esquina y el cuerpo se le fue un poco hacia la izquierda. Cuando los volvió a abrir, él se había cambiado a asiento para sujetarla.

—¿Por qué nos ayudas, Landon? Solo somos dos desconocidas que se han cruzado en tu camino.

—¿No es evidente? —Landon acarició su rostro con un dedo y se entretuvo en su mejilla hasta llegar a sus labios—. Desde el primer momento que te salvé de esos granujas que intentaban robarte me volviste la cabeza del revés.

Abby sintió que se le aflojaba algo dentro. Una costura invisible, justo debajo del pecho.

—Y tú eres un idiota. Nunca creí que tuvieras ningún sentimiento hacia mí, más bien al contrario. —No pudo evitar flirtear con él. Deseaba repetir ese breve encuentro en el que sus cuerpos se habían aproximado demasiado… Tanto que Abby aún notaba las rodillas temblorosas.

—Lo sé. —Esa afirmación de Landon fue suficiente para que Abby tomara las riendas.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —No era una pregunta, no esperaba una respuesta, solo quería que él actuara y pronto.

Landon la contempló con una gravedad que dolía.

—Esto.

La volvió a besar sin prisa ni torpeza. Solo una rendición mutua. Una tregua entre dos almas que se habían negado desde el primer instante que se vieron. El cuero del asiento crujió bajo el movimiento. Fuera, los caballos avanzaban sin saber que algo había cambiado dentro. El beso fue largo, preciso, húmedo, excitante. Como un juramento sellado en la oscuridad del carruaje y la promesa de que tal vez aún existirían más de esos momentos.

Capítulo 35

Abby no esperaba rosas al volver de Bedlam. Y, sin embargo, las había. Un ramo desbordado, algo torcido, como si alguien lo hubiese armado con apuro y cariño a partes iguales, presidía la mesita del salón, donde la luz de la mañana entraba tamizada por visillos limpios y unas cortinas que olían a lavanda.

—¿Qué es esto? —murmuró, aún con el abrigo en la mano.

—Un desayuno para damas —anunció Adeline, apareciendo con una bandeja llena de tazas y bollitos humeantes.

Ella abrió la boca. Nunca había visto a su amiga comportarse de esa manera, tan servicial. El mantel bordado, los platos de loza blanca. El silencio respetuoso del salón de *lord* Percival Lovelace, que seguramente aún dormía. Todo parecía sacado de un recuerdo feliz que Adeline intentaba recrear para ella. Landon, que aún permanecía a su lado, le acarició la cintura.

—Yo me retiro. Hablamos luego —le susurró al oído.

Asintió ruborizada desde la raíz hasta las puntas de su cabellera inmaculadamente recogida y desvió la atención para que Adeline no se diera cuenta de lo sucedido.

—¿Tú organizaste esto? —se dirigió hacia su amiga, que no paraba de sacar tazas de porcelana una tras otra.

—Desde luego. ¿Quién más conoce tu gusto por el té fuerte? Quería hacer algo para que te sintieras un poco como en casa después de tu visita a… ya sabes… ¿Cómo ha ido?

No supo qué decir. Por un lado, se sentía más tranquila al comprobar que su madre seguía luchando, por otro notaba una desazón desconocida que aumentaba cuanto más pensaba en el último beso de Landon. No tuvo tiempo de justificarse, la criada entró con paso dubitativo y presentó a la nueva invitada: Eliza.

—¿Cómo has conseguido que viniera? —se dirigió sin rodeos a Adeline—. Juró que nunca pondría un pie en una casa de perdición.

—Me refería a otro tipo de moradas, y en esta solo se juega, no se comercia con carne, ya me entendéis —replicó Eliza con la barbilla en alto.

—Perfectamente. —Abby le guiñó un ojo.

Comprobó que su amiga se había arreglado con esmero y llevaba su mejor blusa.

Se sentaron en los butacones frente a una mesa baja, en la que la criada sirvió el té. Esperaron a que esta se marchara para empezar una acalorada charla sobre cuánto se habían echado de menos.

—Gracias por venir —murmuró Adeline—. A las dos.

—No podía negarme. Ahora ya sé que no faltaste a tu palabra y que el trato que tienes con *lord* Essex dista mucho de ser escabroso —habló Eliza arrepentida.

—Algunos hombres lo pondrían en duda —contestó Adeline escéptica.

—Bueno, ahora estamos aquí, en una casa lujosa y bebiendo el mejor té de la región. ¿Quién lo hubiera dicho hace apenas unos años? —Eliza miró de reojo a Abby, que por supuesto se sintió aludida.

—Yo también quería daros las gracias por toda vuestra ayuda —comentó ella, sabiendo que les debía una disculpa sincera por haberlas abandonado.

—No cantes victoria, todavía —volvió a las andadas Eliza, cortando un panecillo con la precisión de quien quiere evitar el temblor de las manos—. Todavía no te he perdonado que nos dejaras así sin más por una desconocida, aunque dijera ser tu madre.

Abby tragó saliva.

—Sé que os fallé. Que me fui a Woolriver sin avisar, sin cartas, sin despedidas. Me encerré allí creyendo que podía empezar de cero. Quería escribiros, que vinierais de visita, pero luego todo fue tan rápido que pensé que ya no estaba a tiempo. Me convencí de que

estabais bien sin mí, porque siempre lo habéis estado. Vosotras sois las fuertes.

—Eso es lo que me duele —dijo Adeline, más bajito—. No que huyeras, sino que te avergonzaras de nosotras y no nos hicieras un hueco en tu nueva vida.

—Yo también me sentí traicionada por las dos —intervino Eliza —. Tú, Adeline, trabajabas aquí, en esta casa elegante, mientras yo lavaba ropa hasta sangrar por las uñas. Y a ti, Abby, te imaginaba luciendo vestidos brillantes en fiestas lujosas. ¿Sabes lo que es volver a casa y ver a tus hijas peleando por el último mendrugo?

—Tenía miedo de que me juzgarais —dijo Abby mirando su taza sin beber el té—. Me acostumbré demasiado rápido a las falsedades y la hipocresía. Mi hermano Walter no me puso fácil la convivencia. Siempre retrasaba escribiros. Lo haría con el tiempo, cuando Walter me aceptara. Pero no lo hizo. Y seguí mintiéndome a mí misma, que todavía no estaba preparada.

—¡Vaya familia! —exclamó Eliza—. Y yo quejándome de la mía.

El silencio cayó como una servilleta manchada, inservible. Se miraron las unas a las otras con incredulidad, y de pronto estallaron en carcajadas.

—Vosotras siempre habéis sido mi familia. —Abby se acercó a ellas y las abrazó a la vez—. Juro no volver a olvidaros cuando todo este embrollo se solucione.

—¿Todavía tienes esperanzas? —preguntó Eliza dando un sorbo suave a su taza y levantando el dedo meñique; se notaba que tan solo era un gesto que ella creía elegante, una pose aprendida de los malos referentes como la señora Nicolson, y no de la costumbre.

—¿Te ha contado Adeline que hoy he visto a mi madre?

—Sí, me ha enviado una nota urgente. Por eso he venido, para darte mi apoyo —contestó Eliza.

—Estaba muy demacrada. Tan delgada que no parecía ella —habló Abby compungida—. Estaba distinta, pero sé que en el fondo aún sigue habiendo fuego. Ella siempre había sido muy resuelta, escandalosa podría decirse, y algo dramática, pero esta vez no había nada de ello. Solo dolor.

—¿Contactarás por fin con tus amigas de Woolriver? Necesitas la máxima ayuda posible —comentó Adeline con la pena en el rostro.

—Eso me recuerda que he de escribirles. Necesito información del boticario de Woolriver. Mi madre dice que ella nunca compraba arsénico y quiero saber como llegó hasta casa. ¿Crees que le importará a Percival que emplee sus utensilios de escritura? Los esbirros de Walter me robaron tu regalo de papel y tinta cuando saquearon el piso de Eliza.

—Por supuesto, no creo que tenga inconveniente. Me ha dado permiso para utilizar el material que quiera, así que lo que es mío es tuyo. Daré orden a la sirvienta para que te lo lleve a tu cuarto.

—Me salvas la vida, Adeline. No quiero perder más tiempo. —Sonrió, relajada por primera vez en días.

El sol de la tarde entraba a raudales por las cortinas y por un instante pensó que aquella escena parecía sacada de otro tiempo, de aquellos días en Woolriver, cuando las damas del club se reunían a hablar de libros, moral y travesuras.

—Es casi como en casa —murmuró.

—Casi —dijo Adeline con una chispa en los ojos.

—¿Qué tramas, Adeline? Esa mirada tuya siempre anuncia problemas. —Abby entrecerró los ojos, suspicaz.

Antes de que pudiera responder, la criada asomó la cabeza por la puerta.

—Disculpe, señorita, hay tres visitas más.

—¿Visitas? —repitió Abby, confundida.

—Sí. Tres señoras que dicen venir del Southwark.

—¿Del Southwark? No puede ser…—Abby frunció el ceño.

Pero Adeline ya había dejado su taza y se levantaba con aire triunfal.

—Claro que es posible. Las he invitado yo.

—¿Tú qué? —Abby casi derrama el té—. ¿A quién has…?

Antes de que pudiera acabar la frase, la criada anunció los nombres con voz ceremoniosa:

—La señora Edna Friman, la señora Alice Coleman y la señora Nelly Bake.

Eliza soltó una exclamación,

—Me quedé igual de sorprendida que tú cuando recibimos la invitación de Adeline y me contó su plan. Han estado esperando fuera mientras nosotras nos poníamos al día, pero ya es el momento de que formen parte de esto, ¿no te parece? —comentó Eliza ilusionada.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Abby—. Siempre creí que tú, Eliza, eras la más reacia, y ahora armas esta emboscada.

En la puerta aparecieron sus compañeras de lavandería: Edna, con una flor en el pelo que enaltecía su figura, ya de por sí flaca; Alice, con una camisa blanca y planchada a la perfección que evidenciaba el esmero que había puesto en arreglarse; y Nelly, más tranquila, con las manos apoyadas sobre el vientre y un broche de metal desgastado en forma de trébol en el vestido.

—¡Abby! —dijo Nelly con una sonrisa dulce—. Queríamos estar a tu lado en un día tan importante.

Abby se levantó de golpe, sin saber si abrazarlas o esconderse detrás del sofá.

—No puedo creerlo. ¿Habéis dejado a un lado el trabajo solo por mí? —Sabía lo valioso que era para ellas no perder ni un día de lavado.

Adeline intervino, disfrutando del desconcierto general.

—Pensé que sería una buena idea hacer una pequeña sesión del club, como en Woolriver.

Abby la miró incrédula.

—¿Se te ha ocurrido invitarlas a una reunión de té en esta casa?

Su amiga se encogió de hombros, con la serenidad de quien ya ha ganado la partida.

—Todas las damas o lavanderas merecemos una taza caliente y un lugar donde hablar sin miedo.

Eliza aplaudió suave.

—No somos menos que las de Woolriver, y tenemos bastante más de qué hablar.

Edna se cruzó de brazos, observando el salón con cautela.

—No sabíamos si venir. Nos enteramos que habías ido a ver a tu madre a Bedlam y, bueno, nos preocupaba.

—Sí. Fui. —Tomó aire, obligándose a sonreír—. Pero estoy aquí. Y muy contenta de veros.

Nelly se adelantó y la abrazó, con la sinceridad que solo tienen las mujeres que han compartido barro y lágrimas.

—Te echamos de menos en el patio.

Eliza corrió a por más tazas y Adeline se frotó las manos con aire satisfecho.

—Pues ya está decidido: el Club de Lavanderas de Southwark tiene sede nueva.

Las risas llenaron la estancia y, durante un instante, el peso del pasado pareció desvanecerse. Abby observó al pequeño grupo y pensó que tal vez la felicidad era eso: un lugar acogedor, una mesa servida y la certeza de no estar sola.

Capítulo 36

El té ya se había enfriado, pero nadie parecía notarlo. El salón estaba lleno de voces femeninas, risas contenidas y el rumor de las cucharitas contra las tazas de porcelana. Abby jamás habría imaginado que aquel pequeño encuentro acabaría pareciéndose tanto a las tardes de Woolriver, solo que sin los corsés de la alta sociedad.

Carraspeó. Sabía que todas estaban esperando que empezara con la nueva sesión y, aunque ya la había dirigido antes en el patio de Southwark, allí parecía distinto, más solemne. Eliza, que estaba sentada a su lado, apoyó su mano en la suya.

—Tú puedes.

Abby respiró hondo y sonrió mientras chocaba la cucharita contra la taza para llamar al orden.

—En el Club de Damas de Woolriver cada reunión debía tener un propósito. Ninguna mujer debía marcharse sin aprender algo o sin atreverse a confesar su pesar.

—¿Y eso incluye hablar de maridos? —preguntó Alice, arqueando una ceja.

—Especialmente de ellos —replicó Abby con un brillo travieso en los ojos.

Las risas se propagaron por la sala, y Abby aprovechó el momento para mirar a Edna, que permanecía callada. Esos labios prietos significaban que algo la rondaba.

—Edna —se dirigió a ella con suavidad—, ¿cómo vas con el tuyo? ¿Has logrado hablar con él? ¿Realizar ese acto simbólico del que hablamos?

Edna se sorprendió al oír su nombre y luego suspiró.

—Las dos cosas, pero no sé si me convence el resultado. —Se encogió de hombros—. Dice que está demasiado cansado de oír mis

historias y que ninguna mujer que huela a jabón puede ser romántica.

—¡Por todos los santos! —exclamó Eliza—. Entonces dile que los hombres que huelen a cerveza tampoco lo son.

Las carcajadas estallaron. Hasta Nelly se dobló de risa.

—¿Y tú qué hiciste? —insistió Abby, conteniendo la suya.

Edna alzó la barbilla, desafiante.

—Le dejé sin cena dos noches seguidas. Luego le cosí los botones de la camisa al revés.

—¡Una táctica brillante! —ironizó Adeline—. El poder del sabotaje doméstico.

—A la tercera noche vino con flores —dijo Edna con una sonrisa pícara.

Abby se acercó y le tomó la mano.

—Entonces sí hubo avances.

—Sí, pero todavía no estoy en condiciones de perdonarlo.

Hubo un murmullo de aprobación. Las mujeres asintieron, y Adeline alzó la voz como si presidiera un tribunal.

—Bien, queridas mías, esta será una sesión muy seria. —Hizo una pausa dramática—. Ha pasado ya un tiempo desde que Abby nos dio el encargo de buscar algo que nos hiciera brillar. Así que quiero saber qué habéis descubierto. Lo mío son los números. Los veo por todas partes y parecen hablarme al oído. Sé que es una tontería, pero ellos me hacen brillar. ¿Quién es la siguiente?

Su amiga se comportaba como la anfitriona perfecta, locuaz, directa, divertida, cuando nunca había tenido un ejemplo a seguir, y la miró perpleja.

Se oyó un ruido de fondo entre las invitadas que Abby no supo interpretar.

—No pretendía incomodar a nadie con el ejercicio —dijo vacilante—. Si queréis, lo dejamos.

—Todo buen club necesita deberes —replicó Adeline—. Y, francamente, los nuestros son más interesantes que los de Woolriver.

Todas rieron. La primera en alzar la voz fue Edna, que se enderezó con gesto decidido.

—Ya he hablado antes, así que no me da miedo volver a confesarme, y doy tiempo a las demás para que vayan pensando en su respuesta. —Se aclaró la garganta—. No he hecho las paces con mi marido, y tampoco pienso hacerlo todavía, pero… —alzó la barbilla— esta semana me di cuenta de que canto cuando estoy sola.

Eliza la miró con sorpresa.

—¿Cantas?

—Sí. En el patio mientras lavo. A veces muy bajito, otras más alto. Y las otras mujeres me siguen. —Sus labios se curvaron—. Me hace sentir viva, aunque tenga las manos en agua helada.

Un aplauso espontáneo llenó el salón.

Abby sonrió, satisfecha.

—¡Magnífico! Alguna vez deberás cantar para nosotras. Queremos oír tu voz angelical.

—No exageres —rio Edna—. Aunque me gusta pensar que, aunque nadie me aplauda, brillo un poquito entre tanto vapor.

La siguió Nelly, con las manos apoyadas en su vientre redondeado.

—Yo no sabía qué decir. Pero una noche, mientras cosía, el bebé dio una patadita. —Sus ojos se humedecieron—. Y pensé que eso era lo que me hacía brillar: darle una vida nueva a este mundo, aunque el mío no haya sido fácil.

Abby se acercó para tomarle la mano y el silencio se llenó de ternura.

—Ese niño tendrá suerte de tenerte, Nelly.

Alice se puso en pie, seria. Parecía que quería huir.

—Yo sé que no soy del agrado de todas, que a veces me muestro agria, pero también me he dado cuenta de que soy ágil de mente, que sé cuándo cerrar bocas y hacerme respetar.

—Por supuesto —la animó Abby—. Esa es tu fuerza, y el brillo que desprendes. Solo has de soltar y confiar más en los demás.

Cuando las miradas se volvieron hacia Eliza, ella fingió abanicarse con una servilleta.

—No tengo nada tan poético —dijo, riendo—. Pero esta semana, cuando Mike volvió del puerto con cara de perro apaleado, no le dije

ni una palabra. Había dejado a Nelly al cuidado de las niñas, así que estábamos solos. Me lo llevé a la cama y cabalgamos hasta el amanecer. —Se cubrió el rostro avergonzado mientras sus hombros se agitaban de la risa floja que le sobrecogió—. Así que supongo que brillo cuando…, bueno, ya sabéis.

Todas estallaron en carcajadas.

—Querida, debes resguardar tu don o el mundo será ciego —bromeó Adeline.

Por último, las miradas se posaron sobre Abby. No se había preparado nada, pero lo había sentido desde la mañana: esa sensación de algo latiendo dentro de ella.

—Yo he descubierto que brillo cuando dejo de tener miedo —dijo despacio— de ser quien soy.

—¿Y quién eres? —preguntó Adeline, en voz baja.

Abby respiró hondo.

—Soy la hija de una madre encerrada injustamente, la amiga de mujeres valientes y la que no va a dejar que un hombre o una mentira decidan su destino.

El silencio fue absoluto. Luego, Adeline se levantó, le puso una mano en el hombro y, con los ojos brillantes, dijo:

—Eso, queridas, es lo que llamo un manifiesto.

Rieron y aplaudieron, algunas con lágrimas en los ojos. La criada se asomó con timidez para servir más té y Adeline, entre risas, le pidió que trajera más bollos.

Mientras la charla se diluía en confidencias y anécdotas, Abby se permitió un instante de quietud. Miró a su alrededor: las mujeres hablando, el fuego encendido, las sombras bailando sobre las paredes. Y comprendió que aquel pequeño salón no era solo un refugio. Era el punto de partida. El lugar donde, por primera vez, todas ellas habían decidido dejar de sobrevivir para empezar a brillar.

Capítulo 37

El cielo tenía el color de un secreto. De esos que se susurran con la mirada baja, como si las nubes pudieran entender. Landon abandonó el alfeizar de la ventana, salió del despacho y cruzó el pasillo húmedo de Bedlam con pasos medidos. No debía estar allí a esas horas, pero había alargado su jornada mientras sopesaba la idea de ver de nuevo a una paciente.

La celda de la señora Crown estaba cerrada. Y un guardia que pasó por allí para su ronda de vigilancia notó la duda en Landon.

—¿Desea entrar? —le dijo al mismo tiempo que sacaba un manojo de llaves de su bolsillo.

—Sí, debo realizar una revisión rutinaria que me pidió el doctor Monro antes de su marcha. —La mentira era delgada, pero suficiente. Nadie preguntaba mucho cuando el jefe no estaba. Aunque Landon le enseñó su propia llave maestra, el guardia permaneció allí expectante.

—Dicen que es peligrosa, que puede matar con solo una mordedura.

—No mató a su marido con los dientes, sino con veneno. O eso cuentan. —Landon habló con indiferencia para congraciarse con el hombre. Al fin abrió la puerta y se decidió a entrar.

La mujer estaba sentada en una silla, justo en la esquina de la pared empedrada. La luz apenas alcanzaba para dibujar sombras en el suelo. El perfil, fino y endurecido, parecía esculpido en caliza. Sus manos, más hueso que piel, descansaban sobre la manta como dos aves dormidas.

—Ha vuelto —dijo, sin necesidad de girarse.

—Sí. Estaba preocupado por usted, señora Crown, y más desde la visita con su hija. —Al decir esto último se giró hacia el guardia

que esperaba fuera, incapaz de controlar el nerviosismo por si llegaba alguna indiscreción a sus oídos.

Silencio. El viento se coló por una rendija del muro.

—Ella está bien —dijo Landon, después de un rato.

La señora Crown asintió con lentitud. No distinguió emoción, pero el aire parecía haberse tensado, como si la misma celda respirara con dificultad.

—¿Y usted? —habló ella, al fin—. ¿Está bien?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Landon se apoyó contra la pared, necesitaba algo firme donde sostenerse. Era consciente de que debía poner distancia, que hablar con aquella paciente no le convenía, sin embargo, no era una más, aunque se mintiera a sí mismo. Y no, no lo hacía por ella ni por su hija, sino por su sentimiento egoísta de justicia, venganza y amor. Una mezcla explosiva que iba en aumento.

—No lo sé. —Su voz era más baja de lo habitual—. Hay días en los que creo que aún puedo distinguir el bien del mal. Otros, todo se vuelve barro.

Ella lo miró por fin. Esos ojos pálidos, cansados, con la misma lucidez que debió tener antes de que acabara en aquella celda.

—Podrá tener sucios los zapatos, doctor. Pero no la conciencia. Aún no.

Landon tragó saliva. Sentía polvo en la garganta.

—Le prometo que la sacaremos de aquí. Ella lo hará. Usted solo tiene que resistir.

—Sé que me consideran ida; difícil, por no querer hablar; hasta violenta, según el doctor Monro, quien se empeña en sacarme de quicio durante sus visitas —habló la señora Crown con lentitud, como si hiciera tiempo que no se entrenaba en el distinguido arte del diálogo—. Y también que no tiene permiso para estar aquí. Así que yo seré fuerte por Abby. ¿Pero usted? ¿Por quién lo será?

Sin preverlo, Landon dejó escapar lo que llevaba días pesándole en el pecho.

—Estoy enamorado de su hija.

No lo dijo con grandilocuencia. Fue un soplo. Una confesión hecha más bien a las paredes. Y una vez dicho, notó que respiraba

con mayor facilidad, que el pecho se le ensanchaba y que todo su cuerpo se volvía más ligero. No era un amor pretencioso o cargado de secretos velados como ocurría con Cassandra. Él era un adolescente con las hormonas revolucionadas y ella una mujer con experiencia, la más hermosa que había visto hasta entonces, y se dejó deslumbrar.

La señora Crown no respondió enseguida. Cerró los ojos un instante, como si buscara algo en su interior, un sentimiento muy antiguo.

—Escuche bien, doctor —murmuró—. No le diga a Abby que la ama si no es capaz de sostenerla después.

Él cerró los ojos también. Sus palabras fueron un manto que le cubrió. No lo percibió como una amenaza, ni siquiera creyó que fuera un reproche. Solo una advertencia nacida del amor de una madre, que pensaba más en su hija que en ella pese a estar encerrada y pese a que su vida pendía de un hilo.

Cuando los volvió a abrir, la señora Crown había regresado a su inmovilidad habitual.

Landon salió de la celda sin más palabras. Dio órdenes al guardia de retirarse y cerró la puerta. El pasillo hacia el exterior se le hizo aún más estrecho, como si el edificio entero se empeñara en recordarle que ese no era su sitio. Volvió a pensar en las noches de pasión en las que Cassandra le había enseñado a amar y ser amado con el cuerpo, pero no con el corazón. Con Abby era distinto. Su belleza radicaba en su integridad. Era de alma pura y, al estar a su lado, todo lo que hasta el momento le había importado ——el orgullo, el honor, el respeto de la sociedad— se evaporó. Esos anhelos estaban ligados a lo que los demás pensaran de él, no quien era en realidad. Con Abby se sentía completo. Unido a ella era imparable, poderoso, un hombre que amaba a una mujer y que haría lo que fuera por conservarla a su lado.

Capítulo 38

Lady Susan bajó más temprano de lo habitual al salón, después de dejar a los mellizos dormidos en su habitación tras un día bastante alborotado. El servicio aún no había sacado las pastas, la chimenea chisporroteaba sin descanso. Era lunes y se celebraría la primera sesión de la semana del Club de Damas de Woolriver. Aunque ese día no se presentaba como uno cualquiera.

Se detuvo frente al espejo de cuerpo entero, se alisó la falda con ambas manos, respiró hondo y se dijo a sí misma, como si fuera una actriz en escena: «No mostrar emoción. Solo temple y liderazgo. No hay que asustar a las damas en vano».

Una a una fueron apareciendo, se saludaron de manera cortés y tomaron asiento. Herminia se acomodó en un sillón de respaldo rígido, la esposa del doctor empezó a desenrollar su lana para tejer y Kat cuchicheaba divertida junto a Rose Mary.

Susan carraspeó para obtener silencio.

—He recibido carta de Abby —dijo sin rodeos.

El crujido de las sillas y el suspiro colectivo fueron casi coreografiados. Las damas se inclinaron hacia delante como si las palabras pudieran escaparse por la ventana si no las atrapaban al vuelo.

—¡Por fin! —exclamó Kat, aliviada—. ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está?

—No lo dice, aunque tengo mis sospechas. El membrete de la carta es de *lord* Essex —respondió *lady* Susan con el ceño fruncido —. ¿A alguien le suena?

—Recuerdo que hubo un escándalo con la viuda. Dilapidó su fortuna en un año y todo por agradar a un estafador del amor —habló una de las damas de alta alcurnia allí presentes.

—¿Estafador del amor? Nunca lo había oído. —Herminia arrugó la nariz.

—Son jóvenes atractivos que suelen hacerse pasar por aristócratas ricos en busca de damas mayores e ingenuas, y la verdad es que no tienen dinero ni sus sentimientos son puros —contestó la misma, que no hacía ascos a un buen cotilleo.

—Pues la carta es del puño y letra de nuestra Abby, que al parecer tiene el beneplácito de *lord* Essex hijo, supongo, si el padre está muerto —continuó *lady* Susan encogiéndose de hombros y levantó la misiva como un objeto sagrado—. Pero no ha escrito solo para tranquilizarnos. Me hace una petición. Una misión, diría yo.

—¿Una misión? —repitió Kat, dejando a medias una de las pastas azucaradas y regadas con *brandy*—. ¿Quiere que investiguemos? ¿Aquí, en Woolriver?

—¿Investigar qué? ¿La conducta del reverendo en los almuerzos del domingo? —terció Herminia, siempre dispuesta a ridiculizar al clero.

—Los sirvientes de la casa Crown —anunció *lady* Susan—. Quiere que averigüemos si alguno de ellos compró arsénico por encargo.

El silencio fue tan abrupto como el estallido de una ventana en invierno.

—¿Arsénico? —La esposa del doctor Owen se llevó la mano al pecho—. ¿Está insinuando que alguien…?

—Sí —Susan bajó la voz—. Que el arsénico que mató a Walter Crown I no fue adquirido por la señora Crown, sino por otra persona. Quizá uno de los criados por órdenes de alguien más. Aunque esto ya lo sospechábamos.

—¡Dios mío! —exclamó Herminia—. ¿Y nosotras qué se supone que debemos hacer? ¿Presentarnos en la puerta como viejas cotillas?

—No, querida, con tacto. Algunas de vosotras conocéis a las cocineras, a los chóferes, a las lavanderas… Hay hilos de los que se puede tirar sin levantar sospechas.

—Me niego a ir —anunció la señora Owen—. Mi marido atiende a todos ellos. Si me ven husmeando pensarán que los investigo para

él.

Las demás mujeres del grupo también se negaron a participar en tan preocupante actividad.

—Lo haré yo —dijo Rose Mary levantándose para que todas la vieran.

Era la única que no había abierto la boca hasta ese momento. Sentada con la espalda recta y las manos entrelazadas parecía más una institutriz esperando su turno que la traviesa hija del capataz convertida en toda una señorita gracias a las lecciones de *lady* Susan.

—No se me da mal hacerme invisible cuando conviene —añadió —. Y conozco a muchas del servicio. Puedo preguntar sin que se note.

Lady Susan la miró con un orgullo difícil de disimular. No era solo su mano derecha. Era la mujer en la que más confiaba.

—¿Estás segura, Rose?

—Lo hago por Abby —dijo—. Pero también por la señora Crown. Nadie se merece estar encerrada por algo que no hizo.

—Si alguna vez escribo mis memorias, este momento llevará su propio capítulo —anunció Herminia—. «El día en que una doncella pasó a convertirse en investigadora clandestina».

—Si lo haces, deberías poner una nota al final: «Mi más sincero agradecimiento a *lady* Rose por dejarme utilizar una parte de su fascinante vida en mi insulsa biografía» —replicó Rose Mary, alzando una ceja.

Las carcajadas ayudaron a disipar el temblor que aún se aferraba a las damas por dentro.

—¿Cómo estás tan segura de que llegarás a ser parte de la aristocracia? —le respondió Herminia altanera.

—Tiempo al tiempo. Soy una buena alumna con una maestra excepcional, y pronto cazaré a un buen partido.

De nuevo las risas contribuyeron a deshacer el nudo en el estómago que atenazaba desde ese rincón oscuro que crea la incertidumbre.

—Entonces queda decidido —dijo *lady* Susan—. Rose Mary llevará a cabo la tarea. Con delicadeza, sin prisas y con un ojo bien

abierto.

—¿Y qué haremos las demás? —preguntó Kat.

—Lo de siempre —respondió la presidenta del club, recogiendo su famoso libro de tapas forradas de rojo—. Fingir que no sabemos nada mientras abordamos la próxima lección.

Y como si no acabara de encomendar un cometido que podría cambiarlo todo, abrió el compendio por una página con láminas de distintos colores y figuras humanas en posturas indecentes.

Capítulo 39

Abby sostenía las cartas como quien sostiene un alambre. No era su primera noche de juegos ni tampoco sería la última, pero algo, en algún rincón de su pecho, palpitaba distinto. La suerte parecía estar de su parte.

Las lámparas de gas lanzaban destellos dorados sobre copas a medio vaciar y el humo de los puros se colaba como un intruso por sus fosas nasales. Aunque eso tampoco le importaba; su mano era lo más parecido a un milagro.

La partida avanzaba. Ella jugaba con indiferencia, como le había mostrado Percival, y sin dejar de analizar a sus contrincantes, tal y como le enseñó Landon.

Ambos hombres la observaban desde un rincón, uno apoyado con languidez y el otro tenso, con rabia, como si ella misma fuese la partida que había que ganar.

Percival decidió adelantar los acontecimientos. Se acercó, pasó por detrás de su silla y le susurró al oído.

—Estás distinta esta noche. Más feroz. Más hermosa.

Ella no respondió. No tenía tiempo para galanterías. Ni para que su pulso se acelerara.

Miró hacia Landon y vio que entrecerraba los ojos, suspicaz.

Ganó esa mano. Percival tocó su hombro y la felicitó. Landon se sacudió de emoción sin aproximarse.

Al cabo de una hora perdió dos manos seguidas. No se movió. No vaciló. Esperó a que otros jugadores se reunieran en torno a la mesa, y la oportunidad se presentó en forma de chico confiado y rico. Apostó fuerte. Más de lo que podía permitirse. Percival rondaba a su alrededor, charlaba animadamente con sus compañeros. Tal vez pretendía tranquilizarla, o despistarlos a ellos. No la dejaba concentrarse y estuvo a punto de chillarle para que se fuera. En

cambio, Landon permaneció alejado, inmóvil en esa esquina, y su presencia se hacía más patente, incluso le parecía oír su respiración. Las cartas le fueron dadas como una premonición. Al arriesgar cuanto tenía, ganó.

El murmullo se extendió. Uno de los jugadores se levantó indignado, otro aplaudió con ironía. Ella recogió las libras con manos firmes. Por dentro, temblaba. Aquello bastaba. A la mañana siguiente iría de nuevo al despacho legal de J. H. Cartwright, quien le había acusado de estafadora, y le tiraría a la cara su comportamiento.

Percival de nuevo rozó su espalda, como si fueran viejos amigos.

—Hay que celebrarlo, Abby. Ven. Tengo la copa perfecta para tu victoria. Y un lugar más silencioso que este.

Abby puso los ojos en blanco. Parecía que Percival no se rendía con facilidad, aunque ella le hubiera confesado la debilidad que sentía por Landon.

—¿Qué pasa? ¿Solo se brindan los logros si los bendices tú? —intervino Landon, colocándose también a su lado—. Yo tengo un brindis preparado desde que cruzaste la puerta del salón. Sabía que sería tu noche.

Abby los miró a ambos. Landon, con su intensidad medida. Percival, con su fuego mal dirigido. Tanto el uno como el otro requerían su atención.

—Me apunto —intervino Adeline—. Has estado magnífica.

Su amiga la agarró del brazo y la condujo a los aposentos privados de Percival. Los dos hombres las siguieron divertidos.

El salón donde *lord* Essex conducía a sus invitados más selectos no era más grande que su ego, pero sí mucho más discreto.

Abby entró con paso lento, como si dudara de que ese espacio la estuviera esperando. Landon se fue directo al mueble bar. Adeline se sentó en el diván y Percival fue tras la ganadora de la noche. Jugueteó con un rizo de su recogido como si esperara la señal de un espectáculo que aún no sabía si protagonizar o mirar.

—No se brinda sola por una victoria como la tuya —dijo Percival dejando el rizo tal y como estaba—. Lo que has hecho hoy no es común. Ni prudente.

—Tampoco lo es beber con dos hombres en una habitación sin testigos, a excepción de Adeline, claro está, pero ella no cuenta —se burló Abby, aceptando la bebida.

Landon la observó con esa mezcla de admiración y peligro que a veces se confunde con deseo. Percival soltó una carcajada suave, como si acabara de descubrir una nueva jugada.

Abby no pudo evitar sonreír. La adrenalina aún le recorría la sangre, el triunfo le palpitaba en sus dedos.

—Ahora en serio, quiero agradeceros a los tres la paciencia que habéis tenido conmigo. A ti, Percival, por alojarme en esta casa; a ti, Adeline, por ser la mejor amiga que una chica puede tener, y a ti, Landon… —Abby se ruborizó—, por estar a mi lado y conseguir que por fin pudiera abrazar a mi madre.

Landon levantó su copa con discreción y los ojos fijos en Abby.

—A mí me gustaría brindar por tu temple, el que has demostrado esta noche y en las anteriores. —La inflexión de su voz la estremeció más que el alcohol.

—Confieso que nunca imaginé a Abby como una experta jugadora —dijo su amiga con una sonrisa pícara—. Aunque siempre tuvo buena mano.

—Y una mente peligrosa —añadió Percival con su acostumbrada postura de galanteo—. Lo cual me recuerda, querida Adeline, que tu mente y la mía nunca se han batido en el juego. ¿No te tentarían unas cuantas manos conmigo?

—Depende de qué manos hablemos —replicó Adeline, coqueta.

Abby se echó a reír, pero la risa se le apagó pronto. Landon estaba frente a ella, apoyado en el borde de la mesa, observándola en silencio. Su mirada no era la del médico ni la del amigo. Era la de un hombre que la había visto vulnerable y que deseaba algo que no se atrevía a tomar.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, intentando sonar ligera.

—Solo te observo. Estás distinta cuando ganas. Más viva. —Hizo una pausa—. Más tú.

El tono le rozó la piel. Abby bajó la vista a su copa, consciente del rubor que le subía al cuello.

—Quizá porque, por una vez, no siento que le deba nada a nadie.

Landon inclinó la cabeza, sin apartar los ojos de ella.

—Entonces recuerda esa sensación. Te sienta bien.

En la chimenea, una chispa saltó. Adeline reía con Percival, que le ofrecía uvas una por una, como si fuera un rito antiguo. La atmósfera se volvió espesa, íntima, cargada de deseo reprimido y palabras que no debían decirse.

Abby se acercó al fuego. Landon la siguió con la mirada. Ella lo sintió como si cada paso suyo tuviera eco en su pecho.

—¿Tienes frío? —preguntó él, acercándose.

—Un poco —mintió.

Landon se colocó a su lado. El silencio se llenó del crujido de la leña. Su brazo rozó el suyo, apenas un segundo, pero suficiente para que el corazón de Abby se desbocara.

—Deberías descansar —murmuró él, aunque su voz sonaba más temblorosa que firme.

—Y tú deberías dejar de preocuparte tanto por mí —replicó ella con una sonrisa que quiso ser desafiante, pero pareció más bien un suspiro.

Percival y Adeline seguían riendo en el diván. El ambiente olía a *brandy*, a fuego y algo más profundo: una promesa no dicha.

Landon dio un paso más.

—No puedo evitarlo.

Abby lo miró, y en sus ojos vio la lucha de un hombre decente al borde de una imprudencia. El tiempo pareció detenerse. Solo el sonido del fuego y las risas lejanas los envolvían.

Y entonces Adeline rompió la tensión con su voz cantarina:

—¡Abby, querida! Ven a salvarme. Percival pretende enseñarme a apostar con el corazón, y temo que el mío acabe hipotecado.

Abby se llevó las manos a las sienes.

—Me duele la cabeza. Supongo que es de la emoción. Será mejor que me retire.

Landon se hizo a un lado para dejarla marchar.

—¿Pero qué haces? —le recriminó su amigo—. ¿La dejarás ir sola hasta sus aposentos?

—¡Eso! —exclamó Adeline algo embriagada—. Sé un caballero y acompáñala.

Abby y Landon se miraron cohibidos. Abandonaron la estancia y subieron las escaleras hacia la planta superior, que estaba casi a oscuras, iluminada apenas por el resplandor de las lámparas de aceite.

—No era necesario que me escoltaras otra vez —dijo Abby, sujetando su chal con una mano.

—Tal vez no —respondió él—, pero tampoco era necesario que te lo jugaras toda esta noche. Y, sin embargo, lo hiciste.

Ella sonrió.

—Eres incorregible.

—Y tú, imprudente. —Su voz se suavizó—. Aunque debo admitir que no he visto a nadie manejar una baraja con tanta elegancia.

—Eso suena a cumplido.

—Lo es. Y a advertencia.

Abby se detuvo al llegar al umbral de su habitación.

—¿Advertencia de qué?

Landon la miró. Demasiado cerca.

—De que empiezo a olvidar que debo comportarme como un hombre razonable.

El aire pareció tensarse entre ambos. Abby quiso decir algo, cualquier cosa que rompiera el hechizo, pero sus palabras se evaporaron. La respiración de él, tan próxima, y su mente parecieron conspirar contra su sentido común.

—Landon… —susurró.

Él dio un paso más. Alzó su mano, rozando el borde de su chal, y lo ajustó con un gesto tan leve como íntimo.

—No deberías estar sola esta noche —murmuró.

—No lo estoy —dijo, con una sonrisa temblorosa—. Te tengo a ti.

Landon cerró los ojos un instante, como si esa confesión fuera demasiado.

—Eso es lo peligroso.

Sus miradas se encontraron. El deseo era palpable, casi doloroso. Abby sintió el impulso de inclinarse hacia él, de cruzar la

distancia que los separaba.

En ese instante les sorprendió el eco de pasos apresurados que los hizo apartarse. Un criado irrumpió en el pasillo.

—Perdone, señor Parry… —jadeó—. Traigo un mensaje urgente de Bedlam.

El nombre bastó para congelar el alma de Abby.

Landon fue el primero en reaccionar.

—¿Qué ha ocurrido?

El criado extendió un sobre sellado.

—Dicen que la señora Crown ha sufrido un colapso.

Abby se llevó una mano al pecho.

—¿Mi madre?

El criado asintió.

—El doctor Monro ha pedido su presencia inmediata, señor Parry. Y —miró a Abby, vacilante— también la de usted, señorita.

El mundo giró. Landon atrapó la carta antes de que cayera al suelo. Abby intentó hablar, pero el temblor de su voz la traicionó. Él la sujetó del brazo con delicadeza, mirándola con una promesa muda de que no la abandonaría. Abajo, en el salón, las risas de Percival y Adeline se apagaron por completo, sustituidas por el rumor lejano de una tormenta.

Capítulo 40

Por más que Abby suplicó, Landon no dejó que lo acompañara a Bedlam. Estaba convencido de que se trataba de una trampa. Él había jurado al doctor Monro que no tenía idea del paradero de la señorita Crown y, aun así, se atrevía a enviar una nota urgente utilizando el mal estado de la madre para nublar la mente y conseguir que cometieran un desliz.

Antes de entrar en el hospital se percató de dos sombras sospechosas que le seguían y las cuales se detuvieron cuando él accedió al interior. No se presentó de inmediato en el despacho del doctor Monro. Primero quiso asegurarse de que la paciente de la celda 36 estuviera en buen estado. Cabía la posibilidad de que le hubieran infligido algún castigo solo para justificar el llamarlo a esas horas de la noche. Preguntó al guardia si había visto algo inusual y este le confirmó lo que sospechaba. Clarissa estaba bien. Ya solo debía enfrentarse al doctor Monro. Hacerle confesar.

Se dirigió hacia la oficina de su superior y llamó con firmeza.

—Doctor Parry —dijo este, con tono medido—. ¡Gracias a Dios que ha venido! ¿Dónde está la señorita Crown? Debe de estar preocupada por su madre.

Landon cerró la puerta tras de sí, sin inclinar la cabeza.

—No me esperaba esto de usted, doctor. ¿Cómo ha sido capaz de tal vil manipulación?

Monro fingió sorpresa.

—¿Por qué dice eso?

—La señora Crown no ha sufrido ningún colapso. Lo he comprobado. Está tranquila, aunque medicada. —Su voz era contenida y firme—. ¿Puedo saber quién ordenó enviar ese mensaje a la residencia de *lord* Essex? ¿Cómo sabía que estaba allí? ¿Me espiaba?

El director ladeó la cabeza.

—Tal vez he sido mal informado por el médico de noche. Si hubo algún error, se corregirá en los registros.

—He hablado con el guardia —replicó Landon, avanzando hacia él—. Y lo curioso es que no hay constancia de que la señora Crown recibiera atención alguna en el día de hoy. ¿Por qué no quiere que Clarissa Crown sea evaluada? ¿Walter Crown II le está pagando para que siga medicada y en silencio?

Por primera vez, la máscara de Monro se resquebrajó.

—Insinúa usted algo muy grave.

—No lo insinúo. Lo acuso. —Landon se apoyó en el escritorio, mirándolo con la calma de quien ha cruzado un punto sin retorno—. Será muy fácil de demostrar. Solo hay que revisar los registros.

Monro se tensó.

—Está fuera de lugar, Parry.

—Estoy en mi sitio, señor. —Sus ojos se estrecharon—. ¿Cuánto le ha pagado Walter Crown?

Monro se irguió, rojo por la ira.

—¡Le ordeno que retire esa acusación inmediatamente!

—No lo haré. —Landon dio un paso más—. No cuando veo a los hombres de Crown apostados fuera del pabellón, esperando órdenes. Y no cuando una mujer inocente languidece aquí dentro para proteger los intereses de un heredero incompetente.

—¡Basta! —bramó Monro, golpeando el escritorio con el puño.

El sonido resonó por toda la estancia. Durante un instante solo se oyó el goteo de la lluvia contra los cristales Monro respiró hondo y, con una frialdad calculada, dijo:

—Doctor Parry, su conducta es inaceptable. Su obstinación lo ha vuelto imprudente. Lo relevo de sus funciones, con efecto inmediato.

Landon lo observó en silencio. No parecía sorprendido.

—Sabía que llegaría este día. —Se alisó la chaqueta, con dignidad—. Pero recuerde mis palabras, doctor: cuando esto se sepa, su nombre será recordado no por sus logros, sino por su cobardía.

Monro entrecerró los ojos, envenenado por la calma de su subordinado. Y salió de su despacho con paso decidido, llamando a

gritos a un guardia que hacía su ronda nocturna:

—Señor Smith, escolte al doctor Parry hasta la salida. Tiene diez minutos para abandonar el hospital. —Luego se dirigió a Landon—: Si vuelve a cruzar esta puerta, haré que lo detengan.

El guardia asintió y le cedió el paso para que Landon avanzara primero. Este salió sin mirar atrás. Cuando estuvieron a una distancia prudente para que Monro no los pudiera ver ni oír, giró hacia el ala este donde estaba la sala de registros.

—No me lo ponga difícil, doctor Parry. Debo llevarlo hasta la salida —habló Smith, cansado.

—Solo necesito recoger mis apuntes.

—No creo que sea prudente. —El hombre se rascó la barbilla.

—Ahí tengo algunas cartas de recomendación de mis superiores. Ahora que me han despedido las necesitaré para encontrar otro trabajo.

—Está bien, pero dese prisa.

Landon se encogió de hombros y siguió hasta la sala en cuestión. Monro le había relevado en un acto impulsivo que no tenía planeado y se había olvidado de las llaves maestras que aún tenía en su poder. Abrió con rapidez la puerta. Dentro, el olor a tinta y papel lo envolvió. Encendió una vela, cubriéndola con la mano. Los estantes estaban llenos de carpetas: nombres, diagnósticos, vidas resumidas. Buscó el número 36. No tardó en encontrar el expediente de Clarissa Crown. Abrió las hojas, con el corazón en un puño. Solo había tres páginas. Demasiado recientes. En el reverso de la tercera, una sombra de escritura anterior se intuía bajo el raspado. Landon la sostuvo a contraluz.

Las letras borradas se le revelaron como una confesión: «Orden de confinamiento permanente. Motivo real: testigo peligrosa. Por orden de W.C.».

—Walter Crown —susurró con el estómago encogido.

Pero había más. En un segundo legajo, encontró copias de transacciones: pagos firmados por Monro, dirigidos a un tal Isaac Henderson, apotecario del East End. En las notas, una lista de sustancias prohibidas: láudano concentrado, belladona, tártaro emético. Monro no solo había encubierto un ingreso ilegal. Tenía la

prueba de que estaba drogando pacientes para mantenerlos obedientes. Guardó las páginas en el forro interior de su abrigo.

El guardia Smith suspiró al verlo salir del cuarto. Landon simuló tropezar con él y deslizó en su bolsillo las llaves maestras. Fue escoltado sin otro contratiempo hasta la salida.

Capítulo 41

Rose Mary ajustó su capa oscura, metió la carta doblada de Abby en el bolsillo interior y cruzó la verja de hierro de la casa de los Crown sin vacilar. Caminar erguida, mirar al frente, no parecer ni demasiado curiosa ni demasiado segura: había aprendido ese equilibrio durante sus lecciones y la asistencia a las sesiones del club de damas.

La mansión seguía con las cortinas corridas y una quietud incómoda. No era la serenidad de una casa en duelo, sino el silencio tenso de quienes prefieren no saber.

Golpeó la puerta lateral de servicio. Nadie abrió. Al tercer intento, apareció el ama de llaves. Una mujer de rostro pétreo y moño tan apretado como sus labios.

—Rose Mary —dijo sin darle paso—, no esperaba verte por aquí.

—He venido en nombre de *lady* Susan. Para entregar algo a la cocinera —mintió con naturalidad, alzando una pequeña cesta que contenía una selección de pasteles y, por si acaso se atrevía alguien a indagar más, una receta de tartaletas de crema, su especialidad.

—No está. Salió al mercado.

—Entonces quizás pueda dejarle un recado o podría dárselo a la doncella nueva, Doris. A veces hace de pinche. Hay que batir bien los huevos, ese es el secreto…

La mirada del ama de llaves se endureció aún más.

—Están todas ocupadas y no necesitamos nada. Tampoco creo que sea buena idea quedarte. Esta casa no está para visitas después de lo ocurrido.

Rose Mary asintió, cortés. Pero cuando volvió hacia la verja, su instinto —ese que había perfeccionado tras años de investigar para su señora— le dijo que no se fuera todavía.

Se detuvo fingiendo ajustar su bota, esperando. Y ahí estaba. Una sombra menuda que asomó desde la puerta trasera, con la

rapidez nerviosa de un conejo de campo.

—Rose Mary —susurró una voz apenas audible—, por aquí.

La siguió entre dos setos pelados hasta un rincón escondido del jardín donde la ropa húmeda colgaba, goteando como testigos indiscretos.

—¿Doris?

La muchacha asintió. Tendría apenas quince años, ojos grandes y manos con sabañones.

—No puedo hablar mucho —murmuró—. Tengo entendido que es amiga de la señora y la señorita Crown.

—Así es —contestó Rose Mary con cautela.

—Ellas siempre se portaron muy bien conmigo. Desde que se fueron este sitio ha sido un infierno.

—¡Cuánto lo lamento! —Le agarró las manos para ofrecerle ánimos—. Me preguntaba si tú viste u oíste algo el día de…

Doris volvió a asentir, tímida. Preocupada. Tragó saliva y miró a ambos lados.

—El señor Crown hijo me dio unos peniques. Dijo que los usara para comprar polvos para ratas en la botica del centro. Me pareció raro porque la señora Crown desde que empezó a asistir a las reuniones clandestinas del club se volvió demasiado blanda. No quería dañar a ningún ser vivo, incluidos los ratones, y plantaba pepino amargo. Decía que era tan agrio que los ratones no se acercarían a la planta ni a las flores de alrededor.

—¿Y lo compraste? —la cortó nerviosa Rose Mary.

—¿El pepino? —respondió Doris abriendo los ojos y otorgándoles mayor profundidad.

—¡El arsénico!

—No. El boticario me preguntó quién lo necesitaba y, cuando respondí que era para el señor, se negó. Dijo que solo vendería veneno si la señora Crown se lo decía en persona. Sabía de sus excentricidades y no quería enemistarse con ella y perder una buena clienta. Me puse nerviosa porque volvía con las manos vacías. El señor Crown hijo se enfadó, me dio una bofetada y me amenazó para que no se lo mencionara a nadie. Después de lo ocurrido intento pasar desapercibida. No quiero problemas.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

—Solo a usted, señorita Miller. Y a Dios, cuando rezo. Aunque a veces no estoy segura de que escuche.

Rose Mary la abrazó.

—Has hecho lo correcto, Doris. Nadie sabrá que me lo contaste.

Los ojos de la chiquilla se llenaron de lágrimas, se giró y desapareció entre las sábanas.

Rose Mary volvió al camino principal con paso controlado. Ya había cumplido la misión y solo tenía que marcharse sin levantar sospechas. Al alcanzar la verja, dos figuras se deslizaron desde la sombra del cobertizo.

—¿Qué se le ha perdido aquí, señorita? —preguntó el más alto, con cicatrices profundas de viruela que le arrugaban el rostro como una fruta podrida. El otro era más bajo, de ojos hundidos y manos en los bolsillos.

—Quería entregar una cesta a la cocinera —respondió con voz pausada—. De parte de *lady* Susan.

—¿Y qué por qué no lo ha hecho? ¿Qué hay en esa cesta?

—Pasteles, y tartaletas de crema. Pero el ama de llaves me ha enviado de vuelta. Es bastante mandona —añadió, sonriendo. Nunca venía mal parecer un poco tonta.

El de las marcas de viruela se inclinó examinándola como quien decide si una silla soportará el peso.

—¿No ha visto a nadie más?

—No. La casa parece abandonada. ¿Todavía vive aquí el señor Crown con su hermana?

Los hombres se miraron. Algo en sus ojos no cuadraba. No eran simples sirvientes. Dedujo que eran los perros de caza de Walter Crown II.

—Bueno —dijo Rose Mary, con la dulzura de una institutriz—, si no quieren nada más, *lady* Susan me espera para tomar el té. Y detesta que llegue tarde.

Caminó. Lenta, elegante. Sin apresurarse.

Solo cuando estuvo a media milla de distancia y el portón quedó atrás, permitió que su respiración volviera a su ritmo natural.

—Lo tengo —anunció al llegar a la mansión de los Hall, y se dejó caer en la silla del vestíbulo.

—¿Estás bien? —preguntó *lady* Susan cruzando el pasillo con una taza en la mano.

Rose Mary asintió.

—Doris, la nueva doncella, confirmó que Walter Crown hijo le pidió comprar arsénico. Pero el boticario se negó.

La presidenta la contempló alarmada.

—Entonces, ¿cómo lo consiguió? Debemos hacer una visita al boticario para que nos aclare el asunto.

—No creo que sea conveniente que te vean entrar cuando la que me ocupo de la compra siempre he sido yo. Preguntaré con discreción y, en cuanto sepamos algo que pueda ayudar a Abby, le escribiremos para contárselo.

—No —dijo tajante Susan—. Iremos a Londres y nos reuniremos con ella. No son noticias que deban ser escritas por si las interceptan. Porque, querida Rose, lo que nos cuente el boticario podría cambiarlo todo.

Capítulo 42

Hacía ya tres horas que Landon había salido hacia Bedlam y a Abby le había sido imposible conciliar el sueño. Tenía la mente atrapada en la imagen de su madre descompuesta. ¿Qué le habría podido pasar? ¿Sería cierto que era una encerrona del doctor Monro para descubrir su paradero?

Un leve repiqueteo en la puerta la puso en alarma. Se acercó con sigilo y aproximó la oreja a la madera.

—¿Landon, eres tú? —Qué tonta arriesgarse de esa forma. Por si acaso, sujetó la manilla para que nadie forzara la entrada. Temía que tras ella se hallara la persona equivocada.

—Sí, no te inquietes, ya no hay peligro —susurró Landon.

Abrió de golpe y se encontró a Landon despeinado y con expresión grave.

—He conseguido despistar a los esbirros de Walter que me han estado persiguiendo. De todas formas, por mucho que sospechen que estás aquí, no se atreverán a entrar —se apresuró a explicar accediendo a la habitación y cerrando con cuidado.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Ha sido una encerrona?

Landon asintió.

—Pero no he ido en balde. He conseguido el informe de tu madre. —Le enseñó una carpeta gris, que ella enseguida agarró impresionada.

—¿Qué hiciste para conseguirla? —A Abby le preocupaba que Landon se hubiera puesto en peligro por ella.

—Lo que debía. Me enfrenté a Monro. Quería que confesara, pero él lo negó todo. Se enfureció, me despidió, y no me quedó más remedio que coger este informe prestado. Es el salvoconducto de tu madre. Debes presentarlo al abogado.

Landon hablaba con urgencia, casi le costaba respirar, y Abby se unió a él. El corazón le palpitaba veloz. Le contagió esa premura, la alegría de que pronto podría poner fin a esa desagradable adversidad. Él le agarró las manos en un momento de desesperación.

—No puedo volver a Bedlam. Pero tampoco pienso quedarme al margen.

¿Landon Parry le estaba suplicando que no lo abandonara ahora que le había conseguido lo que tanto ella anhelaba?

—Vamos a hacerlo juntos —respondió Abby, convencida de que tener a Landon en su vida sumaba en lugar de restar. Él se había convertido en su máximo apoyo y tampoco sería justo desecharlo como un criado que ha terminado su servicio—. Solo si quieres, aunque es una locura y me disgustaría arrastrarte si no estás convencido —apostilló con la esperanza de que él sintiera la mitad que ella, que se derretía con tan solo contemplar la oscuridad de sus ojos y esa forma de mirarla, como si fuera el centro de su mundo.

—Es una locura —respondió, sonriendo con una sombra de vergüenza—. Estoy perdiendo el juicio, lo sé, y es por ti.

Su mirada se volvió mucho más profunda, mucho más oscura, mucho más diabólica, y eso a Abby le gustó. Sin darse cuenta, sus frentes casi se rozaban y pasar de eso a sellar su unión con un beso fue sencillo. El ambiente en la habitación se tornó más denso, desgarrador y, al mismo tiempo, libre de toda culpa. Abby se permitió sentir sin corsés autoimpuestos y sus manos se amoldaron al cuerpo de él como si lo hubieran hecho desde tiempos inmemoriales, cuando sus almas erraban en el limbo. Le quitó la camisa con lentitud. Deseaba contemplarlo en silencio. Hacerse a la idea de que ese torso musculoso era solo para ella. Y, cuando alzó la mano para acariciar sus abdominales, se dio cuenta de que no llevaba guantes. Él había aparecido de repente, pese a esperarlo, y la encontró en camisón y con el pelo desenredado. Escondió las manos, avergonzada por las rojeces y las grietas. Landon la detuvo. Se las llevó a la boca y besó cada una de sus imperfecciones. A Abby le temblaron las piernas.

—Ahora estas manos son mías —dijo Landon lamiéndole el pulgar—, y esta lengua está a tu servicio.

Le levantó el camisón con suavidad y sus pechos se mostraron danzantes ante él. Landon recorrió sus costillas, llegó hasta su ombligo y, para su sorpresa, siguió hasta abajo. Averiguó enseguida cuál era el servicio que él estaba dispuesto a ofrecer. Se estremeció al notar como arrullaba con el aliento el pequeño botón que tenía en la vulva y que a veces se acariciaba por las noches.

—¡No me esperaba esto! —exclamó Abby al notar una fuerte corriente, como si se hubiera abierto un canal y el agua del río fluyera con fuerza empujándola.

Agarró la cabeza de Landon, que permanecía sumergida entre sus piernas y lo arrimó más a ella.

—¡No pares!

—Ni hablar, quiero que llegues a tocar el cielo, mi vida —habló él en un momento de respiro.

Y claro que Abby tocó mucho más que el cielo. Notó como sus pezones se ponían erectos, como su piel se erizaba, como su espalda se arqueaba para llegar a ese punto álgido en el que las estrellas la rozaron. Acabó extenuada, sonriente, con la mano todavía agarrada al pelo de su amante.

Landon subió de nuevo lamiendo los recovecos de su piel, hasta encontrarse enfrente de ella. Y esos dos besos que ella recordaba, uno dado en la oscuridad de un despacho de Bedlam y otro en el carruaje de vuelta, se convirtieron en hazañas del pasado.

La lengua ávida de Landon se introdujo en su boca y se enroscó con la suya. Sus labios sedosos le recordaban a una manzana caramelizada. Landon terminó de desvestirse y ambos, desnudos, se miraron sin vergüenza con el deseo en la punta de los dedos.

Se tumbaron en la cama y, con la urgencia que otorga la primera vez, se acariciaron, grabándose en la memoria cada una de las pecas, los pliegues y la textura de unos cuerpos que no sabían si volverían a ser saboreados.

Abby aproximó su mano hacia la parte íntima de Landon, lo acarició de arriba a abajo mientras este gemía de dicha y sorpresa. Se introdujo en ella jadeante, extasiado.

—¿De verdad es lo que quieres? —le preguntó ronco por el deseo.

—No temas, no soy virgen, aunque después de lo que me has hecho, creo que tal vez lo siga siendo, al menos una mitad.

Landon sonrió como si Lucifer acabara de desprenderse de su máscara. Abby abrió las piernas para que encajara mejor en ella. El deseo, el hambre estaban ahí, pero lo que hizo que se le erizara el vello fue el sentimiento de abandono. Ya nada le importaba, solo el ritmo candente que la arrastraba a un placer desconocido.

No hizo falta reproducir ninguna de las posturas innombrables que había visto en el libro de *lady* Susan. En el *Kamasutra* se hablaba de gozo y dicha, pero no de esa ola gigante que parecía engullirla a través de esos largos besos y esa fuerza que la embestía. Primero fue un murmullo, lleno de espuma de mar, y luego el mar entero se la tragó. Sintió la potencia de Landon, su dulzura, su ardor, sus caricias, sus latidos. Y los problemas desaparecieron por un instante. Ella misma se desdibujó de esa habitación, para luego volver con lágrimas en los ojos y el alma hinchada.

—Estoy enamorado de ti, señorita Abigail Marianne Crown —susurró Landon a su oído.

Abby sonrió.

—¿Cómo sabes mi nombre completo?

—Lo he visto en el informe de tu madre.

Abby asintió.

—Yo también me he enamorado de usted, doctor Landon Parry.

Ambos cerraron los ojos, abrazados y cansados por una noche llena de emociones extenuantes. Abby fue la última en dormirse, acompañada por la respiración de Landon, y supo que él era el indicado. De pronto, recordó el nombre de Cassandra, y cómo Adeline y Percival la habían mencionado, haciendo referencia a ella como una debilidad de Landon. ¿Debería preocuparse? Pero antes de que el desasosiego la alcanzara, la fatiga hizo mella en ella y se dejó llevar por el sueño.

Capítulo 43

El sol de la tarde se colaba entre las cortinas y pintaba la habitación con un resplandor dorado.

Durante unos segundos, Abby no recordó dónde estaba, hasta que sintió el calor de una respiración sobre su hombro y el roce de un brazo alrededor de su cintura. Landon.

El recuerdo de lo que habían hecho la atravesó en una oleada tibia y deliciosa: susurros a media voz, dedos temblorosos sobre su piel, el sabor del deseo mezclado con la ternura.

—Buenas tardes, señorita Crown —murmuró él, aún con la voz grave por el sueño.

Abby giró la cabeza.

—¿Tardes?

—Temo que sí —replicó Landon, incorporándose—. Si queremos llegar a tiempo para ver al abogado, tendremos que vestirnos con la rapidez de los culpables.

Abby se rio, abrazando la sábana contra el pecho.

—No hay culpa ni resentimiento en lo que hemos hecho. Al menos para mí —contestó mirándolo de reojo.

—Yo tampoco lo creo. Fue tan natural que casi olvido que no estamos casados —dijo él, inclinándose para besarla antes de levantarse.

Abby se ruborizó al oír aquellas palabras. Para ella también había sido como si lo echara de menos y no un primer encuentro cargado de inseguridades. Lo que siguió fue un caos doméstico: ropa esparcida, botones rebeldes. Abby intentando recoger su cabello mientras Landon buscaba sus botas bajo la cama. Cuando por fin salieron de la habitación, la sensación era la de haber cruzado una frontera invisible: la de los amantes que ya no pueden fingir ser solo aliados.

Descendían la escalera de la casa cuando la voz de Percival los alcanzó desde el vestíbulo.

—Ah, por fin despiertan los héroes del día —anunció con su habitual ironía—. Llegáis justo a tiempo para saludar a una visita muy especial.

Abby intercambió una mirada fugaz con Landon. En el vestíbulo, una mujer los esperaba.

De pie junto a Percival, vestida con un traje de viaje color turquesa y un sombrero con velo de tul.

Alta, esbelta, con una elegancia natural que no necesitaba adornos. Su piel era aterciopelada, sus ojos de un verde profundo e inquietante y una sonrisa de alguien acostumbrada a ser recordada.

—Permíteme, querida Abby, que te presente a la vizcondesa viuda de Essex. Mi madre —dijo Percival, divertido.

Abby se adelantó por pura cortesía, inclinando la cabeza.

—Un honor conocerla, *milady.*

—El honor es mío, querida —respondió la mujer, y su voz era suave, musical, con esa cadencia que podía tanto consolar como desarmar—. Percival me ha hablado mucho de usted.

—Teniendo en cuenta que hacía un año que no nos veíamos, sí, en la media hora que ha pisado esta casa he podido nombrar una vez a la señorita Crown —añadió Lovelace con ironía.

Abby esbozó una sonrisa cortés, aunque le sobrevino una sensación de alarma. Había algo en aquella mirada verde que examinaba con demasiado interés a Landon.

—*Lady* Essex —respondió él, haciendo una leve reverencia.

La sonrisa de la mujer se ensanchó.

—No esperaba que me llamaras así. Pensé que, después de tantos años, seguirías diciéndome Cassandra.

El nombre cayó en el aire como una piedra en el agua. Abby sintió un vuelco en el pecho.

¿La dama que decían que había robado el corazón de Landon era la madre de Percival?

—Me he vuelto más tradicional. Prefiero seguir llamándola conforme a su título por respeto a…

—¿No será por la señorita Crown? He leído sobre el escándalo de Woolriver. Siempre tan caballeroso, Landon. Salvando a las damas en apuros —continuó Cassandra, volviéndose hacia Abby.

—El doctor Parry no me ha salvado —respondió ella, antes de pensarlo siquiera—. Estamos luchando juntos por una causa justa.

Cassandra arqueó una ceja, divertida.

—Ya veo. Una alianza intelectual. Qué moderno.

—Madre, por favor, no asustes a mis invitados —dijo Percival besándole la mano con un gesto de cariño y resignación—. Landon, Abby, lamento no haberos advertido antes de su visita. Ha llegado esta mañana de Bath, más radiante y peligrosa que nunca.

—No exageres, hijo —respondió Cassandra, aunque su expresión decía lo contrario.

Landon se apartó sutilmente, como si el aire se hubiera vuelto demasiado espeso. Abby lo observó de reojo: su mandíbula estaba tensa y sus manos, cruzadas a la espalda, en un gesto de defensa.

Cassandra dio un paso hacia él.

—No sabes cuánto me alegra verle. Lamento haberme ido sin avisar la última vez. Al menos he tenido el valor de volver.

Abby abrió la boca. ¿Fue ella quién lo abandonó? ¿Estaba Landon esperándola y su noche de pasión había sido solo un entretenimiento?

Landon inclinó la cabeza, sin perder la compostura.

—El valor va y viene, y el tiempo nos cambia a todos.

—A algunos más que a otros —replicó ella, sin apartar los ojos de él.

Percival carraspeó, tensando el ambiente.

—Madre, si vas a jugar, que sea con las cartas sobre la mesa. Tenemos asuntos serios que tratar. Porque supongo que habrás venido a buscar más libras con las que sufragar tus viajes.

Cassandra se giró hacia su hijo con la risa congelada.

—No seas vulgar. ¿Qué pensará de nosotros la señorita Crown?

Abby cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—No tengo por costumbre prejuzgar a las personas. —«Mentirá», se dijo—. Si me disculpan, tengo gestiones que atender.

Salió lo más deprisa que sus piernas le correspondieron.

—Yo también debo irme, Percival, *lady* Essex. —Landon hizo una inclinación de cabeza y la siguió.

—¡No me dejéis solo con ella! —gritó Percival en tono de comedia—. Al menos acompañadme durante la cena.

Abby y Landon se giraron para asentir, todavía conmocionados por lo sucedido. Ella sabía por qué había estado a punto del colapso, pero ¿él? ¿A qué se debía esa expresión tan grave? ¿Qué le empujaba a perseguirla con tanta premura si su amante permanecía dentro de la casa?

—¿Pretendes ir andando hasta Bloomsbury? Mejor vayamos en el coche de caballos. —Landon le cortó el paso.

Abby volteó el rostro, malhumorada.

—No es ni tuyo ni mío, así que lo que toca es ir a pie. —Apresuró la marcha con la intención de perderlo de vista. Estaba muy enfadada con él.

—¡Vale, pero espera, no corras! —exclamó alcanzándola en dos zancadas.

—¡No te has dado cuenta de que no quiero que me acompañes! ¡Puedo ir a ver al abogado yo sola! ¡Es mi dinero y mi causa, no la tuya!

—¡Quedamos en que éramos un equipo! ¡Que juntos derrotaríamos a Walter y a Monro!

Abby torció por una esquina con la intención de ir por un atajo y perder de vista a su acompañante.

—¡No somos nada, doctor Parry! Ha quedado muy claro después de ver como Cassandra… — pronunció el nombre con una dicción excelente, amasando cada una de las letras— ha vuelto para postrarse ante usted.

—¿Es por ella que estás tan rara? —Landon se aproximó de nuevo a ella con la impaciencia en el rostro.

—¡Es la madre de tu mejor amigo! ¿Cómo pudiste?

—¿Lo sabes? —Landon redujo el paso. Parecía arrepentido—. Fue hace mucho. Yo era un adolescente y ella, bueno, una mujer muy hermosa que me prestaba la atención que otros me habían negado.

Abby se detuvo malhumorada.

—¿Esa es tu excusa? Buf. —Volvió a andar, pero esta vez con mayor premura.

—¿Qué significa ese buf? —Landon no dejaba de seguirla.

—¡Eres un cobarde! ¡Ni tan siquiera tienes la decencia de pedirme perdón! —siguió adelante, sin mirarlo.

—¿Perdón por qué? —Landon parecía de verdad despistado.

—¡Mentiste! —estalló Abby—. ¡No me quieres! La quieres a ella, y ahora que ha vuelto por ti…

—Ni se te ocurra decirlo. —Landon la agarró del brazo y le obligó a clavar sus ojos en los suyos— . Nunca imaginé conocer a una mujer como tú, y no creo que pueda seguir con mi vida sin que formes parte de ella.

—Eso es falso. —Se deshizo de su brazo y siguió su camino.

—¡Te amo, Abby! Después de esta confesión todo lo demás que pueda decir no tiene sentido.

Llegaron a Bloomsbury. Abby se apeó ante la puerta del letrado J. H. Cartwright, se alisó la falda, se ajustó los guantes y comprobó que su recogido estaba en buen estado. Suspiró y contempló a Landon, que se había obstinado en acompañarla.

—Espero que hayas traído el informe de Bedlam de mi madre.

Landon se palpó la chaqueta.

—Está a buen recaudo.

—Está bien, puedes entrar conmigo, pero solo como asesor y compañero en esta coyuntura. No pienses que después de lo que he descubierto volverás a mi cama.

Landon no tuvo posibilidad de contestar. Abby ya había golpeado el picaporte y una sirvienta les abrió al momento. Los guio hasta el mismo despacho de la última vez. Cuando fue presentada al joven abogado, este la recibió con una falsa amabilidad.

—Le pido disculpas, señorita Crown, por mi comportamiento cuando vino hace unas semanas. Ahora entiendo que su situación es peculiar. He recibido varias cartas de personas influyentes que le tienen aprecio y me han puesto en antecedentes.

—¿*Lady* Susan le ha escrito? —se sorprendió Abby.

—Más bien su marido, Henry Hall, y el marqués de Pembroke han contestado a mis misivas. Visité al albacea del testamento del difunto abogado Arnold Roy, solicitando los contactos de los clientes del fallecido. Me los otorgó por una considerable suma de dinero. Ambos preguntaron por usted. Me dijeron que había desaparecido de forma inquietante a su llegada a Londres y que tanto ellos como sus esposas estaban alarmados. Me hallaba en plena labor de indagación, recopilando indicios para dar con su paradero, cuando el destino ha querido que fuese usted quien cruzara mi umbral antes de que pudiera siquiera dar con su rastro.

Abby se irguió con las manos entrelazadas sobre su falda y lo miró con suspicacia. El abogado tenía apenas una barba incipiente y, aun así, poseía el aire de los hombres poderosos que se saben invencibles.

—Señorita Crown —continuó el letrado—, no soy un necio. Sé que no confía en mí después de nuestro desafortunado incidente. Pero, si me da un voto de confianza, le puedo demostrar mi valía. Sé que quiere liberar a su madre y que cree en su inocencia.

—No es que lo crea —se molestó Abby—. Lo es.

—Mi trabajo no es saber si la señora Crown mató o no a su marido, sino crear dudas en el juez. Me he tomado la molestia de contactar con el hospital psiquiátrico de Bedlam y he solicitado el informe de evaluación de la paciente. Me ha sorprendido saber que todavía no se ha realizado.

—No se moleste, no se lo darán —habló Landon, contundente.

—¿Y usted, caballero, es…?

—Doctor Parry, a su servicio. Hasta hace muy poco he estado al cuidado de la señora Crown en Bedlam, o al menos lo he intentado, pero desafortunadamente he sido relevado de mis funciones

—Interesante —masculló el señor Cartwright.

—¡Seguro que puede ser un testigo decisivo en el tribunal! —dijo Abby exaltada—. Ha conseguido un informe donde se certifica que mi hermano Walter ha pagado una gran suma de dinero al doctor Thomas Monro para tener encerrada a mi madre.

—Además de comprar sustancias ilegales. Tenemos hasta el nombre del hipotecario —continuó Landon—. Y estoy dispuesto a

hablar ante quien sea para ratificarlo.

El abogado carraspeó. No se le veía muy convencido.

—Si lo hiciera, podrían alegar que actúa como venganza a su despido. Necesitamos más testimonios en contra de su hermano, señorita Crown. ¿Por qué querría él tener encerrada a su madre?

—Mi padre le notificó que había redactado dos testamentos: uno en el que él era el beneficiario y otro en el que lo desheredaba, y la fortuna y las tierras irían a manos de mi madre. ¿No le han entregado la documentación del anterior abogado?

—Lamento informarle que los manuscritos de la familia Crown fueron robados —contestó el señor Cartwright.

Abby comprendió que habían sido los secuaces de su hermano y dudó que Arnold Roy muriera de un infarto.

—¿Hay algo más que crea que nos pueda servir para probar la inocencia de la señora Crown? — continuó el letrado.

—Mi hermano fue quien asesinó a mi padre y quien compró el arsénico. —Abby se emocionó al recordar a su difunto padre y la forma cruel en la que murió.

—Si eso es cierto —Cartwright hizo una pausa y se rascó la barbilla—, necesitamos información útil. Concreta. Testigos de la buena relación del matrimonio y del carácter de la señora Crown. Y, sobre todo, algo que sugiera que no fue ella quien compró el veneno.

—He pedido ayuda a unas personas de confianza en Woolriver.

—Perfecto —asintió el abogado—. Es imprescindible conseguir el nombre del boticario a quien se le hizo el encargo, si guarda registros, si hubo intentos de compra por parte de otros miembros de la casa… Si hay sirvientes que puedan declarar… Cualquier hilo, por fino que sea, puede tejer una defensa sólida.

—¿Y si están muertos de miedo? —preguntó Abby al pensar en el carácter iracundo de su hermano—. ¿Si temen lo que puedan perder?

—Entonces buscaremos una manera de hacerles ver lo que ganan al hablar —sentenció Landon mientras la contemplaba con esa franqueza y esa profundidad de la que le era imposible escapar.

El señor Cartwright se puso de pie y se inclinó brevemente con la clara intención de dar por terminada la visita.

—Estupendo, mañana continuaré con mis diligencias e intentaré contactar con el juez de paz y ponerlo de nuestra parte. Tiene amigos influyentes, señorita Crown, y eso es una ventaja, pero no lo que salvará a su madre. Si consigue esa información sobre el arsénico y alguien dispuesto a testificar, el caso podría tomar otro rumbo.

Al salir del despacho, el aire de Londres le pareció un poco menos sucio. No más limpio. Solo menos asfixiante.

—Ha ido bien, ¿no crees? —Landon le rozó la cintura.

Ella se apartó con seguridad.

—Depende de si las investigaciones de las damas del club de Woolriver han dado sus frutos o no.

Landon intentó de nuevo acercarse, pero Abby se lo impidió.

—Mantenga las distancias, doctor Parry. Si me disculpa, debo volver a casa de *lord* Essex, donde resido actualmente. Usted puede regresar a la suya.

—Si soy sincero no quiero estar solo en mi estudio del West End.

—¿No tienes a padres, hermanos o hermanas a los que atender? —Abby quiso ser irónica, pero se percató de que en realidad no sabía nada acerca de la vida de Landon Parry.

—Mis dos hermanos eran militares y fueron abatidos en batalla. Mi hermana, mucho mayor que yo, se casó con un párroco de Surrey y se trasladó allí. La última vez que la vi fue en el funeral de mis padres. Ambos murieron con meses de diferencia. La única familia que me queda es Percival.

Abby se enterneció ante tanta desventura hasta que recordó su enfado.

—Y también su madre. —Dio media vuelta y empezó a andar en dirección a Russell Square.

Landon no se desalentó y la siguió.

—¡No te desharás tan fácilmente de mí, Abigail Marianne Crown! —chilló a sus espaldas.

Capítulo 44

Rose Mary sabía que el boticario no se fiaba de nadie que no oliera a alcanfor o a parroquia. Por eso se aseguró de vestir sobria pero impecable, con la capa buena, un sombrero sencillo y su gesto más apacible. Esa expresión de doncella fiel, leal a su señora, que había perfeccionado durante años. Empujó la puerta y se hizo anunciar con el campanilleo metálico que colgaba sobre la entrada.

—Buenos días, señor Berwick —dijo al ver al boticario tras el mostrador, ordenando botes etiquetados con letra diminuta.

—¡Rose Mary Miller! Hacía tiempo que no la veía por aquí —respondió sonriente—. ¿Viene a por elixir de lavanda? *Lady* Susan lo encarga cada semana.

—No esta vez —dijo paseando con lentitud entre los estantes como quien busca algo muy concreto—. Estoy aquí por veneno.

Eso bastó para que el boticario dejara de ordenar sus frascos.

—¿Disculpe?

—Arsénico para ratas. Hemos visto una en la despensa. Gorda como un gato. Y la señora no soporta los bichos.

Berwick la observó unos segundos con sus ojos pálidos. No era tonto. Pero tampoco le convenía enemistarse con la dama más influyente del pueblo ni con su criada de confianza.

—Ya le vendí una caja el mes pasado. Con eso puede matar a cuatro madrigueras —murmuró—. Y por principios no puedo venderle ni una más. Me siento culpable por la locura acaecida de la señora Crown.

—Quién lo hubiera dicho, ¿verdad? Si la señora Crown se negaba a comprar nada que pudiera dañar a sus plantas… —Rose Mary agarró un tarro gigante de cara miel y el señor Berwick corrió alarmado a su lado para que no se le resbalara.

—Si le soy sincero, nunca creí que lo utilizaría para eso —le susurró, aunque en la tienda estaban solos.

—¿Entonces ella misma se lo compró? —preguntó Rose Mary con inocente tono.

—Fue su hijo. Me dijo que la señora Crown se quejaba de la cantidad de ratas que habían proliferado en la mansión. ¡Tenían una colonia entera!

—¿Y usted se lo creyó?

—Claro, normal. En el campo, si no pones alguna trampa, los ratones acaban dominando.

—¿Así que fue Walter Crown II fue quien le compró el arsénico?

—A veces me pregunto si debería haber hablado con la señora Crown. No entendí para qué quería el arsénico en frascos pequeños en lugar de una caja, como se suelen llevar. Ahora ya lo entiendo.

—¿Y todas esas veces fue Walter Crown hijo quién le compró el arsénico? —La voz de Rose Mary se tornó más seca.

—Sí. ¿Qué insinúa? —El boticario se cubrió el rostro al entender que tal vez existía otra versión de los hechos—. Nunca he puesto en duda lo que han contado los periódicos de la señora Crown, pero mi mujer siempre dice que ese matrimonio era ejemplar.

—Mire, señor Berwick, en confianza le diré que solo necesito saber si tiene registros de esas compras y si estaría dispuesto a testificar ante un juez.

El sexto sentido de Rose Mary le falló en aquella ocasión. El boticario guardó el bote gigante de miel. Se dirigió al mostrador, abrió el libro de cuentas y lo dejó a la vista mientras él se adentraba en la despensa.

—Es lo único que puedo hacer. Usted misma podrá ser testigo de lo que vio.

Efectivamente, allí estaba anotado el día, la hora y la firma de Walter Crown junto a la palabra «arsénico». ¿Sería suficiente su testimonio sin esos papeles?

—Entiendo que no quiera problemas, pero la vida de una mujer inocente está en juego. —Alzó la voz, a pesar de que su intención era pasar desapercibida.

De la despensa salió una mujer de mediana edad.

—No se preocupe, señorita Miller. Dígale a *lady* Susan que, si mi marido no testifica, lo haré yo. Gracias a las actividades del Club de Damas de Woolriver he podido mantener la tienda abierta. Todas ellas nos ayudaron cuando vinieron malos tiempos y estuvimos a punto de perder la mercancía por una tontería de apuesta de mi marido. Solo le pido que sea discreta. No me gustaría enemistarme con Walter Crown II antes de tiempo.

Rose Mary abrió el pequeño monedero que llevaba oculto en la manga. Dentro había una suma que bastaba para pagar la renta de dos meses de aquella tienda. La puso sobre el mostrador. La señora Berwick lo apartó de inmediato, pero su esposo fue rápido y lo agarró antes de que pudiera devolverlo.

—De acuerdo, testificaré. Viniendo de un hombre tendrá más credibilidad. Diré que primero vino una criada joven y que la eché, y luego… Tal vez por otra suma igual de honesta que esta, podría recordar todo con más claridad de la habitual.

—¡Con esta basta! —respondió su mujer escandalizada.

—Lo hablaré con *lady* Susan. No me gustaría que se arrepintiera, señor Berwick —dijo Rose Mary.

Salió de la botica sin mirar atrás. Pero el corazón le martilleaba bajo la capa. No por miedo, sino por algo mucho más peligroso: la certeza de que el club debía de viajar a Londres para informar de todo ello a Abby, o al menos una parte representativa. Tenían que estar cerca de su amiga y evitar que Walter Crown II se enterara de los progresos que habían realizado.

Capítulo 45

Abby lamentó no haber aceptado el coche de caballos cuando Landon se lo ofreció. La vuelta andando desde el despacho del abogado fue demasiado para ella. Llegó resollando. Landon, por supuesto, seguía con su cabezonería de no dejarla a solas, y menos en las peligrosas calles de Londres. ¿Cómo creía que había sobrevivido a su infancia? Seguro que era más capaz que él de resistir en esa ciudad plagada de hollín y estafadores.

El mayordomo los recibió en el vestíbulo con una reverencia grandilocuente.

—Señor Parry, señorita Crown, *lord* Essex los espera en el comedor. La cena se sirve en este instante.

—Gracias —respondió Landon.

Abby apenas asintió. El mayordomo los condujo por el pasillo alfombrado hasta el comedor principal, cuyas puertas altas se abrieron con solemnidad. La escena la golpeó de inmediato. La mesa, vestida de lino blanco y cubiertos de plata. Las copas que brillaban bajo la luz de los candelabros. Y, al fondo, Cassandra, erguida como una diosa romana, con un vestido de color marfil que realzaba la perfección de su piel. A su lado, Percival, distendido como si aquel fuera su mundo natural. Y, junto a él, Adeline, que sonrió en cuanto la vio entrar.

Abby tragó saliva. La noche prometía ser larga.

—Queridos —dijo Cassandra, con esa voz suave que parecía envolver las cosas antes de quebrarlas—, llegan justo a tiempo.

Percival se levantó para recibirlos.

—Por fin. Empezaba a creer que os habían secuestrado a ambos.

Landon respondió con una inclinación educada. Abby, sin mirarlo, se dirigió a su asiento, al otro extremo de la mesa, justo al

lado de Adeline. Un lacayo les llenó las copas y el silencio inicial se rompió solo por el tintinear del cristal.

Cassandra los observaba a todos con ese interés distante que las mujeres seguras de su belleza pueden permitirse.

—Espero no pecar de indiscreta, señorita Crown, pero Percival me ha comentado lo de su visita al abogado. ¿Qué tal le ha ido? —dijo con aquella confianza que la caracterizaba.

—Productiva —respondió Landon por ella, con calma—. Aunque no tanto como imaginábamos.

—Ah —dijo la vizcondesa viuda, con un gesto lleno de coquetería—, los abogados rara vez dan buenas noticias. En eso se parecen a los médicos.

Abby bajó la vista a su copa, mordiéndose el interior de la mejilla para no replicar. Adeline, siempre alerta, le tocó el brazo bajo la mesa.

—No te pongas tensa —susurró con una sonrisa ladeada—. En esta casa, Cassandra huele el miedo como los perros de caza.

Abby contuvo una carcajada.

—¿Y también la insolencia? —murmuró en respuesta.

—Le encanta. La alimenta.

—Perfecto. Entonces tendrá un banquete.

Adeline disimuló la risa tras su copa y Percival las observó con curiosidad desde el otro extremo.

—¿Qué confabuláis vosotras dos?

—Nada que te preocupe —replicó Adeline con su tono más encantador—. Solo intercambiamos opiniones culinarias.

—Hijo, no dejes que te tutee con tanta familiaridad —intervino Cassandra con el ceño fruncido.

—Estamos en familia, madre. Podrías hacer lo mismo y dejarte de tantas formalidades.

—Eso nunca, querido. La educación no está reñida con el placer. En el dormitorio que te llame como quiera, pero en la mesa es imprescindible contener las formas.

—No hables así de ella. Compartimos nuestra afición por los números, y eso me estimula más que cualquier otra cosa. — Percival sonrió ladino.

—Y se ve que también tiene un talento especial para condimentar cualquier conversación —continuó Cassandra, empeñada en desestabilizar el temple de Adeline.

—Y, usted, para sazonar la incomodidad —murmuró Abby sin pensar.

Su amiga tosió para cubrir la exclamación ahogada de Percival. Cassandra arqueó una ceja, sin perder la compostura.

—Veo que en Woolriver enseñan a hablar con franqueza.

Abby sostuvo la mirada.

—Y a no temer a las mujeres que lo hacen.

Landon intervino entonces, con esa voz grave que siempre lograba restablecer el orden.

—Mejor hablemos de algo menos controvertido. El abogado cree que podríamos reunir más pruebas en cuestión de días.

Cassandra sonrió, dirigiéndose a él como si los demás hubiesen desaparecido.

—Siempre tan sensato, doctor Parry. Aunque confieso que a veces echo de menos su pasión de antaño.

Eliza, de haber estado presente, se habría llevado las manos a la cabeza. Adeline, sin embargo, solo murmuró para Abby:

—Tranquila, solo se siente amenazada por ti y saca a relucir la artillería.

Abby no respondió. Miró a Landon, que mantenía la compostura, pero su gesto era el de un hombre que desearía estar en cualquier otro lugar del mundo.

Cassandra bebió un sorbo, miró a cada uno de los presentes y se detuvo en Abby.

—¡Vamos! Solo era una broma. Sé cuando debo retirar mis tropas y aliarme con el lado vencedor.

Abby estrujó la servilleta.

—Sonríe, te ofrece una tregua —susurró Adeline.

Landon y Percival se miraron de soslayo y arrancaron una carcajada al unísono.

—Madre, aquí no hay ninguna guerra por la que luchar. Me parece que Bath no te ha sentado bien.

—Vale, entonces no le diré a mi querido amigo Lonegan nada sobre la señorita Crown.

—¿A qué viene esto? —habló entre dientes Abby a su amiga, que intentó de nuevo apaciguarla.

—¿El juez de paz Arthur Lonegan? —Landon parecía perplejo—. Si pudiera interceder por ella eso sería…

—Inadecuado —contestó Abby contundente.

—¡Claro! —Landon bajó la cabeza.

—¿Qué hay de malo en darle un empujoncito al caso de tu madre, Abby? —preguntó Percival con ese gesto suyo de estar a punto de cometer una travesura.

—Porque si solicitamos un favor de este calibre significaría que mi madre es culpable. Y lo que quiero es hacer justicia. —Le salió la furia de dentro.

Los demás comensales callaron ante tal justificación y la velada siguió por otros derroteros. Cuando el convite hubo terminado, Percival requirió la presencia de Landon en su despacho con el pretexto de revisar ciertos papeles, y Adeline, fiel a su instinto de supervivencia, desapareció con una excusa tan convincente como improvisada. Abby, sin proponérselo, se quedó a solas con la vizcondesa viuda. Era demasiado tarde para intentar escapar de su compañía. No supo dónde poner las manos y se sirvió un poco de tisana que el lacayo les había dejado para bajar la cena. Cassandra, en cambio, parecía la mar de cómoda, recostada en el diván con un libro abierto que no leía, jugando con el abanico como si marcara el compás de una melodía invisible.

—¿Puedo serle sincera, señorita Crown? —preguntó la mujer al fin con voz sedosa.

Abby alzó la mirada.

—Lo agradecería, *milady.*

La dama cerró el abanico con un chasquido.

—No entiendo qué hace usted aquí.

Abby agrandó los ojos.

—¿Aquí, en casa de su hijo?

—Aquí, con ellos. —Su tono se suavizó, aunque la intención seguía afilada—. Con los hombres que juegan a ser héroes. Percival

colecciona causas imposibles. Landon, las cura. O lo intenta. Y las mujeres que los rodean suelen salir siempre heridas.

Abby respiró despacio.

—Quizá. Pero las heridas son necesarias para aprender y sobrevivir a la siguiente.

Los ojos verdes de Cassandra se entrecerraron, evaluándola.

—Tiene respuestas rápidas. Casi tanto como la joven que fui. Pero a los dieciséis me quedé embarazada de Percival y tuve que casarme con el vizconde. Y la aventura que creí que sería mi vida terminó antes de empezar. A los diecisiete ya sabía que el amor no garantiza la felicidad.

Abby no quiso caer en la trampa de la lástima.

—Tampoco la razón garantiza seguridad —replicó, serena.

La vizcondesa la observó un momento más y luego sonrió, como si la jugada le hubiera gustado.

—Landon le ha hablado de mí, supongo.

Abby dudó.

—No la mencionó hasta hoy. Dice que fue un error. —Quería que sufriera como ella lo hacía en esos momentos.

—¿Puede el amor ser una equivocación? —dijo Cassandra, sin rodeos.

El corazón de Abby dio un vuelco.

—Sí, si se abandona. —Como ella hizo con Landon.

Lady Essex soltó una risa breve, elegante.

—¿Cree que uno pierde realmente a alguien que ha amado?

Abby sostuvo su mirada, con calma.

—Claro, si se aferra tanto al recuerdo que no deja lugar al presente.

Durante unos segundos, solo se oyó el tictac del reloj de pie. Cassandra la miró como si midiera cada respiración. Por fin suspiró y dejó el abanico sobre la mesa.

—Es astuta, señorita Crown. No porque mienta, sino porque cree lo que dice.

Abby sonrió apenas.

—Prefiero ser sincera que decorativa.

Cassandra inclinó la cabeza y, por primera vez, su gesto se suavizó.

—Tiene fuego y no lo oculta. Landon necesitará eso. No una sombra que lo adore, sino una llama que lo desafíe.

El elogio, aunque envuelto en ironía, la desarmó.

—¿Eso significa que aprueba nuestra amistad? —preguntó, y al instante se arrepintió. No necesitaba su aprobación, aunque en el fondo la esperara.

La vizcondesa viuda de Essex se levantó, arreglando con elegancia el pliegue invisible de su falda.

—Digamos que ya no pretendo competir con las mujeres del presente. Como ya he dicho antes, sé cuando retirarme. —La miró con una media sonrisa—. Pero eso no significa que quiera desaparecer de su vida. Si lo hiciera, dejaría también de ver a mi hijo. Van los dos en el mismo saco. Así que permítame ofrecerle una vez más una alianza. Si usted lo reconsidera, le hablaré a Arthur Lonegan de su situación.

Abby quedó pensativa. ¿Debía dejar su orgullo atrás y acceder a esa ofrenda de paz?

—De momento prefiero que todo siga por los cauces legales.

—Como desee, pero si cambia de opinión aquí estoy. —Cassandra se acercó, con una cortesía tan inesperada como sincera, y añadió al oído—: Y no le diga a nadie lo que hemos hablado. Me gusta conservar mi reputación de mujer fatal.

Se alejó por el pasillo dejando en el aire su perfume a jazmín. Abby permaneció sentada mirando las sombras del fuego reflejadas en los cristales. Se dio cuenta de que no sentía celos, solo respeto. *Lady* Cassandra Lovelace no era una enemiga. Comprendió que acababa de ser aceptada, no por la madre de Percival, sino por la única mujer que alguna vez había conocido de verdad el corazón de Landon Parry.

Capítulo 46

Abby no lograba concentrarse. El juicio de su madre se celebraría en solo cuatro días y la ansiedad le recorría el cuerpo como un enjambre de abejas. Llevaba ya tres tazas de té y empezaba a temblarle un ojo. El jaleo que había en el salón de *lord* Essex tampoco ayudaba. Adeline se había empeñado en volver a celebrar una nueva reunión del Club de Lavanderas de Southwark y le era imposible poner orden o liderar las distintas conversaciones que habían surgido sobre si convenía poner a prueba a los maridos o si el carnicero Tobias Flanagan era un loco por querer cortejar a Nelly a pesar de estar ella embarazada.

—¿Vas a seguir repiqueteando con los dedos o piensas comer algo? —preguntó Adeline, colocando un trozo de pastel de limón frente a ella.

—No tengo hambre —murmuró Abby.

—No tienes hambre, no duermes y no hablas con Landon —intervino Eliza, sin levantar la vista del bordado que se había traído de casa—. Así cualquiera pierde el color.

Abby la fulminó con la mirada.

—Gracias, Eliza. Eso ayuda muchísimo.

Adeline alzó una ceja.

—Tal vez lo que necesitas es una distracción. Por suerte, yo ya lo he previsto. —Miró el reloj de pared que se alzaba sobre la chimenea, como si esperara con impaciencia que llegara una hora determinada.

—¿Qué has hecho? —preguntó Abby con sospecha—. ¿Has invitado a más lavanderas a la sesión? No sé si podré mantener el tipo. Los nervios me revuelven el estómago.

—Por eso creo que lo que precisas son refuerzos. —Le guiñó un ojo, al mismo tiempo que asentía a una criada que había entrado

con sigilo.

—Señorita, ya han llegado —anunció la sirvienta.

—Hágalas pasar —indicó Adeline, con fingida inocencia.

—¿Quienes son? —preguntó Abby molesta.

—Tres damas de provincia muy distinguidas. Dicen venir desde Woolriver —habló de nuevo la muchacha de servicio.

Abby casi se atraganta con la cuarta taza de té.

—¿Qué?

La criada apenas alcanzó a anunciar los nombres antes de que las tres irrumpieran con un torbellino de perfumes y encajes: *lady* Susan, con su pelo rojo fuego y ese porte de reina; *lady* Pembroke —Kat, para las amigas—, envuelta en una capa azul oscuro; y Rose Mary, tan vivaz como siempre.

—¡Por fin te encontramos! —exclamó *lady* Susan, abriendo los brazos.

Abby se levantó, entre lágrimas y risa, y corrió a abrazarlas.

—¡No puedo creerlo! ¿Qué hacéis aquí?

—Salvarte, naturalmente —respondió Kat, traviesa.

Eliza, Edna, Nelly y Alice se miraron desconcierto.

—¿Quiénes son estas santas mujeres? —murmuró Alice.

—Antiguas compañeras de conspiraciones —contestó Abby—. Miembros del Club de Damas de Woolriver, las originales.

Las lavanderas de Southwark se inclinaron ante ellas.

—Por favor, nada de ceremonias. Todas somos iguales durante las reuniones del club. —*Lady* Susan ayudó a Nelly a levantarse de su exagerada reverencia.

—¿Cómo sabes que somos un club y que estamos en una sesión? —habló Abby avergonzada. Se sintió culpable, como si las hubiera traicionado.

—Adeline nos lo contó. Llegamos ayer y no pudimos resistirnos en presentarnos sin avisar. Nos dijo que estabas durmiendo, que últimamente no descansas lo suficiente, y no quería molestarte cuando por fin habías conseguido pillar el sueño. Así que organizamos este encuentro. —El rostro de la presidenta reflejaba entusiasmo. Se aproximó a ella y le acarició la mejilla, como lo haría una madre con su hija— . Estoy muy orgullosa de ti, no lo olvides. Es

para mi un honor que lo que empezó como unas reuniones clandestinas entre mujeres para ayudarnos unas a las otras haya traspasado los límites de Woolriver.

—Gracias, Susan. Me haces muy feliz con tus palabras —respondió Abby.

—Además, te hemos traído buenas noticias del boticario, tal como nos solicitaste en tu carta — anunció Rose Mary, desplegando un pequeño fajo de papeles—. Y algo que hará temblar hasta al mismísimo Walter Crown.

Abby palideció.

—¿Qué habéis conseguido?

Rose Mary sonrió de oreja a oreja.

—Los registros de compra. El arsénico lo compró tu hermano, Abby. Lo tenemos por escrito.

El silencio que siguió fue tan absoluto que hasta el reloj pareció dejar de latir.

—¿Estáis seguras? —susurró Abby, sin atreverse a tocar los papeles.

En ese momento, una nueva voz sonó desde la puerta:

—¿He oído arsénico y hermano? Qué conversación tan estimulante.

Todas se giraron al unísono.

En el umbral estaba Cassandra Lovelace, majestuosa y serena, abanico en mano.

—Las he escuchado desde el pasillo y pensé que se trataba de un motín —comentó con ironía—. Pero veo que es algo mucho más interesante: mujeres tomando decisiones.

Adeline se levantó con la intención de presentarla a las recién llegadas.

—*Lady* Susan, *lady* Pembroke, señorita Miller, están ante la vizcondesa viuda de Essex, la madre del dueño de esta casa y que además tiene la deferencia de permitir nuestras veladas.

Las mujeres se inclinaron. Cassandra solo devolvió el saludo a la marquesa de Pembroke y luego tomó asiento sin necesidad de invitación.

—Bueno, ¿dónde está la prueba?

Lady Susan le entregó los papeles con gesto solemne. Abby se mordió la lengua. ¿Qué derecho tenía de fisgonear en sus cosas y erigirse como autoridad?

La vizcondesa los examinó con ojo experto.

—Auténticos. Sello de la botica. Firmas intactas. —Alzó la vista hacia Abby—. Querida, esto podría absolver a tu madre y arruinar a tu hermano solo si se acompaña de testigos.

El resto de mujeres que estaban a punto de celebrarlo con gritos y abrazos se quedaron congeladas. Las lavanderas de Southwark miraron a las damas de Woolriver esperando alguna reacción.

—El boticario y su mujer están convencidos. Si es necesario, viajarán hasta Londres —anunció su amiga Kat.

De nuevo el grupo se mantuvo expectante ante la respuesta de la vizcondesa.

—Podría valer —concluyó.

La alegría se manifestó en abrazos, bailes y la entonación de una melodía que en las sesiones de Woolriver todas cantaban.

—¡Somos mujeres de aire! —afinó *lady* Susan para sorpresa de las demás.

—¡Somos mujeres de tierra! —exclamó Kat.

—¡Somos mujeres de agua! —cantó Rose Mary.

—¡Somos mujeres de fuego! —Abby no pudo resistirse a seguir a sus amigas.

Todas ellas empezaron a cantar en un murmullo.

Las lavanderas, Adeline y Cassandra agrandaron los ojos, y más al comprobar que las damas de Woolriver no se limitaban a tararear, sino que bailaban entre ellas. El murmullo se fue transformando en un gorjeo aún más fuerte. Animaron al resto a seguirlas y, de tanto repetir la letra, el grupo entero se alzó. Se cogieron de las manos en un coro danzarín y cantaron unidas.

—¡Somos hijas, madres, esposas! ¡Soy tú, eres yo! ¡Somos historia, somos futuro! ¡Somos libres de avanzar, no tenemos miedo al andar!

Abby se sintió protegida, validada y poderosa. Como nunca pensó que lo haría y menos junto a sus hermanas de orfanato: Adeline y Eliza, a las que vio florecer en ese baile y ese cántico, y

supo que para todas las presentes existiría un antes y un después de esa canción.

Capítulo 47



Las integrantes del Club de Lavanderas de Southwark y las del Club de Damas de Woolriver se despidieron animadamente con la voluntad de volver a encontrarse pronto y debatir temas femeninos esenciales. *Lady* Susan y la marquesa de Pembroke se dirigieron a sus respectivas residencias en Londres. Abby rogó a Rose Mary que se quedara con ella, que la acompañara durante los días que faltaban para el juicio. Se acomodó en su habitación. La excusa perfecta para que Landon no traspasara los límites ni intentara hablar con ella en la intimidad. Sabía que si lo hacía no sería capaz de detenerlo. Ella anhelaba volver a besarlo, tocarlo, saborearlo. Pero se convenció de que su historia era demasiado complicada, de que el corazón de Landon era volátil, y no le convenía tener a su lado a alguien que dudara entre ella y *lady* Essex.

Consiguió pasar los días tranquila, con las visitas de sus amigas de Woolriver. Atareada con las idas y venidas al despacho del abogado ultimando los detalles de la defensa. Cenando en su alcoba junto a Rose Mary, quien no paraba de insistir en acudir a ver la algarabía que se oía procedente de la planta principal, y mucho más cuando se enteró de que se trataba de un salón de apuestas clandestino. Hasta que en la antepenúltima noche Rose Mary no dio el brazo a torcer.

—¿Por qué no me enseñas a jugar? Necesitarás muchas más libras para pagar al abogado.

—Ya conseguí las suficientes —contestó Abby, lacónica.

—¡Vamos! ¡Nunca he salido de Woolriver! Y para una vez que visito Londres me tengo que quedar encerrada. ¡Quiero divertirme! Al menos por una noche. —Rose Mary puso su mejor puchero.

—Tampoco es para tanto. —Abby apagó la vela dispuesta a meterse en la cama.

Ambas muchachas intentaron dormir sin éxito. El golpeteo de los dados, los gritos de derrota, los chillidos de triunfo, las risas de las mujeres hicieron imposible que alcanzaran el sueño.

—Solo una miradita rápida —susurró Rose Mary.

Abby resopló.

—Vale, de acuerdo. Pero intentemos pasar desapercibidas. No quiero encontrarme con cierta persona.

—Ya, con tu médico —afirmó Rose Mary, que conocía la historia de labios de la propia Abby—. ¿Por qué no le das una oportunidad?

—No es el momento —respondió compungida.

Se vistieron y bajaron por las escaleras agarradas del brazo. El bullicio las recibió antes incluso de cruzar el umbral. El salón de juegos de *lord* Essex hervía de risas masculinas, vasos alzados y un inconfundible acento del norte que arrastraba las erres con la fiereza del viento sobre las montañas. Abby se detuvo en seco, sorprendida al descubrir a un grupo de *highlanders*, altos, con las chaquetas rojas desabrochadas y el tartán ceñido a la cintura, dominando la sala como si fuera un campamento. El olor a *whisky* flotaba en el aire, espeso, dulce, casi insolente. Rose Mary, a su lado, ahogó una exclamación.

—Madre del amor hermoso… —susurró con los ojos prendidos en uno de ellos, un joven de mirada azul y sonrisa peligrosa que acababa de ganar una partida de cartas.

Abby apenas tuvo tiempo de seguir la dirección de aquella mirada cuando una voz conocida se alzó tras ella.

—Por fin nos honras con tu presencia. Te hemos echado de menos —dijo Percival, tan cerca que sintió su aliento en la nuca.

Abby apenas sonrió y miró por encima de su hombro.

—¿Buscas a Landon?

Ella negó con la cabeza, cohibida.

—Ha respetado tu decisión de alejarte de él, después de los desplantes que le hiciste, y se ha quedado en su raquítico estudio.

—Yo… —Abby tartamudeó—. Le agradezco su ayuda, pero en estos momentos no puedo ser la mujer que necesita.

Percival arqueó una ceja en forma de pregunta.

—No puedo ser la llama que lo desafíe, como me dijo Cassandra —volvió a farfullar—. Suficiente tengo conmigo misma.

Percival la rodeó por el hombro y la llevó a una esquina, donde insistió en que se acomodara en un sillón.

—Precisamente has ido a aceptar consejos de amor de la dama menos indicada.

—De verdad que así lo creo. Y además ella… Bueno, lo conoce bien.

Percival se arrodilló a su altura y posó las manos en las suyas.

—Mi madre es una manipuladora. No le hagas caso. Si yo pude perdonar a Landon, tú también lo harás. Además, él bebe los vientos por ti.

Abby negó de nuevo.

—Lo sé. Son demasiadas emociones —continuó *lord* Essex—. Distráete esta noche, gana a unos cuantos palurdos. El grupo que viene de las Highlands está deseando perder hasta la falda.

Sonrió agradecida por tener en estos momentos a una persona a su lado que no se tomara tan en serio la vida como lo hacía ella y así aliviar la tensión que la dominaba. Se reunió de nuevo con Rose Mary, que no había dejado de observar a esos robustos hombres del norte.

—Vamos a ello, amiga. Te voy a enseñar cómo se juega.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Al menos tendré algo gracioso que contar a mis futuros nietos sobre mi viaje a Londres.

Abby asintió, sin saber que sería más bien el inicio de una aventura para Rose Mary en lugar de una noche anecdótica.

Capítulo 48

El tribunal del Old Bailey, el gran salón donde se celebraban los juicios públicos, se alzaba como un templo de piedra y sombras. Abby sintió que el aire cambiaba al cruzar las grandes puertas de roble: era más espeso, más denso, como si el peso de todos los pecados de Londres se respirara allí dentro.

Old Bailey debía su nombre a la calle donde estaba situado, junto a la prisión de Newgate. Pero su madre no sería trasladada desde allí, sino desde un sitio peor: el manicomio de Bedlam, donde la sentencia ya parecía haber sido impuesta. Loca, ese temía que sería el veredicto.

Abby se detuvo justo antes de traspasar la sala principal, arropada por todas sus amistades, incluidos Percival y Cassandra Lovelace. El único que no había acudido era Landon. Cierto que había sido brusca en su decisión de no querer hablar con él. La realidad era que temía volver a besarlo en cuanto lo viera y confundirlo todavía más. Se dijo que era mejor que no estuviera allí, ni siquiera cuando más lo necesitaba.

El señor Cartwright, el abogado defensor, la alertó de que ya era la hora.

Abby desvió una vez más la mirada hacia la entrada principal sin esperanza y, de pronto, lo vio emerger entre la multitud que aguardaba para ver el juicio. Su corazón dio un salto.

—Espere —le dijo al letrado.

Landon se abrió paso a codazos de manera apresurada hasta llegar a ella. Abby dejó la razón a un lado. Los nervios la traicionaron y ambos se fusionaron en un largo abrazo.

—Temí que no vinieras —dijo ella con las lágrimas a punto de salir de su cautiverio.

—Prometí estar a tu lado y, aunque esto no sea una promesa de que podamos estar juntos, haré igualmente lo posible por apoyarte. Y si tengo que testificar contra Monro y tu hermano lo haré, aunque eso signifique entrar en una lista negra y no encontrar trabajo.

Abby se mordió el labio inferior. Se sentía culpable por pensar solo en sus penurias cuando era responsable del despido de Landon.

—Tal vez no haga falta, ¿verdad, señor Cartwright? Hemos tomado precauciones para que el boticario llegue a su destino sano y a salvo.

—Toda ayuda es buena, señorita Crown. Debemos entrar cuanto antes. El juicio va a empezar.

La sala principal era amplia, con techos abovedados y muros grises que olían a humedad y a madera vieja. La luz entraba en haces temblorosos por las altas ventanas, filtrada por el humo de las lámparas de aceite. El murmullo del público llenaba el espacio como una corriente subterránea: el roce de faldas, el chasquido de abanicos, el tintineo de bastones contra el suelo.

Frente a ella, en lo alto, el juez presidía la escena desde una tarima recubierta de terciopelo rojo. Detrás colgaba el escudo real, dorado y solemne, brillando apenas entre la penumbra.

Abajo, separado del resto por una barandilla, estaba el pequeño estrado donde aguardaban los acusados. Abby no había vuelto a ver a su madre desde su visita a Bedlam y la visión de esa figura frágil y vestida de gris, bajo la mirada voraz de tantos desconocidos, le heló la sangre.

El señor Cartwright, con su peluca blanca empolvada y el gesto sereno, revisaba unos papeles sobre una mesa. A su lado, el fiscal hablaba con un ayudante, apuntando algo en un libro de tapas negras.

El público llenaba cada banco, cada rincón. Había damas de sociedad en busca de emociones y comerciantes y aprendices que habían dejado sus tiendas y sus talleres para presenciar el juicio del año. Algunos habían pagado una moneda a los alguaciles para conseguir un asiento.

El juez golpeó el mazo. El rumor se apagó. Abby sintió que el corazón le golpeaba las costillas. Había soñado con ese día desde

que su madre fue arrancada de casa mientras los vecinos cuchicheaban que la señora Crown había envenenado a su esposo.

La tenían allí, sentada en el banquillo, pálida y menuda, con el cabello recogido de cualquier manera y el rostro marchito por las semanas en Bedlam. Y, aun así, mantenía una dignidad que a Abby le rompía el alma.

—Clarissa Crown, acusada del asesinato de su esposo mediante el uso de arsénico… —La voz del juez resonó como un golpe seco en la sala.

Los murmullos del público subieron como una marea contenida. El fiscal empezó su discurso, grandilocuente, describiendo a su madre como una esposa resentida, ambiciosa y frívola. Pintaba con palabras el retrato de una mujer que había querido la fortuna y la libertad.

Abby de pronto divisó a su hermano, erguido, con esa expresión de superioridad y apoyado en su bastón, el cual solo servía para intimidar. Se miraron desafiantes. Abby sintió un ardor en la garganta, a punto de vomitar. *Lady* Susan, que permanecía a su lado, la agarró de un brazo; Eliza, del otro. Giró el rostro hacia Landon, que se había sentado dos filas atrás. Y el pánico se difuminó para dar paso a la convicción. Su madre no era una asesina. Saldría de esta.

Cuando llegó el turno de la defensa, el señor Cartwright se levantó con una calma que contrastaba con el murmullo que recorrió la galería.

—Señoría —empezó—, hoy juzgamos a una mujer que perdió más que un marido: perdió su nombre, su hogar y hasta su razón a los ojos de quienes debieron protegerla. Pero la locura no estaba en ella, sino en quienes la condenaron sin oírla.

De nuevo, una oleada de exclamaciones de asombro, y otra de quejas y abucheos.

El abogado abrió una carpeta. El crujido del papel se oyó nítido en la sala.

—Esta es la prueba de que el arsénico que mató al señor Crown fue comprado por su hijo, el señor Walter Crown II, apenas dos días antes de su muerte.

Un murmullo se alzó entre los presentes y Abby contuvo un sollozo. El abogado mostró un recibo amarillento, con el nombre apenas visible bajo la mancha de tinta: «W. Crown».

—Y aún hay más —continuó mirando al público como si se tratara de un espectáculo—. Hemos obtenido un documento del hospital de Bedlam donde consta un pago realizado por el mismo señor Walter Crown hijo al día siguiente al ingreso de su madre.

Levantó la hoja: una página borrosa, húmeda en los bordes, donde apenas se distinguían unas líneas, pero suficientes. El nombre del hospital, la cantidad y la firma.

El juez frunció el ceño.

—¿Asegura usted que es auténtico?

—Sí, *milord.* Fue rescatado del archivo por un antiguo empleado del hospital, quien está dispuesto a testificar.

Abby supo que se refería a Landon y esta vez evitó mirarlo. Una exclamación ahogada recorrió la sala. En el banquillo, Clarissa alzó los ojos por primera vez. Sus labios temblaron como si intentara pronunciar el nombre de su hija. Abby se inclinó hacia adelante, con lágrimas contenidas.

Walter, sentado entre el público, se removió. Tenía el rostro rígido, los labios apretados y los nudillos blancos alrededor del bastón. La mirada que le dirigió a Abby fue tan fría que ella sintió que la atravesaba.

El señor Cartwright continuó con su explicación.

—La señora Crown no está loca, *milord*. Fue encerrada en Bedlam por conveniencia, no por demencia.

Abby apenas respiraba. Todo su cuerpo temblaba, pero no de miedo, sino de una esperanza feroz. Clarissa se llevó una mano al pecho. Sus ojos, grises como el invierno, buscaron a Abby entre la multitud. Y cuando la encontró, sonrió apenas, una curva temblorosa, tan leve que casi nadie la vio. Solo su hija.

El juez habló, pero Abby ya no oía. Las palabras del abogado seguían suspendidas en el aire flotando. El reloj del tribunal dio las doce. Y el juez aplazó el juicio para la mañana siguiente, cuando sería el momento de escuchar los testimonios, en los que también podría intervenir la fiscalía.

Abby no pudo contener las lágrimas cuando se llevaron de nuevo a su madre a Bedlam.

—¿Por qué no vienes a ver a las niñas a Southwark? Te echan de menos, a ti y a tus pasteles de cerezas.

Abby se restregó los ojos. Las otras damas la animaron a ir y hasta Landon insistió en ello. Ya no había peligro de que Walter pudiera hacerle daño. El juicio estaba en marcha y la victoria, muy cerca.

—¡Claro! —contestó Abby—. Me encantaría. Pero antes debemos hacer una parada en la pastelería. Hoy os invito yo.

El Club de Lavanderas de Southwark al completo la vitoreó mientras las otras damas se unían a la alegría reciente. Esperanzadas por lo bien que había ido la primera sesión en el tribunal. Sin embargo, un escalofrío recorrió el cuerpo de Abby, como si alguien la vigilara. Se giró de golpe y allí estaba el rostro de Walter, contemplándola desde la distancia. Y a su lado, dos hombres. Vio con nitidez al de cara de viruela. Walter le susurró algo al oído, el otro asintió. Abby retuvo el aliento, creyó que se acercarían hasta ella, aún escoltada por los suyos, pero se fueron en dirección contraria. No quiso preocupar a nadie y continuó con su plan de acercarse a por dulces, aunque en su fuero interno no se encontraba a salvo.

Capítulo 49

Landon decidió dejar a las mujeres que disfrutaran del momento y se refugió en casa de su amigo *lord* Essex para tomar una copa y fumar unos cigarros cubanos de contrabando. El mensaje llegó con un golpe seco en la puerta y el rostro lívido de un mozo.

Intranquilo, Landon abrió la nota que le había entregado.

—¿Qué ha pasado?

—Intentaron llevársela, señor. A la señorita Crown. Pero no pudieron.

El corazón de Landon pareció detenerse un segundo antes de volver a latir con furia.

—¿Dónde?

—Cerca del puente, en el callejón detrás del mercado de Southwark. Dos hombres, uno con la cara llena de marcas de viruela. La gente los ahuyentó.

—Son los hombres de Crown —dijo con rabia.

—¿Estás seguro? —preguntó Percival, que se había quedado igual de helado que él.

—Estoy convencido, y no creo que se detenga hasta completar su misión —afirmó con contundencia.

Se echó el abrigo sin pensarlo dos veces.

—Voy contigo —anunció Percival—. Muchacho, tú nos guiarás.

—No hace falta. Seguro que se han refugiado en casa de Eliza. Sé donde es.

Landon le dio unas monedas al mozo, que marchó en cuanto tuvo los peniques en su mano. Percival llamó a gritos a sus criados para que ensillaran los caballos. Irían mucho más deprisa que en carruaje. Cassandra, que había declinado la invitación de Abby de comer dulces, corrió al lado de su hijo, alarmada por el alboroto.

—Walter Crown ha intentado secuestrar a su hermana —le comunicó este nada más verla—. Debemos ir a escoltar a Abby y Adeline de vuelta a casa.

Cassandra asintió compungida y Percival se sorprendió que su madre mostrara empatía.

—Corred, el tiempo es crucial. Yo iré a ver al juez de paz y le comunicaré lo sucedido. Lonegan me debe más de un favor.

La lluvia caía a ráfagas cuando llegaron a Southwark. Al entrar en la vivienda de Eliza, divisó a Abby rodeada de mujeres: Adeline, con el cabello suelto y la determinación de una general; Eliza, con una palangana de agua que se había calentado en el brasero, limpiaba con un trapo la frente ensangrentada de Abby, que permanecía pálida y ausente.

—Estoy bien —dijo ella antes de que él pudiera hablar.

Landon cruzó la habitación en dos pasos.

—¿Qué te hicieron esos malnacidos?

—Me siguieron desde la plaza. Me dieron un golpe fuerte. A pesar de eso, no me dejaron inconsciente. Intentaron meterme en un coche de caballos. Pero Eliza y las otras los vieron venir.

Percival se había acercado a Adeline y la había rodeado por los hombros como si de ese modo pudiera protegerla de un futuro ataque.

Landon respiró hondo, intentando controlar la mezcla de alivio y rabia que le quemaba por dentro.

—¿Dónde están ahora?

En ese instante entró Mike asustado y corrió hacia su mujer.

—Huyeron hacia el muelle —dijo mirando hacia los lados—. Me he enterado. En el puerto no se habla de otra cosa. Eliza, ¿y las niñas?

—Nelly se las ha llevado a casa de Tobías Flanagan.

Mike suspiró y besó la frente de su mujer.

Landon se arrodilló ante Abby.

—Debemos irnos ahora mismo. No tardarán en volver —le dijo con voz suave—. Walter sabe que mañana perderá el juicio y ha pensado en retenerte como moneda de cambio. Estoy seguro.

Abby le sostuvo la mirada.

—No quiero esconderme más, Landon —dijo con voz firme.

—No puedes enfrentarte sola a Walter.

—No lo haré sola. —Abby miró a su alrededor.

Las mujeres asintieron. Adeline, que se había deshecho de las manos posesivas de Percival, habló de nuevo:

—Si el señor Crown cree que puede asustarnos, aprenderá lo que una mujer, con una piedra en la mano, puede hacer ante una injusticia.

Para sorpresas de todas, la pulcra *lady* Susan a quien le habían presentado esa mañana en el tribunal, añadió lo que tal vez la mayoría estaba pensando:

—No dejaremos que toquen a ninguna de las nuestras.

Landon las contempló en silencio, con el corazón apretado. Aquella no era la escena que habría imaginado. Las mujeres que antes parecían invisibles habían formado una barricada viva.

Abby se inclinó hacia él.

—No estés enfadado conmigo. No pienso quedarme atrás.

Landon la miró largo rato. La fuerza que emanaba de ella lo conmovió y aterró al mismo tiempo.

—No lo estoy. —Su voz fue un susurro cargado de respeto—. Estoy orgulloso.

Fuera, la lluvia arreciaba. Landon se acercó a la ventana y vio varias figuras moviéndose en la penumbra del callejón: sombras que observaban, esperando.

—Vendrán de nuevo, y no serán solo dos —murmuró.

Abby se colocó a su lado.

—Y nosotros tampoco.

Landon giró la cabeza. Ella tenía el mentón en alto, el fuego en los ojos. Y en ese instante, comprendió que ya no era la mujer a la que había jurado proteger. Era la mujer por la que pelearía.

El ruido de pasos se oyó afuera. Adeline apagó las velas encendidas. Eliza alzó el cubo de agua como un arma. Mike arrancó una pata de madera de la cama y lanzó otra a Percival. Las damas de Woolriver corrieron a esconderse con sartenes en las manos. Landon, junto a Abby, se preparó para enfrentarse a las sombras.

El primer golpe en la puerta resonó como un trueno. Pero ninguno se movió.

Abby se puso en pie y susurró, apenas audible:

—Esta vez no correremos.

Y Landon, con la sangre latiéndole en los oídos, pensó que nunca había visto tanto valor en tan poco espacio.

Capítulo 50

Se escuchó un segundo golpe. La puerta vibró con violencia, los pestillos crujieron. Abby se estremeció, pero no tuvo intención alguna de retroceder. Estaba decidida a plantar cara a los esbirros de Walter. Eliza se colocó junto a la entrada con el cubo en alto. *Lady* Susan, impecable incluso en el peligro, empuñó una sartén con aire de general en campaña. Las demás mujeres formaron una improvisada línea de defensa con cubos, piedras y jarras.

Landon se giró hacia Abby.

—Quédate detrás de mí.

—Ni hablar —replicó ella, tomando el atizador de hierro del brasero todavía encendido.

El tercer impacto fue más fuerte. Las bisagras cedieron y un trozo de madera saltó por los aires. Entonces los vieron. Cinco hombres en la penumbra, con los rostros cubiertos con pañuelos, y detrás de ellos, una sombra más alta, erguida, con un porte altivo que Abby conocía demasiado bien. Walter.

El aire se llenó de gritos. El primero de los atacantes intentó entrar, pero Eliza le atizó con el cubo. El hombre chilló, retrocediendo.

—¡Por las lavanderas de Southwark! —gritó Adeline, y la casa entera respondió como un coro.

Abby sintió el pánico reptar por su estómago, pero no lo dejó ganar. Corrió a cerrar la puerta de nuevo, justo cuando otro de los hombres intentaba colarse. Le dio con el atizador, sintiendo la colisión en los brazos. El hombre cayó de bruces sobre el suelo.

Landon se movía rápido, preciso, sin perder la calma. Derribó a uno de los matones de un puñetazo y alcanzó a otro antes de que sacara una navaja.

—¡Abby, cuidado! —gritó.

Pero ya era tarde. Walter había entrado. Su bastón chocó contra las baldosas. Su rostro, iluminado por la llama del brasero, parecía el de un demonio satisfecho. Mientras los demás peleaban, su hermano la arrinconó en una esquina.

—Así que aquí te escondes —dijo con voz helada—. Entre lavanderas y criadas. Qué apropiado.

Abby sintió que el miedo se le transformaba en furia.

—No me escondo. Estoy donde debo estar.

—No eres más que una bastarda. Una vergüenza para el apellido Crown —continuó él—. Lo has arrastrado por el fango y ahora vienes a desafiarme con chusma.

—Fuiste tú el primero que se encargó de ello al asesinar a padre y encerrar a nuestra madre en un manicomio —replicó Abby.

Landon intentó acercarse, sin embargo, dos de los hombres de Walter que se habían recuperado de las embestidas, lo bloquearon. Uno lo golpeó con un bate. Abby gritó, pero Landon no cayó; se levantó con sangre en la ceja y volvió a la carga, luchando con una fuerza que parecía nacida del instinto.

—Todo habría terminado sin juicios públicos ni periodistas al acecho si te hubieras estado quietecita —dijo Walter avanzando hacia ella.

Abby estrujó con más fuerza el atizador.

—No nací ayer. Hubiera sido la siguiente. Siempre me has odiado.

—Desde el día que pusiste el pie en Woolriver y descubrí tu verdadera identidad. Padre y madre te prestaban más atención de la que yo recibí en toda mi vida. —La mirada de su hermano fue de pura maldad.

Abby apretó los dientes.

—Eso no es motivo para intentar matarme.

Walter soltó una carcajada, como si le divirtiera estar en medio del desastre que había generado.

—¡Solo quiero que desaparezcas! —chilló al mismo tiempo que levantaba el bastón.

Abby, asustada, alzó el atizador que chocó con la madera. Eliza vio lo que sucedía, agarró el brasero y lo lanzó apuntando a Walter.

Cayó encima de una manta de lana que empezó a arder. Walter retrocedió, aturdido. Adeline aprovechó para lanzarle encima la manta en llamas. Percival, que había abatido a dos de los esbirros de Walter, corrió hacia Landon, que logró finalmente desarmar al último de los hombres.

El olor a humo llenó la habitación. Landon atrapó a Abby por la cintura, tirándola hacia atrás antes de que el fuego se extendiera. Ella tembló, mirando cómo Walter se liberaba de la manta con la cara tiznada de hollín y el orgullo destrozado.

—Esto no ha terminado —gruñó él saliendo tambaleante hacia la calle. Lo siguieron sus hombres, que se levantaron malheridos de la pelea y huyeron.

Nadie los persiguió. Los vecinos, al ver el piso arder, hicieron una cadena para llenar cubos de agua en el pozo y llevarlos hasta el piso de Eliza. Consiguieron extinguir las llamas antes de que fuera demasiado tarde.

Abby se giró hacia Landon.

—¿Estás herido?

Él negó, limpiándose la sangre de la ceja. La atrajo hacia su pecho y ella se dejó envolver por sus brazos.

—Ya pasó —susurró él—. Se acabó.

Pero Abby sabía que no sería así mientras su hermano siguiera libre. Aun así, no sintió miedo. Miró alrededor: las mujeres exhaustas, el fuego extinguiéndose, el cielo clareando en el horizonte. Eran ellas quienes habían resistido. Y, en medio del caos, comprendió que el verdadero poder no venía del apellido ni de la fortuna. Venía de la unión.

Landon le rozó la mejilla con los dedos, ensangrentados y cálidos.

—Eres increíble —le dijo con voz rota.

Abby alzó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Somos —corrigió.

Capítulo 51

El cielo de Londres amaneció gris, como si la ciudad entera contuviera la respiración. Abby se vistió con manos temblorosas, ayudada por Rose Mary y Adeline. *Lady* Susan, Kat y su amiga Eliza llegaron justo a tiempo para acudir juntas de nuevo al tribunal.

Entro en Old Bailey escoltada por Landon y Percival, ambos de negro, con porte regio, como hombres que iban a librar una guerra. Las miradas se clavaron en ellos, algunas de respeto, otras de compasión. Walter ya estaba allí, con la cabeza alta y las manos enfundadas en guantes oscuros.

El juez anunció el inicio de la sesión. Su voz resonó firme en el silencio de la sala.

—Ayer escuchamos los alegatos iniciales. Hoy oiremos a los testigos.

Abby se obligó a mantener la vista al frente. Tenía que parecer más fuerte de lo que se sentía.

La fiscalía presentó testigos que tiraron por tierra la reputación de su madre con mentiras y engaños. El doctor Monro fue uno de ellos, y entró en varios detalles absurdos y contradictorios sobre el delirio de la señora Crown. Cuando llegó el turno del señor Berwick, el boticario de Woolriver, Abby contuvo la respiración. Berwick era un hombre menudo, con el rostro surcado por el miedo.

—Sí, Walter Crown hijo en persona me solicitó el arsénico —balbuceó—. Pidió que se lo entregara en frascos pequeños.

El público, que se había multiplicado desde la última vez, entonó al unísono una exclamación, conmocionado.

—¿Y reconoce esta firma? —preguntó el abogado contratado por Abby, mostrando un papel.

Berwick asintió.

—Del señor Walter Crown.

El público contuvo el aliento. Walter se levantó de su asiento, se acercó al fiscal y murmuró algo entre dientes. El susodicho negó con la cabeza y declinó interrogar al testigo.

Al poco, Landon fue llamado a testificar. Abby sintió cómo el estómago se le cerraba cuando él subió al estrado. Su porte era sereno, su voz firme.

—Como médico, revisé los informes originales de la señora Crown y encontré datos que se intentaron alterar, pero los puse a buen recaudo antes de que el doctor Monro los hiciera desaparecer. En ellos hay evidencia de que Walter Crown le pagó una considerable suma de dinero por tener encerrada a su madre sin ningún motivo clínico.

El abogado contrario lo interrumpió.

—¡Objeción! Su testimonio es parcial. Fue despedido de Bedlam.

—Por negarme a participar en una conspiración —replicó Landon, con una calma que heló la sala— . ¡Si eso es parcialidad, que lo juzgue la conciencia de este tribunal!

El juez golpeó de nuevo en el mazo para poner orden.

—Objeción denegada.

Landon bajó la mirada hacia Abby. Sus ojos se cruzaron en ese instante y ella recuperó la confianza. Tal vez había demasiado dura con él. Quizás su historia sí pudiera ser escrita desde otro prisma.

Una criada de la familia Crown fue la siguiente que declaró con voz temblorosa. Rose Mary le había dicho que tenía una última sorpresa para ella. Le pidió disculpas por no poder comentarle nada y añadió que entendería más adelante por qué actuaron con tanto recelo. Esa chica de tez pálida se merecía un altar por testificar a pesar de estar aterrada. Si ganaba el juicio y conseguía volver a Woolriver, se encargaría de que la muchacha obtuviera un merecido ascenso.

—La noche de la muerte del señor Crown, vi al joven Walter preparar la infusión de su padre — habló con hilo de voz la sirvienta —. Dijo que ayudaría a dormirlo. Pero cuando la señora quiso probarla, él se la arrebató de las manos. Todos creyeron que fue ella quien la preparó, pero no fue así.

La tensión creció como una marea y los murmullos se convirtieron en conversaciones cruzadas. Era ya difícil recuperar el orden de la sala.

El juez pareció perder la paciencia.

—El tribunal concede un receso antes del interrogatorio final.

Cuando regresaron, el ambiente era irrespirable. Walter seguía sin mirar a su hermana, como si lo ocurrido la noche anterior, cuando intentó matarla, no hubiera sucedido. El juez pidió su testimonio y su hermano se levantó con aire ofendido.

—Soy víctima de una campaña de difamación —dijo, elevando la voz—. Mi hermana y ese médico han inventado una historia para destruir mi reputación.

—¿Y el intento de secuestro de anoche? —preguntó el juez.

Abby se giró hacia Cassandra e inclinó la cabeza a modo de agradecimiento. Sabía que ella había informado al juez de lo sucedido.

Walter palideció, pero enseguida se recompuso y en sus labios brotó una falsa sonrisa.

—Pura fantasía, *milord.* Me encontraba en mi residencia de Londres. Hay testigos que pueden confirmarlo.

Abby creyó ver una sombra de duda en el rostro del juez. No podía dejar que Walter lo convenciera. Se levantó sin permiso; la emoción la desbordaba.

—¡Miente!

El juez la mandó callar, pero Landon se puso de pie.

—Con el debido respeto, *milord*, hay pruebas físicas que contradicen su declaración.

El juez giró la cabeza hacia él y le dio permiso para que se explicara.

—El señor Crown lleva guantes desde el inicio de la sesión —dijo Landon—. Y lo hace porque intenta ocultar las quemaduras en sus manos.

El juez frunció el ceño.

—¿Quemaduras?

Abby avanzó un paso.

—Mi hermano vino a por mí con la intención de herirme y en la reyerta hubo un incendio. De milagro no se quemó la casa de mi amiga Eliza. Todo el barrio de Southwark fue testigo de ese fuego. Él mismo tiene marcas de ese incidente.

—¡Eso es falso! —rugió Walter.

Landon no se inmutó.

—Entonces, que se quite los guantes.

El juez asintió.

—Hágalo, señor Crown.

Walter titubeó. El murmullo del público se volvió ensordecedor. Finalmente, con gesto torvo, retiró los guantes. Un gemido recorrió la sala. Las manos estaban vendadas, y la piel visible, ampollada.

—Resbalé y me di de bruces con el brasero —balbuceó Walter—. No tiene nada que ver con este caso.

El juez lo observó, impasible.

—Curiosa coincidencia, señor Crown. Resbalar con fuego.

El silencio fue absoluto. Finalmente el juez se levantó.

—El tribunal suspende la sesión. Mañana, a primera hora, se dictará sentencia. Pero a la vista de los hechos, el señor Crown permanecerá bajo custodia.

Los alguaciles se acercaron. Walter forcejeó, pero uno de ellos le sujetó las manos quemadas con firmeza. Su grito de dolor resonó por toda la sala.

—¡Esto no ha terminado, Abby! —rugió mientras lo arrastraban fuera—. ¡Tú y ese bastardo pagaréis!

Abby no respondió. Solo respiró. El aire de la sala le supo a libertad. Landon se acercó y le tomó la mano con delicadeza.

—Ya casi, Abby. Un día más.

Ella lo miró, exhausta, temblorosa, y aun así se permitió tener fe en la justicia.

—Un día más —repitió.

Capítulo 52

Pasó la noche sin dormir, recostada en la cama junto a Rose Mary. Ambas rezaron con fuerza y el padrenuestro se convirtió en un mantra que al final las meció en sus sueños. Despertó alterada y, con dedos temblorosos, se vistió. Ni siquiera desayunó. Landon la esperaba en el recibidor. Las damas del club, como cada día que se había celebrado el juicio, también acudieron a respaldarla. Cuando llegaron al Old Bailey, una multitud los aguardaba. Lavanderas, obreros, curiosos, periodistas. Muchos habían ido para ver caer a un terrateniente. Pero otros, los que habían estado la noche del incendio, habían acudido para ver a una de las suyas ganar.

Al entrar en la sala, todo estaba en silencio. El juez, severo, hojeaba los papeles que contenían el destino de una familia. Walter Crown permanecía de pie en el lado de los acusados, pálido, con las manos aún vendadas y retenido por dos alguaciles. Abby miró a su alrededor, alarmada. Su madre no estaba.

El juez habló con voz solemne.

—Este tribunal ha revisado las pruebas, los testimonios y las acciones cometidas durante este proceso. Se ha demostrado que el señor Walter Crown hijo falsificó documentos, sobornó a un médico, provocó la reclusión ilegal de su madre y atentó contra la vida de su hermana. —Un murmullo recorrió la sala—. Por ello, este tribunal lo acusa de conspiración, intento de asesinato y fraude. Será trasladado a la prisión de Newgate en espera de su juicio.

El sonido del mazo fue como un trueno. Walter se desplomó en la silla con el rostro desencajado.

Abby no respiró hasta que lo vio salir escoltado por los guardias, alejándose para siempre.

Solo entonces el aire volvió a llenar sus pulmones. Landon, sentado junto a ella, apretó su brazo.

El juez se giró hacia Abby.

—Y en cuanto a la señora Clarissa Crown —su voz se suavizó—, se ordena su inmediata liberación.

El mundo pareció detenerse. Abby se llevó una mano a la boca, incapaz de contener las lágrimas. Landon la sostuvo, sonriendo por primera vez en semanas. Y en la sala alguien comenzó a aplaudir. Se oyó una voz, luego otra, hasta que el estrado entero se llenó de un aplauso cerrado y varios vítores, que resonaron como un canto de justicia.

Horas después, frente a los muros de Bedlam, Abby esperó con las manos entrelazadas. La verja se abrió con una lentitud exasperante. Vio cómo una enfermera acompañaba a una figura delgada, vestida con una capa gris. Su madre alzó la vista. Sus ojos, apagados durante tanto tiempo, brillaron de emoción al ver a su hija.

—Madre —susurró Abby, corriendo hacia ella.

Clarissa Crown la abrazó con una fuerza que Abby no creía posible en un cuerpo tan frágil.

—Sabía que lo conseguirías —dijo con voz temblorosa—. Lo supe desde que te colaste en mi celda.

Landon, unos pasos atrás, bajó la cabeza con respeto. La mujer lo miró y una sonrisa cansada se dibujó en su rostro.

—Usted es el hombre que confesó estar enamorado de mi hija.

Landon asintió.

—Me dijo que no me atreviera a amarla si no era capaz de sostenerla.

—Y lo ha hecho, la ha sostenido —sonrió la señora Crown—. Hija, tienes suerte de tenerlo.

Abby no pudo mantener la intensidad de la mirada de Landon y apartó la vista, sintiéndose culpable una vez más por haberlo confundido con su rechazo. Cassandra, tal vez, solo había sido una excusa porque quizás no se sentía preparada todavía para amar.

Esa noche, en la casa de Percival, se celebró una cena demasiado lujosa para el gusto de Abby, aunque sí del agrado de su madre, según su expresión de júbilo. Le alegró ver a tanta gente arropándola en la mesa y, sobre todo, quedó maravillada de que sus anfitriones fueran nada más y nada menos que la escandalosa vizcondesa de Essex y su hijo.

—Madre, le presento a Adeline, Eliza y su marido Mike, mis amigos de la infancia. Sin ellos no hubiera podido sobrevivir en Londres —dijo Abby cuando se sentaron para probar las delicias culinarias que habían preparado en honor a Clarissa Crown.

Su madre sonrió, aún débil por el encierro, mientras un lacayo le servía la sopa.

—Les agradezco que hayan cuidado de Abby. —La señora Crown se dirigió a Eliza y aceptó con agrado que también le llenaran la copa de vino—. Me han comentado que su casa se quemó, querida.

—Una parte. En la otra aún podemos vivir decentemente.

Su madre negó con la cabeza.

—No puedo permitirlo, después de todo lo que han hecho por mi hija. Venga con su familia a Woolriver. Les buscaremos trabajo y una casa en la que hospedarse.

—¡Eso sería maravilloso! —exclamó Abby—. Mike, siempre necesitamos hombres para nuestras tierras, y Eliza las niñas podrán comer los pasteles que quieran, y tú no tendrás que lavar ropa nunca más. Me ocuparé de ello.

Eliza y Mike se miraron consternados.

—No sé, Abby. ¿De verdad crees que podríamos adaptarnos a esa vida? —Su amiga de la infancia arrugó la nariz.

—¡Vamos! —contestó Adeline—. No os hagáis de rogar. Aquí no tenéis ni para salchichas; en cambio, la señora Crown os ofrece trabajo y casa.

—Y una familia —contestó Abby—. Vosotros siempre me habéis apoyado como hermanos.

El matrimonio aceptó emocionado. Les era imposible parar de sonreír.

—Adeline, tú también puedes venir. Te acogeremos encantadas —habló de nuevo Clarissa, incapaz de resistirse a la perdiz que

habían servido.

Adeline observó a Percival, que estaba sentado a la cabecera de la mesa hablando con *lady* Susan.

—Estoy bien aquí, gracias.

Abby rio al entender el motivo de su amiga para permanecer en Londres.

—Entonces, no me queda otra que pasarte la presidencia del Club de Lavanderas de Southwark.

—Será todo un honor. —Adeline inclinó la cabeza agradecida—. Y no os preocupéis por mí. Estaré bien entretenida. —De nuevo contempló a Percival, esta vez con ojos risueños.

Abby dirigió su mirada hacia donde se encontraba Landon. Escuchaba atento a Rose Mary, que intentaba convencerlo de que le enseñara a jugar al *piquet* y no solo eso, sino a ganar una fortuna. Abby sonrió. Él, aunque parecía que no estuviera pendiente, le devolvió la sonrisa. Y ella entendió sin necesidad de palabras que ningún otro hombre lo podría sustituir. Él era el adecuado, el que le había robado el corazón y la entendía mejor que ella misma. Había sido una estúpida al intentar apartarlo.

Al acabar el convite, la mayoría de los invitados se dirigieron a la sala de juegos. Rose Mary quiso ser la primera en entrar, en busca del grupo de *highlanders,* que había decidido pasar todas las noches de esa semana perdiendo una fortuna en el salón clandestino de *lord* Essex.

Abby quedó rezagada en el comedor adrede. Sola, a la espera de que Landon se uniera a ella para contemplar las vistas de la lluvia desde la ventana.

—Ya está hecho —dijo él en voz baja al acercarse.

—Sí. Lo que no entiendo es por qué no han arrestado al doctor Monro o lo han acusado —se quejó.

—Tiene demasiados contactos de nobles que han utilizado sus servicios. No se atreven a ir en su contra. Pero debes estar feliz porque por fin tu hermano ha recibido su merecido. Has hecho justicia por la muerte de tu padre.

Abby asintió con pesar.

—Aún hay cosas que no me dejan dormir. Estoy convencida de que quienes entraron a robar en el despacho de Arnold Roy eran hombres de Walter. Buscaban el segundo testamento del que oí hablar a mi padre antes de morir.

Landon alzó una ceja, sorprendido.

—¿Un segundo testamento?

—Sí. Mi padre pretendía rectificar el primero, el que dejaba todo a su heredero. En el nuevo, deseaba que mi madre y yo heredáramos la casa y las tierras. Pero como ese documento nunca se encontró, lo más probable es que Walter lo hiciera desaparecer o lo quemara. —Abby suspiró, con una mezcla de tristeza y alivio—. El juez ha reconocido la sospecha de fraude y ha ordenado que el patrimonio quede bajo la administración del señor Cartwright, nuestro abogado. Él se encargará hasta que se revise la herencia.

—Respira tranquila. Tu madre y tú podréis volver a vuestra casa —dijo Landon, con un leve destello de sonrisa.

—Sí. Con una asignación justa y, por primera vez, sin miedo a ser echadas —respondió ella, y una luz suave se encendió en su rostro. Quería confesarle sus sentimientos, pero no sabía por dónde empezar.

Landon la observó con esa mezcla de ternura y admiración que siempre la desarmaba.

—No debes estar afligida. Has cambiado el destino de tu familia.

—El de mi madre. El mío aún lo estoy escribiendo —pronunció ella con tristeza.

¿Debía contarle que no podía vivir sin él?

Cassandra apareció de repente con su acostumbrado abanico y esa pose de desgana que siempre arrastraba.

—Parry, querido, le estaba buscando.

Abby apretó los labios. Tal vez no era el momento.

Kat se acercó y le guiñó un ojo.

—*Lady* Essex, si no le importa, me gustaría que retomáramos la conversación que hemos empezado durante la cena. Necesito su consejo.

La sujetó del brazo y se la llevó a la sala de juegos donde estaba el resto. Landon se acercó por detrás, tanto que su aliento

rozó su nuca.

—¿Por dónde íbamos? —Los brazos del médico le rodearon la cintura. Ella retuvo la respiración— . ¡Ah sí! Decías que necesitabas reescribir tu vida.

Abby notó la dureza de su torso. Se estremeció de inmediato. Él subió la falda, acarició sus piernas con una lentitud medida. Llegó hasta la vulva y rozó su vello púbico.

—Déjame hacerlo contigo.

Ella jadeó. El joven doctor introdujo dos dedos en su interior y le besó el cuello.

—Ser parte de tu destino —susurró, al mismo tiempo que le proporcionaba placer.

—No pares, Landon —acertó a decir mientras se apoyaba en su pecho para sentir mejor sus movimientos y esa otra mano que le agarraba las nalgas.

—Prométeme que nunca dudarás —murmuró él de nuevo.

—No —suspiró —. Ahora sé quién eres. Creo en ti.

Se le escapó un gemido cuando notó como él sacaba los dedos e introducía su glande en ella.

—Promete que esto es real y no un capricho —insistió Landon mientras la embestía con tal fuerza que Abby tuvo que poner sus manos en el cristal de la ventana.

—Lo juro.

Landon hundió la cabeza en el hueco de su clavícula. La cadencia de sus acometidas llevaron a Abby a un estado de trance donde nada existía, salvo su propio deleite.

Giró el rostro para besarlo.

—¿No temes lo que dirán? —dijo entre jadeos—. Un médico arruinado y una mujer marcada por el escándalo.

—Temo muchas cosas —él volvió a colmarla de dicha con esa parte de su cuerpo que se engrandeció dentro de ella—, pero a tu lado sé que puedo superarlas.

La risa de Abby se quebró en un sollozo cuando llegó al clímax. Landon la sostuvo mientras ráfagas de regocijo la sacudían. Salió de su interior con la misma lentitud y dicha con las que había entrado y la tomó entre sus brazos. La besó, con la calma de quien por fin se

permite sentir sin restricciones. El beso fue suave al principio, luego más profundo, pasional. No era el de una promesa futura, sino el de un presente conquistado.

Cuando se separaron, ambos juntaron sus frentes.

—Gracias por no rendirte.

—Gracias por enseñarme lo que es el valor —susurró él.

Fuera, el sonido de la lluvia se mezclaba con las campanas de medianoche. Abby se permitió por fin respirar de verdad. Su madre dormía libre. Su hermano estaba encerrado en prisión a la espera de juicio.

Landon la contempló con el ardor en los ojos.

—¿Y ahora? —preguntó él con una sonrisa suave.

Abby miró hacia el horizonte. La lluvia había cesado, la niebla se confundía con los edificios iluminados por las farolas de gas.

—Ahora empieza nuestra historia.

Epílogo

Abby se despertó con la sensación de haber dormido en una nube. La luz del amanecer se filtraba por los cortinajes de seda azul. Durante unos segundos no recordó dónde estaba. Luego le vino a la mente el recuerdo de sus manos contra el cristal, Landon embistiendo y ella sobresaltada por el imprevisto placer que atravesó su cuerpo. Como compartía habitación con Rose Mary, Landon decidió volver a su estudio con la promesa de que regresaría por la mañana para hablar con su madre y pedir su mano, a falta de un cabeza de familia.

Abby se desperezó y vio que su lado de la cama estaba vacío.

—Rose Mary… —murmuró, frotándose los ojos.

Supuso que había bajado a desayunar antes que ella. Siempre había sido madrugadora. Abby se vistió con prisa y salió al pasillo. Los ecos de pasos y murmullos le llegaron desde la planta baja. Decidió primero pasar por la habitación de su madre, la cual Adeline había adecentado con la conveniencia de *lord* Essex. Ese hombre, en lugar de una casa de juegos, parecía regentar una posada.

—¿Madre? —Llamó a la puerta, pero no recibió respuesta.

Abrió con cautela. La cama estaba hecha, la ventana abierta y ni rastro de Clarissa Crown. El corazón le dio un vuelco.

—Por el amor de Dios… —susurró.

Bajó las escaleras corriendo. Al llegar al rellano principal, un ruido de voces femeninas la guio hasta el ala privada de la casa. *Lady* Susan Hall y la marquesa de Pembroke estaban allí, con las faldas arremolinadas y la compostura hecha añicos.

—¡Abby, querida! —exclamó Susan en cuanto la vio—. Necesitamos tu ayuda.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Abby, jadeando.

Kat, que tenía la habilidad de sonar tranquila incluso en medio de un incendio, respondió:

—Buscando lo mismo que nosotras: a Rose Mary. Habíamos quedado a primera hora con ella. Debía estar lista, dado que hoy

volvemos a Woolriver. Clarissa ha mirado en tu habitación y solo estabas tú durmiendo, sin rastro de ella. No hemos querido molestarte, pero ya que estás aquí, por favor, ayúdanos a encontrarla.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —preguntó *lady* Susan histérica.

—La dejé anoche en el salón de juegos. Me dijo que no tardaría en ir a la cama. —Abby tartamudeó, incapaz de entender qué le había llevado a Rose Mary a huir. O bien ¿la habrían secuestrado? Imposible. Su hermano estaba en prisión y su amiga no tenía enemigos.

—¡Me va a dar algo! —exclamó *lady* Susan abanicándose con la mano.

Antes de que Abby pudiera socorrerla, la voz de Percival resonó desde el pasillo:

—¡La he encontrado!

El grupo entero corrió hacia la sala privada. Cuando Abby cruzó el umbral, se quedó sin aliento. Allí, en el diván de terciopelo, estaba Rose Mary, profundamente dormida, el cabello suelto y un brazo extendido sobre el pecho de un hombre descamisado. Alto, de hombros anchos, piel dorada por el sol y una falda escocesa.

Clarissa Crown, que también había oído el grito de Percival, llegó y se alarmó al ver la escena.

—¡Por todos los santos!

Kat soltó un jadeo tan elegante que pareció ensayado. Cassandra Lovelace, quien había acudido curiosa por el alboroto, impecable a pesar de la hora, alzó una ceja con un suspiro.

—Esto supera todas mis expectativas.

Abby avanzó, horrorizada, hacia el diván.

—Rose Mary —susurró.

Su amiga se removió, parpadeó varias veces y se incorporó de golpe al ver la media docena de miradas sobre ella.

—¿Qué… qué ocurre?

Lady Susan se enfureció.

—Lo que ocurre, querida, es que acabas de arruinar tu reputación antes del desayuno.

El hombre bajo ella se movió, desperezándose con una calma exasperante. Su voz tenía un acento grave, arrastrado, propio de las Highlands.

—¿Alguien podría explicarme por qué hay tanta gente en mi dormitorio?

—¡Su dormitorio! —exclamó Cassandra—. ¡Se encuentra en los aposentos privados del vizconde de Essex!

Kat bajó la voz, tal vez esperando que los demás hicieran lo mismo.

—Lo más prudente sería encubrir este malentendido.

—¿Encubrirlo? —dijo *lady* Susan—. ¡A estas alturas necesitaríamos tapar la boca a medio Londres!

Abby se inclinó hacia su amiga.

—Rose Mary, por favor, dime que esto no es lo que parece.

La joven se tocó la sien, confundida.

—Yo… recuerdo que bebimos en la sala de juegos. Luego alguien me retó a probar el *whisky* de las Highlands y… —miró al hombre— y nada más.

El escocés se incorporó, ruborizado por primera vez.

—Eso mismo iba a decir.

Lady Susan suspiró, teatral.

—La desgracia compartida no resta culpa, señor.

—Algo podremos hacer —intervino de nuevo Kat.

Susan se rascó la barbilla sin quitar ojo a la pareja.

—Deberíamos reunir al club de damas de manera urgente y discutir el caso.

De pronto, la señora Crown soltó un grito ahogado.

—¡Por el cielo, mirad su mano!

Todas giraron sus cabezas hacia el dedo de Rose Mary. Llevaba un anillo dorado, grabado con un escudo celta. El hombre también.

Un silencio sepulcral llenó la sala. Cassandra fue la primera en reaccionar.

—Bueno, al menos el matrimonio reparará el escándalo.

Rose Mary abrió los ojos, horrorizada.

—¿Matrimonio?

Percival se aclaró la garganta. Acababa de recoger del suelo un papel.

—Según lo que pone aquí, el desposorio es oficial. Firmaron anoche.

—¿Firmamos? —preguntó Rose Mary, boquiabierta.

El escocés asintió con una sonrisa torcida.

—Parece que sí, *milady*. Y ahora recuerdo que fue con mucho entusiasmo.

Abby se llevó una mano al rostro.

—¡Dios mío! ¿Y usted quién es, caballero? —preguntó con la ilusión de que todo aquello fuera una broma.

El hombre se levantó, ajustándose el cinturón de cuero que sostenía su falda.

—Keir Fergus MacFie, *laird* de Glenmora. —Hizo una reverencia tan natural que incluso *lady* Susan pareció impresionada—. Y, por lo visto, esposo de esta encantadora dama.

Rose Mary balbuceó algo ininteligible y señaló detrás del grupo que la observaba con interés. Todos se giraron para contemplara un hombre de barba pelirroja y expresión risueña.

—¡Así que es cierto! —exclamó—. ¡Por fin has encontrado una dama inglesa como esposa, Keir! A ver si sobrevive al viento de Glenmora. Que haga las maletas cuanto antes. Debemos partir enseguida.

La recién casada, aún aturdida, se puso la mano sobre la frente, como si fuera una alucinación por la fiebre, y miró a Keir con los ojos abiertos y las pestañas temblorosas.

—¡No voy a ir con usted a ningún sitio!

El *highlander* se inclinó hacia ella con una sonrisa traviesa.

—No se preocupe, esposa mía. En Glenmora sopla el viento, pero no tan fuerte como para marchitar a una flor inglesa.

Abby no pudo evitar reír. Y mientras todas las damas hablaban a la vez —*lady* Susan exigiendo discreción, Kat preguntando por los votos, Cassandra calculando el grado exacto del escándalo—, Abby pensó que, de algún modo, todo encajaba. Cada una de las integrantes del Club de Damas de Woolriver que se hallaba en esos momentos en la sala tenía su propio escándalo e historias

indecentes que contar. Aunque, sin duda, la de Rose Mary prometía ser la más indecente de todas.

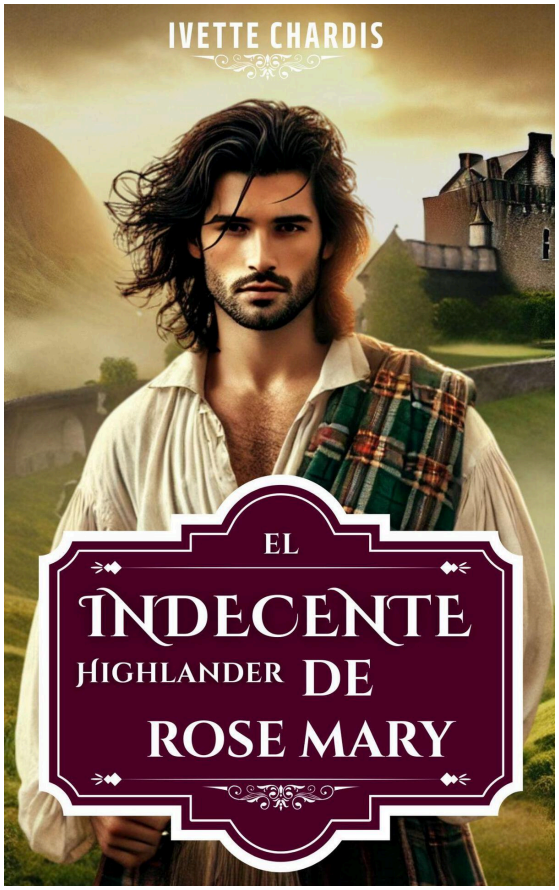
Mi muy querida lectora:

Si has llegado hasta estas últimas páginas, recibe mi más sentida gratitud y admiración. Con sumo placer te extiendo esta invitación a nuestro distinguido Club de Damas, en el cual, con toda seguridad, hallarás grata compañía e inspiradoras lecturas.

Para formar parte de esta selecta hermandad, basta con que te suscribas al boletín de noticias de mi apreciada amiga y escritora, la estimada Ivette Chardis. Debajo de estas líneas encontrarás el enlace y el código QR que te guiarán, sin demora, a nuestro acogedor salón donde te espera una novela de regalo.

Aguardamos con entusiasmo tu llegada, confiando en que hallarás un cálido hogar para tu pasión lectora.
Con afecto y en la más alta estima,
Lady Susan Hall
Presidenta del Club de Damas de Woolriver

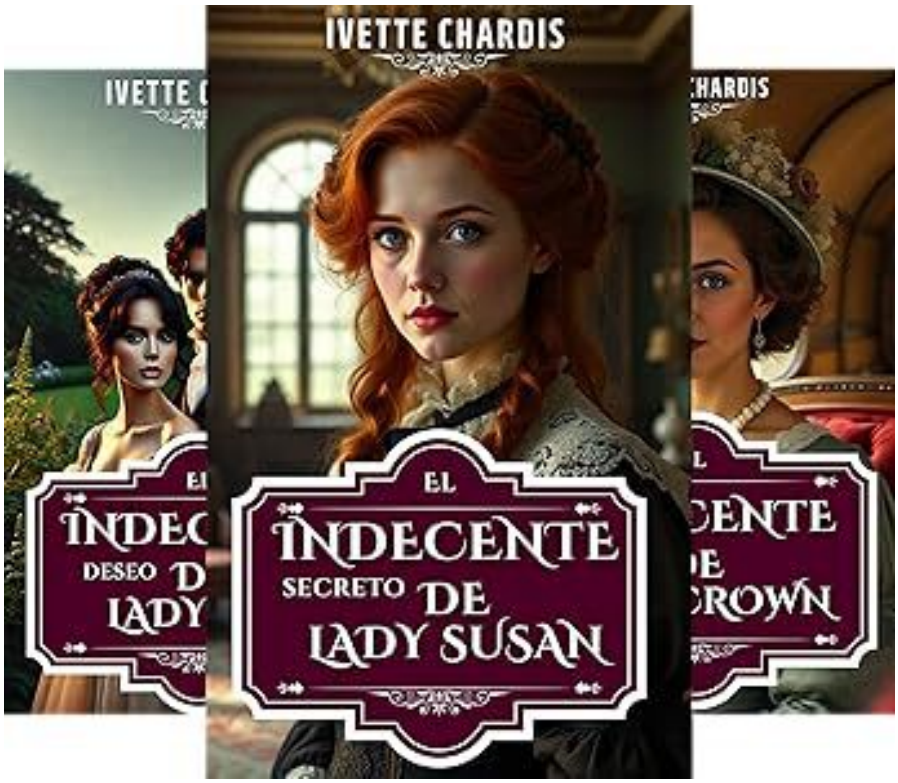
Entrada directa al Club



Una dama inglesa.
Un highlander indomable.
Un matrimonio tan inesperado como imposible.

La cuarta y última entrega de la serie *Las Indecentes* es una historia de amor, destino y redención ambientada en las tierras de Escocia, donde una dama inglesa y un orgulloso highlander descubrirán que hasta los matrimonios más imposibles pueden despertar las pasiones más indecentes.

Consíguela ya en Kindle Unlimited



[Lee la serie desde el principio Aquí]

¿Quién soy?



Escribo y leo novela romántica. Las protagonistas de mis romances históricos son mujeres fuertes en un mundo hostil, y pese a ello luchan, no solo por sobrevivir, sino por destacar y triunfar en aquello que se proponen. @ivettechardis

Tienes más información en mi web: www.ivettechardis.com

Y puedes escucharme en el podcast Aquí.